

HQN™

Autora best seller de USA TODAY

VICTORIA
DAHL

Demasiado
para
mí



VICTORIA
DAHL
Demasiado
para
mí

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.

Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2013 Victoria Dah

℗ 2020 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Demasiado para mí, n.º 204 - enero 2020

Título original: Too Hot to Handle Publicada originalmente por HQN™ Books

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de HarlequinBooks S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQN y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.

Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-1348-133-3

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Este libro es para mis amigas. Jif, Jodi, Jami y Jess, por citar a unas pocas. Gracias.

Capítulo 1

El ruido de la tostadora, que ya le resultaba familiar, sacó a Merry de un profundo sueño. Abrió los ojos e inmediatamente tuvo que volver a cerrarlos, porque la luz del sol era muy fuerte y se colaba por la apertura de las cortinas del salón.

-¿Ya estás harta de mí? -gruñó, con la voz amortiguada por la almohada. Era la misma pregunta que hacía todas las mañanas. En algún momento, la respuesta sería afirmativa, pero aquel día, no, gracias a Dios.

-¿Estás de broma? -preguntó Grace, desde la cocina-. Si te echo, perderé más de la mitad de los muebles de la casa.

-Y un sofá cama con demasiada presencia.

-Por no mencionar a mi mejor amiga -dijo Grace, y apareció junto al sofá con una taza-. ¿Café?

-Dios, te quiero -dijo Merry.

-Me estás utilizando por mi café.

-Y por tu apartamento.

-¿Quieres dejar eso ya? -protestó Grace-. Además, se supone que tienes que decir que me estás utilizando por mi cuerpo. Eso haría que me sintiera guapa.

Merry se incorporó y le dio un sorbo al café. Después, cabeceó.

-Ni hablar. Yo no quiero ser el segundo plato y, por lo que veo, Cole ya te ha estado utilizando.

Grace soltó un resoplido.

-Puede ser. O, a lo mejor, he estado utilizándolo yo.

-Y yo que creía que la cojera que todavía le queda era por la operación.

Grace se había dado la vuelta para marcharse, pero se giró de nuevo y le dio un beso en la cabeza a Merry.

-Bromas aparte, me alegro de que estés aquí. Te he echado de menos. Quédate lo que quieras. Seis meses. Un año. No importa.

-Sí, quiero estar durmiendo en tu salón durante un año -repuso Merry, con un resoplido.

Sin embargo, solo era fachada; en realidad, dormiría con gusto en el suelo con tal de

estar con su amiga. Habían estado viviendo a dos mil cuatrocientos kilómetros durante tres años, y había echado de menos tenerla cerca. Para ella estaba muy bien el salón. No necesitaba una cama grande ni una puerta con pestillo. No había ningún hombre esperándola; incluso había dejado de masturbarse hacía seis meses. Se había hecho célibe incluso en la imaginación, porque su inacabable periodo en dique seco había terminado por vencerla. Así pues, se había rendido y había empezado a hacer crucigramas en su teléfono móvil.

-Voy a hacer el desayuno -dijo, después de haberse tomado unos cuantos sorbos de café.

-Ya lo he hecho. Bagels tostados. Mi especialidad.

Media hora después, estaban saliendo por la puerta. Merry dejó a Grace en el estudio de fotografía donde trabajaba, buscando exteriores para rodajes de películas y preparando sets, y se dirigió hacia las afueras de Jackson, hacia el valle que había más allá del pueblo.

Llevaba una semana allí, pero las montañas seguían sorprenderla. Bueno, sorprender no era la palabra; la maravillaban. Le hacían sentir reverencia. Hacían que se sintiera pequeña, y eso le gustaba. Aunque no tuviera la estatura de una modelo, medía un metro setenta centímetros y siempre destacaba. Ojalá fuera más bajita, como Grace. Ojalá pudiera esconderse entre la gente, en vez de sentirse siempre demasiado alta y torpe. Tenía un cuerpo que estaba bien, pero no sabía nada de ropa, ni llevaba tacones. No sabía maquillarse sin la ayuda de Grace, y siempre iba en vaqueros y camiseta.

Sin embargo, eso ya no tenía importancia. Ya no estaba en Texas, donde las chicas nacían con un peinado perfecto y las uñas pintadas, y con la capacidad innata de andar en tacones incluso antes de saber gatear. Aquello era Wyoming, y ella trabajaba en un pueblo fantasma.

Con una sonrisa, giró el volante hacia una carretera que llevaba a un rancho, y oyó la gravilla golpear en el chasis del coche. Allí no podía ponerse otra cosa que no fueran pantalones vaqueros y camisetas; tal vez, cuando el museo estuviera en marcha, sí podía cambiar de indumentaria, pero, por el momento, su lugar de trabajo era un pueblo de casas destartadas de madera gris que la esperaban cada día como si fueran una aventura.

Bueno, en realidad, aquel pueblo no le pertenecía, pero sonrió de nuevo al ver la aguja de la iglesia a lo lejos. La carretera volvió a descender hacia el valle, y la iglesia desapareció.

Solo llevaba trabajando una semana allí, pero ya adoraba el lugar. Era solitario y algunos dirían que, incluso, triste.

No era más que un pequeño grupo de dieciocho edificios dispersos, la mitad de ellos derrumbándose sobre sí mismos, pero, cuando Merry tomó la última curva del camino y el pueblo apareció ante su vista, dio un suspiro de alivio.

El pueblo se llamaba Providence y, para ella, era mucho más que la providencia.

El destino había querido que encontrara trabajo en aquella parte de Wyoming, cuando su mejor amiga se había ido a vivir allí hacía menos de nueve meses. Y era una suerte increíble que la hubieran contratado con tan solo un año de experiencia trabajando en el museo de un pueblo pequeño. Todavía era una novata, pero la Fundación Histórica de Providence había creído en ella, e iba a hacer que sus patronos se sintieran orgullosos. Ella misma iba a sentirse orgullosa.

Se detuvo en uno de los parches de terreno desnudo y endurecido que bordeaban un estrecho camino de tierra y salió del coche. El ruido de la puerta al cerrarse resonó por el prado que se extendía a su espalda. Frente a ella estaba Providence, que no era más que un camino ancho invadido por la hierba y algunas artemisas y rodeado de edificios dispersos. Más allá del pueblo se elevaban colinas cubiertas de álamos temblones.

Merry respiró hondo e inhaló el aire más puro que hubiera respirado nunca. Aquel era un buen lugar para ganarse la vida. No podía fallar, lo sabía. Aquel pequeño pueblo de Wyoming era el lugar más hermoso que había visto jamás.

Echó hacia atrás el bolso que se había colgado del hombro y empezó a recorrer el sendero, a través de la hierba.

Aparte del amor que le había tomado a Providence, no podía permitirse el lujo de fracasar en aquel momento. Tenía treinta años, y llevaba toda la vida flotando, como si fuera una pelusa de diente de león. Algunas veces había puesto los pies en la tierra, había tenido trabajo un año o dos. Cajera de banco, comercial, crupier de blackjack, paseadora de perros. Incluso había ido a una escuela para aprender peluquería, pero, de aquella experiencia, lo único bueno que había sacado era su amistad con Grace.

Así pues, se le daban bien todos los oficios y, aunque no hubiera llegado a especializarse en nada, era muy trabajadora. No era perezosa ni tonta. Aunque sus primos le hubieran puesto el apodo de Merry la Vaga hacía unos años. Aunque su madre, cuando se había comprado un piso nuevo, le hubiera explicado con tacto que solo tenía una habitación y que no iba a poder volver a alojarla.

Eso le había dolido. Ella solo había ido a vivir con su madre una vez, durante unos meses, pero eso había sido cuatro años antes.

-Pero ¿qué dices? ¿Por qué me dices eso?

-Solo quería que lo supieras, cariño. Ya no puedo hacer de red de seguridad.

Red de seguridad. Como si ella fuera una trapecista de circo con un historial horroroso.

Bueno, en realidad, también había ido a casa de su madre varias veces después de la universidad, pero siempre habían sido estancias cortas. Y... Sí, vivía la vida al día, al contrario que sus primos, que eran atractivos y estaban muy motivados, y ganaban mucho dinero. Las reuniones familiares eran un poco dolorosas, pero ella podía lidiar con eso. Con lo que no podía lidiar era con su nueva duda. Demonios, su madre

siempre había sido un espíritu libre, pero ahora parecía que incluso ella estaba preocupada.

Como tuvo que entrecerrar los ojos debido al sol brillante de la mañana, Merry pisó sin querer una flor silvestre, alta y de color púrpura, que estaba justo en el medio del camino.

A lo largo del año anterior, lo que había comenzado como una inquietud se había convertido en una irritación constante. Un grano de arena debajo de la piel. Lentamente, las partículas de ansiedad y miedo habían empezado a acumularse a su alrededor, justo encima de su esternón. Aquel grumo le presionaba el pecho y, a aquellas alturas, ya era como una piedra que notaba cada vez que tragaba.

Ella siempre había sido feliz, y siempre había pensado que, algún día, tropezaría con lo bueno de la vida. Con el puesto que convertiría el trabajo en una pasión. Con el amor que transformaría su vida de soltera en algo lleno de alegría.

Sin embargo, eso no había sucedido, porque esas cosas no sucedían como por arte de magia. Así que había llegado a la conclusión de que continuar con aquella actitud solo iba a servirle para pasar más años flotando por la vida, sin sentido y sin ataduras, mecida por el viento, conforme con dejarse llevar.

Aquello había terminado. En aquella ocasión, las cosas no iban a ser así. En Providence, no.

Merry subió con seguridad los escalones de madera del robusto porche de la primera casita. Abrió la puerta y miró disimuladamente la entrada, por si había arañas en el camino.

Aunque Providence solo fueran dieciocho edificios destartalados rodeados de maleza y montañas ásperas, ella iba a convertirlo en un destino turístico, en una fascinante parada. El pueblo tendría un museo pequeño y pintoresco. Iba a hacerlo. Aquel pueblo iba a ser su triunfo.

Aquel pueblo iba a ser su Waterloo.

Había pasado otra semana, y ella se estaba volviendo loca. El patronato de la Fundación Histórica de Providence estaba compuesto por cinco personas encantadoras que tenían más de sesenta años. Dos de las mujeres habían estado casadas con el fundador, Gideon Bishop. No al mismo tiempo, por supuesto. Su primera esposa había estado casada con él cuarenta años, aunque también había una esposa anterior a ella en alguna parte. La tercera esposa solo había pasado cinco años con él, pero estaban casados cuando él murió, y parecía que, por ese motivo, ella tenía un lugar de honor en el patronato. Al menos, en su opinión. Los otros tres eran hombres que afirmaban haber sido el mejor amigo de Gideon en algún momento.

Las reuniones podrían ser como encantadoras reuniones familiares que se producían cada dos semanas, pero eran como una obra de Teatro Pasivo Agresivo. No

eran capaces de ponerse de acuerdo en nada, ni siquiera de recordar el mismo suceso de la misma manera.

-Por favor -les rogó Merry por tercera vez aquel día-. Necesito hacer algo. Algo.

La exmujer Jeanine asintió.

-Bueno, puede hacerse cargo de los archivos.

-Sí, bueno, es que terminé de organizarlos hace una semana.

-Ah -dijo Harry-. ¿Sabe quiénes podrían ayudarnos? Los de la Fundación Histórica de Jackson. Seguro que tienen todo tipo de fotografías e historias que...

-Sí -dijo Merry, aunque se sintió culpable por interrumpir a su interlocutor-. Por supuesto que sí. Me lo indicaron la semana pasada y estuve allí durante horas, pero parece que Gideon ya había hecho todo ese trabajo, y no encontré nada nuevo.

-¿Y en la biblioteca? -preguntó la tercera esposa, Kristen.

-Sí, eso, también -respondió Merry, intentando sonreír-. Estoy consultando todos los libros de historia de la zona que he podido encontrar, pero...

Levi Cannon dio una palmada en la mesa, y ella se sobresaltó.

-¡Ya sé! ¡La Fundación Histórica de Teton County!

Merry se animó. Aquel lugar no lo había visitado todavía. Sin embargo, la emoción se apagó rápidamente.

-Iré a consultar sus fondos, pero... ustedes me trajeron aquí para fundar un museo que atrajera a la gente a Providence. Eso era lo que quería Gideon, ¿no? Y eso es lo que quiero yo también. Puedo hacer copias de las fotografías y recabar más información sobre los fundadores del pueblo y sobre la riada que lo destruyó, pero eso no va a atraer a la gente. Necesito que se restauren los edificios. Que se arregle la carretera. Que se construya un aparcamiento. Tenemos que hacer planes. Contratar trabajadores. Hacer algo.

La tercera esposa, Kristen, carraspeó y miró a Harry, que, a su vez, miró a Levi.

-Bueno... -dijo Levi. Se sacó un pañuelo del bolsillo y se enjugó el sudor de la nuca-. Verá, señorita Kade, hay un problemilla.

-¿Un problemilla? -preguntó Merry, con una punzada de ansiedad. Fue como un escalofrío que le recorrió los brazos hasta los dedos a la vez que la invadía la sospecha de que no estaba a la altura-. ¿De qué problema se trata? ¿Es por mi currículum? Sé que solo tengo dos años de experiencia, pero les prometo que no van a encontrar a nadie con más vocación. Ya adoro Providence como si fuera de aquí. Si...

-No, no -dijo Jeanine-. Usted ha sido una adquisición muy barata. No podíamos permitirnos contratar a nadie con más experiencia, con el... ¡Ay! -chilló Jeanine. Después, fulminó a Kristen con la mirada-. ¿Me has dado una patada?

-¡Eres una maleducada!

Pero a ella no le importó. Ya sabía que era un chollo. O una imitación barata de alguien que sabía lo que estaba haciendo. Sin embargo, era demasiado feliz por estar allí como para que eso le importara.

-¡Fue idea de Levi! -exclamó Jeanine.

-¿El qué? -preguntó Merry, mientras los demás trataban de acallar a la mujer.

Sin embargo, Levi suspiró, volvió a secarse el sudor de la nuca y guardó el pañuelo en su bolsillo.

-Hay una pequeña demanda.

-¿Una pequeña demanda?

-Bueno.... Aparte del terreno en el que se alza Providence, Gideon le dejó el resto de las tierras a su nieto. El chico no quiere el pueblo, pero está luchando contra la fundación, así que el dinero está un poco... paralizado, por el momento.

-¿Cuánto tiempo? -preguntó ella, entrecerrando los ojos.

Todos ellos se movieron con incomodidad en sus asientos y se miraron de nuevo.

-No estamos seguros -dijo Jeanine.

-Pero... ¡No lo entiendo! ¡Me trajeron aquí para trabajar!

-Bueno, sí -respondió Jeanine, con una sonrisa comprensiva-. Por supuesto, pero... La decisión de contratarla fue un movimiento estratégico.

Kristen soltó un resoplido.

-¡Fuiste tú quien lo decidió!

Jeanine la fulminó con la mirada.

-El juez desbloqueó una pequeña cantidad de la fundación para pagar los gastos administrativos. Todos decidimos que lo mejor que podíamos hacer era seguir con los planes de Gideon o, por lo menos, aparentar que continuábamos. Eso nos da una posición de poder. La posesión tiene efectos jurídicos, y todo eso.

-Aparentar -murmuró Merry, que se sentía tan conmovida, que no podía decir nada más. Lo único que querían era utilizarla para aparentar algo. Aquella no era su gran oportunidad de tener éxito, sino solo, un movimiento en una batalla legal.

Marvin se inclinó hacia delante y carraspeó.

-Usted no tiene que preocuparse por nada de esto. Tiene su sueldo. Deje que estos idiotas sigan perdiendo el tiempo, y haga lo que pueda.

-¿Con qué? -le espetó ella-. ¿Con los matojos que ruedan por ahí?

-¡Eres idiota, Marvin Black! -chilló Kristen-. Tú eres el que le llenó a Gideon la cabeza de tonterías. ¡Todas tus grandes ideas del patrimonio histórico!

-¡Bah! Si no eres capaz de mantenerte con todo lo que te dejó, es que eres una manirrota. Gideon quería dejar un legado.

-Legado -dijo Kristen, con desprecio-. Más bien, una qui jotada.

-Y, si piensas eso, ¿por qué estás aquí?

Merry los observó mientras se hacían reproches el uno al otro, pero, en realidad, no estaba escuchando. Le daba vueltas la cabeza.

-¿Qué se supone que tengo que hacer yo? -preguntó, a nadie en concreto.

Respondió Levi.

-Vamos a tratar de desbloquear más fondos para usted el mes que viene. Mientras, debería ir a visitar la sociedad histórica del condado, a ver qué encuentra -le dijo.

Le dio una palmadita en la mano para despedirla, y Merry se dejó despedir.

Se puso de pie y salió al porche delantero de la casa en la que había vivido Gideon Bishop toda su vida. Había muerto allí, en los amorosos brazos de Kristen, según ella misma, y había dejado una herencia que a nadie le importaba demasiado. Gideon solo había tenido un hijo en su primer matrimonio, que se había separado de él hacía décadas. Y tenía dos nietos con los que no había hablado durante muchos años. Gideon había terminado acumulando mucho más dinero del que podía necesitar una persona, y lo había dedicado todo a aquel estúpido pueblo fantasma. Como ella misma.

Pero ella se había equivocado. Había creído que la fundación la había contratado porque creían en ella. Su llamada la había dejado sorprendida, anonadada. Y muy feliz. Sin embargo, en aquel momento, se había dado cuenta de que la pasión que había mostrado por el trabajo había eclipsado las incoherencias que se reflejaban en su currículum. La carta que les había escrito los había dejado conmovidos, y la habían elegido para devolverle la vida a Providence.

O... la habían elegido porque era la opción más barata para pasar por una fundación legítima ante un juez. No creían en ella ni lo más mínimo. No era más que un cero a la izquierda. Y aquello sería otro fracaso en su vida.

Bajó los escalones y corrió hacia su coche, porque quería escapar de allí antes de empezar a llorar. Las lágrimas se le cayeron antes de cerrar la puerta.

A ellos no les importaba nada que ella tuviera éxito allí. Su intención nunca había sido que hiciera nada de nada.

-Esos viejos... asquerosos -murmuró. Ni siquiera pudo llamarles algo más fuerte, lo que realmente se merecían. No era lo suficientemente dura. Ella solo era una pelusa de diente de león que iba flotando por el aire.

Con enfado, metió la marcha atrás y apretó el acelerador. Aquel era un buen sitio para dar rienda suelta a sus emociones con una carrera salvaje. Después de todo, estaba en mitad de ninguna parte, en una pista de tierra. No había nada, salvo artemisas y...

Se oyó un golpe fuerte que interrumpió sus pensamientos y le encogió el estómago. Frenó en seco, avanzó un poco hacia delante y salió del coche. Miró la hierba seca del borde del jardín.

Había derribado el buzón. Era un buzón de madera con el apellido Bishop escrito en letras negras en la parte superior. Y, en aquel momento, yacía en el suelo como si fuera la víctima de un asesinato.

Oh, Dios... Miró hacia la casa. No podía dejarlo así. Parecería que lo había hecho a propósito porque la habían insultado. Y no podía volver y confesarlo, porque se había marchado airadamente, y ellos solo la habían contratado porque su sueldo era barato.

-¡Oh, Dios!

Empezó a llorar de ira y de pánico, y porque, por muy humillada que se sintiera, no podía perder aquel trabajo. No podía.

Miró el buzón. Era como si hubiese asesinado un icono muy valioso. El poste no estaba roto, así que tal vez pudiera volver a meterlo en la tierra. Lo recogió con esfuerzo y lo deslizó para meterlo de nuevo en el agujero. Encajó perfectamente.

-Gracias a Dios -murmuró.

Después de empujarlo un poco hacia abajo, lo soltó, y el buzón se ladeó hacia la izquierda. Lo tomó con ambos brazos y trató de ponerlo derecho con todas sus fuerzas. En aquella ocasión, al apartarse, vio que solo quedaba un poco torcido. Después, miró hacia la casa por última vez, entró corriendo a su coche y se marchó.

Sin embargo, mientras recorría la carretera de gravilla, observando la nube de polvo que dejaba a su paso, apretó la mandíbula y endureció el corazón.

No importaba por qué la hubieran contratado. No importaba quién pensarán que era. Había ido allí para encontrar un lugar en el mundo, y eso era lo que iba a hacer.

Shane Harcourt estaba tan cansado que no sabía si iba a poder subir los escalones de la Granja de Sementales. Llevaba dos semanas haciendo trabajos de carpintería en un rancho de Lander y una semana levantando vallados en la altiplanicie de Big Piney y, al entrar en el portal, se tambaleó.

Le dio las gracias a Dios, porque, por fin, Cole se había recuperado por completo y había dejado libre aquel apartamento del piso bajo. Aquel día, él no habría sido capaz de subir hasta el segundo. Metió la llave en la cerradura. Una cerveza. Una ducha caliente. La cama. Iba a dormir dos días seguidos. Todo un placer.

Giró la llave.

-¡Shane!

Shane pestañeó al oír a su vecina Grace saludándolo con tanto entusiasmo. Frunció el ceño y se giró, sin soltar el pomo de la puerta.

-Hola -dijo una mujer, que no era Grace.

Vio a una chica morena y alta, que llevaba una camiseta de Óscar el Gruñón y,

automáticamente, se tocó el ala del sombrero.

-Buenos días -dijo.

-Ya es por la tarde -respondió la chica.

-¿Ah, sí? -preguntó él. Ella estaba sonriendo. Tenía el pelo oscuro y la cara redondeada, y una sonrisa franca-. ¿Nos conocemos?

-¿Me lo preguntas en serio? Vaya, me siento un poco ofendida.

Shane trató de recordar los pocos encuentros sexuales que había tenido últimamente. Eran muy pocos, realmente, y estaba seguro de que no se había acostado con aquella chica.

-¿Disculpa?

-Shane, soy Merry.

¿Merry? Se la quedó mirando fijamente.

-Merry Kade. La amiga de Grace.

-Ah... Sí, claro. Merry. Hola.

A ella se le apagó un poco la sonrisa, así que Shane se esforzó más.

-Me alegro de verte. ¿Estás de visita?

-No, me he venido a vivir aquí. Por el momento estoy en casa de Grace.

-Ah, me alegro -dijo él. Estuvieron a punto de cerrársele los ojos a causa del agotamiento.

-Yo también me alegro de que hayas vuelto. Eres carpintero y vaquero, ¿no?

-No, soy solo carpintero. Vaquero, no.

-Claro que sí -dijo ella, señalándolo con un movimiento de la mano-. Mira qué botas. Y el sombrero.

-Ser vaquero es un trabajo. No tiene nada que ver con las botas, ni con el sombrero.

-De acuerdo. Entonces, eres carpintero, ¿no? -dijo ella. Cuando él asintió, Merry volvió a sonreír, y la sonrisa le iluminó la cara-. ¡Eres justamente lo que necesito!

Shane estaba demasiado cansado como para responder, así que asintió.

-¿Necesitas ayuda con alguna estantería, o algo así?

Merry se echó a reír.

-Claro, algo así.

Él sonrió forzosamente.

-De acuerdo, ya hablaremos. Mira, llevo varias semanas trabajando jornadas de doce horas, y ahora no puedo encargarme de montarte la estantería. Estoy a punto de caerme y no veo bien. Solo puedo pensar en comer algo, darme una ducha y dormir

diez horas. Bueno, quitando lo de la ducha. Eso puede esperar.

-Eh... Bueno, no te preocupes. No hay problema. La estantería puede esperar. Duerme. Y come. Y dúchate.

-Gracias, eh... Merry. Ya me pasaré en otro momento.

Entró por la puerta de su apartamento y estuvo a punto de pisar un sobre grueso que debían de haberle metido por la rendija del correo. Al ver el nombre de su abogado escrito en el sobre, lo recogió del suelo y lo dejó sobre la mesa para abrirlo después. No podía pensar en aquellas tonterías en aquel momento. Lo único peor que eso sería mantener una conversación con su madre. Ni siquiera era capaz de ser medianamente amable con una conocida.

Se dio la vuelta para pedirle disculpas a Merry antes de cerrar la puerta, pero ella ya se había metido en casa de Grace.

-Mierda.

Aquella noche, en cuanto se hubiera duchado, iría a casa de la vecina. Sin embargo, primero... Cerró la puerta, se quitó las botas y se dejó caer sobre la cama.

Capítulo 2

Grace se quedó inmóvil mientras se hacía la raya del ojo a la perfección y miró fulminantemente a Merry.

-¿Qué quiere decir eso de que va a venir Shane?

Merry la estaba mirando absorta.

-¿Cómo lo haces? No lo entiendo. Cuando yo me hago la raya del ojo, parezco una niña de cinco años que se ha disfrazado. O una alcohólica de ochenta años que trata de recuperar sus días de gloria.

-Cierra los ojos -dijo Grace, y le hizo la raya a Merry con el lápiz de ojos, rápidamente, con destreza-. Ya está. Te lo he enseñado un millón de veces. Vamos, dime por qué va a venir Shane.

Cuando Merry abrió los ojos, suspiró al verse en el espejo. Sus ojos marrones parecían mucho más grandes y del color del whiskey. Ahora que estaba viviendo con Grace, podía pedirle que la maquillara cuando quisiera. Claro que eso no iba a impedir que la línea del ojo se le emborronara dentro de una hora; su cuerpo rechazaba cualquier intento de embellecimiento.

-Necesito un carpintero -dijo mientras pestañeaba hacia su reflejo.

Después, miró el pelo de Grace. Era precioso. Lo llevaba cortado a capas y se había teñido algunos mechones de color rojo. Miró su pelo: castaño común y corriente y con la marca de la coleta que había llevado aquella mañana. Dios.

-¿Y qué? -preguntó Grace.

-Shane es carpintero. Espero que me haga el descuento de la Granja de Sementales.

-El descuento de la Granja de Sementales -repitió Grace-. No me gusta cómo suena eso. Creo que debería quedarme por aquí.

-Gracias, mamá, pero te prometo que no voy a tocar tu reserva de vodka.

-Voy a llamar a Cole para decirle que venga a recogerme más tarde.

-No. En primer lugar, Cole se va a morir cuando vea esos mechones rojos que te has puesto. Y, cuando digo que se va a morir, me refiero que va a saltar sobre ti como un vaquero domando a un potro salvaje.

-Qué bonito.

-Y, en segundo lugar, ¿qué problema tienes tú con Shane?

Grace se encogió de hombros y se inclinó hacia delante para terminar de maquillarse.

-No lo sé. Es esquivo. Demasiado distante. No soy capaz de saber lo que piensa.

-Pues a mí me parece agradable.

-Sí, por eso me voy a quedar. A ti todo el mundo te parece agradable.

-Claro que no -dijo Merry-. Y, aunque así fuera, no tienes que preocuparte por nada. Ni siquiera se acordaba de quién soy. Dudo que esté pensando en un plan para seducirme y robarme la virginidad para tener un trofeo.

Grace soltó un resoplido.

-¿Qué virginidad?

-La que me ha vuelto a salir después de dos años de abstinencia.

-Eso se arregla con un buen juguete sexual.

-No quiero hablar de eso -dijo Merry, con un gruñido-. Soy patética.

-No, claro que no. Eres prudente y selectiva, que es exactamente como yo quiero que seas.

-No soy selectiva. Lo que pasa es que no llamo la atención de nadie. Soy el proyecto de secuestro sigiloso de alto secreto del gobierno.

A Grace se le escapó una carcajada. Merry le sacó la lengua y se marchó del baño.

-Lo de Shane va en serio -le dijo Grace, mientras la seguía hasta el salón. Se puso un par de botas que a ella le habrían quedado toscas y pesadas, pero que a Grace le quedaban de un modo adorable-. Ten cuidado con él. Puede ser muy encantador. Y quítate la raya del ojo. Estás demasiado mona.

-No es necesario. Se me va a derretir la pintura dentro de una hora.

-Bueno, como quieras, pero no te dejes engatusar -dijo Grace, señalando a Merry con el dedo índice-. En serio, Merry, no quiero tener que asesinar al mejor amigo de mi novio, ¿entendido?

Llamaron a la puerta, y la conversación se interrumpió. Merry salió a saludar a Cole, pero, por un momento, él se quedó anonadado mirando el pelo de Grace.

-Hola, Merry -dijo, observando a su novia con una intensidad con la que ningún hombre la había mirado jamás a ella.

-Hola, Cole. A Grace le ha quedado el pelo genial, ¿verdad?

-Pues sí, claro que sí -dijo él.

Grace le dio una patada y, por un momento, él la miró aún con más intensidad. Después, agitó la cabeza y se recuperó. Sonrió y se giró hacia Merry.

-Bueno, y ¿qué tal está el pueblo fantasma, cariño? -le preguntó, mientras se inclinaba para darle un beso en la mejilla-. Sigue sin gustarme que vayas allí tú sola.

-He estudiado las guías sobre la fauna y flora que me diste. Si se me acerca una serpiente de cascabel, puedo identificarla en menos de dos segundos, lo juro.

Él le guiñó un ojo.

-Bien.

-¿Sabéis una cosa? Vosotros dos sois peores que unos padres. Mi madre nunca ha sido tan protectora.

Cole le dio un golpecito en el brazo.

-Yo nunca he tenido una hermana pequeña.

-¡No soy tu hermana pequeña! Caramba. Vamos, vete a demostrarle a tu novia lo muchísimo que te gusta su pelo pelirrojo. Nos vemos después.

Cole tiró de su novia hacia la puerta, pero Grace se resistió para hacer una última advertencia:

-Ten cuidado con ese tío.

-¡Te prometo que no va a haber ningún problema!

Nunca lo había. Merry cerró la puerta cuando salió Grace y fue al baño para darse brillo de labios y cepillarse el pelo. Con el toque profesional que le había dado su amiga en los ojos, estaba casi guapa. Y la camiseta de Óscar el Gruñón la favorecía.

Llamaron a la puerta. Merry abrió con una sonrisa, pero se quedó asombrada al ver a Shane Harcourt.

Claramente, se había duchado. Ya no tenía la barba de varios días que le oscurecía la mandíbula, y todavía tenía mechones de pelo negro húmedos pegados a la nuca.

-Hola, Merry -le dijo, y ella tuvo la sensación de que quería demostrarle que se acordaba de su nombre. Eso no era muy halagador. Cuando ella había estado de visita en Jackson, el otoño anterior, habían estado juntos durante tres horas en la fiesta de cumpleaños de Grace. Sin embargo, parecía que no había sido tiempo suficiente como para causarle una impresión.

-Tienes mucha mejor cara -le dijo ella, invitándolo a entrar.

-Pues sí, gracias. Siento lo de antes -respondió él, y le lanzó aquella sonrisa encantadora de la que Merry ya había oído hablar-. Estaba que me moría.

-Sí, parecías un ganadero que había estado en el campo varias semanas seguidas.

A él se le apagó la sonrisa. Vaya, era experta en hacerles eso a los hombres.

-Bueno, y ¿dónde está la estantería?

-No hay ninguna estantería.

-¿Eh? -preguntó él, mirando a su alrededor-. Me habías dicho que querías que te

ayudara a montar una estantería.

Ella se fijó en su trasero cuando él no estaba mirando. Era una suerte que los vaqueros nunca llevaran aquellos horribles pantalones tan anchos y sueltos que estaban de moda. Y Shane era especialmente afortunado, porque mostraba su trasero duro y firme con un par de Levi's oscuros.

Merry carraspeó.

-No, fuiste tú el que dijo que yo quería que me ayudaras a montar una estantería.

-De acuerdo. ¿Qué pasa? -preguntó él, con recelo. Seguramente, temía que ella se le fuera a insinuar. Siempre era muy incómodo tener que luchar contra la chica del piso de al lado.

-¿Nos sentamos?

Él, con cara de desconfianza, se sentó en el sofá. Si supiera que ese sofá era su cama, se sentiría aún más incómodo. Merry disimuló una sonrisa y se sentó a su lado.

-Necesito un carpintero para un trabajo más grande que montar unas baldas.

-¿Ah, sí? No creo que Rayleen te permita hacer ninguna reforma. Es una casera muy estricta.

-A mí no se me ocurriría enfadar a Rayleen -dijo Merry, estremeciéndose al pensar en que la tía abuela de Grace pudiera molestarse-. Necesito que hagas una reforma, sí, pero no se trata de un apartamento, sino de rehacer un pueblo fantasma.

-¿Un pueblo fantasma? -repitió Shane, pestañeando-. ¿Cómo?

Al ver su cara de incredulidad, Merry se echó a reír.

-Ya sé que parece una locura, pero es un pueblo fantasma que se llama Providence. ¿No te suena?

-Creo... Me parece que sí.

-Está al norte de Gros Ventre. Me han contratado para que lo convierta en un museo.

-¿A ti?

¿Qué ocurría? ¿Acaso estaba todo el pueblo confabulado para destruir su confianza en sí misma?

-Sí, a mí. Va a ser espectacular, de verdad. Aunque sea raro decir que un pueblo fantasma es algo emocionante, para mí sí lo es.

-Sí, eso ya lo veo.

Merry se dio cuenta de que se había agarrado las manos y se había inclinado hacia él.

-Es un sitio increíble, de verdad. El sitio más bonito del mundo. Si aceptaras el trabajo, te darías cuenta de que...

-¿Qué trabajo?

-Quiero contratarte para que empieces la restauración.

Shane se echó hacia atrás y se quedó mirándola un largo instante. Después, inclinó la cabeza y la apoyó en el respaldo del sofá. Clavó la mirada en el techo.

-Tú quieres contratarme a mí.

-Bueno, es que no conozco a muchos carpinteros en Jackson -dijo Merry. Ni en Jackson, ni en ninguna otra parte, en realidad-. Además, eres el mejor amigo de Cole, y yo solo necesito esa recomendación.

-Merry... Lo siento, pero estoy un poco perdido. ¿Qué estás haciendo exactamente aquí, y por qué estás trabajando en Providence?

-¡Ah! Claro. Te has perdido las primeras semanas de esto. Estuve un tiempo buscando trabajo aquí, en Jackson. Me encantó la primera vez que vine a ver a Grace, y quería estar cerca de ella, claro.

«Y mi madre se ha comprado un piso de una sola habitación y me ha dicho que no la moleste más».

-Por desgracia, no sé esquiar, ni nada que tenga que ver con el esquí, así que no podía forjarme una carrera profesional en ese campo.

-Ah. Ya.

-Pero, cuando vi este puesto... Fue el destino. Yo ya había trabajado para un museo histórico en un pueblo durante un año, ¿te acuerdas? -le preguntó ella. Por supuesto, él no se acordaba, pero asintió-. Así que envié mi currículum y...

No quería terminar la historia. Ya no le hacía feliz. Se le aceleraba el pulso, sí, pero no era de emoción y orgullo, sino, más bien, a causa de la ira. Y de la vergüenza. Y de la desesperación. Y no quería que él se diera cuenta de todo eso.

-¡Y aquí estoy! -terminó con una sonrisa.

-Aquí estás. Y quieres que te ayude a reconstruir un pueblo fantasma para que se convierta en un museo.

A él no le parecía muy emocionante. De hecho, lo que parecía en realidad era que estaba agotado. Volvió a cerrar los ojos.

-¿Estás bien, Shane? -le preguntó ella, y le puso una mano sobre la frente para ver si tenía fiebre. Sin embargo, cuando él abrió los ojos y la miró boquiabierto, se dio cuenta de que había invadido su espacio personal.

-Lo siento. Es que parece que te encuentras mal.

-Estoy bien -replicó él en un tono tirante.

Merry se preguntó por aquel encanto que había mencionado Grace; parecía que ella no se lo merecía. Sin embargo, no importaba, porque no era eso lo que necesitaba en aquel momento. Lo que necesitaba era un hombre con un martillo.

-Bueno, ¿aceptas el trabajo?

Él hizo un gesto negativo.

-No tienes ni idea de lo que me estás pidiendo -dijo.

Antes de que ella se imaginara a qué podía referirse, carraspeó y se inclinó hacia delante, con las manos agarradas entre las rodillas.

-El verano es la temporada de más trabajo para mí. Solo tengo unos meses para hacer todo el trabajo al aire libre, y hay mucho.

-Ah. Sí, claro. Eso no lo había pensado -dijo ella.

Se le encogió el corazón. Había tenido la ingeniosa idea de pagar a un carpintero con parte de su salario, pero, de repente, ya no era tan ingeniosa. Shane estaba ocupado en verano. Por eso estaba tan cansado. Y, seguramente, todo el mundo tenía la misma carga de trabajo. Y eso significaba que nadie tenía ningún motivo para aceptar su proposición de cobrar «la mitad ahora y la mitad cuando termine el trabajo».

-Mierda -susurró, y se desplomó sobre los cojines del sofá.

-Además, yo no sé nada de restauración. Eso es un trabajo para especialistas.

-Esa parte es la más fácil -murmuró ella-. Necesito arreglar el porche de la taberna. Ahora no es seguro subir, y es mi edificio favorito. Creo que será una verdadera atracción. En aquel tiempo no había muchos salones en esta zona, porque la mayoría de los colonos eran mormones. He leído algunas historias estupendas sobre ese sitio.

-Tienes una taberna en la puerta de al lado -dijo él, señalando con la mano en dirección al Crooked R, el establecimiento en el que Rayleen reinaba con muy poca benevolencia.

Ella se encogió de hombros.

-No es lo mismo.

-Mira, acabas de empezar. Esta es la temporada alta para todo el mundo de la construcción. Vas a tener que conformarte y esperar. Yo creo que este año no vas a poder hacer nada, así que te aconsejo que lo planifiques todo para el año que viene.

Oh, Dios, la idea de pasarse varios meses así... Durante el invierno ya se le habían terminado las cosas que hacer. Tal vez debiera empezar a hacer la página web, pero en eso no iba a tardar más de un mes, y ni siquiera podía publicarla, porque Providence todavía era un sitio demasiado peligroso como para acoger visitantes.

Tal vez pudiera diseñar los letreros que iban a figurar en cada uno de los edificios. Sí, eso sería divertido. Después, los metería en un almacén hasta dentro de dos años, cuando se restaurara el primero de los edificios. Y, a lo mejor, dentro de cinco años podía celebrarse una ceremonia de inauguración, suponiendo que el proyecto no hubiera quedado anulado por una sentencia judicial.

No. Tenía que conseguir que aquello funcionara, e iba a empezar ahora. Tenía que conseguir el éxito antes de que los miembros del patronato se dieran cuenta de que su

estrategia no servía para detener el pleito y la despidieran. O antes de que se retirara la demanda y ellos decidieran contratar a un comisario de verdad.

-Tengo que seguir adelante -dijo ella-. ¿No conoces a nadie que pueda ayudar, aunque solo sea unas horas a la semana? ¿Por favor?

-¿Qué planes tienes, exactamente? ¿Clavetear algunos tablones y empezar a traer turistas?

-¡No! No se trata de eso. Ni siquiera se va a cobrar entrada. Solo habrá una caja para donativos. Solo necesito...

Necesitaba afirmación. Progreso. La prueba de que no era una fracasada.

-Es un sitio maravilloso -continuó-, y la gente ni siquiera sabe que está ahí. Quiero empezar a compartirlo con la comunidad. Es una parte importante de la historia de este lugar -dijo. Y eso también era cierto.

Miró a Shane con la esperanza de encontrar en su rostro una expresión comprensiva, pero solo advirtió frustración. O ira. No... tenía que ser frustración. Shane intimidaba un poco y, en aquel momento, no resultaba nada encantador, ni lo más mínimo. Cole era tan tranquilo y relajado, que ella no entendía cómo era posible que estuviera tan unido a Shane. Aunque tal vez fuera eso, precisamente, lo que los unía.

Sin embargo, cuando ella había estado hablando con Shane durante la fiesta de cumpleaños de Grace, él no estaba tan tenso. Era muy mono. Bueno, seguía siéndolo; era tan mono, que la ponía nerviosa, como cualquier otro chico mono.

-Bueno... A lo mejor puedo pasarme por allí algunas tardes -dijo él, por fin, pronunciando lentamente las palabras.

-¿De verdad? -preguntó Merry, con una voz muy aguda. Al ver que él asentía, lo abrazó con fuerza. Shane se quedó asombrado, pero le devolvió el abrazo-. ¡Gracias! ¡Gracias! ¿Quieres ir a verlo? Podemos ir ahora mismo.

-¿Ahora?

-Claro. Todavía quedan dos horas de luz. Vamos a echar un vistazo para que sepas qué trabajos vas a tener que hacer.

Él miró hacia la derecha, como si estuviera viendo a través del tabique que los separaba del Crooked R y sus jarras de cerveza fría.

-Te invito a una cerveza cuando volvamos -le ofreció ella, con una voz de flirteo.

-No, no es necesario -dijo él-. Venga, vamos a terminar con esto.

Extrañamente, para Merry aquel triunfo tuvo un sabor a orgullo pisoteado, pero sonrió aún más.

-Muy bien. Voy por mis llaves.

Él se empeñó en seguir a Merry en su propio coche. O, más bien, ella podía pensar que la seguía, porque, en realidad, él sabía perfectamente dónde estaba Providence. Su padre lo había llevado allí cientos de veces cuando era pequeño. Se pasaban todo el día por aquella zona y, algunas veces, dormían en una tienda de campaña a orillas del riachuelo que discurría por el cañón, entre peñascos.

Cuando era niño, Providence le parecía un sitio desolado y le daba un poco de miedo. Era un sitio abandonado por la gente. Sin embargo, aquella desolación había ido convirtiéndose en algo parecido a la reverencia. Para un niño, era algo sagrado y deliciosamente olvidado por todos. No era un sitio para convertirlo en otro parque temático para turistas. Dios Santo, ¿no había ya suficientes sitios de ese tipo?

En aquella ocasión, cuando los picos de los tejados de las casas aparecieron ante él, no sintió reverencia. No sintió... nada. Nada, salvo irritación por el hecho de que el pueblo le estuviera causando molestias.

Merry estaba mirando por el espejo retrovisor cuando tomaron la curva para entrar a la pista de tierra. Había mirado mucho por el retrovisor durante el camino, como si quisiera asegurarse de que él no la dejaba plantada.

Se había comportado de un modo desagradable, lo sabía, pero Merry lo había dejado alucinado con sus noticias. Merry era la mejor amiga de Grace. Era una chica simpática que sonreía demasiado y llevaba camisetas bobas. No se peleaba con su amiga dura y salvaje de la gran ciudad. ¿Cómo era que, de repente, se había convertido en la vecina de al lado y le estaba pidiendo que la ayudara a echar a perder su lugar favorito de la infancia?

Cuando ella frenó, él se detuvo a su lado y salió del coche. Merry estaba casi botando de emoción.

-¿A que es genial? -le preguntó.

-A mí me parece un montón de edificios en peligro de ruina.

-¡Eso es porque no conoces la historia del pueblo! No sabes lo que tuvo que hacer la gente para construir este sitio, para encontrar una vida en medio de esta tierra, ni las tragedias que los trajeron hasta aquí. Este sitio está vivo, Shane. Lo único que pasa es que está... dormido.

-Más bien, momificado -replicó él.

Sin embargo, ella lo ignoró y lo tomó del brazo.

-Ven, te voy a enseñar la taberna. Está en buen estado, aparte del porche.

Shane se dejó guiar e intentó no dejarse llevar por la sensación de *déjà vu* al acercarse al primer edificio. La emoción de Merry era contagiosa, y él sintió algo muy parecido a lo que sentía de niño cuando iba por allí. El aura misteriosa del lugar. Sabía que pronto empezaría a salir serpientes y lagartos de los cimientos de las casas. ¿Quiénes habrían caminado por allí, qué sheriffs y qué forajidos y qué tipo de gente

habría puesto los pies en Providence? Por supuesto, cuando se preguntaba aquello, no era más que un niño. No sabía cuál era la excusa de Merry, pero no le gustaba la sensación y giró los hombros para relajar un poco la tensión.

-Aquí es -dijo ella.

Su indicación no era necesaria. Aunque no hubiera sabido que era el salón, había un antiguo letrero colgado del porche.

-Entonces, ¿a ti te parece que está en buen estado? -le preguntó.

-Pues sí. Mira el almacén de al lado.

Él se acercó al porche y cabeceó.

-No puedo arreglarlo solo con madera nueva, Merry. Esto es más complicado. Querrás utilizar madera reciclada y...

-¡Eso ya lo sé! No soy una novata. Puedo ocuparme de todo. Solo necesito tu ayuda.

Shane se volvió hacia ella y la miró. La miró por primera vez, de verdad, desde que ella le había pedido ayuda. Miró más allá de su sonrisa, de la cara redondeada y dulce y de las mejillas rosadas. Tenía unos ojos marrones comunes y corrientes, pero, al mirarlos bien, uno se daba cuenta de que mostraban todos sus sentimientos... Y, en aquel momento, lo que sentía era preocupación.

-¿Qué pasa aquí, Merry?

-¿A qué te refieres? Quiero contratar a un carpintero. A ti. Estoy haciendo mi trabajo.

-Entonces, ¿es que este sitio es tuyo? ¿Puedes hacer lo que quieras?

Él sabía perfectamente que esa no era la situación, pero necesitaba saber cuál era su intención.

En vez de responder, Merry se giró, se cruzó de brazos y siguió caminando por la carretera. Interesante. Shane la siguió. Cuando ella se detuvo de nuevo y se volvió hacia él, la preocupación había desaparecido de su semblante y estaba fresca como una lechuga.

-Creo que deberíamos abordar todo esto por fases. En primer lugar, necesito saber si el edificio es seguro. El suelo y los techos... si no son seguros, necesito saber cuánto costaría asegurarlos. Eso sería el primer paso. En segundo lugar, me gustaría ver cuáles son los arreglos más urgentes. Creo que el porche, que se está hundiendo, y los agujeros del techo. Ese tipo de cosas. Y, en último lugar, necesito saber cuánto costaría una restauración.

-¿Una restauración? Merry, yo no tengo tiempo para...

-Sí, eso ya me lo has dicho. Pero no estamos hablando de una restauración completa. Tendría que seguir siendo un poco decrepito. Nadie quiere venir a un pueblo fantasma y ver un salón flamante.

-Decrépito -repitió él con cansancio-. ¿Eso es un término oficial?

-Pues, a partir de ahora, sí. Al final del pueblo hay un cobertizo lleno de madera vieja que se ha caído de los edificios. Nada de madera nueva, así que ten cuidado con las arañas. Yo intento no entrar en ese cobertizo. Es como... un hormiguero de arañas.

-¿Un...? -murmuró Shane, pero se quedó callado al darse cuenta de que iba a adentrarse más en su extraña mente si repetía lo que le decía. Cabeceó y dejó aquel tema-. Bueno, ya veo que lo has pensado bien.

-Sí. Es mi trabajo -dijo ella, y elevó un poco la barbilla, como si esperara que la contradijera. No estaba sonriendo, y su boca era más ancha en reposo. Más carnosa, más misteriosa.

Shane se metió las manos en los bolsillos y miró los edificios.

-¿Cuándo tienes pensado abrir este sitio, Merry?

-El año que viene -respondió ella, alzando aún más la barbilla.

El próximo año. Él no podía permitirlo. Tenía que parar aquello.

-Muy bien -dijo-. Entonces, haré lo que pueda.

Ella dejó a un lado su falsa fanfarronería y se puso a saltar como una niña.

-¿De verdad?

-Sí.

-¡Gracias, Shane!

Se abalanzó sobre él y, automáticamente, Shane la abrazó. Y, también automáticamente, se percató de lo dulce y femenino que era su olor, en contraposición al olor de los hombres con los que había estado dos semanas trabajando en el rancho. Después, con cuidado, la soltó.

-Voy a echarle un vistazo a la madera que hay en el cobertizo. ¿Quieres venir conmigo?

-¡No! El hormiguero de arañas, ¿no te acuerdas?

-Ah, ya.

Dios, era difícil. Pero tenía información que él necesitaba, así que él se tocó el ala del sombrero y asintió.

-Ya me ocuparé yo de las arañas. Después, vamos a echarle un vistazo a la taberna.

-¡Gracias! -gritó ella.

Shane intentó no sentirse culpable y se alejó. Merry había caído en mitad de algo que no podía entender, y eso no era culpa suya. Apretó la mandíbula y echó a andar.

Capítulo 3

-¿Dónde estuviste anoche?

Merry se despertó de repente y extendió los brazos para defenderse del monstruo que se había inclinado sobre ella. El monstruo dio un salto hacia atrás, rápidamente. Tenía el pelo rojo y la cara... ¿pálida y bonita?

-¡Ah! Si eres Grace. Qué susto me has dado -dijo Merry. Se dejó caer sobre el colchón otra vez y se encogió de dolor al notar que uno de los muelles se le clavaba en la espalda-. ¿Por qué gruñes?

-¿Dónde estuviste anoche? ¡Te llamé ocho veces! Hasta intenté que Cole se levantara y me trajera a casa.

-¿Ah, sí? ¿Y qué dijo él?

-Me... distrajo.

Merry soltó un resoplido y se tapó la cabeza con la manta, pero Grace se la apartó de un tirón.

-¡Merry! ¿Qué hiciste? ¿Te acostaste con Shane? Quiero decir que... No pasa nada. Puedes contármelo. No me voy a enfadar.

Merry percibió la violencia contenida del tono de voz de su amiga, y sonrió.

-¿Me prometes que no te vas a enfadar?

-Sí -respondió Grace, entre dientes, con una sonrisa forzada.

-Oh, Dios mío -dijo Merry, riéndose-. ¡Qué mal se te da mentir! No, no utilicé mi irresistible atractivo sexual para traerme a Shane al sofá para pasar una noche de sexo incómodo.

-¡Lo que me preocupaba no era que tú utilizaras tu atractivo!

-Está bien. No, Shane no me ha conquistado con sus conocimientos de la saga de *La guerra de las galaxias* mientras se caía accidentalmente sobre mí con el pene fuera.

-¡Merry, esto va en serio! ¿Dónde estabas?

Al final, Merry tuvo que aceptar que no iba a conseguir dormir más. Se levantó y fue hacia la cocina para preparar el café.

-Estuve en Providence, y allí no hay cobertura. Después, me quedé sin batería. Algunas veces tengo dos barras de cobertura y, otras, ninguna. No sé por qué será. ¿Las

nubes? ¿El viento? ¿Qué...

-De acuerdo, de acuerdo, ¿y después, qué?

-Grace, ¿qué te pasa? En primer lugar, ¿por qué detestas tanto a Shane? Y, en segundo lugar... Hace dos años que no me acuesto con nadie. Dos años. Si, milagrosamente, consigo convencer a alguien de que se acueste conmigo, ¿no te alegrarías por mí? Tengo necesidades, ¿sabes?

En realidad, ya no las tenía. Esas necesidades habían muerto seis meses antes, cuando su consolador había muerto vibrando lentamente. Lo había sustituido con otro incluso más barato que el anterior, pero ni siquiera había comprado pilas para aquel. Lo había dejado guardado en un cajón, en su caja de cartón de colores chillones, y no había vuelto a pensar en él.

Parecía que, por fin, Grace se había calmado, porque había recuperado su estatura normal. Cuando estaba enfadada, siempre parecía que había crecido diez centímetros. Suspiró, abrió uno de los armarios y sacó las tazas para el café.

-¿Y por qué no te has acostado con nadie en tanto tiempo?

-Ya lo sabes.

-No quiero oír eso, Merry. Tienes un cuerpo increíble, eres divertidísima y eres guapa.

-No soy como tú, Grace.

-¿A qué te refieres? ¿Facilona?

-¡Sabes que no es eso! Lo que pasa es que yo... no sé qué hacer con los hombres. Hacen demasiadas bromas, y yo me comporto como si fuera su hermana pequeña, en vez de ser su fantasía sexual.

-Vamos, vamos, Merry. Los hombres no quieren una fantasía. Quieren algo real.

Merry frunció el ceño y se giró hacia la cafetera. Para Grace era fácil decir eso, porque, en realidad, ella era una fantasía. Tenía tensión, fuerza, atractivo. Intimidaba a los hombres de una forma que les excitaba.

Ella, por otro lado, era una amiga. La amiga perpetua. La chica que siempre hacía bromas graciosas y que siempre sonreía. No sabía ser sexy, y parecía que tampoco podía aprender a serlo, demonios.

-Bah, da igual -dijo al final-. No importa. Lo que quiero decir es que no tienes por qué preocuparte por lo de Shane. Preferiría que no te preocuparas, de verdad.

-Está bien. Dejo el tema. Lo siento. Es que... has venido hasta aquí por mí, y me siento como si tuviera que cuidarte.

-Tonterías, Grace. Siempre dices lo mismo.

Grace se encogió de hombros y le tendió las tazas para el café.

-Ninguno de esos tíos era lo suficientemente bueno para ti. Sabes que es cierto.

-Dios Santo, yo no soy la virgen María. Si tiene un trabajo y un pene, ya está aprobado según mis estándares. Bueno, en realidad, no me importa lo del trabajo.

Grace se echó a reír.

-Cállate. Eso no es verdad. Será mejor que no sea verdad, o estás castigada, jovencita.

Merry cabeceó.

-Tú eres la que me has dejado venir a vivir a un sitio que se llama La granja de sementales.

En realidad, el edificio de apartamentos era una casa de dos pisos que había sido una granja, la del viejo Studd. La habían remodelado y habían hecho cuatro pisos iguales, dos en el piso bajo y dos en el primero. Ella no sabía cuál era el nombre oficial, pero todo el mundo lo llamaba La granja de sementales porque la tía abuela de Grace, Rayleen, se la alquilaba siempre a hombres jóvenes y solteros. Bueno, jóvenes comparados con ella, claro.

Cuando Grace había llegado al pueblo, el año anterior, estaba en una situación difícil, y ni siquiera Rayleen había tenido valor para echarla. Había dejado que Grace se quedara unas semanas. Aunque la vieja sargento intentaba disimularlo, Merry tenía claro que Rayleen quería a su sobrina nieta. Había dejado que Grace se quedara en el apartamento, había dejado que ella fuera a vivir con Grace durante una temporada... Aunque, seguramente, La granja de sementales nunca iba a cambiar de nombre.

Merry le dio un codazo a Grace.

-Ve a ducharte mientras yo recojo la cama. Seguramente, estarás muy sucia de anoche. Lo cual me cabrea. Yo me marchó dentro de una hora, estés o no estés.

Shane caminó por la pista de tierra que atravesaba el centro de Providence. Merry estaba sentada en el porche de uno de los pocos edificios que parecían seguros. Las vigas del porche no estaban inclinadas hacia el este, y las escaleras todavía estaban en pie. Esperaba que lo hubiera elegido bien; a él no le gustaría nada que se cayera por un agujero de los tablones del suelo al espacio que había debajo y que, seguramente, estaba infestado de arañas. Lo mejor sería que revisara aquel porche, solo para estar seguros.

Ella todavía no se había percatado de su presencia, así que él aprovechó el momento para observarla. Tenía el pelo castaño oscuro; uno de los mechones le caía por la mejilla y, en contraste, su piel bronceada parecía casi pálida. Tenía una boca ancha y de color rosado, y una pequeña sonrisa en los labios, incluso aunque estuviera a solas, leyendo. Merry, que significaba alegre, era el nombre perfecto para aquella extraña chica.

Por lo menos, era lo suficientemente lista como para mantenerse protegida del sol.

Llevaba una camiseta rosa de tirantes y, en aquella altitud, los hombros se le quemarían enseguida. Era lista como para sentarse a la sombra, pero no tanto como para estar atenta a lo que la rodeaba, porque llevaba puestos unos auriculares. Como toda la gente de ciudad a la que él había conocido, valoraba más la electrónica que la belleza del entorno.

Miró hacia los picos de la cordillera Teton, que se alzaban con altivez a lo lejos, y volvió a mirar a Merry, que tenía la cabeza inclinada y observaba un aparato. No oyó el crujido de la gravilla bajo sus botas cuando él se acercó, pero él sí oía la débil melodía que surgía de los auriculares.

Shane suspiró a unos diez metros del porche, pero ella no reaccionó. Entonces, se detuvo a unos cinco metros, y carraspeó.

Al ver que ella no lo oía, tosió.

Nada. ¿Acaso Merry se ponía en situaciones tan vulnerables todos los días? ¿No sabía que en Wyoming también había chiflados y violadores? Además de los oriundos del lugar, que ya eran bastante raros y misteriosos, la zona estaba llena de desconocidos de todas partes del mundo.

Shane se irritó por su propia preocupación. Dio un golpe con los nudillos en la barandilla del porche.

-¿Hola?

Merry miró hacia arriba y dio un respingo.

-¡Ah! -gritó, y su iPad salió volando como si fuera un pájaro asustado.

Ella apartó la mirada de Shane y la clavó en el vuelo de su tableta, que superó la barandilla y cayó al suelo formando una nube de polvo.

-¡Ah! -volvió a gritar-. ¡Oh, Dios mío! ¡Oh, no!

-Lo siento -dijo él-. He intentado avisarte de que estaba aquí.

El cable de sus auriculares había quedado colgando de la barandilla.

-¿Qué? -preguntó Merry.

-No quería asustarte. Se me ha ocurrido venir hoy por la mañana para empezar...

Ella se puso en pie y bajó de un salto los tres escalones del porche para recoger su iPad.

-Lo siento -dijo-. Esto es lo único que me mantiene cuerda aquí -explicó. Al ver que sujetaba la tableta como si fuera un bebé, Shane dudó de que tuviera alguna cordura-. Creo que está bien. Funciona.

-Estupendo -dijo él, secamente.

-Sí, es estupendo, ¿a que sí? -respondió ella. Por fin, lo miró, y sonrió con ganas-. ¡Eh, Shane! No me esperaba verte aquí tan temprano.

-Ya me he dado cuenta.

Ella abrazó el iPad contra su cuerpo, y Shane intentó no fijarse en cómo se le subían los pechos y revelaban una buena expansión de escote por encima del algodón fino de su camiseta.

Intentó no fijarse, pero fracasó estrepitosamente, y vio que ella no estaba tan morena allí donde la camiseta se le había bajado. Su piel era pálida y suave, y el pecho se le elevaba ligeramente como...

-Otra vez vas vestido de vaquero -dijo ella.

Él frunció el ceño al percibir su tono de deleite. ¿Acaso pensaba Merry que aquello era Disneyland, donde la gente se disfrazaba e intentaba hablar arrastrando las palabras?

-Lo digo por el sombrero -le explicó ella.

-El sombrero es para protegerme del sol. Yo no soy vaquero.

-Claro, claro -dijo ella, moviendo la mano.

-¿Qué vamos a hacer hoy?

-¿Que qué vamos a hacer hoy? ¡Esto es muy emocionante!

Oh, Dios. Bueno. Shane respiró profundamente y siguió a Merry hacia la taberna. No sabía por qué estaba de tan mal humor. Antes no le costaba nada olvidarse de su familia y de tantos años llenos de estrés y de sentimiento de traición. Para olvidarlo, se dedicaba a trabajar, o a estar con sus amigos. Y, si eso no funcionaba, siempre estaban las mujeres. Sin embargo, aquel último año había sido muy difícil quitárselo todo de la cabeza.

-¡Tendrías que ponerte unas espuelas! -dijo ella, que iba caminando hacia atrás en aquel momento-. El tintineo animaría mucho este sitio.

Él iba a responder, pero se dio cuenta de que no sabía qué decir.

-Ah -murmuró.

Ella asintió con solemnidad.

-Sí.

De repente, Shane pensó que Providence debía de ser un pueblo fantasma de un episodio antiguo de *Twilight Zone*. Tenía que serlo. No había otra explicación para que aquella extraña mujer estuviera de repente en mitad de la zona más polvorienta de Jackson Hole. Y no había otra explicación para que se hubiera visto inmersa, sin saberlo, en el meollo de todos sus problemas.

-He traído el presupuesto -dijo él. Entonces, tuvo que dar un salto para agarrarla, porque ella se había tropezado con sus propios pies y estuvo a punto de caerse hacia atrás-. ¿Estás bien?

-¡Claro! -dijo ella, y se echó a reír de un modo extraño.

Shane frunció el ceño. Tenía la sensación de que había algo más en todo aquello,

pero no quiso preguntarle nada por si acaso solo había sido una reacción de azoramiento por su propia torpeza. Cuando notó el calor de su cintura en los dedos, se dio cuenta de que seguía agarrándola, y la soltó rápidamente.

-Bueno -dijo, y se sacó un sobre del bolsillo trasero del pantalón-. Aquí tienes el presupuesto. ¿Por qué no le echas un vistazo mientras yo voy seleccionando algo de madera, y después hacemos un plan?

Mientras él hablaba, Merry abrió el sobre y desplegó el papel. En su cara apareció una expresión de miedo y de tensión.

¿Por qué? No era su dinero. Él hubiera pensado que gastarse los fondos de una fundación sería muy divertido, sobre todo, cuando uno estaba tan emocionado con el proyecto.

-¿No es lo que esperabas? -le preguntó. Él tenía mucha experiencia y no era barato, pero tampoco pensaba que su precio por hora fuera demasiado exorbitante.

-Eh... No, no, no es eso. Es que...

Él se quedó callado, esperando a que ella le diera alguna pista de lo que estaba sucediendo. Y, como pensaba, Merry no fue capaz de soportar el silencio y se apresuró a llenarlo.

-Es que... Será mejor que empecemos por el primer edificio. Solo el porche. Y, después, con suerte...

Shane ladeó la cabeza.

-Puedo pagarte la mitad ahora y la mitad el mes que viene. Lo siento. No sé cómo lo haces tú normalmente, pero yo tengo algunos problemas para que me transfieran fondos, así que...

Vaya, qué interesante. Tan interesante, que él tuvo fuerzas, por fin, para olvidar su malhumor y ponerse encantador. Aquel era exactamente el tipo de información que necesitaba, y la necesitaba antes de que Merry entregara una factura. Entonces, a él lo despedirían en menos tiempo del que se tardaba en decir «espionaje jurídico».

Así que sonrió. Y se acercó un poco más a ella. Y puso en funcionamiento el encanto del Viejo Oeste que siempre le había funcionado con las chicas que andaban de turismo por la zona.

-¿Qué te pasa, cariño?

-¡Nada! ¡Puedo pagarte! No es eso. Es solo que...

A Merry se le cayó el sobre, y Shane se agachó para recogerlo.

Mientras se incorporaba, pasó la mirada por su cuerpo. Después de todo, aquel cuerpo no tenía nada de malo. No estaba tan delgada como las mujeres ricas que llegaban al pueblo con sus esquís y sus botas de piel. Era fuerte, alta y curvilínea. Al seguir la curva de su cadera, se preguntó sin querer cómo sería desnuda, y se quedó absorto un momento, hasta que recordó que tenía que seguir siendo encantador y

sonrió.

-¿Es solo qué? -preguntó.

-Es que... Los patronos están...

Él ladeó la cabeza y la miró fijamente a los ojos mientras le entregaba el sobre. Sus dedos se rozaron, y él dejó que los suyos descansaran sobre los de ella, justo por debajo de sus nudillos.

Y estaba su boca. Sus labios, ligeramente separados. Tal vez fueran un poco demasiado carnosos para los cánones de belleza, pero eran suaves y atractivos, y...

Merry dio un paso hacia atrás con los ojos entrecerrados.

-No pasa nada -dijo, con firmeza, y estableció de nuevo la distancia entre ellos.

Shane se quedó atontado, pestañeando.

-¿Eh?

-Que no pasa nada. Si aceptas cobrar la mitad ahora, y la mitad más tarde, trato hecho.

-De acuerdo, sí.

Merry sonrió.

-Perfecto. Entonces, a trabajar. ¿A qué estamos esperando?

Shane, sin perder la sonrisa encantadora, pudo disfrutar de la visión del trasero de Merry cuando ella se dio la vuelta. De sus caderas balanceándose. Y lo miró. Cuando ella desapareció por la esquina de uno de los edificios, él se quedó cabeceando y preguntándose qué era lo que acababa de ocurrir.

Capítulo 4

-Señorita Kade, soy Levi Cannon. Tenemos un problema.

Merry se puso en pie rápidamente, con el teléfono bien agarrado contra la oreja. Miró hacia el aparcamiento que habían improvisado en Providence y, después, hacia la taberna. ¿Cómo podían haberlo averiguado tan rápidamente? Tal vez pudiera...

-¿Señorita Kade?

-Sí. Hola, señor Cannon. ¿De qué problema se trata?

El sonido de los tablones de madera que caían al suelo le llenaron los oídos. Se metió en la casita que utilizaba como base de operaciones, con tanto pánico, que ni siquiera comprobó que no hubiera telarañas en su camino. Una de ellas se le pegó al brazo. Se la sacudió como una loca, tragándose los gritos de horror.

-La señora Bishop, Kristen, ha salido esta mañana de casa y ha descubierto que le han destrozado el buzón de correos.

Merry tomó aire con tanta brusquedad, que se atragantó y empezó a toser. El viento de la noche anterior debía de haber derribado el buzón.

-No, no se preocupe. Ella utilizó la palabra «destrozado», pero después de una pequeña investigación, se ha comprobado que solo fue arrancado y depositado en el suelo. No es exactamente un destrozo.

-Ah. Yo... es decir... Señor Cannon, yo...

-Kristen cree que es una venganza.

Merry cerró la boca de golpe. ¿Venganza? No, ella no estaba tan enfadada cuando había derribado el buzón. Y había tratado de no transmitirles su ira a los patronos cuando estaban discutiendo.

-A mí, lo que me parece es que lo ha derribado algún vaquero borracho, pero la casa Bishop está muy aislada, así que tal vez ella tenga algo de razón. Cree que es una advertencia.

Por fin, Merry pudo tragar saliva. No sabían que había sido ella.

Tomó aire de nuevo.

-No, no creo que se trate de eso -dijo-. Puede que fueran unos adolescentes aburridos. Buzones. Bates de béisbol. A veces pasa.

-Pero... está bastante lejos del pueblo como para que nadie haya ido hasta allí para hacer el gamberro. No puedo ignorar sus sospechas.

Claro. Antes de que la contrataran a ella, no les había ocurrido nada parecido, eso era algo seguro. Se encogió y se mordió el dedo pulgar.

-Pero ¿por qué iba a ser una venganza? Seguro que no es nada. Yo empecé hace dos semanas, así que el momento...

-Pero acabamos de comunicarle al juez que ya hemos puesto en marcha el proyecto de convertir Providence en un museo histórico. Lo hicimos hace una semana, y es posible que el demandante se haya enterado. Tiene cierta lógica, ¿no? Es posible que el trabajo que está realizando haya puesto sobre aviso a la otra parte.

Merry carraspeó y miró la camioneta de Shane. ¿Le habría dicho a alguien que estaba trabajando para ella? Y... ¿hasta qué punto se enfadarían los patronos si ella lo admitiera? Un momento... Se estaba tragando la teoría de la conspiración sobre el buzón de correos que había estropeado ella misma.

-No se me ocurre nada. Pero, escuche, señor Cannon, si el hecho de contratarme a mí sirve para aumentar las posibilidades de ganar el pleito, ¿no sería incluso mejor el hecho de comenzar una parte de la rehabilitación de Providence?

-Bueno... En teoría, sí. Pero no habíamos planeado que usted... um...

Al oírlo aquellas palabras, Merry se sintió humillada, pero trató de sobreponerse.

-Ahora entiendo que me contrataron más como figurante que como comisaria del museo. No digo que eso me parezca bien, y tendremos una conversación diferente sobre este asunto más adelante, pero yo puedo hacer esto, señor Cannon. Aunque solo estuviera un año en mi puesto de trabajo anterior, hice una gran labor, y mi antiguo superior era... Ella ya estaba pensando en la jubilación, así que yo llevaba sobre mis hombros la mayor parte de la responsabilidad -dijo.

Hizo una pausa para tomar aire, y continuó explicando:

-Ya he revisado la madera que hay en Providence y que podemos utilizar. Para la reconstrucción utilizaremos la madera original, y he encontrado, incluso, un cubo lleno de clavos hechos a mano. Están oxidados, pero exigiré a Sh... al constructor que se haga cargo de la obra que esté al día con su vacuna del tétanos. Además, para cuando se terminen esos clavos, he encontrado una tienda online donde pueden proveernos con réplicas.

Cuando terminó de hablar, el señor Cannon suspiró.

-Merry, escucha. Me doy cuenta de lo mucho que deseas trabajar, y lo admiro, sobre todo en alguien tan joven como tú, pero nosotros...

-Solo quiero que me den la oportunidad. Por favor. Podríamos restaurar este pueblo y poner en marcha el museo mucho antes de lo que piensan. La casa que utilizo como base de operaciones es completamente segura. Y en la taberna no hay que hacer demasiado trabajo. ¡Y la iglesia es una preciosidad! En estos momentos estoy

preparando el diseño del folleto y...

-Sí. Me parece buena idea. Trabaja en el folleto -le dijo él, aferrándose a aquello con un suspiro de alivio-. Yo... hablaré con los demás para liberar una pequeña cantidad de dinero. Pequeña.

-Oh, Dios mío. Gracias. ¡Gracias!

-¡No te estoy prometiendo nada! Espera a ver cómo se resuelve la situación, ¿de acuerdo?

-Claro -dijo ella, y se ruborizó debido al sentimiento de culpabilidad.

-Y trabaja en el folleto. El hecho de tener algo así entre las manos ayudaría a que dedicaran un poco más de dinero al proyecto.

-Gracias, señor Cannon. Sigo con ello.

Merry entró en la casita y se sentó en la mesa que debía de haber llevado allí el señor Bishop en algún momento. Había encontrado detalles como ese por toda la casa, algo que demostraba que Gideon Bishop había utilizado la casa como despacho mientras reunía ideas para el pueblo fantasma. En aquel momento, hacía demasiado sol como para trabajar fuera, así que, a pesar de las arañas, Merry encendió el ordenador portátil, colocó el iPad en su soporte y se puso a trabajar.

Se concentró tanto que se olvidó de Shane. Él fue a despedirse aquella noche y, al día siguiente, volvió a las cinco de la tarde para hacer un par de horas de trabajo. Merry se acercó una o dos veces para asegurarse de que estaba haciendo las cosas tal y como habían convenido.

Sin embargo, no salió de la casita para ver cómo manejaba el martillo ni para maravillarse de la anchura de sus hombros ni de cómo se le ajustaban los pantalones vaqueros con el movimiento de las tareas. No se fijó en cómo le brillaba el vello de los antebrazos bajo la luz del día. No se fijó en nada de eso hasta que él fue a verla, la segunda noche, y tuvo un detalle que la afectó como una descarga de lujuria.

-No te preocupes por pagarme todo esto ahora, ¿de acuerdo? Ya me pagarás el mes que viene.

-¿Eh? -preguntó ella, mientras dejaba de pensar en el folleto.

-Que no pasa nada. Me pareció que estabas estresada, y no quiero que mis honorarios sean otro motivo de agobio.

-No, puedo pagarte. No tienes por qué...

-De veras, Merry, no hay ningún problema.

Vaya, eso sí que era embarazoso. El mero hecho de oírle pronunciar su nombre le ponía la piel de gallina. Aunque tal vez fuera por efecto de tener que mirarlo hacia arriba, cuando él estaba tan cerca. Sus hombros se cernían sobre ella, y se fijó en aquellos antebrazos fuertes; uno de ellos se flexionó cuando él se quitó el sombrero y se echó el pelo hacia atrás. Y, aquella hora del día, tenía barba incipiente. Cuando se

movió, percibió el olor del detergente de la ropa y de algo más atrayente, el olor de su piel, cálida por el sol y con un toque de sudor.

Shane bajó la cabeza, y ella se dio cuenta de que se había quedado mirándolo como si fuera una obra de arte.

-Eres muy amable, Shane.

-Ah, no. No tanto -dijo él, que se ruborizó un poco. Entonces, miró hacia su iPad-. ¿Eso es para Providence?

-¡Sí! Pero no lo mires todavía -respondió ella, y tapó la pantalla con la mano-. Voy a terminar el diseño esta noche y ya te lo enseñaré. ¿De acuerdo?

Él sonrió.

-Claro. ¿Vas a quedarte mucho tiempo aquí? No me gusta dejarte aquí sola a estas horas. Me sentiría mejor si dejaras que te acompañase.

Entonces, fue Merry la que se ruborizó.

-Gracias, Shane, y gracias también por venir. Sé que ya has trabajado toda una jornada. Significa mucho que estés haciendo esto por mí.

Él empezó a recoger las cosas del ordenador mientras ella lo apagaba.

-No es nada. No tienes por qué darme las gracias.

Dios, qué mono era. Por mucho que dijera que no era un vaquero, tenía aquella caballerosidad y aquella modestia que se les atribuía a los vaqueros en el cine. Y su solidez. Y su silencio.

Se sintió atraída por él. Por su altura y por su fuerza, por sus manos llenas de cicatrices. ¿Cómo haría que se sintiera uno de sus abrazos? ¿Cómo sería que él deslizara las manos por debajo de su camisa? ¿Cómo sería que...

Shane la miró, y Merry se avergonzó. Eran amigos, conocidos. Si él supiera que estaba teniendo aquellos pensamientos, seguramente se espantaría y no querría volver a estar a solas con ella.

-¿Va todo bien? -le preguntó él.

-¡Claro! -exclamó ella, alegremente-. Estoy muy emocionada. Impaciente por terminar el diseño del folleto esta noche.

-Ah, y yo estoy impaciente por verlo.

-¡Estupendo!

Estaba muy emocionada con el folleto. Y también estaba emocionada por algo muy distinto, algo que llevaba mucho tiempo sin sentir. Ojalá el diseño no fuera su mejor obra de la noche.

Capítulo 5

-¡Oh, Dios, sí! -jadeó, con el vibrador en la mano.

Hacía treinta minutos había decidido que lo necesitaba, porque no había conseguido quitarse aquellos pensamientos sobre Shane de la cabeza durante el trayecto de vuelta a casa en coche. Tampoco mientras trabajaba en el diseño del folleto. Y, al final, había llegado a la conclusión de que tenía que satisfacer aquella lujuria redescubierta mientras durara ese estado de ánimo.

Así que le había enviado a Grace un mensaje para asegurarse de que no iba a volver a dormir allí. Después, se había dado una ducha rápida. Se había tomado una copa de vino. El último paso era buscar el vibrador y, después de abrir tres cajas, lo había encontrado.

-Gracias a Dios -suspiró, y fue a la cocina en busca de unas pilas. Por fin, estaba lista.

Se sentía nerviosa. ¿Hacía tanto tiempo que no se masturbaba? ¿Tanto como para ponerse nerviosa?

Bueno, pues ya estaba decidido.

Preparó el sofá cama para acostarse y se metió entre las sábanas.

Shane estaba en el apartamento de al lado. Ella había oído su ducha un poco antes, así que se lo imaginó allí, desnudo y mojado. Debía de ser muy guapo.

Largo, delgado, duro. Duro por todas partes. A ella le encantaría acariciarle la espalda, clavarle las uñas en el trasero y apretarse contra él mientras él...

Merry se sobresaltó y cabeceó. No, aunque estuviera desnudo y en su propia ducha en aquel momento, ella no sería capaz de meterse en la cabina con él y empezar a manosearlo. Ni siquiera en una fantasía. No tenía agallas para hacer algo así. Seguramente, se pondría a enjabonarlo torpemente, haría alguna broma, daría como excusa que había muy poco espacio y saldría de allí.

-Ya basta -se dijo a sí misma. Entonces, se tapó con la manta y volvió a recuperar su fantasía.

Él había estado en la ducha, sí, enjabonado, húmedo y endurecido para ella. Sin embargo, ya había salido, y cuando oyó que ella llamaba a la puerta, se puso unos pantalones vaqueros y abrió la puerta.

-Estaba pensando en ti -le decía, con su típica mirada oscura e indescifrable.

A Merry se le paró el corazón como si aquella fantasía fuera real. Se pasó las manos por los pechos y por el cuerpo, y se imaginó que él tiraba de ella hacia el interior de su apartamento, le besaba el cuello y le susurraba lo mucho que la deseaba. Con impaciencia, deslizaba las manos por debajo de su ropa, y le producía unas sensaciones tan deliciosas que, entre jadeos de deleite, ella permitía que la tocara y la besara. Pero, cuando él empezó a quitarle la camisa, ella titubeó.

-Shane, espera. Casi no nos conocemos. ¿Cómo vamos a...

-Por favor -dijo él, con la voz enronquecida-. Necesito esto. Te necesito. Solo una vez. Por favor, Merry, estaba volviéndome loco por ti.

Merry encendió el vibrador y se abandonó a la historia. Se imaginó sus manos y su boca, y sus dedos jugueteando con ella y deslizándose en su interior, volviéndola loca de deseo. Hasta que murmuró «sí, sí», y él se desabotonó el pantalón vaquero y liberó su erección. Le tomó la rodilla con una mano, le separó las piernas y se situó en medio.

-Por favor -susurró Merry, en la habitación vacía.

Deseaba aquello. Lo necesitaba. Metió el consolador más profundamente en su cuerpo y notó deliciosos escalofríos en sus terminaciones nerviosas, y emitió un gemido de alivio.

Entonces, su mundo se vino abajo. O, por lo menos, alguien llamó a la puerta como si la fuera a echar abajo. Bueno, en realidad, los golpes no eran tan fuertes, pero ella tenía los sentidos a flor de piel, y la puerta estaba a dos metros de su cabeza. Y ella estaba allí, tumbada, con las piernas abiertas y el consolador vibrando.

Se quedó helada, con los ojos abiertos como platos por el pánico, sin moverse...

Cuando volvieron a llamar, apagó el vibrador y se asombró del silencio que se hizo después. ¿Había llenado toda la habitación el zumbido? ¿Se había oído desde el rellano? ¿Y si...?

-Merry, soy Shane. ¿Estás en casa?

¿Shane?

No.

-¡Sí! -exclamó.

En un estado de pánico, se miró la forma del cuerpo cubierto por las sábanas, con las piernas separadas, y miró hacia la puerta.

-Oh, Dios.

-Quería ver el folleto. ¿Puedo pasar?

-Um...

Por fin, Merry empezó a moverse. Sacó el vibrador de su cuerpo, cerró las piernas y se sentó.

-Eh... claro. Un segundo.

¿Por qué había hablado? ¿Por qué no se había quedado callada y había dejado que él se fuera?

Por una estúpida sensación de pánico que la había cegado. Metió el vibrador bajo la sábana y se levantó de un salto para ir al baño, donde había dejado la ropa. Rápidamente, se puso los pantalones vaqueros y la camiseta del Doctor Who y volvió al salón para estirar la ropa de cama que había en el sofá.

Respiró profundamente, sonrió y abrió la puerta.

-¡Hola! -dijo, alegremente-. ¿Qué pasa?

-Hola -dijo él, y la sonrisa se le apagó un poco-. ¿Estás bien?

-Sí, claro. ¿Por qué?

-¿Es que estabas... haciendo ejercicio?

-¡Sí, exacto!

Aquella era la explicación perfecta para el sudor de su frente y su respiración acelerada. Sin embargo, él observó sus pantalones vaqueros y sus pies descalzos.

-Bueno, y... -dijo ella, moviendo una mano.

-Pues... estaba pensando en ti.

Merry volvió rápidamente a su fantasía, sin poder evitarlo. ¿Acaso estaba a punto de agarrarla y devorarla contra la pared? ¿Y ella? ¿Se lo permitiría?

-¿En mí? -preguntó, por fin.

-Sí, en todo el trabajo que estás haciendo para Providence. Reconozco que, al principio, me pareció una tontería. No lo entendía, ni estaba de acuerdo. Pero, ahora que estoy trabajando allí contigo, tengo curiosidad. ¿Puedo...?

Hizo un gesto hacia la puerta y, automáticamente, Merry la abrió. Él se fijó al instante en el sofá cama abierto.

-¿Te habías acostado ya?

-Eh... bueno, me gusta trabajar en la cama -dijo, pasando por alto el hecho de que sus cosas de trabajo todavía estaban en la mesa de la cocina.

Agarró un extremo del sofá cama para doblarlo y devolverle su función de sofá. En aquel momento, Shane trató de ayudarla, pero ella le dio un fuerte tirón y lo dobló. Se oyó el chirrido de los muelles... seguido por un golpe seco que resonó cuando ella inclinó la cama hacia arriba para darle el último pliegue.

«Oh, mierda... no...». Miró por el hueco en sombras del sofá y vio su vibrador rosa allí, en el suelo, como un dedo acusador que la señalaba. «Estabas masturbándote con una fantasía sobre un amigo inocente. ¡Has violado en secreto a tu vecino!».

Se le quedó en la garganta un ruido gutural de horror, y empujó el colchón hacia abajo con tanta fuerza que el sofá se deslizó cinco centímetros. Aunque el colchón se dobló obedientemente, no se cerró del todo. Y ella recordó que había apilado las

sábanas y la manta encima.

-Creo que está atascado -dijo Shane, ofreciéndole ayuda-. Vamos a sacarlo otra vez y...

-¡No!

¿Por qué demonios había elegido un juguete sexual rosa fluorescente? ¿Por qué no se había decidido por un vibrador beige, o transparente, que se mimetizara con el entorno?

-No te preocupes -dijo, y empujó el colchón hacia abajo apoyando el peso del cuerpo en las rodillas-. Eso pasa siempre.

Agarró uno de los almohadones del sofá y Shane tomó el otro y, después, observó el sofá empinado y torcido que acababan de montar, mientras ella tomaba su iPad y se dejaba caer en el incómodo asiento.

Por suerte, Shane hizo gala de su caballerosidad y se sentó a su lado sin hacer ningún comentario, aunque tenía una sonrisa de desconcierto y, seguramente, estaba pensando que era una inútil.

Se le quedaron las manos inmóviles sobre la pantalla del iPad cuando se inclinó a mirar. El folleto apareció a todo color bajo sus dedos, pero ella solo podía mirarse las manos. Las manos culpables. La pantalla brillante llamó la atención de Shane hacia esos dedos que habían actuado empujados por unos pensamientos sucios sobre él.

-¿Te apetece una cerveza? -gritó Merry.

Se levantó de un salto y soltó el iPad sobre el sofá, y la tableta se deslizó por la ladera del almohadón. Al final, se quedó encajada en la esquina.

No oyó la respuesta de Shane, porque los latidos de su corazón eran ensordecedores. Trató de imaginarse cómo se sentiría si fuera a casa de un desconocido y se diera cuenta de que él acababa de estar masturbándose a su costa. Se estremeció y se lavó las manos en el fregadero, mientras se arrepentía de haber querido recuperar su libido.

Aquella era la gota que colmaba el vaso. Se iba a meter a un convento. A lo mejor encontraba alguno que estuviera cerca del trabajo.

Shane sabía que Merry se estaba comportando de un modo extraño. Tramaba algo, tal vez algo en relación con Providence. Él lo sabía, pero no podía evitar sentirse distraído por sus pechos.

Obviamente, Merry siempre había tenido pechos, pero en aquel momento, no llevaba sujetador debajo de la camiseta, y aquellos pechos eran un motivo de distracción diferente.

Parecían perfectos, tan perfectos, que estuvo a punto de hacerle un comentario. Su

camiseta amarilla era tan clara que se distinguía la suave oscuridad de sus pezones por debajo de la tela, pero no estaba completamente seguro, porque había un dibujo de una extraña cabina de teléfono que interfería con las sombras y las luces. Era una posibilidad. Siguió mirando con la esperanza de confirmarlo.

Cuando ella le llevó un botellín de cerveza, él se tomó la mitad de un trago y se dijo que tenía que dejar de ser un obseso. Solo había ido allí con la intención de conseguir más información sobre el pueblo fantasma. Él se sentía mal al ver que ella tenía tanto entusiasmo por aquel pueblo. Además, ¿por qué se lo tomaba tan en serio? Ella era de Texas, y aquel pueblo debía de ser solo una diversión para ella. Para él, sin embargo, no era más que un recuerdo malo y, ahora, una molestia. Su abuelo le había dejado la carga de las tierras Bishop, pero nada de dinero. ¿Cómo iba a pagar él miles de dólares de impuestos de patrimonio todos los años? Mierda, podría cobrarles los pastos a los ranchos de alrededor, pero las leyes federales le pedían mucho más de lo que él iba a poder ganar.

Lo único que él quería era construir una casa en aquellas tierras que había heredado. Y quería proteger esas tierras. No trayendo turistas, sino manteniéndolos alejados.

Dios Santo, sus antepasados no habían levantado Providence para atraer a extraños. Si habían construido un pueblo en mitad de ninguna parte era porque querían que fuese suyo.

Aunque, en realidad, a él no le importaba nada de eso. Era solo otro recordatorio de cómo eran los hombres de su familia. Primero habían ido al Territorio de Wyoming para dejar atrás, en Misuri, unas complicaciones que no querían resolver. Después de un problema con el agua, se habían marchado también de Providence en busca de pastos más verdes.

En el siglo xx no habían perdido la costumbre. Su abuelo se había casado tres veces. Y su padre había llevado más allá el concepto del abandono y la huida. Un día, cuando él tenía diez años, su padre se había despedido de su madre, había comprado un tráiler y había desaparecido con su novia. No habían vuelto a verlos jamás, pero corría el rumor de que se habían ido a México a vivir en una playa. Shane sospechaba que su padre había fundado un rancho de ganado. No podía imaginarse a su padre en una playa, y las tierras eran muy baratas en aquel tiempo.

El hermano menor de Shane había seguido el ejemplo de su padre en cuanto había cumplido los dieciocho años. Se había marchado al Este, a algún lugar; no había sido muy específico en cuanto a su destino. Había desaparecido sin más. Después de aquella traición, Shane nunca se había ocupado de buscarlo. Si Alex quería marcharse para siempre, que se fuera.

Shane se había quedado, pero se había sentido como si aquello fuera una frágil tregua en su vida, incluso antes de todo aquello.

-Bueno -dijo Merry, de repente, y él la miró. Ella también se había bebido la mitad de su cerveza. Respiró profundamente, lo miró y tomó el iPad-. ¡El folleto! Tienes que

ser sincero, ¿de acuerdo?

-Encantado de ser sincero, pero no sé nada de estas cosas.

En la pantalla apareció la parte delantera del folleto. El fondo era una imagen en blanco y negro de la larga calle central y los edificios que la flanqueaban. El título era el siguiente: *El pueblo de Providence, fundado en 1884 y abandonado en 1901.*

Aquellas palabras eran poderosas incluso para él, porque prometían angustia y drama, pero no tenían nada de romántico, en su caso.

Sin embargo, estaba muy bien hecho, y se lo dijo.

La siguiente página se titulaba la Historia de Providence. La leyó por encima, puesto que no necesitaba saber más de lo que ya sabía. En la tercera página había una foto de la taberna.

-Es obvio que haré una foto nueva cuando se haya terminado la rehabilitación. Va a ser increíble, Shane. Ese edificio es perfecto. ¡A la gente le encantan las tabernas! Mira lo lleno que está siempre el Crooked R.

-Bueno, pero en esa taberna sirven copas y alcohol.

-Sí, ya lo sé, pero es la posibilidad. Los desconocidos que aparezcan por allí. Las aventuras y los forajidos.

Shane sonrió al acordarse de sus imaginaciones infantiles.

-Y la gente se siente fascinada al saber que sus tatarabuelos y antepasados salían a beber a los bares. ¡Y que a lo mejor, incluso, estaban con prostitutas!

Él miró la pequeña fotografía del salón de Providence, que se había hecho a principios del siglo xx. En ella aparecía un hombre en el porche, con un delantal y un trapo en una mano.

-No creo que mi... No creo que las mujeres que había en Providence fueran prostitutas.

-No sé -dijo ella-. Seguro que había una o dos viudas solitarias que se cansaron de dormir solas. Las mujeres también tienen necesidades. Y seguro que había vaqueros que también se sentían solos.

-¿Todavía estamos hablando de Providence, Merry? -le preguntó él.

A ella se le escapó una risotada, y le dio un golpecito en el brazo. Él intentó no mirarle los pechos, que se le movieron bajo la camiseta. Ella no era de ese tipo de chicas. Era la amigable y accesible Merry Kade, que ni siquiera se daba cuenta de que la visión de sus pezones endurecidos contra la tela de la camiseta podía volver loco a un hombre. De lo contrario, se pondría un jersey.

-Bueno, tú comenzaste a trabajar en esto cuando yo no estaba en Jackson. ¿Cuándo te contrataron?

-Yo ya llevaba un tiempo mirando trabajos por esta zona. Echaba de menos estar

con Grace, y esto es precioso. Me sentí muy bien cuando vine de visita, ¿sabes?

Shane había oído tantos halagos a Jackson Hole que solo asintió distraídamente. Era un lugar muy bonito, sí, pero, más allá de su belleza, no era distinto a cualquier otro sitio. Al menos, para él.

-Cuando encontré esta oferta, me pareció perfecta. Tenía poca experiencia, pero pensé que podía hacer mucho en este puesto. Y pensé que...

-¿Qué pensaste?

Ella frunció el ceño.

-Pensaba que me necesitaban de verdad.

-Pero no es así, ¿no?

-No lo sé, Shane. Yo siento que sí soy necesaria, pero resulta que...

-¿Qué?

-No quiero contártelo.

-Vamos. ¿De qué se trata?

Ella terminó su cerveza y dejó la botella, delicadamente, sobre la mesa de al lado.

-Parece que tienen un pleito. Algo relacionado con el heredero de Gideon Bishop. Creo que solo me han traído de figurante para ayudarles en el enfrentamiento legal. No quieren que haga ningún trabajo.

Shane no dijo nada. Ni siquiera se atrevió a respirar. Por un lado, aquella información era crucial; era una noticia que podía transmitirle a su abogado. A Merry solo la estaban usando para debilitar sus argumentos jurídicos.

Por otro lado, ella estaba muy afectada, y él no era un monstruo. Merry pestañeó como si estuviera conteniendo las lágrimas.

-Eh -susurró él-. No pasa nada. Seguro que eso no es cierto.

-Yo estoy muy segura de que sí.

-Pero...

No se le ocurrió nada para consolarla. No podía decirle nada sincero. Después de todo, su futuro dependía en gran parte de que Providence no se convirtiera en un museo, de que siguiera siendo madera muerta y matojos rodantes. Sin embargo, Merry tenía algo que demostrar.

Mierda.

-Siento que te trajeran aquí con mentiras, pero, de todos modos, tú estás haciendo un buen trabajo. El folleto está muy bien.

-Es verdad. Y además he tenido la idea de contratarte a ti.

La sonrisa temblorosa que ella le dedicó fue como una puñalada en el estómago. El

hecho de que lo hubiera contratado a él iba a provocar que los patronos la despidieran a ella. Aunque solo si se enteraban.

-Yo admiro el entusiasmo con el que te estás dedicando a todo esto. Y lo que esté pasando con la fundación no es cosa tuya. Quiero que aceptes mi trabajo en la taberna de Providence como un regalo.

-¡No! No te he contado todo esto para que sintieras lástima por mí. Tú tienes que cobrar tus honorarios. Yo me ocupo de eso.

No, porque, para eso, tendría que mencionar su nombre.

-No. Es trabajo voluntario. Quiero hacer algo por la comunidad.

O, más bien, hacer algo por sí mismo.

-No puedo pedirte eso.

-No me lo has pedido.

A Merry se le habían llenado los ojos de lágrimas.

-No puedo...

-Vamos, Merry. Somos vecinos. No tiene ninguna importancia.

Sin embargo, parecía que, para ella, sí tenía importancia. Se abrazó a su cuello con fuerza. Shane se sintió esquizofrénico. La mitad de su cerebro registró el contacto cálido de los senos de Merry en su pecho, y la otra mitad le dijo que era un mentiroso y un egoísta y que ella iba a arrepentirse de haber sentido alguna amabilidad hacia él. Pero, al posar las manos en su espalda, la parte noble de sus pensamientos desapareció, porque, demonios, qué cálida era, y que agradable era acariciarla, más todavía sabiendo que estaba desnuda bajo la camiseta. Olía de un modo delicioso, a jabón y a algo femenino que le excitó.

Demonios.

Se echó hacia atrás y carraspeó, con la esperanza de que ella no notara la tirantez de sus pantalones.

-Gracias, Shane -dijo Merry, secándose las lágrimas, mientras él intentaba no mirarle el pecho.

-De nada.

-¿Quieres otra cerveza?

Él dijo que sí, con la esperanza de que su miembro hubiera descendido cuando ella volviese de la cocina. Cuando Merry le entregó la segunda botella, la aceptó con gusto.

-¿Tú te criaste aquí? -le preguntó ella, mientras se sentaba en el sofá empinado.

Él trató de mantener la vista fija en su cara.

-Sí. ¿Y tú? ¿Te criaste en Texas? -le preguntó él, para cambiar de tema. Nunca le gustaba hablar de su familia, y, en aquel caso concreto, lo mejor era no mencionarla en

absoluto.

-Más o menos. Mi madre es un poco hippie. De pequeña vivió en un pueblecito del norte de California. Yo nací allí, y vivimos en varios sitios. Pero me pasé los últimos diez años de la infancia en Texas.

-¿Y tu padre?

-No llegué a conocerlo -respondió ella, alegremente-. Viví solo con mi madre.

-Lo siento.

-No, no pasa nada. Creo que yo estuve mucho mejor que muchas de mis amigas, que tuvieron que soportar a los imbéciles de sus padres. A mí me daban miedo los padres cuando era pequeña. Siempre estaban gritando, o algo así.

Shane pensó en aquella teoría. Su padre era bastante decente, aunque tuviera defectos, obviamente, pero tal vez Alex y él hubieran estado mejor si no lo hubieran conocido. Tal vez fuera mejor eso que pensar que tu padre te quería hasta que, un día, te despertabas y te dabas cuenta de que a tu padre no le importabas un pimiento. Por lo menos, Merry sabía que la desaparición de su padre no tenía nada que ver con ella, pero él siempre había tenido aquella duda.

-Así que tu madre era hippie. ¿Por eso te llamó Merry?

-Claro. Dice que, cuando nací, me miró a los ojos y se dio cuenta de que yo era un alma feliz.

-Y lo eres.

-Sí, supongo que sí -dijo ella, con tanto ánimo, que Shane se rio-. Si no, las cosas habrían sido más difíciles.

-Entonces, has tenido una vida feliz.

-Bueno, ya sabes. Hay que sacar lo mejor de cada situación.

-¿De qué situaciones?

-De los tiempos difíciles. De los barrios malos, por ejemplo. Pero aprendes a hacerte amigo de todo el mundo, y cualquier sitio puede ser un hogar. Mi madre es estupenda, de todos modos. Trabajó mucho para que nuestra vida mejorara.

De repente, Shane vio de un modo distinto a aquella chica. Parecía despreocupada, boba y mimada, pero él supo leer entre líneas. Una madre soltera que, seguramente, tuvo que trabajar en dos trabajos diferentes al día para poder mantenerlas. Y Merry, tratando de encontrar su camino.

-Yo siempre he vivido aquí -dijo él-. No me lo imagino.

-Vivir en una ciudad grande es distinto, no puedo negarlo. Pero la gente es igual en todas partes, buenos y malos. Pero, aquí, el paisaje es mucho más bonito. No tienes por qué irte a ningún sitio.

-Qué alivio, porque no me apetece hacerlo.

-¿Por qué te hiciste carpintero? ¿Tu padre era carpintero?

-No, pero mi tío, sí. Empecé a trabajar con él cuando tenía doce años.

Su padre había sido adiestrador de caballos y ranchero, pero Shane no lo mencionó.

-¡Yo también empecé a trabajar a los doce! En un puesto de tacos.

-¿Se puede trabajar en un restaurante con doce años?

-Sí, si acabas de dar el estirón y te pagan en negro. Estaba tan contenta por tener dinero en el bolsillo, que ni siquiera me fijaba en lo que me pagaban. Seguramente, tres dólares la hora.

-Vaya, pues eras más lista que yo. Mi tío decía que yo estaba consiguiendo una educación y no me pagaba. Pero eso es típico para los niños en el ámbito rural. Trabajas en una granja o un rancho solo a cambio del privilegio de aprender lo que es la vida.

-Eso es muy guay.

Shane sonrió.

-En realidad, es bastante aburrido. Hay que estar con tipos mayores y curtidos todo el día y, si eres un adolescente, es un rollo que no haya ninguna chica. Las que hay cerca están suspirando por los chicos que participan en el circuito junior de rodeos.

A Merry se le escapó un jadeo.

-Tú también lo hiciste, ¿no?

-¿El qué?

-Participaste en rodeos. Viste que todas las chicas se morían por los chicos que lo hacían y tú también lo hiciste, ¿a que sí?

Shane se echó a reír.

-Para empezar, uno no se mete al circuito de rodeos como si te unieras a la caravana de un circo. Pero... bueno, sí, lo intenté un par de veces cuando era joven.

-¿Lo ves? ¡Eres vaquero! -exclamó Merry, y le tocó con el dedo. De repente, se fijó en su pecho y volvió a clavarle el dedo, como si lo estuviera probando. Apartó lentamente la mano.

-No dirías eso si vieras cómo perdí en la competición contra los vaqueros de verdad. Y descubrí que, para llamar la atención de las chicas, no bastaba solo con participar en los rodeos, sino que también había que hacerlo bien. Los perdedores de un rodeo son como los demás perdedores. Aunque... bueno, si te lesionas, a algunas chicas les gusta jugar a las enfermeras.

-¡Oh, Dios mío! ¡Qué sucio! -exclamó ella, riéndose.

Hubo algo que le resultó muy sexy en su forma de decir «sucio», y Shane recordó sus primeros besos y manoseos de adolescente. Entonces, se imaginó allí, besándose con ella, y la miró con la tentación de intentarlo. Sin embargo, en aquel preciso instante, oyó el distante sonido de su teléfono en el piso de al lado. Era su madre; solo

ella lo llamaba al teléfono fijo, porque él se negaba a darle el número de su móvil. Sabía que, si se le metía algo en la cabeza, lo llamaría sin cesar, tal y como estaba haciendo aquella tarde. Esa era su tercera llamada del día.

Merry estaba observándolo con una sonrisa. A él le gustaban sus ojos. Y su boca. Era ancha y rosada, y era una tentación para él, aunque no debería serlo.

Se apoyó en el respaldo del sofá y terminó la cerveza.

No quería marcharse a casa, pero sabía que no podía besarla. Merry era una buena chica, y nadie necesitaba estar cerca de él más de una noche. Había aprendido esa lección. Sabía quién era. Además, si se le ocurría tener una aventura de una noche con ella, Grace lo castraría por utilizar a su amiga, y tal vez Cole lo sujetara para ayudar a su novia.

Por otro lado, Merry estaba viviendo en el apartamento de al lado, y no sería una situación cómoda para ninguno de los dos. Antes, esa proximidad no era un problema, porque no había mujeres viviendo en el edificio, pero las cosas habían cambiado.

-Entonces, ¿me estás diciendo que nunca hiciste ninguna tontería para llamar la atención de los chicos? -le preguntó él, por fin.

Merry soltó una carcajada.

-¿Yo? ¡Los chicos nunca se han fijado en mí! Era alta y desgarbada, y me gustaban los videojuegos y *La guerra de las galaxias*.

-Pero... a los chicos también les gusta eso.

-Extrañamente, ese amor no es transferible. A no ser que te guste disfrazarte de la Princesa Leia en versión esclava de Jabba the Hut.

Ah, sí. A él nunca le había apasionado *La guerra de las galaxias*, pero recordaba esa escena.

-Bueno, entonces, solo para que quede claro... ¿tú nunca te has disfrazado de eso?

-¡Shane!

-¿Ni una sola vez? ¿Ni para una fiesta de Halloween cuando tenías dieciocho años?

-Dios mío, parece que eso infectó incluso a los vaqueros de las praderas de Wyoming.

-Eh, teníamos televisión por satélite y vídeo. Y fantasía.

Merry gruñó.

-No, solo me he disfrazado una vez de Princesa Leia, y fue en su versión de guerrera rebelde.

-No sé de qué hablas.

-Me lo imaginaba -dijo ella, cabeceando con disgusto-. Un momento, ¿has visto algún capítulo de Firefly?

-No. ¿Tiene algo que ver con Star Trek?

-No. Es una serie de ciencia ficción increíble. Es como una película del oeste espacial, muy épica. Tienes que verla.

-De acuerdo.

-En serio. Vamos a alquilar el primer episodio una noche, ¿de acuerdo?

Shane sonrió como un bobo, pero se dijo a sí mismo que era por la cerveza.

-Claro.

Le caía bien aquella chica. Muy bien. Pero eso era un problema, porque no podía tocarla y, mucho menos, acostarse con ella. Si lo hacía, ella iba a odiarlo después. Además, no podía olvidarse de la demanda.

Él no era capaz de comprometerse. Las mujeres intentaban aceptarlo, pero, al final, siempre acababan diciéndole que era un inmaduro y un idiota. Y lo era. No podía escapar de sus genes.

Bajó la cabeza, y dijo:

-Podemos alquilarlo la próxima vez.

Después, de mala gana, se puso en pie y dejó en la mesa la botella de cerveza vacía.

-Bueno, mejor me marchó. Mañana tengo que madrugar, pero intentaré ir a Providence por la noche.

-No te canses. Ya me siento lo suficientemente culpable.

-No hay ningún problema, Merry. Hasta mañana.

-Buenas noches, Shane.

Él cerró la puerta y esperó a que ella echara el cerrojo. Y, por algún motivo, el mundo le pesó más fuera de aquel apartamento. Y, cuando entró al suyo, las cosas empeoraron.

Oyó el pitido del contestador en cuanto puso un pie en el umbral. Con resignación, llamó a su madre.

-Mamá, es muy tarde -dijo, directamente-. Mañana tengo que madrugar.

-Ya lo sé, cariño, pero es importante.

-¿Va todo bien?

-Sí, como siempre. Pero escucha esta nueva historia que he encontrado.

-Mira, mamá... Por favor, es internet. Ya te he explicado que...

-Sí, sí, que uno no puede creerse todo lo que encuentra en internet. Pero eso no significa que algunas cosas no sean ciertas. ¡Escucha! Se rumorea que el hombre de sesenta y cinco años a quienes los habitantes de Guyana llaman El Gringo es un norteamericano que apareció sin documentos de identificación en el año mil

novecientos noventa y ocho, declarando que no recordaba nada de su pasado, ni quién era, ni de dónde venía. El hombre...

-Papá se marchó mucho antes de eso.

-¡Ya lo sé! Pero... ¿y si estaba vagando por ahí? ¿Y si...?

-¡Mama! -exclamó él-. Papá se marchó y no quería que lo encontráramos, y punto. No pienso volver a hablar de esto contigo.

-Pero, cariño, tu padre nunca habría hecho algo así. Nunca. Ni a vosotros, sus hijos, ni a mí.

Shane apretó los dientes porque no quería decirle a su madre todas las cosas crueles que tenía en la punta de la lengua. «Papá tenía una aventura. Tenía una novia. Se compró una caravana y se marchó con ella. No te quería a ti, ni a sus hijos. Quería irse a un sitio donde nosotros no existiéramos».

Tragó saliva, y dijo:

-Nadie encontró nunca su camioneta ni su caravana. Si hubiera estado herido, o hubiera tenido amnesia, alguien habría denunciado que había encontrado un vehículo abandonado.

-¡O habrían visto una caravana abandonada junto a la carretera y la habrían robado!

-Mamá, habría aparecido en algún momento -dijo él, con un suspiro-. Se marchó, desapareció, empezó una vida nueva. Y, en algún momento, debió de morir. Por lo menos, el estado de Wyoming lo ha declarado muerto.

Las autoridades lo habían declarado muerto hacía diez años, y ellos habían podido librarse de los problemas que les había causado aquel hombre, con el papeleo y los impuestos y todas las demás cosas que había dejado abandonadas.

-Pero, Shane, escucha el resto de la historia...

-Mañana tengo que madrugar -dijo él-. Cuídate.

Colgó el teléfono sin el menor sentimiento de culpabilidad. Ya lo había hecho muchas veces, tantas, que ya no sentía nada.

Cuando él era niño, las imaginaciones y excusas de su madre le daban esperanza; la había creído durante muchos años. Con cualquier motivo, los sacaba a su hermano y a él del colegio y los metía al coche, y recorrían cientos de kilómetros solo porque había oído un rumor.

Alex había estado furioso desde el principio. Decía que no quería ver nunca más a su padre, ni aunque lo encontraran. Pero él... Él se había aferrado al amor a su padre durante demasiado tiempo, y solo había abierto los ojos el día que Alex se había marchado del pueblo, dejando tan solo una nota distante. Alex era quien siempre había tenido razón. Su padre no iba a volver. Se había marchado y había destrozado a su familia sin pensarlo dos veces.

Cuando cumplió los diecinueve años, él se había cambiado el apellido de su padre por el de su madre, y se había separado de su familia paterna. En realidad, los únicos familiares que le quedaban eran su abuelo y su abuelastra, y ninguno de los dos habían sido nunca demasiado cariñosos con él. Al final, su abuelo lo había traicionado.

Mierda.

Shane no tenía ninguna intención de presentar una demanda. Al principio, ni siquiera quería hacerlo. Sin embargo, la cláusula para la creación de la Fundación Histórica de Providence y su dotación de fondos había sido un añadido de última hora al testamento, y su abogado le había dicho que si no exigía el dinero que debía ir con las tierras, era tonto. Él sabía que Gideon Bishop, su abuelo, había creado la Fundación Histórica de Providence por rabia, cuando él se había negado a cambiarse de nuevo el apellido y volver a ser un Bishop. Sin embargo, solo había presentado la demanda al enterarse de que el propósito de la fundación era convertir Providence en una atracción turística en aquellas tierras. Era una idea horrible y, por ese motivo, había decidido luchar por todo el patrimonio que debería haber ido a parar a su padre y, después, a Alex y a él.

Iba a luchar por el testamento de su abuelo. Iba a heredar lo que le correspondía por derecho. Y no podía permitir que le importara si Merry le gustaba o no.

Capítulo 6

-No -susurró Merry, con los ojos abiertos como platos y el corazón en un puño.

Vio una araña que había en el techo de la pequeña habitación, pero el horror no superó el que le habían provocado las palabras de su madre.

-Mamá, espera. Por favor, dime que no acabas de decir lo que acabas de decir.

-¿A qué te refieres, cariño?

-Crystal -susurró ella.

-¡Sí, llega allí esta misma noche! Aunque no se va a quedar en tu casa, por supuesto.

Por supuesto. Crystal nunca se alojaba con familiares cuando viajaba. Se quedaba en hoteles modernos con máquinas de café expreso y servicio de habitaciones.

-No querrá verme, ¿verdad?

-¡Pues claro que sí! Cariño, no pasa nada.

Merry respiró profundamente y cerró los ojos. Sí, tal vez no pasara nada. Crystal vería que tenía un buen trabajo y vivía en un sitio precioso, y no iba a saber que todo era mentira.

-No es tan mala -le dijo su madre, reprendiéndola un poco-. Y no es que tengamos demasiada familia, precisamente, como para que les pongas pegas.

Dios, llevaba oyendo aquel argumento desde niña. Pero su madre tenía razón: Crystal no era tan mala, pero siempre que tenía oportunidad le hacía notar lo perfecta que era.

-¿Qué tal van las cosas por ahí, cariño?

-¡Muy bien! -exclamó, y buscó con la mirada la araña, a la que había perdido de vista. No la vio, así que retrocedió lentamente hacia el porche, caminando de espaldas-. Va todo genial, mamá. Tengo mucho trabajo, pero me divierto.

-Las fotos que mandas son muy bonitas, y al verlas te echo de menos, hija. ¿Qué tal está Grace?

-Tiene un novio guapísimo que se la lleva a su rancho casi todas las noches. Parece que está muy bien.

-Voy a tener que ir hasta allí para ver eso.

-Deberías, mamá. Te echo de menos -dijo Merry, y, de repente, tuvo que contener las lágrimas. Cambió de tema-. ¿Cómo estás, mamá?

-¡Muy bien!

-¿Estás saliendo con alguien? Deberías intentarlo.

-Oh, no sé...

-Me siento como si hubieras dejado de tener citas por mi culpa, y quiero que conozcas a alguien. Seguramente, en este momento tienes a alguien cerca que merece la pena, y lo verías si abrieras los ojos. Tienes muchos amigos, y le caes muy bien a todo el mundo. A mí me pareció que tu nuevo vecino estaba interesado.

-¿Quién, Charles? -preguntó su madre, y se echó a reír-. Oh, Dios mío, no.

-Entonces, ¿quién?

Su madre se quedó callada durante unos instantes y, al final, carraspeó.

-Es que... es difícil, Merry.

-Sí, ya lo sé -dijo ella, y suspiró. Tal vez a ella también se le dieran tan mal las citas porque era un rasgo genético que había heredado-. Es que me gustaría que hubiera un hombre en tu vida, mamá. Yo no necesité un padre, y sé que tú no necesitabas un marido, pero me imaginaba que algún día te enamorarías de un tipo fuerte y grande. Alguien que sepa arreglar las cosas de casa y que corte el césped, no porque tú no sepas, sino porque te mereces un descanso. ¿No te gustaría eso?

-Oh, Merry... No sé qué decirte. Ojalá hubiera podido darte todo eso cuando eras niña. Una familia tradicional. El sueño americano.

-Yo no necesitaba eso.

-Cuando eras pequeña, casabas a Barbie y a Ken todos los días.

-¡No es verdad!

-Sí. Yo oía lo que decías en tu cuarto. Ken siempre decía: «Tú y tu niñita no tenéis que preocuparos de nada nunca más, cariño. Yo os voy a cuidar».

Merry se tapó la boca con la mano.

-No -dijo, con espanto-. No es verdad.

-Sí, decías eso. Y yo trataba de imaginarme cómo sería conocer a alguien, pero... no podía. No sé por qué. Quería hacerlo, por ti.

-Oh, mamá, no. Yo no necesitaba eso. Debía de ser muy pequeña, porque ni siquiera me acuerdo de haber jugado con la Barbie.

-Las dejaste de lado cuando descubriste *La guerra de las galaxias*. Bueno, no las dejaste a un lado, sino que hiciste que fueran la Princesa Leia y Han Solo, y hubo un accidente muy trágico en un planeta helado, y murieron para siempre.

Merry se echó a reír, a pesar de que tenía un nudo en la garganta.

-¡De eso sí me acuerdo!

-Se lo contaste a todos los vecinos. Estabas muy emocionada.

Afortunadamente, las dos se estaban riendo. Merry suspiró.

-Me acuerdo de que, después de eso, empezaste a comprarme muñecos de acción.

-Eras una niña muy buena. Te lo merecías.

-Yo siento lo mismo con respecto a que tú salgas con alguien.

-Vamos a dejar eso. Yo no necesito salir con nadie. Soy maravillosa. Solo te llamaba para avisarte de lo de tu prima.

Dios, se le había olvidado eso por un momento, pero, al recordarlo, soltó un gruñido. Su madre volvió a regañarla por no apreciar a su familia. Ella llamó a Grace en cuanto se despidieron.

-¿Puedo decir que tu apartamento es mío? -le preguntó, sin darle ninguna explicación.

Grace no vaciló.

-Pues claro.

-Gracias a Dios. Crystal viene mañana.

-¿Por qué?

Grace solo había visto a Crystal una vez, y se habían caído mal al instante. Merry, por supuesto, se había quedado encantada con su amiga.

-Uf, no lo sé. Va a montar en bicicleta de montaña, o algo por el estilo, igual de fantástico. Seguramente, acaba de enterarse de que vivo aquí y quiere lucirse.

-¿Y tú quieres utilizar mi apartamento para impresionarla?

-No quiero que se entere de que estoy durmiendo en un sofá, ni de que...

Cerró la boca de repente. No le había contado a Grace el problema que tenía con el patronato de la fundación. Era demasiado vergonzoso para ella y, seguramente, Grace se enfurecería. Merry no quería disgustarla, ahora que le iban tan bien las cosas con Cole.

-¿Vas a maquillarme esta noche?

-Por supuesto. Y, después, me largo. Tú puedes quedarte con mi apartamento, y yo no tendré que ver a Crystal.

-Muy bien. No puedes permitirte el lujo de que te detengan dos veces en el mismo año.

Grace soltó un resoplido.

-Pórtate bien o te maquillo como a una prostituta barata.

-Ojalá -dijo Merry.

Después, colgó, y se dejó caer en una silla. Miró con el ceño fruncido las nubes que había sobre las colinas.

-Demonios...

La única buena noticia era que, seguramente, Crystal tenía muchos amigos ricos y glamurosos con los que quedar en Jackson. Estaría muy ocupada como para molestarla mucho, pero aquella noche iba a ser dolorosa. Y otra noche más en la que no podría masturbarse.

La noche anterior, cuando se había marchado Shane, se sentía demasiado culpable como para intentarlo. Había guardado el vibrador en su caja, pensando que no iba a necesitarlo más, pero de vuelta a casa, había estado soñando despierta con Shane. Estaban en Providence, se habían quedado a trabajar hasta tarde y, bajo los últimos rayos de sol, él se había quitado la camisa, sin preocuparse de que ella estuviera tan cerca. Por supuesto, ella lo había mirado, él había alzado la vista y la había sorprendido. En vez de azoramiento, en su cara había aparecido una expresión de enfado. Merry había dado un paso atrás, pero él la había seguido.

-Siempre te pillo mirando, pero nunca me tocas -le reprochó.

Dios, cuánto deseaba tocarlo. Quería acariciarlo y abrazarlo. Saborear su piel. En la vida real, nunca tendría valor para hacerlo, pero, en sus fantasías, podía hacer lo que quisiera.

Y, mientras conducía de vuelta a casa, decidió que iba a intentarlo de nuevo. Él no iba a interrumpirla otra vez, y ella lo necesitaba. Estaba tensa y estresada. Se merecía un poco de placer, aunque fuera con un sentimiento de culpabilidad.

Sin embargo, en vez de llegar al orgasmo pensando en Shane, tenía que ver a Crystal y mantener una conversación con ella.

A pesar de que casi había terminado el folleto, se sintió desanimada. Si fuera lista, ambiciosa y segura de sí misma, se despediría y seguiría adelante. Les diría a aquellos viejos asquerosos que se metieran su fundación por donde les cupiese.

Sin embargo, ella no era así, y... no quería marcharse. Por muy patético que fuera su trabajo, iba a conseguir que aquello funcionara, y era lo suficientemente estupenda como para tratar con Crystal un par de horas. Después de todo, incluso su prima debía de tener un mal día de vez en cuando. No era perfecta.

-Va a salir bien -dijo en voz alta.

Sí. Todo iba a ir bien.

Capítulo 7

-¡Merry! -exclamó su prima, en un tono amable, como si quisiera congraciarse-. ¡Qué estupendo es verte!

-Hola, Crystal.

Solo abrir la puerta había sido el primer golpe. Crystal se había teñido la melena corta de platino, y estaba guapísima. Delgada, alta y estilosa. Llevaba un vestido de lino sin mangas, y unos zapatos de tacón de color café. En comparación, Merry se sintió torpe y pesada. Se apartó para dejarle paso.

Por lo menos, aunque llevaba los pantalones vaqueros y las zapatillas de deporte rosas, Grace le había obligado a ponerse una camiseta negra y ajustada y una cadena de plata que le había prestado, y estaba casi elegante.

-Estás increíble -le dijo Merry, a su prima, haciendo un esfuerzo-. Me encanta el pelo.

-Gracias, cariño. Y tú. Me encantan tus zapatos.

Las palabras sonaban completamente sinceras. Merry sabía que no era cierto, pero su prima nunca era lo bastante sarcástica como para poder reprochárselo. Nunca.

-¿Esta es tu casa? -le preguntó Crystal, girando sobre sus tacones de aguja.

-Sí -dijo Merry.

Para ella, el apartamento era precioso. Tenía el suelo de tarima de madera antiguo, y las ventanas orientadas al oeste. Los álamos susurraban con la brisa que movía las cortinas blancas, y se oían las risas de los niños que jugaban en el jardín del otro lado de la calle.

Sin embargo, por la expresión de Crystal, Merry se dio cuenta de que su prima solo veía el sofá viejo, la cocina diminuta y las paredes desnudas de cuadros.

-Bueno, el pueblo es precioso. Tienes suerte de vivir aquí.

-Gracias. ¿Te gustaría que fuéramos al centro a cenar?

-Oh, no. Nunca como nada después de las seis -dijo, y se pasó la mano por la barriga inexistente.

-Entonces, ¿una copa?

-Perfecto, pero ¿no quieres enseñarme antes el apartamento?

Merry sonrió forzosamente.

-¡Es esto! Salón, cocina y un dormitorio. Tiene mucha luz, ¿eh? ¿Y tú, sigues viviendo en Chicago?

-Sí. Me encanta vivir en el centro. Todo lo que necesito está a tiro de piedra.

-¿Salvo los lugares donde poder escalar?

-Oh, solo es un poco de escalada para hacer deporte -dijo Crystal, quitándole importancia-. Jake empezó en su gimnasio y me convenció para que lo probara. Nuestros mejores amigos tienen una villa en la cordillera Tetons, y nos la han prestado, así que hemos venido a intentarlo en roca de verdad.

-Ah, parece muy divertido -dijo Merry. Y era cierto. Pasar unos cuantos días en una casa en las montañas, con una afición nueva y emocionante.

Salió con Crystal y empezó a caminar por el césped de enfrente, hasta que se acordó de los tacones.

-Lo siento -murmuró, mientras volvía a la acera.

-¿Eso es una taberna de verdad? -preguntó Crystal-. Creía que era una tienda de regalos, o algo así.

-No, es un salón -dijo Merry.

Alguien abrió la puerta y se oyó la música country a todo volumen. Crystal se quedó asombrada y mostró curiosidad.

-Vamos, es muy divertido. Conozco a la dueña -dijo Merry-. Y a la camarera, si Jenny trabaja esta noche.

Al entrar no vio a Jenny, pero el local estaba lleno de vaqueros. Algunos volvieron la cabeza y se quitaron el sombrero, alisándose el pelo con la mano al ver a Crystal. Su prima estaba totalmente fuera de lugar, de un modo fantástico, con su vestido de lino de color crema. Sin embargo, ella no se inmutó, sino que observó el lugar con una serenidad envidiable.

Merry no vio ninguna mesa libre, pero, cuando iban hacia la barra, un par de vaqueros se levantaron y les señalaron su mesa. Iba a decirles que no, pero su prima les dio las gracias y se sentó.

-Oh -dijo Merry, y se quedó mirando a los dos hombres-. Bueno...

No tuvo más remedio que sentarse también.

Cuando estaba sola, nadie le había ofrecido nunca su mesa. Las cosas eran distintas para las mujeres guapas que daban a entender que su presencia era un regalo.

Crystal limpió la mesa cuidadosamente con los dedos antes de posar allí su bolso.

-Me alegro mucho de haber podido pasar por aquí a verte, Merry. ¿Qué tal estás?

-¡Muy bien!

-Tu madre me ha contado que estás trabajando en un pueblo fantasma.

Merry sabía perfectamente que su madre no le había dicho eso.

-Soy la comisaria de un museo que se va a crear en un pueblecito llamado Providence. En este momento está en restauración, y espero que pueda abrirse muy pronto al público.

-Vaya. Es muy impresionante para Merry la Vaga.

-Sí, gracias.

No tuvo que seguir respondiendo, porque vio a Jenny detrás de la barra. La camarera salió, y Merry dijo: -¡Ah, ahí está Jenny! Es la chica rubia del delantal. No veo a Rayleen, pero...

-¿Me buscabas, guapa? -preguntó alguien, con una voz quebrada, justo a su espalda.

Merry se sobresaltó y dio un gritito de miedo. Rayleen daba mucho miedo, incluso cuando no se acercaba por detrás sin ser vista ni oída.

-Eh -dijo Rayleen, cuando ella se dio la vuelta-. Veo que Grace te ha ayudado otra vez con el maquillaje. Por una vez, estás guapa.

Merry hizo un mohín.

-Crystal, te presento a Rayleen Kisler, la tía abuela de Grace. Rayleen, esta es mi prima, Crystal Waterton.

-Encantada -dijo Crystal-. ¿Está Grace aquí? -preguntó, y miró a su alrededor con algo de nerviosismo.

-No -dijo Rayleen-. Seguramente, está montando a ese semental suyo. Que yo sepa, es su única afición.

Crystal enarcó las cejas.

-No me imagino a Grace montando a caballo.

Merry se atragantó y cabeceó.

-Está hablando del novio de Grace.

-Ah -dijo Crystal, y su cara de confusión se convirtió en un gesto de desagrado, mientras Rayleen se echaba a reír a carcajadas.

-¡Qué cara! -exclamó, y le dijo a Merry-: Guapa, no me imaginaba que tu prima se había tragado el palo de una escoba.

Por muy poco que le gustara que la llamara «guapa», Merry estuvo a punto de echarse a reír también. Ciertamente, Crystal era una estirada, como su madre. Merry nunca había podido entender cómo era posible que su madre y su tía fueran hermanas y se hubieran criado en la misma casa. Incomprensible.

Pero, claro, eran de una familia pobre. Su madre había aprendido a trabajar y a

perseverar. Su tía era ambiciosa y se había propuesto no volver a ser pobre jamás. Con su fuerza, que era parecida, habían tomado caminos distintos. Sin embargo, eran del mismo sitio, y tenían eso en común. Sin embargo, Crystal y ella...

Merry dio una palmadita y se puso en pie.

-Voy a buscar unas copas a la barra. ¿Qué te apetece?

-Gin tonic, por favor -dijo Crystal, y enarcó una ceja-. Mira a ver si, por lo menos, tienen Hendricks...

Rayleen soltó un resoplido y se alejó, murmurando algo que sonaba sospechosamente como «zorra engreída». Merry fingió que no la había oído, pero Crystal miró a Rayleen con una expresión tensa que hizo que se le arrugara la frente. Debía de necesitar otra sesión de Botox.

-Dios, Jenny -dijo Merry, cuando llegó a la barra-. Dame algo fuerte. No me importa lo que sea, siempre que me haga efecto rápido.

-Ummm... ¿Un Cosmo, o algo más fuerte, como un Long Island Tea?

-Sí, el Long Island. Dámelo.

La rubia se echó a reír y sacó un vaso de debajo de la barra.

-¿Y para tu amiga?

-No es mi amiga, es mi prima Crystal, y quiere un gin tonic de la mejor ginebra que tengáis.

-Lo que tú digas -respondió Jenny. Tomó tres botellas a la vez y las inclinó sobre el vaso de Merry-. Parece que estás un poco estresada -le dijo.

-¿Ah, sí? ¿Tanto se me nota? La asquerosa de mi prima ha venido de visita, estoy angustiada por el trabajo y hace siglos que no tengo un org...

De repente, se dio cuenta de lo que iba a decir, y se quedó callada. Sin embargo, ya era demasiado tarde, y Jenny enarcó las cejas.

-¿Tanto tiempo?

-No te haces una idea.

-Bueno, yo también he tenido una temporada de celibato hace poco. Pero ya se ha terminado. Y la tuya también va a terminar muy pronto.

Merry estaba segura de que aquella mujer rubia y divertida no había tenido ninguna temporada de celibato que hubiera durado más de lo que ella quería y, además, ahora tenía un novio policía muy mono. Merry no quiso sentirse celosa. Eso no le serviría de nada. Pero una copa, sí.

-¡Gracias! -exclamó, cuando Jenny puso una guinda en su vaso y se lo entregó.

El primer sorbo tuvo un sabor muy fuerte, pero el segundo fue mucho mejor. Y el tercero pasó como la seda.

-Que Dios te bendiga, Jenny.

-Y, ahora, un gin tonic de primera calidad.

Con un estremecimiento por la pérdida, Merry le entregó un billete de veinte dólares. Jenny le devolvió diez.

-Al tuyo invita la casa -le dijo.

-Eres la mejor, Jenny. Gracias.

-De nada -dijo la camarera.

Mientras volvía a la mesa, Merry se sintió mucho más relajada. Tal vez hubiera llegado el momento de dejar las cosas claras.

-No vuelvas a llamarme Merry la Vaga -le advirtió a su prima, al sentarse.

-Muy bien -dijo Crystal, con cara de pocos amigos-. Y tú diles a tus amigas que no me insulten.

-Pues deja de actuar como si fueras demasiado buena para estar aquí.

-No es ninguna actuación -replicó Crystal, con una sonrisa desdeñosa.

Merry cerró los ojos y dio otro trago a su copa. Después, suspiró.

-¿Para qué has venido, Crystal?

-He venido a escalar.

-¿Y a ser rica?

-Mira, siento que te moleste, Merry, pero me va bien. Es un buen momento para ser abogada en Chicago. ¿Quieres que me disculpe?

No. No, pero el éxito de Crystal hacía que ella se sintiera como una porquería y, algunas veces, no sabía distinguir si era lo que pretendía su prima o si solo eran imaginaciones suyas. La paranoia se apoderaba de ella cuando estaba con sus primos.

-¿Para qué querías verme?

Y allí estaba. Aquel brillo de arrogancia en sus ojos. Aquel resplandor antes de decir algo realmente...

-Eres mi prima, Merry. Me preocupo por ti. Sé que a veces te resulta muy difícil mantener el equilibrio, y quería asegurarme de que estás... bien.

-Yo no tengo problemas para mantener el equilibrio -respondió Merry-. Lo único que pasa es que me gusta arriesgarme. Me gustan las nuevas experiencias. Eso no tiene nada de malo.

-No, claro que no. Siempre y cuando seas feliz...

-Exacto -respondió Merry, secamente, como si no estuviera durmiendo en el sofá de su mejor amiga y no fuera más que una trabajadora temporal.

-¡Estupendo! -exclamó Crystal, y le dio una palmadita en la mano-. Me alegro de

que por fin estés en una buena situación.

Sí. Por fin. Como si se hubiera encontrado una moneda en medio de la tierra.

-Bueno -dijo, y posó el vaso vacío en la mesa-. Me ha encantado charlar contigo, pero ahora deberías volver a la villa.

Crystal se quedó asombrada. Normalmente, ella era mucho más tímida con su prima; temía responder por miedo a que Crystal le hiciera notar lo inferior que era. El problema, por supuesto, no estaba en que Crystal se lo hiciera notar. El problema era que ella misma lo creía.

Pero ya no. No podía seguir así.

-Merry -dijo Crystal, pero ella la interrumpió.

-Lo siento, Crystal. Estoy casada. Estoy empezando de cero en este pueblo, y es mucho trabajo. Vamos a dejarlo así.

Crystal dejó su vaso en la mesa y se encogió de hombros.

-Como quieras. Le diré a mi madre que he cumplido con mi deber.

-Perfecto.

Cuando salían, Merry ya se sentía culpable. No se le daba bien ser mala con los demás. Le daba miedo que Crystal tuviera sentimientos de verdad, le daba miedo haberle hecho daño.

-Espero que tengas muy buenas vacaciones, Crystal -le dijo por encima del hombro-. Lo de la escalada parece algo estupendo.

Crystal respondió algo, pero Merry no la oyó, porque había visto el coche de Shane aparcado junto a la acera, un poco más allá. Él estaba rodeándolo.

Oh, mierda. No quería que él conociera a Crystal.

Pero, por supuesto, no era ciego, y las vio justo cuando subía a la acera.

-¡Eh! Iba a ir a verte a casa. Creía que ibas a estar en la obra hoy.

-Lo siento, yo...

Él alzó la mirada y vio a Crystal.

-Es mi prima, que ha venido de visita al pueblo -dijo Merry en voz baja-. Shane, Crystal. Crystal, te presento a Shane.

-Un placer conocerla, señorita -dijo él.

-El placer es mío -ronroneó ella.

Dios... Seguramente, él estaba disfrutando de la visión de aquella rubia platino con la voz ronca. Merry detestaba que ella se hubiera quedado allí, a su lado.

-Gracias otra vez por venir, Crystal.

Su prima sonrió a Shane al pasar a su lado, pero se marchó sin decirle una palabra

más a ella. Shane la observó mientras se alejaba, por supuesto.

Cuando se giró hacia ella, tenía el ceño fruncido.

-¿Estás bien?

Ella se dio cuenta de que tenía un mohín en los labios. Parecía que el alcohol no le servía a la hora de disimular.

Asintió para responder a su pregunta, y él se metió las manos en los bolsillos y se inclinó un poco hacia atrás.

-He encontrado la serie de la que me hablaste. He descargado los dos primeros episodios, y he pensado que podríamos pedir una pizza y verlos. Pero veo que te has arreglado, así que a lo mejor tenías otros planes.

-Pero... ¿qué dices? -preguntó Merry. Dio unas palmaditas y se puso a gritar como una niña de cinco años a la que acababan de regalar un traje de princesa-. Me encantaría. Solo necesito... -dijo, y señaló la cadena de plata que llevaba al cuello, como si quisiera decir «quitarme todo esto».

Pero él siguió el movimiento de su mano con la mirada, y ella cambió de opinión. No estaba muy cómoda maquillada y con joyas, pero siempre se sentía un poco azorada con los hombres. Era mejor tener la sensación de que estaba demasiado arreglada.

-Claro, claro -dijo él, que volvió a mirarla a la cara-. Yo necesito ducharme. ¿Te parece que quedemos dentro de quince minutos?

Entraron juntos a La granja de sementales y Merry lo saludó con entusiasmo antes de cerrar la puerta; seguramente, había quedado claro que estaba nerviosa.

-Ya está bien -se dijo, una vez a solas. Pero sus palabras severas no sirvieron de nada. Se apoyó en la puerta con un suspiro soñador. Gracias a Grace, aquella noche se sentía guapa, y esa ilusión la estaba volviendo idiota.

Aquello no era ninguna cita. Solo eran dos amigos que iban a reunirse. Si fuera una cita, él le habría pedido antes que salieran juntos, el día anterior, por ejemplo. No la habría abordado en plena calle y le habría preguntado si quería pizza. La habría llevado a un restaurante y habría intentado impresionarla. Aquello no era nada más que ver una serie con un amigo.

Al pensarlo bien, por fin, la sonrisa se le fue apagando. La situación era muy familiar para ella. Había caído en aquella trampa muchas veces: un chico le pedía que quedaran para ver una película o jugar a videojuegos, ella se emocionaba y, después, nada. O peor que nada; con frecuencia, ese chico quería hablar de los problemas que tenía con la chica que le gustaba de verdad, o quería sonsacarle información a ella sobre alguna de sus amigas monas.

No había nada peor que sentirse desdeñada cuando una quería sentirse apreciada. Nada.

Así pues, no se desmaquilló ni se cambió de ropa. Revisó el correo electrónico,

metió los platos al lavaplatos y se puso más brillo en los labios. Después, salió al rellano y llamó a la puerta de Shane.

Él no respondió, así que volvió a llamar. Entonces, se preocupó por si él todavía no se había preparado. Tal vez hubiera ido antes de tiempo. Tal vez...

La puerta se abrió. Shane sí estaba preparado; la que no estaba preparada era ella. No estaba preparada para verlo con unos vaqueros y una camisa negra, sin sombrero ni botas, con el pelo húmedo, con olor a limpio. De repente, tuvo de nuevo la visión de él en la ducha, desnudo y excitado. El agua jabonosa le caía por el pecho y descendía por su abdomen, hasta...

-Hola -dijo Shane.

-Oh -respondió ella.

A Shane se le apagó un poco la sonrisa, pero se hizo a un lado para dejarla pasar.

-¿Qué pizza te gusta? Aquí hay un sitio muy bueno.

-De cualquier cosa, salvo de pimienta. Bueno, de jalapeños, sí.

-¿Sí? Te gusta lo picante, ¿eh?

Ella se ruborizó aún más. Parecía que sí, que cuando él estaba de por medio, lo que más le gustaba era lo picante. Dios, se estaba volviendo una obsesa, una vecina perversa.

-A mí también -dijo él.

Después, llamó para pedir la pizza.

Mientras él hablaba por teléfono, ella aprovechó para mirar a su alrededor. Shane tenía más muebles que Grace y ella. Había una mesa de centro hecha con una gruesa pieza de madera pulida. Una estantería antigua, muy bonita, que parecía de pino con algunos libros del Oeste, manoseados, como si los hubieran leído cien veces. También había novelas de suspense y de espías, y biografías. No había de ciencia ficción, pero tal vez ella consiguiera aficionarlo aquella noche.

Dio un paso atrás, y se topó con un cuerpo cálido.

-Oh, mierda -jadeó, y se alejó con un respingo.

Se dio la vuelta tan rápidamente que tuvo que agarrarse a su brazo para no perder el equilibrio. Sin embargo, no lo consiguió, y se cayó contra su pecho.

-Lo siento, lo siento -dijo, y apartó la mano rápidamente-. No estoy... no quiero acosarte, te lo prometo.

Él enarcó ambas cejas.

-Esa es una promesa muy rara.

-¡Ya lo sé! ¡Lo siento muchísimo! Lo que pasa es que no quiero que pienses que yo creo que... que esto... Sé que no lo es, ¿de acuerdo? Así que no te preocupes.

-Que no es... ¿qué?

-¡Nada!

Shane estaba demasiado cerca. Ella no podía huir, porque se chocaría con la estantería. Sin embargo, él la estaba mirando de un modo tan extraño, que a ella se le aceleró el corazón. Se escabulló como pudo y fue hacia el sofá.

-¡Vamos a ver la serie!

Él se giró y la miró fijamente un largo instante, y ella se dio cuenta de que había revelado demasiada información. Los efectos del cóctel que se había tomado se habían combinado con su torpeza innata, y el resultado era desastroso. Había soltado cosas que no debería haber dicho y, ahora, él sabía lo que estaba pensando. De repente, tuvo la necesidad de confesar que había tenido una fantasía sexual con él, como si quisiera desahogarse de su culpabilidad. «No lo digas. No lo digas».

Tragó saliva para contenerse.

-Me siento aquí -dijo, y señaló el extremo más alejado del sofá.

Él pestañeó lentamente, y asintió.

-Claro. Claro, no hay problema. ¿Te apetece una cerveza?

-Sí, por favor.

Durante los diez primeros minutos del capítulo, ella se sintió mortificada, pero fue relajándose un poco a medida que avanzaba la historia. Era una serie demasiado buena como para ignorarla. Se rio con ganas de uno de los chistes, y se dio cuenta de que Shane le sonreía. Al verlo, algo se le removió por dentro, en lo más profundo del vientre.

-La serie es muy buena -dijo él.

Sí, era buena. Y era muy agradable tener a Shane como amigo, aparte de la atracción física que ella pudiera sentir. Si consiguiese aprender a relajarse cuando estaba con él, sería incluso mejor.

-Un western espacial -dijo Shane, y volvió a mirar la tele.

Ella sonrió.

-Es guay, ¿verdad?

-Sí, mucho -dijo él.

Cuando les llevaron la pizza, Merry se sentía casi normal otra vez. Se relajó e intentó pensar que estaba con Grace. Se quitó las zapatillas y metió los pies bajo las piernas, sobre el sofá.

-¿Has hecho tú esta mesa de centro?

-No, esta me la hizo un amigo. Pero la estantería sí es mía.

-Las dos cosas son preciosas.

-Gracias.

-¿No es raro que un carpintero viva en un apartamento? ¿Haces armarios en secreto por las noches?

Shane se echó a reír.

-¿Acaso crees que tengo una necesidad imperiosa de fabricar cosas y hacer reformas?

-Sé que sí -dijo ella, entrecerrando los ojos-. ¿Cómo lo gestionas? ¿Haces baldas para armarios a medida? ¿Acuchillas el suelo?

-Si te contara esos secretos, después tendría que matarte.

-A lo mejor podrías comprar mi silencio haciéndome algunos muebles. Por si no te habías dado cuenta, nuestro piso está muy vacío.

Él la miró misteriosamente.

-A lo mejor sí hay una cosa que puedo hacer por ti.

En aquella ocasión, Merry no se avergonzó ni se ruborizó. Sabía que él le estaba tomando el pelo, así que le dio una suave patadita en la espinilla con el pie descalzo.

-Cállate.

-Lo digo en serio -insistió él-. Vamos, ven. Te voy a enseñar una cosa.

Shane se levantó y se dirigió a su dormitorio. Ella lo siguió.

-¿Me estás atrayendo a tu habitación?

-Sí, claro. Pero, esta vez, yo te prometo que no te voy a acosar -le dijo Shane.

Y, cuando llegaron a la puerta y se asomaron, a Merry se le escapó un jadeo.

-¡Oh, Dios mío, Shane! ¿Lo has hecho tú?

Sobre la cama había un cabecero de madera maciza. El borde era arqueado y estaba tallado y teñido de un color cálido.

-Es un poco tosco -dijo él, señalando con la barbilla la talla de montañas y árboles.

-¿Me estás tomando el pelo? ¡Es alucinante, Shane! ¡Míralo!

Él sonrió con ganas.

-Lo veo todas las mañanas -dijo él, y se tocó el ala de un sombrero imaginario-. Señorita.

Ella se echó a reír.

-En serio, Shane. Es lo más bonito que he visto en mi vida.

-No exageres.

-¡No estoy exagerando!

-Ya. ¿De verdad crees que esto es más bonito que una obra de arte? Yo estoy seguro

de que no está a la altura de tu romántica visión de Providence.

-Mira, tío, si hubiera encontrado algo así en Providence, estaría en la portada del folleto. Hasta ese punto me gusta.

-Con que «tío», ¿eh?

-Me dijiste que no te llamara «vaquero».

Shane sonrió, y ella sintió un cosquilleo en el estómago. Aquella sonrisa fue un poco... íntima. Y, cuando él volvió a hablar, lo hizo con una voz suave.

-Preferiría que me llamaras solo Shane.

Ella hubiera jurado que él le estaba mirando los labios, pero estaba tan nerviosa, que se concentró en el cabecero.

-Bueno, pues es maravilloso. Lo que hiciste. Es...

-Es un poco tosco -dijo él. ¿Cuándo se le había acercado tanto? Al girarse hacia ella, le rozó el hombro-. Esta luz oculta los defectos. Se notan mucho a la luz del día, por la mañana. Al menos, para mí.

-¿Quieres que me cuele aquí y te dé una sorpresa de madrugada?

-No, no estaba pensando en eso.

Hasta aquel momento, ella había negado lo que sucedía. Había estado mirando el cabecero e ignorando que él la observaba mientras hablaba. Sin embargo, no pudo ignorarlo más, porque él le tocó un hombro con la mano.

Merry alzó la vista. Le latía el corazón con tanta fuerza que no oía nada ni podía pensar. Y, cuando él inclinó la cabeza hacia ella, pensó que aquello no estaba sucediendo, que él no iba a besarla. Sin embargo, se le cerraron los ojos y, cuando sus labios le rozaron la boca, Merry tuvo ganas de echarse a llorar.

La besó con delicadeza, como si estuviera haciéndole una pregunta, pero ella no sabía qué responder. Shane era tan impresionante... tan sexy, que había sido el objeto de unas fantasías que ella no tenía desde hacía varios meses. Pero... ¿a él le gustaba de verdad? ¿La deseaba de ese modo, o solo se trataba de que estaba en su dormitorio y tenía pechos, y otras partes femeninas que convertían una cama en algo muy divertido?

No quería que eso le importara, pero sabía que tampoco quería ser un trofeo más para otra persona, no quería ser la aventura sin importancia de algún tipo.

Sin embargo, cuando él presionó con un poco más de fuerza, ella se rindió con un suspiro que le separó los labios. Entonces, él le tocó la lengua con la suya, y la abrazó.

Estaba entre sus brazos, en su habitación, mientras él exploraba su boca con una decisión que le debilitaba las rodillas. Tenía que parar aquello, pero... no, todavía no. Solo quería sentir un poco más de aquello. De su lengua, y de sus manos, que se deslizaron por su espalda, hacia abajo, y se posaron en sus caderas.

Oh, Dios... Él extendió las manos y las adaptó a las curvas de su cuerpo, y la agarró como si le gustara. Como si necesitara tocarla.

Merry suspiró, y él la atrajo aún más hacia su cuerpo. Sus caderas casi se tocaban; si ella se echara hacia delante, lo notaría. Y quería notarlo, lo deseaba con todas sus fuerzas. Si lo hacía, sería como enviarle una señal. Él le subiría la camiseta y le acariciaría la piel. La desnudaría, caerían sobre la cama y...

Merry se apartó.

-Lo siento -susurró.

-No... no pasa nada -dijo él. Tenía la mirada un poco desenfocada, y comenzó a inclinarse hacia ella otra vez.

Ella no fue capaz de apartarse de nuevo, pero ladeó la cara, y él posó la boca en su cuello, lo cual era igual de bueno que un beso. Mejor, incluso. Las terminaciones nerviosas se le extendieron por la piel como si quisieran acaparar todas las sensaciones de aquel contacto. Él le tocó la piel con la lengua. Y con los dientes.

-Oh, Dios -gruñó Merry.

-Merry -respondió él contra su cuello.

El hecho de saber que podía conseguir que él gruñera su nombre así, como si estuviera expresando su deseo, tuvo un efecto poderoso en ella. Entonces, él estrechó sus caderas contra su cuerpo, y ella supo que la deseaba. Que deseaba aquello. Podrían estar desnudos en cuestión de segundos si ella le enviaba la señal. Lo deseaba, sí, con todas sus fuerzas.

Él posó la mano en su espalda, a la altura de la cintura, y ella sintió una descarga de placer al notar que metía un dedo bajo su camiseta y tocaba su piel.

Sin embargo, al instante, aquel placer quedó engullido por el sentido común. En pocos momentos podía estar desnuda con él, vulnerable, abandonándose a todo lo que él le hiciera; y estaría segura de que Shane hacía eso con todo tipo de mujeres todo el tiempo. Después de todo, tenía mucho encanto; Grace se lo había advertido, y ella misma lo había visto.

De eso se trataba, en realidad, de seducir a una compañera de cama que estuviera dispuesta a permitirselo. Porque ella estaba allí, porque tenía las partes necesarias y porque había una cama. Y, tal vez, si no fuera a verlo nunca más, pudiera aceptar la situación, pero sabía que después se encontrarían a menudo, que habría saludos azorados y conversaciones embarazosas en Providence sobre la madera reciclada. Aquello significaría demasiado para ella y demasiado poco para él.

-Shane -susurró.

Él canturreó suavemente y emitió un sonido de aprobación contra su cuello, justo cuando empezaba a extender las manos por su espalda desnuda.

-No podemos.

Sus labios quedaron helados contra ella. Se le tensaron los hombros. Ninguno se movió. Seguramente, él estaba asimilando sus palabras, y ella no quería perder aquel último contacto. Pero, al instante, él se apartó, con las manos elevadas, como si quisiera decirle que no pasaba nada.

-Lo siento -dijo él-. Creía que...

-No, yo soy la que lo siento -dijo Merry-. Es solo que no creo que debamos...

-Claro que no. Tienes razón. No es buena idea.

Ella asintió y se cruzó de brazos para ocultar que todavía estaba excitada y llena de deseo.

-Pero... ¡la cama! Es verdaderamente increíble.

-Sí, gracias -dijo él, y se metió las manos a los bolsillos.

-Bueno -dijo ella, y se rio nerviosamente-. Creo que debería irme...

-No, no, no te vayas. Podemos ver más capítulos de la serie. Me ha gustado mucho.

-Pero... ¿y si vuelvo a acosarte? -le preguntó ella, con sentido del humor.

-Oh, yo no creo que hayas sido tú... Es decir, que me parece que he sido yo...

-¡Era una broma! Pero, de todos modos, nos vemos en otro momento. Tal vez mañana. En Providence, quiero decir. No aquí.

Salió corriendo antes de contarle su terrible secreto de la fantasía. Él permaneció en la puerta de su dormitorio mientras ella recogía sus zapatillas del suelo del salón, volvía a despedirse y cerraba la puerta.

Merry no tuvo ocasión de exhalar un suspiro de alivio, porque, en cuanto entró en su apartamento, vio a Grace, que la estaba esperando. Por un momento, su amiga sonrió con alegría y la saludó.

-Hola, Merry. Espero que no te moleste que haya pasado por aquí, es que...

Al ver que Merry estaba descalza, frunció el ceño.

-¿Dónde estabas? Creía que habías salido con Crystal.

-Sí, he salido con ella.

Grace miró sus pies de nuevo.

-¿Sin zapatillas?

Merry carraspeó.

-Creía que esta noche te quedabas a dormir en casa de Cole.

-Sí, pero es que mañana tengo que salir a un rodaje de exteriores y se me había olvidado llevarme las botas. Bueno, ¿qué ha pasado?

-¡Nada!

Grace conocía a la perfección las reacciones nerviosas de Merry, pero las dos sabían

que Merry nunca se ponía nerviosa cuando estaban ellas dos solas. Miró hacia la puerta del apartamento y, después, volvió a mirar los pies de Merry.

-Ese cabrón...

Merry suspiró y puso los ojos en blanco.

-Hemos visto una serie en su casa.

-Te dejo sola dos horas y ese desgraciado ya tiene que tirarte los tejos.

Merry soltó las zapatillas y se dejó caer en el sofá.

-Corta el rollo, Grace. Solo hemos visto una serie en la tele. Nada más.

-¡Y un cuerno! ¿Me estás diciendo que Shane Harcourt quiere ser amigo tuyo?

-¿Por qué no? Yo soy muy buena amiga.

-Eres una amiga espectacular. Y también tienes un trasero espectacular.

-¿De verdad? -preguntó Merry, y se giró para mirarse.

-¿Qué ha pasado?

-¡Nada! Dios, ¿qué problema tienes con Shane? Es muy divertido y simpático, y hemos estado viendo Firefly. ¿Qué ha hecho para que estés tan enfadada con él?

Grace se encogió de hombros con un poco más de calma.

-No lo sé. Es que no consigo entenderlo. Es obvio que Cole confía en él, pero Shane nunca intenta acercarse a mí, conocerme mejor. Y yo no consigo saber de qué va.

-Pero... ¿tú intentas conocerlo mejor a él?

Grace frunció el ceño, y esa respuesta fue suficiente para Merry.

-Grace, ya soy una mujer adulta -le dijo ella, suavemente-. Sé que a veces me comporto como si fuera idiota, pero he conseguido abrirme camino en una vida bastante complicada.

-¡Ya lo sé! Lo único que pasa es que a veces eres un poco ingenua con los tíos.

-¡No soy ingenua! Ni confiada. Sé cómo pueden ser los hombres. No es ingenuidad, Grace, solo es abstinencia. Y, si quiero acostarme con Shane, lo voy a hacer.

Grace volvió a fruncir el ceño, y con ganas.

-Muy bien. Como quieras. ¿Te has acostado ya con él?

-¡No!

-Pues mejor.

Merry soltó un gruñido.

-Oh, Dios mío... Aunque pienses que estaría cometiendo un error si me acuesto con Shane, ¿cuántos errores de esos has cometido tú? ¿Es que yo no puedo tener las mismas oportunidades?

-No -respondió Grace, malhumoradamente, y se dejó caer en el sofá con un resoplido-. No, no quiero que tú cometas los mismos errores. No te lo mereces.

-¿Y tú sí te lo merecías?

-Yo no soy como tú, Merry. Tú eres buena. Y yo no quiero que te pase nada malo, si puedo evitarlo -dijo Grace, y le agarró la mano con fuerza.

-Sabes que ya me han pasado cosas malas, y estoy bien. Somos del mismo sitio, y me conoces de toda la vida. Aunque parezca una boba, no lo soy. Y si quiero darme un revolcón salvaje con el vecino de al lado, lo voy a hacer.

Grace empezó a sonreír.

-¿Ah, sí? ¿Y qué ha pasado con eso de «yo nunca le gusto a nadie»? ¿Es que Shane se te ha insinuado?

-No -mintió Merry.

Grace sonrió.

-Bueno, pues mejor, porque, si yo quiero patearle el trasero a Shane, lo voy a hacer. Digas lo que digas.

Merry puso los ojos en blanco.

-¡Dios Santo! Me gustaría que alguien metiera su pene en mi cuerpo durante esta década, si es posible.

-Eso está sobrevalorado.

-Sí, claro. ¿Y por qué tienes tú marcas de dedos en los brazos? Ah, sí, es por tu pasión por la lucha grecorromana.

Grace le soltó la mano y se tapó las marcas de los dedos. Se puso roja. Merry no podía creerlo.

-¿Te estás ruborizando?

-No.

-¡Sí! ¡Grace Barrett se está ruborizando como una colegiala! Ni siquiera puedo imaginarme qué tipo de recuerdos sucios estás teniendo para ponerte tan roja. Será mejor que no digas nada. No solo por mi cordura, sino porque, seguramente, es algo ilegal en este estado.

-Y en algunos otros -murmuró Grace.

-Pues me estás dando la razón. Tú consigues hacer realidad tus fantasías más guarras todas las noches. Yo también quiero ser una guarra.

Grace suspiró.

-Esa es la cuestión, Merry. Tú no eres una guarra. A mí nunca me importó que los hombres me utilizaran para el sexo, porque yo también los estaba utilizando a ellos. Pero tú no eres como yo, en ese sentido. Eres una persona fuerte y estupenda, pero

tienes un alma que necesitas proteger.

-Oh, por favor. Y tú también.

-A lo mejor, ahora sí. A lo mejor. Pero está mucho más curtida que un cuero.

Merry se echó a reír.

-Ya hablas igual que tu vaquero.

-Eres muy molesta.

-¿Ah, sí? ¿Yo soy molesta? Tú eres la que quieres que mi cama siga vacía. Déjalo, ¿de acuerdo? Confía en mí.

-Confío en ti. Pero no confío en nadie más. Y menos, en Shane.

Merry se inclinó y le dio un beso a Grace en la mejilla, solo por molestarla. Sin embargo, no le salió bien, porque Grace la abrazó con fuerza.

-Intenta no caer si te tira los tejos.

-Créeme, no me va a costar ningún esfuerzo. Nadie está tratando de cruzar esa frontera.

Sin embargo, eso ya no era cierto y, aquella noche, Merry se quedó dormida pensando en lo que habría sucedido aquel día si ella hubiera susurrado «sí» en vez de «no».

Capítulo 8

Dios Santo, aquello era lo que menos necesitaba después de un día difícil. Estaba haciendo una chimenea complicada en la nueva mansión de un multimillonario que solo iba a pasar allí cinco días al año. Era el trabajo que menos le gustaba del mundo. En primer lugar, tenía que trabajar dentro de una casa y, en segundo lugar, aquel tipo de clientes se quejaba muy a menudo para que uno nunca se olvidara de quién mandaba.

En realidad, el proyecto iba bien. Su trabajo era muy bueno. Sin embargo, después de pasar ocho horas en la obra, estaba agotado. La noche anterior casi no había pegado ojo, porque no había podido dejar de dar vueltas por la cama preocupándose por Merry Kade.

Merry había sido una tentación imposible de resistir, con el escote de su camiseta y su risa. Cuando la había besado, había hecho unos ruiditos deliciosos. Se había derretido con suavidad contra él, y él se había excitado hasta lo indecible. Y, de repente, ella le había dicho que no y se había marchado sin más.

Y, ahora, aquello. El gran todoterreno blanco que entraba en el aparcamiento justo cuando él salía del bufete de su abogado. Era su abuela.

Shane salió por la puerta de cristal y se encaminó hacia su coche. Casi consiguió llegar.

-¡Shane! -le gritó ella.

Él oyó que cerraba de un portazo.

-Shane, ¿qué es lo que te propones?

Él se detuvo y bajó la cabeza, pidiéndole paciencia al cielo. Jeanine Bishop era su abuelastra, en realidad, algo que había dejado bien claro desde que él la conocía. No había tenido hijos, y no había sabido qué hacer con los que había heredado. Su abuelo tampoco era un ejemplo en ese sentido. Era impaciente con los niños y malhumorado con todo el mundo. Las visitas al rancho de los Bishop siempre habían sido insoportables, tensas y silenciosas.

Jeanine Bishop se detuvo justo detrás de él. Shane se quitó el sombrero y se giró hacia ella.

-Abuela -dijo, mientras se preguntaba cómo era su verdadera abuela. Había muerto joven. O, demonios, tal vez eso fuera mentira. Tal vez los había abandonado a todos, como la mitad de su familia.

-¿Estás cometiendo actos de vandalismo para amedrentar a los patronos?

-¿Eh? -preguntó él, con asombro. Aunque no debería sorprenderse de nada, a aquellas alturas. Aquella gente estaba loca.

-¿Estás haciéndolo?

-No sé de qué hablas.

-El buzón de correos de la casa está destrozado.

-¿Y por qué iba a hacer yo eso?

-¡Ni idea! -le espetó ella-. ¿Por qué has presentado una demanda por el dinero de tu abuelo, después de todo lo que hizo por ti? Te dejó todas las tierras, ¿sabes?

-Sí, sí lo sé. Yo nunca pedí eso. No le pedí nada.

-Tu abuelo te honró al...

-Sí, eso ya me lo has dicho. Pero tú y yo sabemos que Gideon Bishop me dejó las tierras porque no soportaba tener que venderlas y no estaba dispuesto a dejárselas al estado. Así que me las dejó a mí.

Ella alzó la barbilla.

-Y no es suficiente para ti.

-Si me hubiera cambiado el apellido, como él quería, el dinero también habría sido para mí. A él no le importaba un bledo el pueblo fantasma. El abuelo le dejó el dinero a la fundación para darme una lección. Era un rencoroso.

-¡No digas eso de él! ¡Deberías estar orgulloso de su apellido! Lo de cambiártelo por el de tu madre no fue más que una rabieta. La familia de tu madre nunca contribuyó para nada en esta comunidad.

Shane se empujó el sombrero hacia atrás y frunció el labio con desprecio.

-Puede que no, pero sí ayudaron a criarme, que es mucho más de lo que puedo decir de cualquiera de la familia Bishop.

-Tu abuelo no tiene la culpa de los defectos de tu padre.

-Es cierto, pero si hubiera tenido el más mínimo gesto hacia mi hermano y hacia mí, habría significado mucho. Podía haber ayudado a mi madre con un poco de dinero. O con algo de apoyo o afecto. Con alguna palabra cariñosa. Lo único que le decía tu marido a mi madre era cómo tenía que haber tratado a su hombre para que no se fuera.

-Pues a lo mejor eran buenos consejos.

-¿Ah, sí? ¿Te dio los mismos consejos a ti cuando te echó a patadas y se puso a vivir con su nueva mujer?

Ella soltó un jadeo y se puso la mano en el pecho.

-¡Shane Bishop! ¿Cómo te atreves?

-Me apellido Harcourt -murmuró él. Estaba enfadado consigo mismo por discutir con una anciana. Abrió la puerta del coche y se sentó al volante-. Sé que habéis contratado a una comisaria para Providence, y sé por qué lo habéis hecho. Un gesto muy bonito, pero una pérdida de dinero.

-¡Era lo que quería tu abuelo! -gritó ella, sin molestarse en mantener una mínima cortesía.

-Lo que quería era cabrearme. Así que supongo que ha vuelto a ganar.

Shane cerró la puerta de golpe y se alejó. Jeanine Bishop se quedó allí, lanzándole miradas fulminantes. Dios, algunas veces se preguntaba si había hecho bien al empezar todo aquello. Él nunca había querido nada de la familia Bishop y, cuando le habían dado la noticia de la herencia, su primera respuesta había sido «no».

No, no necesitaba nada de su abuelo. Y no quería nada. Le había dicho al abogado que comenzara el proceso de venta de las tierras. Sin embargo, durante los siguientes días, había empezado a pensar. ¿Por qué no iba a quedarse con las tierras? ¿No se merecía algo que pudiera compensarle del dolor de ser hijo de su padre? Y, si alguna vez su hermano volvía a aparecer, Alex también se merecía algo. Su abuelo lo había designado a él como único heredero, pero ¿tenía derecho a quedarse con todo sin hablar con su hermano?

En aquel momento, había comprendido el insulto. Su abuelo le había dejado las tierras, pero no el dinero. El patrimonio de los Bishop, pero no el bienestar.

Y, entonces, él se había enfadado de verdad.

Si su único recurso hubiera sido vender las tierras, lo habría hecho, pero su abogado le había planteado la posibilidad de impugnar el testamento, y él había aceptado. Cabía la posibilidad de que él no se mereciera el dinero, pero estaba seguro de que un puñado de edificios en ruinas no se lo merecían más que él.

Y no importaba lo que pensara Merry Kade.

Demonios, no tenía que haberla tocado. Merry ya se iba a poner bastante furiosa cuando se enterara de quién era él y, con aquel asunto entre ellos dos... Gracias a Dios que ella lo había parado todo antes de que pudiera llegar más lejos.

Tenía que hablar con Merry aquella misma noche. Esa mañana había estado demasiado ocupado como para ir a Providence o... tal vez había sido demasiado cobarde. Todavía no estaba seguro de lo que había ocurrido la noche anterior. ¿La había presionado demasiado? ¿Había malinterpretado sus señales?

Cuando llegó a La granja de sementales, soltó un gruñido. El coche de Cole estaba aparcado allí también, así que no le sorprendió que su mejor amigo se asomara por la puerta del edificio y lo saludara con la mano.

-Hola -dijo Shane, mientras salía del coche-. Hace un par de semanas que no nos vemos. ¿Cómo va todo?

Parecía que Cole había dejado de cojear por completo, y Shane asintió al ver a su

amigo caminar por la acera.

-Muy bien -dijo él-. He vendido casi todos los potros y he llevado el resto del rebaño a los pastos altos, así que tengo libres un par de horas. ¿Y tú?

-Estoy en temporada alta, pero no pasa nada. Oye, ¿está Merry en casa? Tengo que hablar con ella.

Aquellas palabras le borraron la sonrisa de los labios a Cole. Apretó la mandíbula y miró a Shane con dureza.

-Por Dios, tío.

-¿Qué pasa?

-Creía que Grace estaba paranoica. Demonios, Shane, ¿le estás tirando los tejos a Merry?

-¡No! -exclamó él-. Además, ¿qué significa eso de «demonios, Shane»?

-Vamos, tú no eres exactamente el hombre que nosotros elegiríamos para Merry.

-¿Nosotros?

-Sí, nosotros. Ahora, Merry es como una hermana pequeña para mí.

-¿Y qué demonios soy yo?

Cole se cruzó de brazos y lo miró de un modo fulminante.

-Tú eres mi amigo, pero no tienes un gran historial en lo que a relaciones se refiere.

-No tengo historial de ningún tipo, así que, ¿qué significa eso?

-Exactamente lo que acabas de decir.

Shane no podía creer lo que estaba oyendo. Sabía que a Grace no le caía completamente bien, pero Cole era su mejor amigo. Cole lo conocía como... Bueno, vaya. Cole le conocía lo suficiente como para saber las mismas cosas que él sabía sobre Cole.

Se le pasó la indignación de golpe. Exhaló un suspiro y notó que se le hundían los hombros. Sí, sabía que nadie querría que saliera con una amiga o una hermana. No era un canalla, simplemente, no prometía más de lo que podía dar. Para él, solo era cuestión de sexo, no de amor. De compañía momentánea, no de compromiso. Lo sabía. Y Cole, también.

-No importa -dijo, alzando las manos con un gesto de rendición-. Porque no es nada de lo que piensas. Merry solo es una vecina. Hemos comido pizza.

-¿Seguro?

-Sí, seguro. Solo es una colega.

Al oír aquello, Cole sonrió, y el momento tenso pasó.

-Pues me alegro, porque así no tengo que darte una patada en el trasero, ni meterte

a una ambulancia después de que Grace te haya puesto las manos encima.

-Entendido. No te preocupes, ya te he dicho que solo somos colegas.

Cole le dio una palmada en el hombro.

-Perfecto. Easy nos ha invitado el domingo por la noche a cenar, y me ha preguntado si quieres venir. Será mucho más relajante si no tengo que protegerte de ese cuchillo de castrar que Grace mira con tanto interés.

-Sí, iré -dijo Shane.

Easy era el jefe del rancho en el que trabajaba Cole, y el que manejaba los hilos de todo. No se lo perdería por nada del mundo. Y, sí, todo sería más relajante si él podía pedirle disculpas a Merry.

-Bueno, ¿está en casa?

-Sí.

Shane se despidió de Cole y se preparó para los siguientes minutos. Llamó a la puerta del apartamento y ella le abrió de par en par, con una sonrisa.

-¡Hola!

Shane se preocupó al instante, porque parecía que Merry estaba muy entusiasmada de verlo. Sin embargo, ella acabó con esa preocupación al instante.

-Siento lo de anoche -dijo, con apresuramiento-. No debería haberme puesto tan nerviosa. Sé que no significaba nada.

-Ah. Claro. Sí, yo también lo siento -dijo él, tratando de encontrar las mejores palabras-. Fue la cerveza y el... um...

-Sí, ya lo sé. Allí había una cama, así que... ¿por qué no? Fue eso.

-Eh... sí. Claro. Por supuesto. Y anoche estabas diferente. Me animé demasiado...

-¡Yo contribuí!

Shane pestañeó.

-¿Eh?

-Llevaba ese collar brillante e iba con un buen escote, y estoy completamente a favor de lo de los amigos con derecho a roce. Es guay.

-Ah -murmuró él. ¿Qué estaba diciendo Merry? Él tenía la impresión de que aquella conversación era como unas arenas movedizas bajo sus pies-. ¿Amigos con derecho a roce? ¿Pensaste eso?

-¡No! -exclamó ella, y se echó a reír-. ¡Ni hablar! Oh, Dios, lo siento. No es lo que yo querría. Tú eres guapísimo, y muy sexy. Y yo estaría dispuesta, de verdad. Pero todo sería demasiado raro.

-Raro -repitió él, aunque, en realidad, estaba pensando en «guapísimo, y muy sexy».

-¡No raro por tu culpa! No. Tú no eres raro. Yo soy la rara. Bueno, no. O, bueno, sí que lo soy. Pero sería raro porque hace mucho tiempo que no me acuesto con nadie.

-Ah -dijo Shane. Tuvo la sensación de que le explotaba el cerebro y los pedazos salían despedidos en diferentes direcciones-. Entiendo. Creo.

Merry se tapó los ojos.

-Oh, Dios. No quiero decir que haya pasado una década, ni nada de eso. Ni siquiera tenía relaciones sexuales hace una década. Solo han pasado dos años. Pero eso es mucho tiempo, ¿no?

-¿Dos años?

Ella lo miró entre los dedos.

-¿Qué?

-No, nada -respondió él, cabeceando.

-¿Es tan horrible?

-¡No! Claro que no. Pero, bueno, yo solo quería saber que no estabas enfadada. Si hice que te sintieras incómoda, o me pasé de la raya, lo siento mucho.

-¡Ni hablar! No te preocupes. Volveremos a hacerlo otro día. Lo de la pizza y la serie. No... ya sabes, lo del derecho a roce. Lo que sería estupendo, y todo eso, pero... ¡Adiós!

Le cerró la puerta en las narices, y Shane se quedó allí, mirado la madera. ¿Dos años? Intentó no pensar en el orgasmo tan intenso que podía tener Merry, en lo tensa que debía de estar, en lo mucho que debía de necesitarlo.

Pero no lo consiguió.

Capítulo 9

«Merry solo es una colega».

Sí, bueno. Gracias a Dios, estaba en la ventana, y había oído a escondidas la conversación entre Shane y Cole. Era de mala educación, por supuesto, pero ahora ya sabía cuál era su relación. Ella era una colega, su posición normal. Estaba acostumbrada a eso, y podía gestionarlo. Lo que la había atormentado era la incertidumbre.

Aquella mañana se había despertado confusa por los besos y las caricias, preguntándose si se había equivocado con él. A lo mejor debería haber sido más valiente y haberse arriesgado. A lo mejor, a pesar de la desconfianza de Grace, Shane Harcourt estaba verdaderamente interesado en ella y quería algo más.

Pero... no. Era una amiga. Siempre había sido una amiga en el verdadero sentido de la palabra. Las amigas no tenían pechos que acariciar ni vaginas fascinantes. Las amigas eran personas delante de las que uno podía eructar y de las que uno podía fanfarronear sobre otras mujeres.

Así que, en realidad, aquello era un ascenso. No solo era una amiga, sino un ser con sexualidad. Era agradable. O, por lo menos, eso se dijo ella. Y era una opción, si necesitaba acceder a un pene amistoso en el futuro. Podía quitar esa preocupación de su lista.

Oyó que se cerraba el grifo del baño. Grace había terminado de ducharse. Había otra ventaja en todo aquello: había conseguido arreglar su relación con Shane sin tener que escuchar otro sermón de Grace.

-¡Me voy al museo! -gritó, hacia el baño.

-¡Que te diviertas!

Sí, claro. Iba a una fiesta para recaudar fondos para la Sociedad Histórica de Jackson. Iba a ser la más joven del evento, salvo por algunos niños a los que sus padres llevaban obligados. Y, lamentablemente, iba a divertirse, porque siempre le había encantado escuchar las historias que contaban los mayores, y siempre se había sentido más cómoda con ellos que con la gente de su edad.

Sin embargo, se alegró de haberse puesto unos pantalones vaqueros ajustados y su camiseta negra favorita para la fiesta, además de unos pendientes que le había obligado a comprarse Grace, porque, en cuanto abrió la puerta del apartamento, se encontró con un vaquero alto y guapo. Un vaquero nuevo.

-¡Hola! -exclamó, sorprendida.

Él se quedó parado justo cuando iba a subir las escaleras. Se giró para mirarla con una sonrisa. Tenía una barba perfectamente recortada, pero ni eso podía esconder la belleza de aquella sonrisa.

-Hola, soy Walker. Quería ir a saludar y a presentarme -dijo, y le estrechó la mano con firmeza mientras se quitaba el sombrero-. Acabo de alquilar el apartamento de arriba.

-Ah, pues bienvenido a La granja de sementales.

Verdaderamente, Rayleen tenía buen gusto. Walker tenía los hombros anchos y era tan alto que Merry se quedó embobada.

-Gracias. ¿Eres Grace?

-Lo siento, no. Soy Merry. Me estoy alojando en el apartamento de Grace durante una temporada.

-Ah. Ya me parecía que eras más suave que la descripción que me hizo Rayleen.

-Bueno, más suave, y peso quince kilos más.

-¿Ah, sí? -preguntó él, y la miró de arriba abajo-. Pues no es nada malo en absoluto, señorita Merry.

-¿No? -preguntó ella, riéndose, sin poder creer que se hubiera puesto a flirtear con aquel hombre tan adorable. Sin mencionar *La guerra de las galaxias*, ni las sociedades históricas ni su periodo de abstinencia de dos años. Increíble-. Pues me alegro de saberlo.

-Bueno, dile a Grace que sea benevolente conmigo cuando nos conozcamos. Este fin de semana voy a traer las cosas que me faltan, así que nos veremos por aquí, ¿no?

-Por supuesto que nos veremos -dijo ella.

Justo en aquel momento, Shane abrió su puerta. Sus miradas se cruzaron un instante y, después, él miró a Walker y salió al rellano para darle la mano.

-Hola, Walker -le dijo-. ¿Ya has traído todas tus cosas?

Merry los dejó después de despedirse con la mano, pero le pareció que Shane la seguía con la mirada. Tal vez solo fueran imaginaciones suyas, pero empezó a caminar por la acera con un paso alegre que no tenía nada que ver con aquella noche tan bonita.

El Museo de Jackson estaba a un kilómetro y medio de distancia, pero a aquellas horas había tantos turistas buscando un sitio para cenar, que casi era más rápido ir andando que conduciendo. Además, a ella le encantaba el pueblo. Las pasarelas de madera del centro tenían un encanto del Viejo Oeste que la había seducido a primera vista. Y le gustaba más ahora, porque vivía allí. Se sentía como si Jackson fuera suyo. Y lo mismo le sucedía con Providence. Era una sensación tonta, porque su situación era precaria en ambos sitios. Pero ¿qué importaba? Hacía una noche preciosa, iba de camino hacia un tipo de fiesta que le encantaba y un tipo realmente guapo acababa de flirtear con ella. Y la acababan de ascender a amiga con derecho a roce. La vida podría

ser peor. De hecho, hacía pocas semanas era mucho peor.

Así que entró al museo con una sonrisa enorme y esperanzada. No le duró mucho.

-Yo no estoy convencida de que no fuera él -dijo Kristen Bishop, con un suspiro, para dejar bien claro que sufría mucho-. Me siento muy vulnerable allí sola.

-Yo no he dicho que no fuera él -le espetó Jeanine-. Y, si tienes tanto miedo viviendo allí sola, vende la casa y vente al pueblo. De todos modos, desde el principio te vino grande el mantenimiento de esa casa.

Kristen se enfureció.

-A mí siempre me ha encantado esa casa, y siempre la he cuidado bien.

-No creo que puedas decir que cinco años es «siempre».

Merry tuvo la esperanza de poder pasar sin que la segunda y tercera señoras Bishop se dieran cuenta, pero Jeanine alzó la cabeza y la vio.

-He tenido un encuentro muy desagradable -le dijo-. Me encontré con el nieto de Gideon, que salía del bufete de ese horrible abogado, y fue muy desagradable conmigo. Y desagradecido. Si hubiera sido mi nieto de verdad, yo me habría ocupado de que tuviera buenos modales.

-Lo siento -dijo Merry-. ¿Mencionó el juicio?

-No directamente, pero dijo que sabía que hemos contratado a una comisaria. No me sorprende. Este es un pueblo muy pequeño y se enteraría justo cuando te contratamos, pero eso confirma la teoría de que destrozara el buzón de correos como venganza.

A Merry se le encogió el estómago. No podía exculpar a aquel joven, fuera quien fuera.

-Si no ha habido más incidentes, estoy segura de que no ha sido nada. Tal vez el buzón se cayera con el viento, o lo tirara algún repartidor sin querer...

Los repartidores y su conducción temeraria...

Merry sonrió.

-Bueno, ¿ha dicho algo Levi sobre el desbloqueo de los fondos, o...?

-Ah, cariño, estoy demasiado disgustada como para hablar de eso esta noche. Tal vez en la próxima reunión.

Kristen asintió.

-Yo también estoy demasiado disgustada. Esto ha sido demasiado problemático de gestionar a solo pocos meses de la muerte de mi marido.

Jeanine le lanzó a su rival una mirada con la que podría haber congelado el agua, pero Merry no dejó de sonreír a las dos mujeres.

-Y ¿no sería posible fijar una reunión pronto? Me encantaría enseñarles el folleto

que he preparado.

-Ah, ¿una reunión de urgencia? -preguntó Kristen con un jadeo-. Eso solo puede hacerse en caso de urgencia. Por ejemplo, si ocurriera algo más en la casa. Todo esto ha sido una pesadilla.

Merry estaba empezando a sentirse cada vez menos culpable por el asunto del buzón de correos.

Escapó de aquella órbita de autocompasión y se dirigió hacia la guía del museo. Después, conoció a un anciano que era descendiente de los Smith, una de las familias fundadoras de Providence. Rápidamente, olvidó toda su frustración, y se sentó en una silla en un rincón de la sala, para escuchar la historia que iba a contarle Wilfred Smith.

Una hora después, había recuperado todo su entusiasmo por Providence y había encontrado un estímulo que no tenía nada que ver con sus objetivos personales. Una vez, Providence había significado algo. Había sido importante para la gente, y ella quería que volviera a serlo.

Y, al final de aquella velada, tenía un plan.

Ven a la taberna.

Bueno, era viernes por la noche, y llevaba unos pendientes largos, así que Merry obedeció a lo que le indicaba Grace en su nota y se dirigió al Crooked R. El local estaba lleno de gente, pero enseguida vio a su amiga en la esquina del bar reservada para Rayleen, y se abrió paso entre la multitud.

-¡Eh, has venido! -gritó Grace. Era obvio que ya estaba achispada-. ¿Qué tal la fiesta del museo?

-¡Fascinante!

-Bien. Tómate una copa. Jenny nos está haciendo unos Martinis especiales.

Grace señaló hacia la barra, y Merry se giró y vio a Jenny con un Martini de color rosa en la mano.

-¡Gracias! -le gritó, mientras tomaba la copa.

Le dio un sorbito y le hizo un gesto de entusiasmo a Jenny con el pulgar hacia arriba. El cóctel estaba delicioso, y tenía el punto de dulzura justo para enmascarar el hecho de que fuera casi puro alcohol. No era de extrañar que Grace estuviera de tan buen humor.

-¿Conoces a Walker? -le preguntó Grace, por encima de la música.

Merry se dio la vuelta y vio a Walker, que estaba sentado al otro lado de la silla de Rayleen, sujetando la delicada copa de Martini con su enorme mano.

-¿Qué tal? -le preguntó él, guiñándole un ojo.

-Nos hemos conocido antes -respondió Merry-. Pero no me importa nada volver a verlo.

Él le tomó la mano que ella le había ofrecido para saludarlo, hizo que la girara y le besó los nudillos.

-Me alegro de saberlo, señorita Merry.

Grace alzó la barbilla y dejó de sonreír por un momento.

-Y aquí está Shane -dijo.

Shane también tenía cara de pocos amigos, y la vista clavada en la mano de Walker, que todavía estaba sujetando la de Merry.

Que se fastidiara. Ella no podía ser la colega de todo el mundo solo porque fuera su colega. Si Walker pensaba que era guapa y que merecía la pena flirtear con ella, iba a disfrutar del momento. Cabía la posibilidad, incluso, de que llevara las cosas aún más lejos después de tomarse dos o tres cócteles. Walker era guapísimo y, por algún extraño motivo, no la ponía tan nerviosa como Shane. Con Walker se sentía más segura, como si pudieran ser amigos con derecho a roce y no fuera muy importante. Sin presión. Sin un dolor tonto que tuviera que disimular.

-¡Hola, guapa! -exclamó Rayleen-. No les pongas las manos encima a los inquilinos. Esto no es un programa de intercambio de la comunidad.

Por fin, Walker le soltó la mano y le dio un beso a Rayleen en la mejilla.

-Vamos, Rayleen, ya sabes que tú eres mi novia.

-Dios Santo, vaya zalamero -gruñó la tía abuela de Grace, pero se había ruborizado-. Eres el hombre más absurdo que he conocido. Seguro que hay fotos tuyas desnudo por internet.

Walker se atragantó y apartó las manos de los hombros de Rayleen.

La anciana se echó a reír y soltó unos cuantos vítores.

-¿A que las hay? -preguntó.

-¡No! -exclamó él, con énfasis.

-Jovencito, ¿les has enviado fotos de tu pene a tus amiguitas?

Él negó con la cabeza, y las mejillas se le pusieron muy rojas. Merry se tapó la boca con la mano para contener una risotada histérica. No sabía si Walker estaba horrorizado por oír a una señora de setenta años hablando de fotografías de penes o si estaba mortificado porque había hecho exactamente lo que le decía Rayleen.

-Eso ya lo veremos -prosiguió Rayleen-. Voy a lanzar una búsqueda de imágenes en cuanto llegue a casa esta noche. Así conoceré mejor a mi nuevo inquilino.

Él miró a Merry con los ojos abiertos como platos.

-Te juro que no es verdad.

-Te creo -dijo ella. Sin embargo, también iba a lanzar una búsqueda aquella noche. Percibió una sombra de duda en su mirada, como si no pudiera acordarse de si alguna de sus amantes le había hecho una fotografía desnudo. Pobrecillo. Iba a hacer aquella búsqueda solo para poder tranquilizarlo.

Grace y ella se sonrieron.

-¿Dónde está tu chico? -le preguntó Merry a su amiga.

-Hoy tenía que trabajar hasta más tarde, pero va a venir después. Y tú vas a venir a la cena del domingo, ¿no?

-Claro. Me encanta la casa de Cole. Es preciosa.

Cole vivía en la casa del capataz del Easy Creek Ranch, un poco alejada de la casa principal. Cole era el dueño del rancho, porque se lo había comprado a Easy, pero estaba contento manteniendo aquella situación anterior. Easy era como un padre para él.

Merry se acercó un poco a su amiga.

-¿Estás pensando en irte a vivir con él? Pasas muchas noches allí.

Grace negó con la cabeza.

-Tú quieres mi apartamento.

-Bueno, las vistas mejoran día a día.

-Sí -dijo Grace, y las dos se quedaron mirando al guapo vaquero que acababa de mudarse a La granja de sementales.

Al alzar la mirada, vio que Shane la estaba mirando con el ceño fruncido desde la pared. Ella le dio un sorbito a su cóctel. Él bebió un buen trago de su cerveza y se dio la vuelta.

-Pero, en serio -le dijo Merry, en voz baja, a Grace-. Parece que las cosas te van muy bien con Cole.

Grace sonrió ligeramente, casi en secreto. Merry nunca había visto una sonrisa así de su amiga, y se le derritió el corazón. Grace se lo merecía. Después de la vida que había tenido, se lo merecía todo. Merry la abrazó.

-Estoy muy feliz por ti -le susurró al oído-. Y un poco celosa.

-Tú vas a conocer a un tipo fantástico muy pronto -le dijo Grace.

-¿Uno como Walker?

-Oh, Dios, no. Es casi demasiado divertido.

-Pero seguro que está bien para darse un revolcón.

-No -dijo Grace, rotundamente.

-¡Caramba! Está claro que nunca he necesitado tener padre. No sé si la próxima vez que vuelva a casa después de una cita te voy a encontrar en la puerta con una escopeta.

-¿Qué cita? -gruñó Grace.

-¡En serio, Grace! ¡Quiero echar un polvo!

Lógicamente, la jukebox eligió aquel momento para cambiar de canción. Y, por supuesto, Merry había dicho aquello gritando. No tanto como para que se oyera por todo el bar, pero sí para que lo oyeran Shane y Walker, que la miraron con los ojos abiertos como platos.

Rayleen soltó un aullido.

-¡Chica, acabas de encender las luces de Navidad! ¡Merry, Merry! ¡Se aceptan voluntarios!

-Oh, Dios -dijo ella, y tuvo que hacer un esfuerzo para no taparse la cara con las manos y tirarse al suelo. Se giró y se bebió todo el cóctel de un trago. Inmediatamente, Jenny le preparó otro.

-Me parece que lo necesitas -le dijo, guiñándole un ojo.

-Oh, Dios -repitió Merry.

Jenny sonrió.

-A mí me parece que ese Walker es un vaso alto de agua. ¿Por qué no te lo llevas a casa a divertirme un poco?

Ella cabeceó.

-En serio. Parece... grande.

Merry sonrió. Y se echó a reír.

-Eres horrible.

-No, claro que no. Soy camarera. Y me entero de cosas importantes.

-¡Basta! ¡No quiero saber nada!

-Claro que sí. El conocimiento es poder.

Merry se echó a reír, pero se puso seria. Seguramente, debía preguntar en aquel momento, porque cuando estuviera sobria, no iba a atreverse a hacerlo.

-¿Y qué has oído sobre Shane?

-¿Sobre Shane Harcourt?

Jenny miró más allá, por encima del hombro de Merry, y ladeó la cabeza.

-No mucho, en realidad. Que yo sepa, no ha tenido relaciones duraderas. A veces sale con alguna mujer, pero no se dedica a ligar por los bares los fines de semana, ni nada por el estilo. Creo que salió con Paulette Jameson después de que ella se divorciara, pero eso fue hace tiempo.

Así que Grace tenía razón. Shane era difícil de descifrar. Ni siquiera Jenny sabía mucho de él.

Merry se giró y lo vio charlando con Walker y con una chica rubia y delgada que se les había acercado en algún momento. No tenía ningún motivo para pensar que la chica no fuera simpática, pero, sin saber por qué, le entraron ganas de tirarle del pelo. Tenía todo lo que a ella le faltaba: era delgada, estaba bronceada, tenía los ojos azules y grandes y unos pómulos muy altos.

Dichosos pómulos. Ella también los tenía marcados, si mantenía la cabeza en cierto ángulo, hacia la luz.

Y Shane estaba desplegando todo su encanto, con una sonrisa resplandeciente y los ojos brillantes. Lo había intentado con ella un par de veces, pero ya no había vuelto a molestarse. La gente no sonreía así por las colegas, después de todo. Pero, para aquella chica rubia, quería ser muy encantador.

¿Y por qué no? La chica era guapa. Shane era impresionante. Formaban una pareja perfecta. Merry le dio un sorbo a su cóctel y tuvo la esperanza de que no quisiera contárselo después.

Ojalá estuviera en la fiesta del museo, charlando con hombres mayores sobre sus familias y sus antepasados. Por lo menos, allí se sentía a la altura. Pero, en aquel momento, Grace hizo una broma sobre felaciones y Rayleen contribuyó con un buen consejo, y se rieron tanto, que ella pensó que era tonta por querer estar triste.

Tenía buenos amigos, y Jackson era un lugar en el que podía ser feliz. Y se contentaría con eso, aunque no volviera a tener jamás relaciones sexuales.

Capítulo 10

La chica rubia hablaba tanto que él no podía escuchar lo que estaba diciendo Merry. Había oído su súplica sexual perfectamente, como todos los hombres que estaban en un radio de cinco metros. Y sus coqueteos con Walker eran evidentes. Pero, en aquel momento, ella tenía la cabeza inclinada hacia Grace. Las dos estaban hablando en voz baja y riéndose de algo, y él no tenía ni idea de qué era.

-Por supuesto, me encantan los rodeos -dijo la rubia.

Shane se animó.

-¿Ah, sí? Creo que Walker es muy buen vaquero, ¿no, Walker?

A la mujer se le iluminó la mirada, y se giró hacia Walker. Shane había tenido buena idea; ahora podía acercarse más a Merry, y el vaquero estaría demasiado ocupado como para volver a flirtear con ella.

Merry se apartó el pelo de la cara y se lo echó hacia atrás. La melena le cayó por los hombros. Aquella noche no llevaba escote, pero él se lo imaginó. Era una chica alta y fuerte, y tenía los hombros perfectamente proporcionados con las caderas. Al acariciarle la piel, había notado su suavidad. Y allí donde sus pechos se elevaban ligeramente, por encima del borde del escote, parecía que era más suave todavía. Quería ver aquello otra vez. Quería ver mucho más y, aparentemente, ella estaba excitada. Era lógico; habían pasado dos años.

Dios, Merry era como un instrumento de tortura. ¿Acaso no se había dado cuenta de lo mucho que iba a afectarle aquello? ¿Se lo había dicho a propósito para volverlo loco? Porque en aquel momento, estaba como loco, imaginándose que deslizaba una mano entre sus piernas. Merry estaría muy húmeda, y jadearía de deseo con sus caricias.

Shane se giró y carraspeó.

Sabía que no debía acostarse con ella. Todo el mundo lo sabía, demonios. Además de sus fracasos en las relaciones sentimentales, le estaba mintiendo en algo muy importante. Sin embargo, aquella mentira no le parecía algo real. No tenía nada que ver con quién era él, ni con lo que quería de ella.

Merry tenía algo dulce que se le había ido metiendo bajo la piel durante aquellos días. Y aquel beso... Al principio, la había besado por curiosidad, pero el sabor de su boca le había fascinado, y quería más. Mucho más.

Merry lo sorprendió observándola. Miró a la rubia y, después, volvió a mirarlo a él,

y le sonrió, como si estuviera contenta de volver a verlo solo. Él le devolvió la sonrisa, y a ella se le ruborizaron las mejillas. Apartó la mirada. Él quería ver un rubor así en su cama. Quería verla desnuda, rosada y pudorosa mientras tomaba uno de sus pechos con la boca y la hacía suspirar. Quería terminar con aquel pudor, excitarla tanto que se olvidara de sentir vergüenza.

-Bueno, me voy a marchar ya -le dijo ella a Grace-. Mañana tengo que madrugar.

-¡Pero si mañana es sábado! Y ¿qué voy a hacer yo sin ti aquí?

Merry sonrió.

-Acaba de llegar Cole. Creo que estarás muy bien.

-¡Ah! -exclamó Grace, y alzó los ojos oscuros con una expresión de felicidad.

Tal vez él no le cayera muy bien, pero Shane se sentía feliz por ella, y por su amigo, también. Cole había estado a punto de perderlo todo, incluso a Grace, pero, al final, las cosas habían salido bien. Cole era un gran tipo. Responsable, sólido... Algún día sería un gran marido. Un marido que nunca abandonaría a su familia.

Por un momento, Shane quiso lo mismo. Y, cuando Merry se dirigió hacia la puerta despidiéndose de todo el grupo con la mano, él la siguió.

-Eh -le dijo, mientras sujetaba la puerta para que ella saliera.

Merry lo miró sorprendida.

-Ah, hola.

-Creo que debería acompañarte a casa después de tu declaración. No sé si te van a seguir.

-¡No me tomes el pelo!

-Lo siento -respondió él y le guiñó un ojo-. ¿Por qué tienes que despertarte tan pronto mañana?

-Voy a trabajar en Providence. Esta noche, uno de los descendientes de los colonos de la familia Smith me ha contado una historia maravillosa. ¿Sabías que había un almacén de hielo dentro del cañón, un poco más allá del pueblo? Creo que voy a ir a buscarlo mañana. Este señor me ha contado que cortaban hielo durante el invierno y lo almacenaban allí, en un cobertizo pequeño que habían construido en una depresión natural de la roca. Nunca daba el sol, y se mantenía frío durante todo el verano. Algunas veces, cuando hacía mucho calor, los niños iban a jugar allí, y se escondían de sus padres.

Mientras hablaba, hacía gestos. Tenía los ojos brillantes de felicidad. Shane asintió amablemente mientras abría la puerta de La granja de sementales y le hacía un gesto para que entrara. No le importaban nada las historias sobre Providence, pero le encantaba que ella se las contara. No podía dejar de mirarla mientras se reía de algo sobre unas moras y sobre la leche fresca de vaca. Ella sonrió y se mordió el labio, y Shane vio aquella carne tierna ceder bajo la presión de los dientes justo cuando ella se

detenía delante de la puerta de su apartamento.

-Merry -murmuró.

-Sí, sí. Ya me callo. Es que me encantan todas las...

Él bajó la cabeza y la interrumpió con un beso. A ella se le escapó un pequeño jadeo, y el jadeo se convirtió en un gemido cuando abrió la boca para acogerlo.

Shane le acarició la lengua y la saboreó, y notó el dulzor del cóctel que se había tomado. Su cuerpo respondió de inmediato, recordándole que la había probado ya, y que se había quedado deseando más. Extendió las manos por su cintura y notó su calor. Aquella sensación fue como una droga que penetró rápidamente por su piel y se diluyó en su sangre. Empezó a latirle el corazón con más fuerza.

Merry le rodeó el cuello con los brazos e hizo el beso más profundo, y él estuvo a punto de gruñir de alivio.

Sin dejar de estrecharla contra su cuerpo, abrió la puerta de su apartamento. Por suerte, no se había molestado en cerrarla con llave antes de ir al bar. Caminando hacia atrás, la metió en su piso y cerró la puerta con el pie.

Ella le clavó las uñas en el cuello y apretó las caderas contra las de él, y aquella presión hizo que su pene se hinchara. De repente, fue él quien se sintió como si llevara dos años sin mantener relaciones sexuales... desesperado y salvaje.

Volvió a susurrar su nombre y deslizó la boca hacia su cuello, y succionó su piel mientras metía las manos por debajo de la espalda de su camisa.

-Oh, Dios, Shane... Esto es...

Sí. Demasiado bueno como para describirlo con palabras.

-No puedo parar de pensar en ti -le dijo él contra su cuello. Después, la mordió, y notó que ella se estremecía entre sus brazos.

-Oh -susurró Merry.

Cuando empezó a deslizar las manos hacia arriba, ella alzó los brazos y, de repente, su camiseta desapareció, y Shane se quedó asombrado. Le besó un hombro e inhaló su olor.

-¿Esto va bien? Por favor, dime que todo está bien.

-Sí, muy bien -respondió ella, sonriendo.

-Gracias a Dios -dijo él.

Pasó un brazo por detrás de sus piernas y la levantó del suelo, y se echó a reír cuando ella gritó.

-¿Te he enseñado mi cabecero tallado a mano? -gruñó.

-¡Ja! Seguro que usas esa excusa con todas las chicas.

Pues, en realidad, no. Normalmente, no era amigo de las chicas con las que se

acostaba. Solo eran conocidas, desde hacía mucho tiempo, o poco.

Él la depositó en su cama y se tendió sobre ella. Su pelo se desplegó por la almohada como si fuera un velo negro.

-Voy a ir despacio, ¿de acuerdo? Tú solo... déjame, Merry.

-Sí -respondió ella, y apartó la mirada con timidez, pero empezó a desabotonarle la camisa.

Shane se quedó inmóvil, observando cómo trabajaban sus dedos. Era un placer terrible verla moverse con tanta lentitud, sabiendo que, cuando terminara, iba a acariciarlo. ¿Cuándo había acumulado tanta desesperación por que ocurriera aquello? ¿Cuándo se había transformado su curiosidad por una mujer mona en una necesidad que le hacía temblar?

Por fin, ella le sacó el bajo de la camisa del pantalón, y la abrió, y le pasó los dedos por los hombros y los brazos dejando un rastro de placer. Posó las palmas de las manos en su pecho, y sonrió.

-Eres... peludo.

Él se miró el pecho.

-Sí, creo que sí.

-Me gusta.

Él la miró a los ojos y sonrió.

-Bien.

La besó mientras ella se reía y, después, cada una de las caricias empezó a fundirse con la siguiente. Se estrecharon el uno contra el otro, y él la besó. Dio vueltas con la lengua y succionó la de ella, y eso le encantó. Le encantó que Merry se arqueara contra él y que le sujetara la cabeza con las manos.

Quería entrar en su cuerpo. Lo necesitaba. Pero le había prometido que iba a ir despacio, y ella se lo merecía. No podía comprometerse a nada con ella, pero, por lo menos, podía hacer que aquello fuera fantástico. Iba a conseguir que fuera lo mejor posible aunque tuviera que sacrificar sus propias necesidades.

Y, demonios, ya solo aquello era un placer: escuchar los suaves sonidos de necesidad de Merry, acariciarla hasta que lo agarró con fuerza y lo estrechó contra sí. Él le mordió suavemente el pezón y obtuvo la recompensa de uno de sus jadeos. Cuando elevó la cabeza, ella le rogó que no parase, y él, con una sonrisa, pasó al otro pecho y lo succionó.

Aquel suspiro fue mucho más intenso y tuvo un tono de satisfacción muy gratificante para él. Siguió acariciándola mientras, con una mano, le desabotonaba el pantalón vaquero. Ella encogió el estómago de la sorpresa, y él notó que se ponía tensa, pero volvió a pasar los dientes por su pezón y Merry olvidó que la estaba desnudando.

Cuando tocó su vello suave, ella volvió a encoger el estómago, y él alzó la cabeza y

la miró. Ella tenía los ojos desenfocados y los labios separados, y la respiración, acelerada. Shane deslizó la mano hacia abajo y rozó su calor húmedo, y ella cerró los ojos con fuerza mientras se le elevaban las caderas.

-Oh -susurró, cuando él pasó los dedos por su cuerpo.

Shane observó su cara y se quedó asombrado por la belleza de su placer. Parecía muy joven y pura. Por supuesto, eso no tenía sentido; no había nada puro en la humedad de su cuerpo, que le empapaba los dedos, ni en el hecho de que su pene latiera cada vez con más fuerza. No había nada de puro en cómo se aferraba a él, como si se estuviera cayendo, con una expresión de lujuria, de necesidad, de deseo. Y, sin embargo, todo en ella era puro.

-Dios, qué guapa eres -gruñó él.

Ella movió la cabeza de lado a lado y separó las piernas.

Merry necesitaba más, y él, también. Necesitaba que estuviera desnuda y completamente abierta, pero era muy difícil dejar de acariciarla y apartar los ojos de su rostro. Sin embargo, consiguió ponerse de rodillas para quitarle los pantalones; ella arqueó las caderas para ayudarlo y, por fin, sus piernas quedaron desnudas. Solo llevaba unas bragas negras. Dios, era preciosa.

Lentamente, le quitó las bragas, y casi se le cortó la respiración al verla completamente desnuda ante él. Tenía los muslos del color de la nata y un triángulo de rizos negros que le hizo la boca agua.

Ella apretó las piernas, como si quisiera esconderse de su mirada, pero él la deseó aún más. Deseó acariciarla, jugar con ella y conseguir que perdiera el pudor y le rogara.

Solo pensar aquello hizo que todos los nervios de su cuerpo se extendieran hacia ella. Quería quitarse el pantalón, liberar su pene y entrar en su cuerpo inmediatamente. Lo necesitaba. Pero apretó la mandíbula y se tendió a su lado.

Lentamente. Lentamente.

Ella todavía tenía los ojos cerrados, como si no quisiera verlo, pero, cuando la tocó, suspiró de alivio y separó las piernas. Él siguió acariciándola, extrayéndole aquellos sonidos gloriosos y suaves. Y, cuando ella elevó las caderas con desesperación, él deslizó un dedo al interior de su cuerpo.

Ella gimió y gritó, y a él se le paró el corazón. Alrededor del dedo, notó el calor, la humedad y la tensión de su cuerpo, y gruñó. Oh, Dios. ¿Cómo había pensado alguna vez que podría seguir viviendo sin aquello?

Empezó a salir y entrar de ella, y notó que iba relajándose. Le besó el cuello mientras metía otro dedo en su cuerpo, y le acarició el clítoris hasta que ella volvió a levantar las caderas. Cuando estaba desesperada, hundió los dedos profundamente, y ella gritó.

-¿Te gusta, cariño? -le susurró.

Ella asintió, y apretó los labios para tratar de contener un gemido.

Él sonrió contra su piel. Por una vez, Merry se había quedado sin palabras. Siguió moviendo los dedos hacia dentro y hacia fuera y escuchó hasta su último suspiro y gruñido. Ella no quería que él la oyera, pero él necesitaba aquellos sonidos. Se alimentó de ellos hasta que no pudo pensar más, hasta que ella movió las caderas rítmicamente para acoger más profundamente sus dedos. Estaba tan húmeda para él... tan perdida...

-Quiero estar dentro de tu cuerpo, Merry.

Ella volvió a asentir, con los ojos cerrados.

Shane se desabrochó el pantalón y sacó un preservativo de su cartera. Cuando estuvo desnudo, por fin, se colocó entre sus piernas.

-Merry.

Ella no abrió los ojos, pero lo agarró para acercárselo más aún.

Él rozó su calor con el miembro y se controló con un gran esfuerzo para no tomarla como si fuera un cavernícola.

-Dios mío, Merry -murmuró-. Abre los ojos, por favor. Mírame.

Necesitaba que lo mirara, que supiera quién estaba dentro de ella. Hacía mucho tiempo que nadie la tocaba de aquel modo, y él quería que supiera que lo había elegido a él.

Por fin, abrió los ojos. Lo miró con preocupación, o con duda. Él se tendió sobre ella y entró en su cuerpo con delicadeza.

-Shane -susurró Merry, clavándole los dedos en los hombros.

A él se le escapó un siseo al notar su contacto. Su cuerpo estaba tenso y cálido, y lo estrechó hasta que le causó un placer cercano al dolor. Salió de ella un par de centímetros y volvió a entrar lentamente.

-Oh, Dios -susurró-. Sí. Por favor, sí.

Él siguió hundiéndose más y más en su delicioso cuerpo.

-Dios mío... -gruñó-. Eres tan dulce...

-Y tú... eres tan grande...

Él no podía creer que le hiciera reír en un momento como aquel, pero Merry lo consiguió.

-¿Estás bien?

Ella asintió y escondió la cara en su cuello, pero él no iba a quejarse porque hubiera apartado la mirada. También necesitaba dejar de mirarla, porque, si seguía viendo aquella maravillosa expresión de placer, llegaría al orgasmo inmediatamente.

Y tenía que hacer las cosas con lentitud.

Y se alegró de ello, porque Merry respondió a cada uno de sus movimientos como si fuera una maravilla. Suspiró, jadeó y emitió un zumbido muy sexy, cuya suave

vibración hizo estremecerse a Shane. Y estaba tan húmeda que él se dio cuenta de que no necesitaba ser tan cuidadoso, supo que iba a ser muy placentero para ella de cualquier forma. Siguió moviéndose despacio, pero se hundió más profundamente en ella, con más fuerza.

Merry inclinó la cabeza hacia atrás y subió las rodillas para que él pudiera moverse y entrar aún más en su cuerpo.

-Dios -murmuró él, con los dientes apretados-. Esto es genial...

Él siguió moviéndose con más dureza y se deleitó con los gemidos de placer de Merry, con el hecho de que le rogara más y más.

Shane se irguió, apoyándose en ambas manos, y la miró. Eso fue un error brutal. Su imagen fue demasiado como para poder soportarlo. Vio su piel blanca, los pezones oscuros y su forma de morderse el labio, como si estuviera luchando contra el placer. Nunca iba a olvidarse de aquella visión. Dulce Merry, atrevida y desinhibida mientras hacían el amor.

Dios... El cuerpo se le tensó, a modo de advertencia, pero no podía dejarse llevar todavía. Aún no.

Shane se colocó la rodilla de Merry en la cadera y ralentizó sus movimientos. Se irguió aún más y cambió el ángulo hasta que pudo sentir los roces de su miembro contra ella cada vez que acometía. Un truco que había aprendido con una antigua amante, y que le agradecía mucho en aquel momento.

Ella dio un jadeo de sorpresa, y él tuvo que apretar los dientes. Trató de no prestar atención a sus sonidos, de no mirarla, de no dejarse llevar por el exquisito placer de verla llegar al orgasmo.

Pero... sus ruidos eran tan dulces... Merry deslizó las manos por su espalda y lo tomó por las nalgas para empujarlo hacia ella con más fuerza.

-Sí -gimió-. Shane, sigue así, oh, Dios...

Le clavó las uñas en la piel y, cuando ella alzó las caderas contra sus embestidas, él abrió los ojos y se dejó llevar. Siguió moviéndose con todas sus fuerzas y, al final, gruñó con desesperación y placer.

Gracias a Dios. Gracias a que se había contenido. No supo cuánto tardó en recuperar la consciencia, pero, cuando lo hizo, notó que Merry temblaba bajo su cuerpo.

Elevó la cabeza de la almohada.

-¿Merry? ¿Estás bien?

-Creo que sí -susurró ella.

-¿No te he hecho daño?

Ella sonrió con timidez.

-Creo que podré recuperarme.

Él se dejó caer a su lado, temblando, aunque estaba temblando de risa.

-¿Me estás poniendo en mi sitio?

-¡No!

Merry se tapó la cara con las manos y, de repente, se acordó de que había otras partes que también tenía que cubrir. Él la vio taparse el pecho y posar una mano sobre el precioso triángulo de vello.

-¿Podrías... eh...? -dijo, y tiró con desesperación de la sábana-. ¿Te importaría levantarte un segundo?

Él quiso decirle que no y tenerla allí tumbada y desnuda una hora, pero se levantó y fue al baño. La habitación estaba en penumbra, pero, al volver, encendió la luz, y Merry soltó un gritito.

-¡Apágala!

-¿Eres tímida? -le preguntó él, en broma.

Ella le tiró la almohada a la cabeza. Shane la atrapó en el aire y se la devolvió. Después, apagó la luz. Sin embargo, solo le hizo esa concesión. Se metió bajo la sábana con ella, pero tiró hacia abajo y la destapó para poder verle el pecho. Al instante, ella volvió a taparse.

-Vamos, déjame verte.

-Cállate.

-Ya no tienes nada que esconder. Lo he visto todo.

-¡Cállate!

-Y desde diferentes ángulos.

Entonces, la almohada le golpeó en la cara. Shane la apartó y le dio un beso a Merry. Pero ella no soltó la sábana, sino que se escondió debajo.

-Por favor -le rogó él-. Si bajas la sábana, yo también haré topless. ¿Vas a renunciar a la oportunidad de devorar mi pecho con los ojos?

Merry asomó la cabeza y aflojó la sábana.

-Bueno -dijo.

Cuando le miró el pecho, por fin, soltó la sábana y pasó la palma de la mano por su piel, suavemente.

-Es muy bonito.

Shane le bajó la sábana hasta la cintura y le acarició el pecho con delicadeza. Sin embargo, se olvidó de sí mismo y se quedó mirando las manos de Merry, que le frotaban ligeramente el vello del torso. Al final, ella las detuvo sobre su corazón. Parecía que estaba fascinada, y él se sintió... raro. Estaba abrumado como no lo había

estado desde los trece años y se había enamorado por primera vez.

Se le aceleró el corazón bajo los dedos de Merry. Esperaba que ella no se diera cuenta.

-¿Seguro que no quieres que encienda la luz? -le preguntó.

-¿Siempre estás así después de acostarte con alguien?

-¿Así? ¿Cómo?

-Tan relajado y...

Él bajó la cabeza y tomó uno de sus pezones entre los labios.

-No dejas de... jugar conmigo.

Era cierto, estaba jugando. No sabía por qué, pero sí sabía que, normalmente, no era así. La besó una última vez.

-Cuando te ríes eres muy mona -le dijo.

Era cierto, pero no era toda la historia. Las sonrisas de Merry le hacían feliz, pero no podía decírselo. Nunca.

-Solo cuando me río, ¿eh?

-Bueno, también, cuando gritas mi nombre y me pides que siga.

-¡Por Dios, Shane! -exclamó ella. Le dio un empujón y volvió a taparse la cabeza con la sábana.

Shane se echó a reír con ganas. Y se rio aún más cuando ella sacó un puño de la sábana y le dio un golpe en el hombro. Pero, al final, se compadeció de ella y se tendió a su lado, sobre todo, porque estaba agotado. Hacía mucho tiempo que no tenía un orgasmo tan intenso; tal vez, nunca lo había tenido. Era como si los músculos se le hubieran derretido.

-Dios, Merry -susurró-. Ha sido estupendo.

Merry se quedó callada un largo instante, y él empezó a pensar que no estaba de acuerdo, pero, al final, ella tomó aire.

-¿Ha sido estupendo? A mí también me lo ha parecido.

Él sonrió mientras miraba al techo.

-Pues creo que esa es la única medida.

-Yo nunca...

Merry se quedó callada, y Shane se giró hacia ella, pero en la penumbra, no vio nada más que el brillo de sus ojos.

-Nunca había tenido un orgasmo así.

-¿Cómo?

-Mientras lo hacía, así. Contigo dentro de mí. Ha sido... -sonrió un momento, y

terminó-: Muy agradable.

Shane sonrió. No pudo evitarlo. Si tuviera más energía, se habría levantado de un salto y habría aullado mientras se daba puñetazos en el pecho. Gracias a Dios, su agotamiento podía pasar por dignidad.

-Pues me alegro -murmuró-, porque es uno de los grandes momentos de mi vida.

Merry se echó a reír tan fuertemente que se atragantó, lo cual le dio a Shane otra excusa para tomarle el pelo. Sin embargo, sus ganas de diversión se terminaron cuando ella se acurrucó a su lado. Shane la rodeó con un brazo e hizo que apoyara la cabeza en su pecho. Y, al notar sus suaves resoplidos en la piel, ya no tuvo ganas de reírse. Se quedó mirando a la oscuridad y preguntándose qué demonios había hecho.

Merry entró a escondidas al apartamento de Grace, con la seguridad de que tenía la palabra «culpable» escrita en la cara. Seguramente su ropa parecía normal, pero ella se sentía arrugada y notaba el olor de Shane en su piel.

Dios. Se ruborizó al pensar en su nombre, pero no pudo evitar sentir un delicioso calor por toda la piel.

Había tenido unas relaciones sexuales maravillosas, y lo sentía en cada centímetro de la piel. No era posible que tuviera el mismo aspecto que antes.

Por suerte, el apartamento estaba vacío. Miró el reloj y vio que solo habían pasado sesenta minutos desde que había salido del bar. ¿Cómo era posible? A ella le habían parecido varias horas. Movié la cabeza con sorpresa, pero tomó unos pantalones de algodón y entró rápidamente al baño. Tenía que ducharse para quitarse de encima toda aquella depravación.

Sí, pensó, mientras dejaba que el agua de la ducha se calentara. Así era como se sentía. Depravada. Sucia. Maravillosamente bien.

Y avergonzada, también. No podía evitarlo. Había estado desnuda, expuesta... vulnerable. Dejar que un hombre entrara en ella y aceptar eso como un derecho era algo que para Grace sería normal, pero a ella le daba miedo.

Sin embargo, al meterse bajo el chorro de agua caliente de la ducha, pensó en que se alegraba de haber ido a la taberna y de haberse tomado los cócteles de Martini. De lo contrario, nunca habría dejado que aquello sucediera.

Respiró profundamente y se puso a bailar de alegría bajo el agua. Shane había sido perfecto. Era grande y perfecto. Y había conseguido que ella se sintiera muy bella durante unos minutos. Había hecho que se sintiera como si fuese la mujer a la que él deseaba.

Dios... Si aquello era ser amigos con derecho a roce, lo aceptaba. Estaba dispuesta a tragarse todas sus preocupaciones y a aceptarlo todo.

Se dio una ducha y, cuando salió del baño, estaba más tranquila. Se recogió el pelo húmedo en un moño y encendió su iPad para enviar un correo electrónico. Si no recibía la respuesta que quería, entonces iba a arriesgarse a algo más. Qué demonios.

Aquel día, la vida era estupenda, y ella había decidido que, al día siguiente, las cosas iban a ser todavía mejor.

Capítulo 11

Merry miró a la cara a Levi y a Harry. Ambos tenían la piel arrugada y curtida por el sol. Marvin era regordete y pálido y llevaba un sombrero de pescador. Las mujeres eran Kristen, una mujer de sesenta y dos años muy guapa, con un peinado perfecto, y Jeanine, que empezaba a encorvarse un poco por la edad. Todos ellos se habían quedado boquiabiertos bajo el sol matinal, mirando el letrero.

La pintura negra había goteado desde las letras y había manchado la hierba que había debajo de la valla.

-Oh, Dios mío -dijo Kristen, por tercera vez, desde que había salido del coche de Levi.

-Lo sé -dijo Merry, con solemnidad-. Es una locura. Seguramente, deberían convocar una reunión de urgencia y decidir qué van a hacer a partir de ahora.

-Lo que deberíamos hacer es llamar al sheriff.

A Merry se le encogió el estómago al ver que todo el grupo asentía.

-¿Llamar al sheriff? Yo no creo que esto sea un delito.

-¡Es un acto vandálico! -exclamó Harry.

-Bueno... Solo es un trozo de madera claveteado en una vieja valla. No creo que haya ningún daño.

-Puede que no, pero es una amenaza -dijo Jeanine.

-¡Sí! -exclamó Kristen-. ¡Es intimidatorio!

A Merry se le entumecieron los dedos, y se dio cuenta de que los estaba apretando mucho. Trató de relajarse.

-Solo dice «¡Fuera turistas!». Eso no es una amenaza, exactamente. El sheriff tiene otros asuntos más importantes que atender. No deberíamos molestarlo.

Todos la miraron como si se hubiera vuelto loca. Merry tuvo que contenerse para no hacer una confesión.

-¿Y si hacemos fotografías? Podemos poner una denuncia para que quede constancia.

Levi se quedó pensándolo.

-Puede que haya huellas dactilares. O marcas de neumáticos.

Oh, Dios Santo. ¿Por qué tenían que hacerlo todo tan difícil?

-Que yo sepa, esas cosas no pasan en un caso como este. A mí me robaron el coche hace dos años y, cuando la policía lo encontró, no tomaron las huellas dactilares de las superficies. Recortes presupuestarios en el departamento, y todo eso. Pero ustedes hagan lo que quieran.

-Voy a llamar al sheriff -dijo Jeanine, con firmeza.

Merry notó que le caían gotas de sudor por el cuello y por la espalda.

No había hecho nada ilegal. Poner un letrero no era un acto de vandalismo. Había tenido buen cuidado de no escribir un mensaje que diera miedo. No podían meterla a la cárcel por eso. ¿Cómo iban a saber que había sido ella?

Pensó en todas las pruebas que encontraban siempre en las series policíacas de televisión. Una horquilla. Una gota de pintura. Algún rasgo de su letra. Se miró las manos para asegurarse de que no tenía ninguna mancha de pintura. ¿Y si había una prueba para detectarla, igual que se detectaban los residuos de pólvora cuando uno había disparado una pistola?

Jeanine cerró su teléfono y volvió junto al grupo con el ceño fruncido.

-La telefonista me ha dicho que hay un incendio de rastrojos a las afueras del pueblo y que no pueden atendernos. Que hagamos las fotos y pongamos una denuncia.

-Ah, gracias a Dios -dijo Merry.

Los cinco la miraron fijamente.

-Quiero decir que me alegro de que podamos presentar la denuncia sin tener que impedir que sigan apagando el incendio. Buenas noticias. Los chicos de azul, salvando vidas -dijo. A aquellas alturas, estaba sudando copiosamente-. ¡Está bien! ¡Yo hago las fotografías!

El grupo retrocedió mientras Merry hacía fotos con su móvil. Tomó algunas del terreno alrededor del letrero, otras de la valla y unas diez del letrero en sí.

-¡Ya está! -exclamó, y esperó a que ellos decidieran convocar la reunión de urgencia. Sin embargo, estaban teniendo una conversación completamente distinta.

-¿Quién conoce a algún periodista del periódico del pueblo? Seguro que podríamos conseguir que viniera alguien esta misma tarde.

¿Qué demonios...? ¡Si solo se había alejado de ellos unos minutos!

-Vamos, vamos. ¿Un periodista? Eso no es buena idea en absoluto.

Jeanine se cruzó de brazos.

-Tenemos que dejar bien claro que no vamos a aguantar esto. Si ese pequeño desagradecido se cree que puede...

-No sabemos quién lo ha hecho. Puede haber sido cualquiera. Y, si empiezan a hacer acusaciones, ¡podrían demandar al patronato! Este hombre ya ha demostrado

que está dispuesto a empezar litigios, ¿no? Mala idea. Podríamos perderlo todo.

-Eso es cierto. Tiene razón -dijo Levi.

Harry asintió con un gruñido.

Las mujeres no estaban de acuerdo.

-Entonces -dijo Kristen-, ¿se supone que tenemos que aguantar esto? ¡Yo no duermo por las noches! ¡Es horrible!

Parecía que Kristen Bishop no había estado en situaciones difíciles muchas veces en su vida. De niña, Merry ni siquiera se habría fijado en un buzón roto o en una pintada. Sin embargo, se sentía muy mal por haberle causado angustia.

-Tengo una idea -dijo-. Puede que sí debemos llamar al periódico. Sin embargo, en vez de centrarnos en lo negativo, podríamos conseguir que alguien hiciera un artículo sobre Providence y sobre la fundación, para explicar lo que quería hacer Gideon y lo que significaba esta comunidad para la zona.

-Ummm -murmuró Levi.

-La opinión pública -dijo ella-. No digo que no mencionemos los problemas que hay a causa de la demanda, pero lo mejor que podemos hacer para ganar el juicio es crear buena voluntad, ¿no? Poner al pueblo de nuestra parte.

-Pero ¿qué pasa con el letrero? -insistió Kristen-. ¿Y con el buzón?

-Mire, si contamos con el apoyo del pueblo, dudo mucho que nadie se atreva a hacer nada más.

Harry asintió.

-No es mala idea.

Jeanine se quedó dudosa, pero no dijo nada, y eso era el equivalente a una respuesta afirmativa, en su caso.

-Todo esto es horrible -dijo Kristen, sin abandonar su papel de mártir.

Levi dio unas palmaditas.

-Bueno, claramente, esta situación requiere una reunión urgente. Te enviaremos la convocatoria por correo electrónico, Merry. Señoras, vamos. Entren al coche para quitarnos de este sol.

Todos se dieron la vuelta, hablando en murmullos de la horrible situación. Ella suspiró de alivio, pero Levi se dio la vuelta.

-Voy a quedarme el letrero como prueba.

-Ah, ya lo hago yo. Lo desclavaré y enviaré las fotografías.

-No, eso es demasiado duro para una muchacha como usted.

No le habría sorprendido que le ofreciera oler unas sales para reponerse, pero no podía ofenderse. Estaba tratando de disimular su culpabilidad.

Así pues, en vez de poner objeciones, vio al señor Cannon arrancar el letrero y ponérselo bajo el brazo.

-¿Lo ve? -le preguntó el hombre-. Como nuevo. Si quiere tomarse unos días libres, hágalo. Como mínimo, debería usted trabajar desde casa hasta que este asunto se resuelva.

-Puede que lo haga. Ya veremos. Gracias, señor Cannon.

Vio que metía el letrero en el maletero del coche. Ojalá ella pudiera recuperarlo.

A pesar del problema de la prueba, Merry dio un suspiro de alivio al ver alejarse el coche. Después, pensó que no debía sentirse orgullosa. Había hecho algo horrible: había perpetuado un engaño.

Pero tenía su reunión.

-En el amor y en la guerra, todo vale -murmuró.

Y parecía que en los pueblos fantasma, también.

O acababa de hacer la peor cosa de su vida e iba a arrepentirse más tarde. Muy pronto lo sabría.

Capítulo 12

-Oh, vamos, por favor -dijo Nate Hendricks, mientras caminaban por la acera hacia La granja de sementales-. La escena de la persecución es una porquería.

Shane puso los ojos en blanco.

-No creo que la escribieran con intención de superar el análisis de un policía de verdad. Vamos, ha sido increíble cuando el tren ha volado por encima de la carretera.

-A mí también me ha parecido increíble -convino Walker.

Shane trató de no fulminarlo con la mirada. Cuando Cole había sugerido que fueran al cine aquel sábado por la tarde, había invitado a Shane y al nuevo novio de Jenny, Nate. Pero cuando salían del edificio de apartamentos, se habían encontrado con Walker, y Cole lo había invitado a él también.

El chico era majo. Shane lo conocía desde hacía varios años, y era un tipo decente. Salvo por haber flirteado con Merry. Y que ella hubiera flirteado con él.

Shane se había sentado tres sitios más allá de Walker en el cine. Sabía que no tenía motivos para sentirse celoso, porque Merry se había acostado con él, y no con Walker. De todos modos, se sintió mejor cuando el vaquero se despidió y subió los escalones de la entrada de La granja de sementales. Nate también se despidió, y Shane y Cole se sentaron en dos viejas sillas metálicas que había delante de la puerta.

-Bueno, y ¿cuándo tienes pensado empezar a construir la casa? -le preguntó Cole.

Shane le había dicho que había heredado tierras de su abuelo y que pensaba construir allí su casa, pero no le había contado nada más.

-Todavía hay que terminar los trámites del testamento, pero, con suerte, este otoño.

-Va a ser estupendo para ti. ¿Sigues con un sitio alquilado para guardar todas tus herramientas de carpintería?

-Sí. Por no mencionar que tengo que pagar el alojamiento del caballo. Puede que tarde un par de años en construirla, pero lo conseguiré. ¿Qué tal es la vida de propietario de rancho?

Cole sonrió con la satisfacción de un hombre cuya vida había tomado rumbo.

-No me puedo quejar. He tardado, pero, por fin, estoy donde quiero estar. No te preocupes por un par de años. Yo tardé doce.

-Sí, pero ahora ya eres viejo. No vas a poder disfrutar de la vida, ni nada de eso.

Cole sonrió con ganas. Ya no estaba pensando en el rancho. Y, demonios, si él pudiera tener esa felicidad todas las noches, también estaría sonriendo. Con recordar su única noche con Merry, ya se le empañaba la mirada.

-¿Sigues sin saber nada de tu hermano? -le preguntó Cole.

-Nada -dijo Shane.

Cole y él se conocían desde el instituto, y se habían hecho amigos después. Cole conocía parte de su historia. En realidad, todo aquel que hubiera vivido en Jackson en aquel tiempo sabía que su padre había desaparecido. Era un pueblo pequeño.

-¿Qué crees que está haciendo?

-No tengo ni idea. Le gustaban las motos. Tal vez esté trabajando en un taller. O puede que haya estado viajando por el país todo este tiempo. O puede que esté muerto.

-No, tío. No ha muerto. Te habrías enterado de la noticia.

-Sí -dijo Shane.

Sin embargo, no lo creía. Durante aquellos quince años, a Alex podía haberle sucedido cualquier cosa. Si había caído en las drogas y había muerto en la calle, nadie se habría preocupado de encontrar a su familia.

No. Alex ya no iba a volver. Tal vez no hubiera muerto, pero estaba tan lejos de él como su padre. Shane sabía que solo tenía a su madre, y su madre no había podido superar lo ocurrido, no lo suficiente como para rehacer su vida.

El placer que hubiera compartido con Merry la noche anterior, la alegría que había sentido en su presencia... No podía tener más que eso. Aunque nunca se marchara de Jackson, aunque no tuviera intención de huir, quedarse en el mismo lugar para siempre no era lo mismo que adquirir un compromiso y respetarlo.

Su propio padre, aunque viviera en el pueblo con su familia, tenía una novia: Dorothy Heyer, también conocida como señorita Greg Heyer. Había habido rumores sobre ellos durante meses, durante todo el tiempo que su padre había estado con la joven, que estaba casada con un ranchero rico y viejo. Era un secreto a voces que había quedado confirmado con su desaparición.

Y el abuelo de Shane no era mejor ejemplo. Su primera esposa había muerto en un accidente de tráfico, pero ya había abandonado a Gideon por mujeriego. Jeanine había durado mucho más a su lado, pero solo porque había soportado sus infidelidades hasta que, al final, él la había echado de casa por el amor de su vida, Kristen.

Y, a Shane, su propia historia tampoco le inspiraba confianza. Nunca se había enamorado de nadie, nunca había sentido cercanía ni conexión con nadie. Ya casi no soportaba ni estar con su madre. Estaba destinado a vivir una vida solitaria. Iba a construirse una casa alejada, aislada, con un sitio para trabajar y un establo para tener caballos, y con praderas. Eso era lo único que necesitaba, y lo único que iba a poder sostener. El hecho de tener mujer e hijos no sería más que algo decepcionante que, al

final, solo iba a causarle dolor. Y sería mucho peor si se enamoraba de una buena chica como Merry.

Cole y él se sentaron bajo el cielo azul, pensando en cosas muy distintas. Cole era un hombre que podría sentar la cabeza y formar una familia. Lo más difícil sería convencer a Grace, pero Shane pensaba que iba a conseguirlo. Grace era una chica dura y curtida, pero se había suavizado un poco durante aquellos últimos meses.

De repente, como si quisiera contradecir lo que él estaba pensando, Grace salió por la puerta de La granja de sementales como una exhalación. Miró fijamente a Cole mientras bajaba los escalones de dos en dos.

-¡Necesito que me lleves en coche!

-De acuerdo. ¿Adónde?

-Merry ha tenido un problema en el pueblo fantasma. Llevo dos horas llamándola, pero no tiene cobertura. Estoy preocupada.

Shane se puso en pie antes que Cole.

-¿Qué problema?

-Creo que un acto de vandalismo -dijo Grace-. Alguien ha puesto un cartel en la valla en contra del turismo, o algo por el estilo. Seguro que no pasa nada, pero me gustaría ir a verla.

-Yo voy -dijo Shane.

Grace lo miró con los ojos entrecerrados.

-Mira, voy todos los días. Conozco el sitio y sé dónde estará trabajando si no está en su despacho.

Cole asintió.

-De acuerdo. Llámanos cuando llegues. Si te parece bien, Grace.

Ella se quedó callada, pero, al final, asintió.

-Está bien. Gracias, Shane.

Se habría sentido triunfante al ver que ella se suavizaba un poco con él de no haber sabido que no lo merecía. Grace estaba preocupada por si él utilizaba a su amiga y la dejaba plantada. Él no estaba utilizando a Merry, pero sí le estaba mintiendo. Además, en algún momento, iba a alejarse de ella.

Sin embargo, no le importó nada de eso cuando se subió al coche y se puso en camino hacia Providence. La llamó, pero la llamada fue directamente al buzón de voz. Seguramente, a Merry se le había olvidado cargar la batería del móvil, o tal vez se hubiera emocionado tanto con alguna historia tonta sobre el pueblo fantasma que había perdido la noción de todo lo demás.

Pero... ¿qué significaba aquel letrero? Él no le habría dado ninguna importancia, pero recordó la extraña acusación que le había hecho Jeanine Bishop. ¿Acaso le estaban

tendiendo una trampa?

No era nada descabellado. Después de todo, había dos millones de dólares en juego. Aunque no tuvieran ninguna prueba de que había sido él, crearían sospechas y, si podían presentarlo como el malo de la película en un pueblo tan pequeño, sus posibilidades de ganar la demanda iban a disminuir.

Además, él sabía que no había hecho ninguna amenaza al pueblo de Providence, así que... ¿quién había sido?

Pisó el acelerador, aunque se exponía a que le pusieran una multa por exceso de velocidad. Merry no respondía al teléfono, y allí, en el pueblo fantasma, estaba completamente sola.

Y él no podía soportar la idea de que Merry corriera peligro. Tenía la sensación de que estaba... desprotegida. No solo en Providence, sino también en el resto de su vida. Era como si hubiera crecido sin cáscara. Sin armadura.

No sabía cómo podía haberle sucedido eso a una niña que se había criado en la pobreza y sin padre, pero tenía la sensación de que ella necesitaba que la protegieran. Tal vez, solo porque sabía que era él quien iba a hacerle daño.

-Mierda -murmuró, y dio un golpe con la palma de la mano en el volante.

¿Cómo había permitido que sucediera aquello? ¿Por qué no había podido controlarse? Merry era tan inofensiva y buena, que debería haberle resultado fácil tratarla solo como amiga. Sin embargo, ella se le había metido dentro y se había convertido en algo peligroso.

En realidad, aunque solo hubieran sido amigos, él habría estado mintiéndole igual. Había usado su confianza para conseguir algo que quería, y ni siquiera valía la pena. ¿Qué había averiguado? Nada de importancia, aparte de cuál era la táctica del patronato. Eso podría haberlo deducido fácilmente, y a su abogado no le había interesado en absoluto.

Iba a tener que dejar de ir a trabajar a Providence. Se cercioraría de que Merry estaba bien y le diría que no tenía tiempo para seguir rehabilitando la taberna del pueblo. Ya era un poco tarde, sí, pero eso era lo mejor que podía hacer en aquel momento.

Cuando llegó al aparcamiento, bajó del coche y vio el coche de Merry. No había ningún otro vehículo, lo cual era una buena señal.

-¡Merry! -gritó. Cerró la puerta y oyó el eco que reverberó varios kilómetros, pero ella no respondió.

Volvió a llamarla mientras iba hacia la casita que utilizaba como despacho. Al entrar, vio allí su iPad, y se le encogió el corazón. Ella nunca iba a ningún sitio sin su tableta, así que, ¿dónde estaba?

Tenía que estar en la taberna. Fue corriendo hacia el edificio, pero allí tampoco había rastro de Merry. ¿Qué le había ocurrido? Por primera vez desde que Grace había

pedido ayuda, su preocupación se convirtió en alarma.

Allí no había demasiados peligros naturales que pudieran hacerla desaparecer. Tal vez, un puma, pero no a mitad de la mañana. Entonces... ¿habría sido un vándalo, o ella se había perdido caminando?

Recordó la noche anterior; cuando él la estaba mirando y deseando besarla, ella estaba hablando de algo... debía de ser sobre Providence. Estaba muy emocionada y parloteaba sobre algo que le causaba mucha curiosidad.

Un almacén de hielo. Un cobertizo que había al principio del cañón.

-Gracias a Dios -murmuró, y empezó a correr hacia allí.

Merry debía de haber ido al cañón, y por eso no tenía cobertura. Lo más seguro era que estuviese absorta en su exploración y no le hubiese pasado nada.

Por sus correrías de la infancia, sabía que el camino que seguía el cañón lo bordeaba por la parte superior, así que ignoró aquella pista de tierra y entró en el propio cañón. En aquella época del año, el arroyo todavía era caudaloso, aunque, al mes siguiente, se convertiría en un fino hilo de agua. Pero, por lo menos, no estaban en primavera, cuando la corriente sería muy peligrosa.

-¡Merry! -gritó de nuevo.

Tenía que ir mirando muy bien por dónde pisaba, puesto que el terreno estaba lleno de rocas sueltas y grandes piedras que parecían colocadas adrede sobre lajas que se deshacían, pero se detenía cada seis o siete metros a mirar bien la zona.

Por fin oyó una voz. Un canturreo. Respiró profundamente y suspiró de alivio. Merry estaba bien.

Rodeó un peñasco y la encontró caminando hacia él, cantando una canción pop que él había oído en la radio. Cuando Merry alzó la vista, dio un grito de miedo y retrocedió tan rápidamente que estuvo a punto de caer de espaldas al riachuelo.

Shane saltó hacia delante para agarrarla, pero ella le apartó las manos.

-¡Qué susto me has dado!

-¿Estás bien?

-Aparte de que casi me hago pis encima, sí.

-Grace estaba preocupada por ti. Dijo que ha habido unos vándalos en Providence, y ninguno podíamos ponernos en contacto contigo.

-Ah -dijo ella, y desvió la mirada a un lado con una expresión de culpabilidad-. Lo siento. Aquí no hay cobertura. Gracias por venir a ver si estaba bien.

-De nada. Entonces, ¿seguro que estás bien?

-Sí, perfectamente. De hecho... -de repente, Merry se animó y movió las manos-. ¡Ven conmigo! ¡He encontrado el almacén de hielo! O lo que queda, más bien. Es estupendo.

Él iba a dar alguna excusa, pero ella ya estaba subiendo de nuevo por el cañón, así que no tuvo más remedio que seguirla. Además, no le importó ir viendo sus caderas curvilíneas por delante, ni su trasero redondeado, que había rodeado con un brazo la noche anterior, al darle un beso de despedida. La combinación del alivio que había sentido al ver que Merry estaba bien y la visión de sus caderas le causaron un problema que nunca había sufrido: tener que escalar con una erección.

-Por Dios, tío -se dijo a sí mismo, murmurando-. Contrólate.

No parecía que Merry estuviera pensando en él en absoluto. Estaba demasiado ocupada y emocionada mostrándole dos planchas de madera medio podrida.

-¡Mira!

-Ah -respondió él, conteniéndose para no decirle que aquello no se parecía en nada a un almacén de hielo.

-Está muy deteriorado -dijo ella.

-Sí.

-Pero mira esas piedras planas que hay aquí, en este hueco. Seguro que era el suelo. Y todavía queda una tabla metida ahí.

-Muy bien.

-Sí -dijo ella, y se arrodilló para posar las manos sobre las lajas de piedra.

La mitad estaban cubiertas de limo debido a una riada que hubo hacía muchos años, pero no parecía que Merry viera eso; ella solo veía un almacén de hielo recién construido por gente trabajadora y que se usó como lugar de juego para los niños durante el verano.

-Es genial -susurró-. Es obvio que podemos incluirlo en el tour del museo. Subir hasta aquí es peligroso, pero tengo muchísimas fotografías. Puedo hacer una pequeña exposición con ellas y acompañarlas de citas de las historias que me han contado.

-Claro.

Ella alzó la vista y lo miró con una enorme sonrisa, y Shane sintió una calidez que ya le era muy familiar. Se arrodilló a su lado.

-¿Ves esto?

-Merry.

Cuando ella giró la cabeza hacia él, Shane la besó. Al instante, ella se derritió contra él, como siempre. Merry siempre quería más.

-Oh -dijo ella cuando por fin él la soltó.

-Deberíamos volver ya. Está atardeciendo.

-De acuerdo -respondió Merry, con un suspiro, y tomó la mano que él le ofrecía para levantarse.

Ella lo siguió en silencio, por una vez, algo que parecía que solo hacía cuando estaba con él. A Shane le gustaba aquella timidez, pero se sintió feliz cuando habló, por fin.

-Shane.

-¿Sí?

-Gracias por venir a buscarme.

-De nada. Pero a partir de ahora, acuérdate de avisar a la gente si vas a venir a las montañas, ¿de acuerdo? Todos estábamos preocupados.

Ella volvió a quedarse callada y, a pesar de la belleza del paisaje que los rodeaba, él no pudo soportarlo. Se había acostumbrado a su voz.

-¿Estás bien, Merry?

-Claro.

Shane se detuvo y se giró a mirarla.

-Me siento como si debiera decir algo sobre lo de anoche. Para que sepas que no fue...

-¡Ya lo sé! -exclamó ella-. Sé que no era una gran declaración. No soy tu novia, y me parece bien. Te lo juro. No necesitaba eso. No es importante.

Él correspondió a su sonrisa, pero no era eso lo que quería decirle. Lo que había querido decir era que... Bueno, que lo de la noche anterior había significado algo, que no había sido solo un revolcón. Pero ¿cómo iba a decirle que había tenido importancia sin que eso significara que quería algo más?

-Aunque no creo que pueda seguir con lo de ser amigos con derecho a roce si estás saliendo con alguna chica -dijo ella-. Eso sería demasiado para mí. Pero lo de anoche, contigo... fue estupendo, Shane.

-No estoy saliendo con nadie -gruñó él. Le había enfadado que ella pensara algo así-. Mira, yo no soy de los que se comprometen a largo plazo, pero tampoco soy un mujeriego. No me voy a acostar con nadie más.

-¡Ah, bien! -dijo ella con alegría. Después, se ruborizó, y añadió-: A lo mejor podríamos...

Él enarcó las cejas, preguntándose qué era lo que iba a decirle.

Merry se tapó la cara con las manos, respiró profundamente y, después, se irguió.

-¿Tú crees que podríamos hacerlo otra vez? Solo una vez más. O más veces. No sé cómo funcionan estas cosas. ¿Te parezco una perversa por proponértelo?

-¿Qué? ¡No! -exclamó él, moviendo la cabeza con énfasis. Entonces, se dio cuenta de que ella dejaba de sonreír-. Es decir, ¡sí! Sí podemos hacerlo otra vez. Por el amor de Dios, Merry.

Ella se cruzó de brazos.

-¿Qué?

-Que tú no eres una perversa por querer eso, ¿de acuerdo? Yo también quiero acostarme contigo.

-De acuerdo -dijo ella con cautela.

-Es solo que eres muy maja. Me gustas. Y no sé cómo decirte que quiero acostarme contigo, pero no quiero...

-¿Nada más? -le dijo ella, suavemente.

Dios... ¿cómo iba a responder a eso? ¿Qué clase de hombre era?

-No es que no quiera más. Eres una chica estupenda. Me gustas.

-Lo entiendo. Yo siento lo mismo -dijo ella con una sonrisa.

Sin embargo, su tono de voz no era demasiado convincente. Él la observó con atención.

Ella se tapó los ojos.

-Deja de mirarme. Quiero acostarme contigo, ¿de acuerdo? ¿Y podemos dejar de hablar ya de esto?

-Está bien.

Ella bajó la mano y lo miró con otra sonrisa.

-Pero no se lo digas a Grace.

-Valoro demasiado las partes masculinas de mi anatomía como para decírselo.

-¡Eh, yo también!

A él se le escapó una risotada que reverberó por todo el cañón, junto a la de Merry.

-En serio -dijo él, mientras empezaban a caminar de nuevo-. Esa chica me da miedo.

-Normal.

-¿Cómo os conocisteis?

-Grace estaba estudiando para ser maquilladora artística. Ya lo sabía todo y hacía unos trabajos increíbles, pero necesitaba sacarse el certificado para poder empezar a trabajar. Yo tuve la gran idea de hacerme peluquera, lo cual no tiene sentido, porque ni siquiera sé peinarme a mí misma. Ella se me acercó un día, mientras yo estaba de prácticas con una peluca, y me dijo que lo dejara.

-Ay.

-Me lo dijo de un modo agradable. Bueno, no del todo, pero yo me di cuenta de que se sentía mal por haberme abierto los ojos de esa forma. Dejé la escuela y volví a trabajar de camarera, pero seguí en contacto con Grace. Ella me dejó que viviera en su casa durante un mes y, desde entonces, es mi mejor amiga, no importa dónde vivamos

ni lo que estemos haciendo.

-Supongo que los opuestos se atraen.

-Sí. Nos cuidamos la una a la otra, y somos más parecidas de lo que tú crees.

Shane no veía en qué sentido, pero no la contradijo.

-Bueno, acuérdate de llamarla en cuanto salgamos del cañón -le dijo a Merry-. Espero que lo de encontrar el almacén de hielo haya valido la pena, porque ahora vas a tener que aguantar su ira.

-No se va a enfadar. Y, ¡sí, ha merecido la pena!

Sin querer, Shane provocó otra entusiasta historia de Providence, pero sonrió mientras caminaban por los pedruscos. En un momento dado, la tomó por la cintura con ambas manos para bajarla de una de las rocas, pero ella no dejó de hablar.

-Esta gente era increíble. ¿Te imaginas cómo sería venir hasta aquí, cuando todo estaba a un día de camino a caballo, no había médicos ni hospitales ni nada? Trajeron aquí a sus hijos y construyeron estas casas de la nada.

-Y, después, se largaron.

-No, no. No fue tan sencillo.

-Hubo una riada, recogieron todo y se dispersaron. No sé si eso es muy admirable. Práctico, sí. Seguramente, yo habría hecho lo mismo.

-No, Shane. No lo entiendes. No fue solo por la riada. Eso ya fue catastrófico, porque murieron cinco personas de Providence, incluida una niña, y quedaron destruidas tres casas y un granero. Aun así, lo reconstruyeron todo y siguieron adelante. Pero la riada había dejado una muralla de desechos y broza en el cañón. El primer año, la corriente de agua se quedó en la mitad. Intentaron mover algunas de las piedras, y uno de los colonos perdió el brazo en un accidente, porque las piedras le cayeron encima. Al año siguiente, el curso del arroyo quedó totalmente atascado y el agua se secó. De todos modos, los habitantes del pueblo siguieron allí dos años más. Excavaron pozos e intentaron redirigir el curso del arroyo más al norte. Pero hubo una sequía, y ya no pudieron continuar viviendo aquí.

Habían llegado a la salida del cañón; se detuvieron y ella abrió los brazos para abarcar toda la vista del pueblo.

-Esta era su casa. Esta gente resistió todo lo que pudo. Amaban este lugar y querían vivir aquí, pero no podían hacerlo sin agua. Se fueron todos, menos uno: el tatarabuelo de Gideon Bishop aguantó cinco años más y, después, se cambió de sitio, al lugar donde ahora está la casa del rancho Bishop. Allí sí había agua, y las cosas eran más fáciles. Pero nunca se rindió y, por eso, estas tierras todavía están en la familia.

Shane se metió las manos en los bolsillos y miró hacia el pueblo con cara de pocos amigos. No había oído nunca aquella historia. Solo sabía que había habido una riada. Sin embargo, eso no cambiaba nada. Aquella gente no tenía nada que ver con él. Aquello solo era un pueblo fantasma al que su abuelo, por rabia, había decidido

dedicar fondos. No era nada más que un parque temático de dos millones de dólares.

-Ojalá hubiera podido verlo cuando estaba vivo -dijo Merry, suavemente-. Los niños corriendo por la calle. Los hombres y las mujeres cultivando los campos. Las casas blanqueadas, con flores. ¿Te lo imaginas?

No, no se lo imaginaba, pero podía ver toda aquella belleza reflejada en su cara. La maravilla, y lo que podría haber sido sino hubiera sucedido una tragedia.

Shane se preguntó si él tenía la misma expresión cuando miraba a Merry.

Capítulo 13

Merry no estaba de ánimo para hablar con su madre, pero Grace la despertó dejándose caer sobre el sofá cama con el iPad en la mano.

-¡Di «Hola, mamá!»! -le urgió Grace, que estaba muy despierta, aunque fueran las ocho de la mañana.

Merry se asomó por debajo de la manta.

-Hola, mamá.

-¡Hola, mamá! -repitió Grace, saludando a la pantalla de la tableta.

Su madre y su amiga comenzaron a charlar, gracias a Dios, porque ella necesitaba un momento para recuperarse. Había estado soñando con Shane y con unos movimientos gimnásticos que solo eran posibles durante la fase REM.

Grace se llevaba muy bien con su madre. Siempre había sido así, y a Merry se le hinchaba el corazón cada vez que lo veía. Su madre tenía algo que relajaba a Grace.

-A Cole le va muy bien -estaba diciendo Grace.

-Espero que sea bueno contigo, cariño.

-Sí, sí lo es. Es muy bueno.

-Pues estoy muy feliz por ti -dijo la madre de Merry con un suspiro-. ¿Y mi niña? ¿Ha conocido ya a un vaquero en condiciones?

-No, si yo puedo evitarlo -dijo Grace.

-Grace me está bloqueando las pollas, mamá.

-¡Merry! -gritó su madre, y desapareció por un momento de la pantalla, que tembló con su risa.

-¡Es verdad! Necesito que me envíes ese ejemplar de *Nuestros cuerpos y nosotros* que me regalaste cuando tenía doce años. Tengo que explicarle a Grace para qué es mi vagina.

Su madre movió la mano por delante de la pantalla con una expresión divertida.

-Ahora puedes encontrar todo eso en internet, cariño.

-Sí, ya lo había oído -dijo Merry. Se acurrucó contra Grace para que las dos pudieran salir en la pantalla. Era como una fiesta del pijama, y a Merry se le llenó el corazón de amor-. Eh, mamá, pregúntale a Grace por su novio otra vez, para que

puedas ver la cara de boba que se le pone. ¿Te lo puedes creer?

-Es guapísima.

Guapísima o no, Grace le dio un puñetazo en el hombro a Merry.

-Pero quiero saber qué ha pasado con Crystal, Merry -dijo su madre-. ¿Quedaste con ella?

Merry soltó un gruñido y Grace salió del ámbito de la cámara para poder poner los ojos en blanco.

-Bueno, yo me voy a preparar el café -dijo.

-Sí -respondió Merry-. Quedé con ella. Y fue una bruja.

-Tu prima no es una bruja -dijo su madre.

-Claro que sí.

-No es verdad. Y, aunque lo fuera, sigue siendo tu familia. Hay amor.

Merry gruñó.

-No hay ningún amor, mamá. Sé que tú sí quieres a tu hermana, como es lógico. Pero, aunque ahora vuestras vidas sean diferentes, las dos venís del mismo sitio. Crystal y su hermano se criaron en una mansión en una urbanización privada junto al lago, en Chicago. Yo nunca he vivido en una casa. No tenemos nada en común. Ella piensa que soy una vaga de clase baja y yo creo que ella es una bruja despreciativa.

-Oh, cariño. No tenemos mucha familia. Me gustaría que lo intentaras.

-Lo he intentado, te lo prometo. Pero yo no soy como ellos. Y, ahora, parece que tú también te has tragado su rollo del éxito, la educación y los trabajos.

Su madre agitó la cabeza.

-No sé de qué estás hablando.

Merry no quería mantener aquella conversación con su madre. Nunca. Prefería hacer bien las cosas y no tener que pensarlo nunca más. Iba a conseguir que Providence fuera un éxito. Iba a tener un buen trabajo e iba a vivir en un sitio bonito, y ya no tendría que preocuparse de ser una decepción para su madre.

-No importa, mamá. Necesito levantarme y tomar un poco de café. Hoy me espera un día ajetreado.

En realidad, no tenía nada que hacer, salvo ir a cenar al Easy Creek Ranch, pero era demasiado pronto por la mañana para hacer el papel de hija decepcionante.

-Te quiero -dijo.

Y eso era cierto, pasara lo que pasara. Pero ella ya no podía decepcionar a nadie más. Aquella era su última oportunidad para conseguirlo.

-¡Uf! -gruñó, en cuanto apagó la tableta-. ¿Qué es lo que tiene la familia?

-No me lo preguntes a mí -dijo Grace-. Yo no sé nada de lo que es la familia. Pero tu madre estaba muy bien, muy guapa.

-Sí, es verdad. Ojalá encontrara a alguien. La última vez que la vi, me pareció que se sentía un poco sola.

-Ah. Bueno.

Merry se incorporó y miró a Grace.

-¿Qué?

-¡Nada! -gritó Grace-. Yo también espero que encuentre a alguien.

Merry volvió a tumbarse en la cama y revisó su correo electrónico. Allí estaba: la convocatoria de una reunión extraordinaria y urgente para el lunes por la tarde. El lunes por la mañana iban a imprimir el folleto. Así podría conseguir que los patronos le echaran un vistazo y presentarles sus ideas para el reportaje del periódico del pueblo y, entonces, ellos desbloquearían algo de dinero para la rehabilitación.

Todo iba a salir bien. Iba a convertirse en una leyenda. O, por lo menos, ya no sería una vaga que nunca había conservado un trabajo de verdad. Y, demonios, eso era más que suficiente para ella.

Aquello era una estupidez. No tenía sentido. Y Shane no sabía qué estaba haciendo allí.

Su yegua se movió con impaciencia e inseguridad. Normalmente, cuando la cargaba en el tráiler, era porque había trabajo por delante. Horas de cabalgada. Sin embargo, allí estaban, observando Providence como si fuera un lugar peligroso.

No lo era, pero él estaba asustado.

No debería haber ido. No tenía ningún motivo para hacerlo.

Pero, por fin, guio a la yegua hacia el pueblo. Caminaron lentamente por la calle central.

No había nada diferente. El pueblo estaba igual, pero, en aquella ocasión, él no pudo desdeñar los edificios como siempre.

Merry le había dicho que aquello era su hogar. Que sus habitantes no querían marcharse. Y aquello había despertado recuerdos del tiempo que había pasado allí con su padre. Una mañana, habían llegado tan temprano que su respiración creaba vaho en el aire, aunque estuvieran en septiembre. Su padre le dejaba explorar todo el tiempo que quisiera, pero no era muy hablador, y no le había contado cosas sobre Providence. Lo único que hacía era señalarle una vieja herradura, o la rueda rota de un carro. Eso, a sus ojos infantiles, eran maravillas arqueológicas, reliquias de un pasado de enfrentamientos con los indios, vaqueros valientes y tiroteos con los cuatros.

Ahora, él ya sabía que Providence no había sido así. Los indios que pasaban por allí eran cazadores y comerciantes, y los vaqueros eran hombres tranquilos y curtidos que no cabalgaban con poses y que, posiblemente, pasaban casi todo el tiempo cuidando de sus ranchos y sus granjas. Pero, de niño... aquella gente eran héroes para él. Y, lo mejor de todo, eran parientes suyos.

En aquellos tiempos, las relaciones familiares le parecían algo bueno, pero después se habían convertido en algo maldito. Las había maldecido junto a su padre.

En aquel momento, no necesitaba detenerse a fisgonear. Aquel sitio no tenía ningún romanticismo para él, pero siguió trotando hacia el viejo sendero.

Entró en el bosque. Tenía la espalda tensa y le dolía la mandíbula. ¿Cuántas horas había pasado montando a caballo por allí, siguiendo a su padre en paseos silenciosos a través de los álamos verdes cuyas hojas empezaban a amarillear?

Había carretera, y podrían haber ido en coche hasta la antigua cabaña de troncos que había en la parte superior del bosque, pero no se trataba de eso. Se trataba de hacer el equipaje, de aprender a viajar ligero y cargar poco el caballo, como cuando su padre era niño. Su padre no había ido con el abuelo. No, el padre de su padre no toleraba a los niños ni tenía paciencia para enseñarlos. No, el padre de Shane montaba a caballo con su abuelo, un vaquero de los de antes, a quien Shane no había conocido.

Siguió avanzando con la yegua por el camino. Era un sendero tan antiguo y estaba tan endurecido que la hierba no crecía en el terreno, ni los arbustos. Su padre y él siempre habían ido solos allí. A Alex no le gustaba montar a caballo ni ir de camping.

Prefería ir en bicicleta con sus amigos o conducir coches de rally. Nunca había estado allí, no conocía la cabaña.

Si Shane quería ver cómo se le iluminaban los ojos a Merry, podría hablarle de aquella cabaña. No sabía quién había vivido allí, pero, a juzgar por su estado veinte años antes, era muy antigua. A Merry le entusiasmaría explorarla e investigar, resolver el pasado como si fuera un misterio, como si encontrar el nombre del propietario original pudiera arreglar algo en el mundo.

Sin embargo, en el mundo no había muchas cosas que estuvieran bien. Él no entendía cómo era posible que Merry no se diera cuenta. Su propio padre también la había abandonado sin mirar atrás. ¿Era ese el motivo por el que ella quería ver el pasado como algo romántico?

Tal vez. Pero eso no explicaba el amor que sentía por aquel sitio. A ella la habían engañado para que fuera a Providence y, de todos modos, veía cosas muy buenas allí. Era como si ignorara a propósito todas las sombras de su vida y pensara que solo estaban allí para que destacara el lado brillante de las cosas.

Él la protegería de aquellas bobadas si pudiera, pero no podía hacerlo, porque el mundo no estaba bien, y su papel en la vida de Merry lo demostraba. Ojalá las cosas fueran diferentes.

El camino fue acercándose al borde del cañón, tanto, que podía ver la fina corriente

de agua al fondo y el lugar por el que Merry y él habían estado paseando el día anterior. La echó de menos. Iba a tener que llevarla hasta allí. Se pondría muy contenta.

Entonces, el camino volvió a adentrarse en la arboleda, y Shane volvió a estar con su padre. El trayecto hasta la cabaña solo había durado noventa minutos, pero le había parecido como un viaje de un día entero hacia un lugar que llevara sin ver cien años. Aquel era el punto en el que, de niño, siempre dejaba de parlotear con emoción y se quedaba callado. Allí, entre aquellas sombras.

Los sonidos eran los mismos. Y sintió a su padre. Lo recordó, y recordó todo el dolor y la esperanza de los años siguientes a su marcha. Dios, aquel hombre los había dejado rotos a todos. A su hermano y a él y, sobre todo, a su madre. Como Merry, su madre tenía el don de ver solo la parte brillante del mundo, aunque, en su caso, cuando se veía ante la oscuridad completa, la negaba. Decía que había visto un resplandor, o algo por el estilo, y que si él se esforzaba, lo vería también.

Y había estado esforzándose durante años.

Ojalá pudiera recuperar aquellos años. Ojalá hubiera podido cuidar a su hermano pequeño en vez de tener que apoyar tanto a su madre.

Podía haber hecho muchas más cosas. Podía haber conseguido que la vida de su hermano pequeño fuera mejor, pero había estado demasiado ocupado albergando falsas esperanzas.

«Cuando vuelva papá...».

Shane había dicho aquello mil veces, y había condicionado muchas de las oportunidades de la vida a aquella vuelta. «Cuando vuelva papá, esto será así. Cuando vuelva papá, haremos todo esto juntos».

No era de extrañar que Alex se hubiera marchado de allí.

Su padre no iba a volver. Pero, en aquel camino, bajo aquellos árboles, pudo pensar en él casi de un modo normal por primera vez desde que había desaparecido. Le dolía. Se sentía mal. Pero los recuerdos estaban ahí, y no completamente envueltos en una gruesa niebla de dolor, odio e ira. El abandono había sido monstruoso, pero eso no significaba que el hombre fuera un monstruo. Había hecho algo terrible, algo que él no iba a comprender nunca, pero, durante una década, había sido un buen padre. Y eso había hecho que su desaparición fuese aún peor.

Cuando llegó a la cabaña, estaba agotado, no tanto por el viaje como por haber dejado que su padre volviera a su vida. Pero sonrió al ver la construcción medio derruida. Sí, a Merry le encantaría. Tal vez se quedara con ella lo suficiente como para enseñársela. O, tal vez, podría ofrecérsela como consuelo cuando ella decidiera que lo odiaba. Le daría aquel lugar para que se curara de sus heridas.

Aunque no quería que subiera hasta allí sola. El camino nunca había sido seguro, y aquel día había pasado por una parte de terreno hundido.

Ató a la yegua a la sombra de un árbol y caminó por el claro de la cabaña. Allí

todavía estaba la marca de sus hogueras y, aunque la zona donde ellos acampaban todavía estaba relativamente libre, el tiempo le había pasado factura. Una de las esquinas de la cabaña, que antes estaba erguida y era robusta, se había hundido. Había ramas de árboles por todas partes, rotas por las tormentas y el viento. Pero algunos de los manzanos que había a un lado de la cabaña aún se mantenían con vida, y estaban empezando a formarse algunas manzanas entre las hojas.

Sí, quería enseñarle a Merry aquel lugar mientras él todavía le cayera bien. Mientras todavía le lanzara aquellas sonrisas resplandecientes e hiciera sus extrañas bromas. Quería verla feliz y sin reservas, no por un anciano que le contara historias de Providence, sino por él mismo. Por algo que él le hubiera dado. Tal vez, así pudiera compensarla por lo que le iba a quitar.

Exploró el lugar en busca de recuerdos, pensando en su padre. Cuando volvió a mirar al cielo, se dio cuenta de que tenía que volver ya.

No quería llevar a la yegua por el empinado camino, así que tomó la carretera. Tenía que llegar a Providence, cargar la yegua y volver a la granja donde la tenía alojada. No estaba lejos de la casa de Easy, así que llegaría a tiempo.

Aunque tuviera prisa, no era un temerario. Cuando llegó a otra parte de la carretera que se había hundido, desmontó y empezó a caminar. Aquella carretera era un peligro. Se preguntó si alguien habría subido hasta allí durante los últimos diez años.

Seguramente, eso agradecería mucho a Merry. Ella no iba a darse cuenta de que alguien había estado alterando la zona de la cabaña, sacando artefactos y causando daños.

Cuando recorría los últimos metros de terreno hundido, vio algo que brillaba bajo sus pies. Se acercó al borde del socavón e intentó ver mejor, pero solo captó el reflejo del sol en algo reflectante cuando las ramas de los árboles que había más abajo se movieron con el viento.

Tal vez fuera el agua de algún desvío del arroyo, pero no se oía el murmullo del agua. Además, le pareció ver algo blanco, una esquina que podría ser una roca, aunque parecía demasiado recto y afilado como para serlo.

Shane caminó un poco más, buscando un camino para bajar, pero no lo encontró. De todos modos, no tenía tiempo. Volvería en otra ocasión. Con Merry. O, tal vez, sin ella. Tal vez hubiera alguna construcción allí abajo que él no conocía, y con la que podía darle otra sorpresa.

Shane montó en la yegua y la puso al trote. Al pensar en ver a Merry de nuevo, se le había pasado todo el cansancio. Tenía que terminar con aquello, y lo sabía, pero no aquella noche.

Aquella noche, no.

Capítulo 14

Merry nunca había visto aquella faceta de Rayleen. Había oído rumores de que Easy y ella tenían un romance, pero entendía que tenía que ser una relación con mucho antagonismo y malas pulgas. No se esperaba lo que vio.

Miró otra vez por el espejo retrovisor.

Grace había atravesado el jardín para ir a casa de Rayleen hacía una hora y, cuando las dos mujeres habían vuelto, Rayleen estaba muy guapa y parecía que tenía diez años menos. Grace le había recogido el moño blanco en un moño bajo y la había maquillado. Le brillaban los ojos y se le había suavizado la piel.

Llevaba pantalones vaqueros y botas, como de costumbre, pero Grace la había convencido para que se pusiera una blusa de color rosa. Aunque no se había desecho del cigarrillo sin encender, se lo había metido en el bolsillo de la camisa y no lo llevaba entre los labios.

Merry se miró al espejo. Ojalá ella también le hubiera pedido ayuda a Grace para arreglarse. Era la Merry normal, de cara redondeada, inofensiva, sosa. Y lo cierto era que... ya no se sentía así. Debería tener un aspecto diferente, ¿no?

Era una vándala encubierta. Una manipuladora. Y, ahora... una mujer de sexualidad salvaje que tenía un amante secreto. Y, aun así, seguía pareciendo una chica a la que cualquiera contrataría para guardarle la casa y pasear al perro mientras se iba a un lugar exótico y peligroso.

Vaya. Seguramente, la raya del ojo habría marcado la diferencia. O, tal vez, habría quedado como la Merry de siempre, que había abierto el cajón del maquillaje.

Bah. No tenía importancia, pensó, mientras pasaba por debajo del letrero de Easy Creek Ranch. Había varios hombres sentados a la sombra de un enorme álamo de Virginia que ocupaba todo el espacio que había entre la casa principal, donde vivía Easy, y la casa del capataz, que ocupaba Cole.

Grace sonrió. Merry también sonrió, aunque intentó contenerse. Ella no tenía ninguna excusa para llevar en los labios aquella sonrisa de boba enamorada. No podría explicar por qué le brillaban tanto los ojos al ver a tres hombres con sombrero de vaquero y una cerveza en la mano. Miró por el espejo retrovisor y, al ver a Rayleen con el ceño fruncido, se sintió mejor. El mundo no estaba tan loco como parecía. Podía superar aquella velada. Todo era normal.

Pero, al aparcar y salir del coche y ver los ojos de Shane, no pudo contener la

sonrisa. Oh, Dios. Lo único que pudo hacer fue agachar la cabeza y rezar por que todos estuvieran ocupados saludando a los demás y no se hubieran fijado en ella.

Cole se acercó a darle un beso a Grace, y Rayleen caminó hacia Easy.

-¿Esa cerveza es para mí? -preguntó de un ladrido.

Easy suspiró como si ya estuviera exasperado, pero le entregó la cerveza abierta.

Shane vio a Merry y, lentamente, alzó una mano para tocarse el ala del sombrero a modo de saludo. Ella se ruborizó. Él sonrió.

-¿Les apetece una cerveza, señoritas?

-¡Sí! -exclamó ella, con demasiado entusiasmo, y él le guiñó un ojo antes de darse la vuelta hacia el medio barril lleno de hielo-. Easy, ¿tú también necesitas otra?

-Eso parece -gruñó él, pero Merry lo pilló mirando a Rayleen de reojo-. Están muy guapas esta noche, señoritas -dijo, incluyéndolas a todas.

Rayleen se ruborizó.

Ojalá ella también tuviera motivos para ruborizarse, pero llevaba de nuevo unos pantalones vaqueros y una camiseta, aunque había elegido a propósito su camiseta de Wonder Woman. A los hombres les gustaba Wonder Woman, con su traje de la bandera de Estados Unidos y las botas de tacón alto. Además, aquella camiseta le quedaba más ajustada que otras, y ella quería que Shane se fijara en sus pechos. Y en su cintura. En la curva de sus caderas. A él le habían gustado, ¿no? Le había dicho que era muy guapa. Se había entusiasmado.

-¿Has estado trabajando hoy? -le preguntó cuando él le dio la cerveza.

-Un poco. Después me fui a dar un paseo. Pido perdón si estoy un poco sucio; no me ha dado tiempo a ducharme. A lo mejor puedo preguntarle a Cole si me deja usar el baño del barracón.

-No, estás estupendo. Quiero decir, estás bien.

Pero, sí, estaba estupendo. Un poco polvoriento, y tenía el pelo un poco húmedo de sudor en la nuca. Sí, parecía que estaba sucio. Como un deslumbrante vaquero sucio que quería hacerle cosas sucias en un establo o...

Merry carraspeó y dejó de mirarle el vello que aparecía por el cuello de su camisa. Seguramente, olía a sudor. Y, por algún motivo, se le hizo la boca agua al pensarlo.

-Bueno, ¿y tú? -le preguntó él-. ¿Qué has hecho tú?

-Le he dado los toques finales al folleto. Va a quedar estupendo. Mañana tengo la reunión del patronato, y voy a pedirles que lo miren bien, y ya he pensado lo que vamos a decirle al reportero sobre...

-¿Reportero?

-Sí, queremos que escriba un artículo sobre el pueblo.

-¿Sobre el vandalismo?

-No, no -dijo ella, y sintió que palidecía. En aquel momento, se les acercó Cole, y Merry sonrió para disimular su nerviosismo-. No fue nada importante. Solo un letrado.

-¿Qué decía? -preguntó él.

-Algo como *No más turistas*.

-Ah. ¿Y tenéis alguna idea de quién puede haber sido?

-¡No!

Cole frunció el ceño.

-Es muy raro. Obviamente, hay gente que se opone a las nuevas obras en la zona, pero esto no tiene mucho sentido. ¿Por qué han puesto un letrado donde no va a verlo nadie? Normalmente, la gente envía una carta a Cartas al editor.

-¡Puede que tenga que ver algo con la demanda! -exclamó ella, acusando a aquel pobre tipo, cuando se había jurado que no iba a hacerlo. Pero no podía soportar la presión.

-¿Qué demanda? -preguntó Cole.

Shane carraspeó y comenzó a decir algo, pero Merry no podía parar de balbucear.

-Tampoco estoy segura de eso. El hombre que heredó el resto de las tierras ha presentado una demanda para heredar también el dinero que se destinó a Providence. No es nada importante. Cosas normales, seguro. No es vandalismo.

-Sí, bueno -dijo Shane-. Yo también estoy seguro de que no es nada, pero tienes que tener cuidado de ahora en adelante, ¿de acuerdo? Nada de trabajar con los cascos puestos.

Ella asintió, y dijo lo primero que se le pasó por la cabeza.

-¡Oh! Nos hemos dejado la comida en el coche. Voy por ella.

-Yo te ayudo -dijo Shane.

Cole frunció el ceño como si le causara sospechas el rápido ofrecimiento de ayuda de Shane, pero Shane se fue hacia el coche. Merry lo siguió, aliviada por el hecho de que el interrogatorio hubiera terminado.

-Hemos traído empanadas, y Rayleen ha traído ensalada de patata, pero me temo que nada es casero. Grace y yo no tenemos ni idea de cocinar, y Rayleen dijo que ella no se había pasado toda la vida trabajando para tener ahora que meterse en la cocina para complacer a un puñado de vaqueros que no tienen ni idea de nada. Oh... Lo siento. Estoy segura de que no lo decía por ti.

-¿No?

Ella le devolvió la sonrisa.

-Bueno, probablemente, sí.

-¿Y tú entonces no sabes cocinar?

-Bueno, sé hacer sándwiches, ensaladas y, si es necesario, unos nachos muy buenos. «Si es necesario» quiere decir todos los viernes por la noche.

Él se echó a reír.

-Hablas como unos cuantos vaqueros a quienes conozco. Aparte de las ensaladas, claro.

-¿Sabes cocinar?

Él se encogió de hombros.

-Un poco, pero lo que más me gusta es la carne con patatas. Si te portas bien, algún día te invito a un estofado.

-Entonces, me portaré bien.

-¿Sí? -dijo él, y esperó a que ella abriera el maletero. En cuanto se levantó la puerta y los ocultó de los demás, se le acercó y le puso las manos en las caderas-. Mierda, llevo queriendo tocarte desde que te he visto.

-Oh -murmuró Merry. Se le aceleró el pulso, tanto por el peligro de que los vieran como por la euforia que sintió al saber que él la deseaba.

-Eres tan...

Ella esperaba que dijera «sexy». O «guapísima».

-Dulce.

Merry movió la cabeza de lado a lado.

-Sí, claro que sí. Estás mona y eres intocable. Como alguien con quien yo no debería tener fantasías eróticas.

Dios, ¿qué se suponía que podía responder a eso? Merry quería ser sexy y guapísima. No quería ser dulce, ni mona, como una amiguita. Pero, cuando él le agarró con fuerza las caderas y la besó, ya no le importó el motivo por el que Shane se excitaba con ella. Él no debería besarla ni tocarla en aquel momento ni en aquel lugar, a pocos metros de todo el mundo, pero no podía resistirse.

Merry sonrió contra su boca, y él se apartó.

-Demonios, eres adorable -le dijo-. Creo que será mejor que llevemos la comida.

-No, porque se va a notar. No se tarda tanto en recoger una ensalada de patata del coche.

-Puede que no.

Él le acarició la mandíbula y le pasó un dedo por la boca. Después, la besó por última vez antes de soltarla. Cuando cerró la puerta del maletero, Merry pensó que todos los estarían mirando, pero no parecía que nadie se hubiera dado cuenta de lo extraño de su comportamiento. Nadie, salvo Cole, que los estaba mirando fijamente.

Pero Cole no diría nada. Él no iba a querer que castrasen a su amigo.

El resto de la barbacoa fue muy agradable y divertida. Rayleen se portó muy bien, incluso alabó a Easy por la comida y solo se quejó tres veces de los reflejos rojos que se había hecho Grace en el pelo.

Easy contó historias de Cole cuando era niño, y Grace escuchó con avidez todas sus palabras. Tenía tal cara de felicidad y de emoción, que Merry le rodeó la cintura con la mano y la abrazó.

Grace apoyó la cabeza en el hombro de Merry.

-¿Qué pasa? -le susurró.

-Nada. Es que todo esto es muy agradable. Me siento bien. Es como si estuviéramos en casa, ¿verdad?

Grace se quedó callada un momento. Las dos escucharon a Easy mientras contaba la historia de una tormenta de nieve que dejó cuatro metros de nieve en una noche.

-Sí -dijo Grace por fin-. Es como si estuviéramos en casa.

Merry no había formado unos vínculos tan fuertes como Grace allí, pero también lo sentía. Tenía la impresión de que le caía bien a aquella gente por sí misma, no porque esperaran algo diferente de ella. Claramente, ellos la apreciaban más que sus propios primos. Cole se había convertido en un hermano mayor para ella, y Grace siempre había sido su hermana.

Y, a pesar de que ni siquiera eran una pareja, Rayleen y Easy encajaban en el papel de abuelos maniáticos. En aquel preciso momento, Rayleen estaba molestando a Easy.

-¡Seguro que en aquel tiempo no hacíais otra cosa que tocar el violín y fornicar!

Easy cabeceó.

-No había mujeres en el rancho. Solo los vaqueros.

-Pues a eso me refería. No me digas que no hubo ninguna fiestecita del pijama en el bungalow.

Easy se puso muy rojo.

-Mujer, hay señoritas aquí, aunque tú no pertenezcas a esa categoría.

-Bueno, supongo que ellas tienen todas las partes necesarias, pero se están riendo.

Merry intentó contener las risitas cuando Easy le lanzó una mirada de acusación, pero no pudo. Se le escapó una carcajada, y Grace también empezó a reírse. Easy cabeceó y se giró de nuevo hacia Rayleen para fulminarla con la mirada.

-Eres incorregible.

-Pues búscate a alguien corregible para jugar a las cartas -le espetó Rayleen-. Porque yo ya estoy harta de oír eso.

Se miraron con cara de pocos amigos, durante tanto tiempo, que Merry dejó de reírse. Carraspeó.

-¿Sabes tocar el violín, Easy?

-Solo al estilo del campamento -murmuró él.

-¿Y no vas a tocar un poco? A mí me encanta el violín.

-Oh, es que nadie quiere oírlo.

Todos le pidieron que tocara. Incluso Rayleen, al final, le dijo:

-Vamos, no te hagas de rogar, toca.

Easy la miró durante un largo instante y, al final, asintió y se fue a la casa. Cole encendió una hoguera y pasó cervezas a todo el mundo, y se sentaron a oír el concierto de Easy. Tocó un repertorio de canciones y baladas típicas del Oeste. Fue precioso. Una noche perfecta, con el último resplandor rojo del sol escondiéndose por detrás de las Tetons. Lo único que le faltó a Merry fue poder apoyarse sobre Shane como Grace se había acurrucado en brazos de Cole.

Pero, para ellos, las cosas no eran así. Aunque fue muy agradable mirarlo y darse cuenta de que él la estaba mirando a ella. Se ruborizó y se sintió azorada, pero de una manera estupenda.

Rayleen se inclinó hacia ella.

-Me parece que ese chico te va a poner una marca en la nalga, guapa.

Merry se atragantó con la cerveza y tosió, mientras Rayleen le daba palmadas en la espalda.

-No -jadeó Merry.

-Oh, claro que sí -insistió Rayleen-. Si yo fuera tú, me dejaría.

-¡No! Claro que no.

-Pues tú te lo pierdes, guapa. Las chicas de hoy día no sabéis aprovechar una buena oportunidad.

Merry puso los ojos en blanco.

-No sé si tú eres la más adecuada para decirme esto.

Rayleen dio un resoplido, pero se le fueron los ojos hacia Easy cuando él terminó su última canción e hizo una reverencia.

-Demonios -murmuró-. Yo le rompería la cadera.

Por un momento, su mirada se volvió un poco triste, pero enseguida movió la cabeza y alzó la barbilla.

-No está mal para un viejo -le gritó-. ¿Estás muy cansado, Easy, o tienes energía para que te den una paliza al Rummy?

-Señora -dijo él, y suspiró-. Tengo energía suficiente como para hacerte tragar esas palabras.

-Una vez más, se te ha olvidado para qué es la boca de una mujer, viejo.

-Demonios, Rayleen -gruñó él.

Rayleen soltó una carcajada. Easy se marchó en busca de las cartas para jugar al Rummy, murmurando algo sobre las viejas libertinas.

Shane se levantó, y Merry lo miró.

-Mañana tengo que madrugar. Espero que no os importe que me marche a casa ya.

Ella quería irse con él, pero sabía que no podía. Había llevado en su coche a Grace y a Rayleen. Él debía de saberlo.

Así que, tal vez, Shane no quería que lo acompañara. A lo mejor estaba cansado y quería irse a dormir.

Vaya. Se sentó al borde del banco y trató de no fruncir el ceño.

-¿Alguien quiere que lo lleve? -preguntó él.

Merry miró a su alrededor. Claramente, Grace tenía planeado pasar la noche con su novio, y Rayleen estaba preparándose para jugar una partida de Rummy con Easy.

Shane enarcó las cejas y miró su furgoneta.

-Oh. Yo... estoy un poco cansada. Rayleen, ¿te importaría llevarte mi coche cuando quieras volver? Yo me voy ya.

Rayleen, que estaba barajando las cartas, movió una mano con impaciencia.

-Claro, vete. Te dejo las llaves en el buzón.

Por suerte, estaba tan concentrada preparándose para ganar a Easy, que no hizo ningún comentario recomendándole a Merry que se diera un buen revolcón. E incluso Grace estaba demasiado tranquila y contenta como para desconfiar.

Merry le dio las llaves a Rayleen, se despidieron y, al minuto, estaba en la furgoneta de Shane, de camino a casa.

-Dios -dijo él-. Ya me temía que no ibas a venir.

-Pensaba que a lo mejor querías irte a la cama.

-Exacto. ¿Es que no lo he dejado bien claro?

A ella se le escapó una carcajada de satisfacción, profunda y ronca. No estaba acostumbrada a ser el secreto de alguien. Un objeto de deseo. Era algo verdaderamente...

Verdaderamente increíble.

Su camiseta de Wonder Woman había surtido efecto. La mejor superheroína de la historia.

Shane le posó una mano sobre el muslo. Merry miró sus dedos morenos, y le parecieron bellos y desconocidos, a pesar de que habían estado dentro de su cuerpo.

La última luz del anochecer le iluminó la cara, y las sombras remarcaron sus rasgos duros. Merry lo observó sin poder dar crédito. Aquella era una escena de la vida de otra persona. Un hombre guapo, con un sombrero de vaquero, conduciendo su pickup por las montañas. Su mano, sobre el muslo de su amante. La noche de luna nueva ocultando sus secretos.

Merry bajó la ventanilla. Aquella noche quería sentirlo todo, así que sacó un brazo y dejó que el frescor del aire le acariciara la mano. Y la otra mano, la deslizó hacia abajo por el brazo de Shane, por su piel cálida, su vello suave y sus músculos. Extendió los dedos sobre los suyos y e hizo que mantuviera la mano en su pierna.

No sabía por qué, pero aquello le pareció importante. Era como un momento robado entre el antes y el después.

Él giró la mano hacia arriba y entrelazó sus dedos con los de ella.

-¿Vas a ir a Providence mañana?

-Iré un poco tarde. A primera hora tengo que ir a la imprenta. Quiero prepararlo todo para la reunión del patronato.

-Yo no sé cuánto tiempo más voy a poder seguir arreglando la taberna. Cada vez tengo más trabajo. He pensado en terminar mañana el suelo, pero después...

Ella le apretó la mano.

-Lo entiendo.

Lo entendía, pero sintió un pequeño dolor en el pecho. Shane no iba muy a menudo a Providence, pero a ella le había gustado esperar, preguntarse cuándo iba a aparecer. Normalmente, iba directamente a la taberna, pero a veces pasaba a saludarla. Y, ahora que eran amantes, se dio cuenta de que había estado imaginándose besos robados y tardes en las que él no podía quitarle las manos de encima.

-Te agradezco mucho todo lo que has hecho -le dijo.

-¿Crees que podrías pasar por allí después de la reunión? Quería enseñarte una cosa.

-¿El qué?

-Es una sorpresa.

Ella movió la cabeza.

-¿Qué sorpresa?

Shane se echó a reír, le soltó la mano y le apretó el muslo.

-Vas a tener que esperar para verlo.

-¡Nooo! ¡No es justo! Voy a ir mañana antes de la reunión. Si es algo que puedo...

-No. Solo es para ti, no para los patronos. Ni para el periódico.

Parecía que hablaba en serio, así que Merry intentó contener la emoción. Y fracasó.

-Solo dame una pista, por favor. ¿Qué es? ¿Has encontrado algo? ¿Está en la taberna? ¿Estaba escondido entre los tablones del suelo? ¿Es un tesoro?

-Por Dios, Merry -dijo él entre risas-. Eres como una niña.

-¡No es verdad! Lo que pasa es que me encantan las sorpresas.

-Y lo dice con una camiseta de Wonder Woman.

A ella se le apagó la felicidad, y sintió algo pesado y glacial.

-Eh -le dijo. Le soltó el brazo y miró hacia delante. De repente, el aire fresco que entraba por la ventanilla le pareció demasiado frío-. Wonder Woman es sexy.

-Es verdad -dijo él, y sonrió.

Ella se cruzó de brazos.

-Vamos, Merry. Me gusta tu camiseta.

-Claro. Gracias.

Ahora ya sabía por qué le parecía que aquello era una escena de la película de otra persona. Porque lo era. Era la película de alguien que no iba flotando por la vida en nubes de cómic y sueños bobos.

-Eh -dijo Shane. Paró justo antes de entrar en la autopista y se giró hacia ella-. Solo te estaba tomando el pelo. Wonder Woman es sexy.

-Claro. La próxima vez ya procuraré ponerme algo que me marque las tetas. ¿Eso sería más adulto?

-En primer lugar, tus tetas están fantásticas con esa camiseta, y lo sabes.

Ella se encogió de hombros, como si no se hubiera puesto una camiseta ajustada a propósito.

-En segundo lugar, todos los sábados por la noche hay una docena de mujeres en el salón de Rayleen con camisetas que enseñan más de lo que tapan. Pero yo estoy deseando acariciarte a ti.

-Claro. Crees que soy mona.

-Eres mona.

-¡Genial!

Giró la cabeza y miró por la ventanilla la noche oscura. Se había enfadado y se sentía tonta por haberse enfadado.

-Merry.

Ella se cruzó de brazos con más fuerza.

-No lo entiendo. ¿Qué tiene de malo que yo piense que eres mona?

Mierda. Era una tonta. No sabía por qué se sentía herida. Él la deseaba. Ella lo deseaba. Así que... ¿por qué necesitaba que él lo dijera de una manera determinada?

¿Que la mirara de una manera determinada?

-No, no pasa nada. Vamos.

-De acuerdo.

Sin embargo, Shane no arrancó el coche. Se inclinó hacia ella y la besó, al principio, con suavidad, después, aumentó la urgencia del beso. Cuando se retiró hacia atrás, ella le había rodeado los hombros con los brazos y los dos tenían la respiración acelerada.

-Eres mona, Merry. Y me vuelves loco. Si no te das cuenta de todo lo que me excitas, a lo mejor el que debería disgustarse soy yo.

Ella puso los ojos en blanco.

-Y no solo eres mona. También eres dulce y buena y, cuando te miro, me acuerdo de lo que es estar dentro de ti, tenerte bajo mi cuerpo, desnuda. Me acuerdo de tu cara cuando tuviste el orgasmo, y me vuelvo loco. Como si supiera algo de ti que no sabe nadie más.

Ella trató de disimular su sonrisa de deleite. Todo su dolor desapareció, y solo quedó la excitación. Tenía que esforzarse en no sentir nada más por él. Nada que le diera miedo.

-Bueno, lo saben otro par de personas.

-¿Solo otro par?

Oh, Dios, ¿eso también se le había escapado?

-Vámonos ya. Yo también tengo secretos que quiero enseñarte.

Entonces, Shane arrancó el motor.

-A eso no puedo decirte que no. Vamos.

Giró para entrar en la autopista, y la gravilla crujió bajo los neumáticos. Merry dejó sus preocupaciones a un lado. Ya se preocuparía de su aspecto y su atractivo cuando estuviera sola de nuevo. ¿Para qué iba a preocuparse de eso en aquel momento, cuando un hombre grande y guapo la estaba llevando a casa para mantener relaciones sexuales en secreto? Aquella era la definición de la autodestrucción. Grace no tendría que molestarse en bloquearle a los hombres si ella iba a hacerlo por su cuenta.

-Tengo que darme una ducha -dijo Shane cuando llegaban al pueblo-. ¿Puedes darme un minuto?

-Ah... sí -susurró ella-. Supongo que sí.

-¿No puedes esperarme un minuto? -le preguntó él, con una enorme sonrisa.

A ella se le aceleró el corazón al pensar en lo que quería de verdad. En lo que diría si fuera valiente y tuviera más seguridad con respecto al sexo.

-No es eso -susurró.

Él la miró con curiosidad.

-Es que...

Oh, mierda. Qué demonios. Respiró profundamente, y dijo:

-Es que quiero verte en la ducha. He pensado en ello.

-¿Que has pensado en ello? -preguntó él. Se había quedado un poco escandalizado, pero, también, agradado. Después de todo, era un hombre.

-Sí.

-¿Has pensado en mí duchándome?

Ya habían llegado al pueblo y, con las luces, ella vio la sorpresa reflejada en su rostro. Y el deleite.

Aunque hubiera preferido que todavía estuviera oscuro, Merry decidió que, si quería que la consideraran sexy, tenía que ser sexy. No había otra forma de conseguirlo.

-Sí. He fantaseado con eso. Con verte en la ducha.

Cuando Shane la miró, ella mantuvo una expresión seria, pero, al final, no pudo evitar sonreír. Él volvió a hablar, y su voz tenía un timbre diferente.

-¿Has tenido fantasías conmigo, Merry?

-Sí.

-¿Y te tocaste?

-Um... Sí.

Cuando tuvo que parar en el siguiente semáforo, Shane tamborileó con el dedo sobre el volante, con impaciencia. Merry apretó los dientes y contuvo la respiración.

-Dios -dijo él, finalmente. Y no volvió a decir nada mientras recorría las calles del pueblo. Sin embargo, no dejó de golpear el volante con el dedo, una y otra vez, más y más rápidamente.

Aparcó delante de La granja de sementales, salió del coche y lo rodeó para abrirle la puerta a Merry. Ella sonrió al saltar al suelo. Él cerró de un portazo y la siguió al interior del edificio. Ella sacó las llaves y giró la cabeza para mirarlo.

-Bueno, ¿no necesitabas darte una ducha? ¿O prefieres entrar?

Casi no había terminado de dar la vuelta a la llave cuando él empujó la puerta y abrió con un gruñido. La empujó para que entrara y cerró la puerta con el pie. Directamente, agarró el bajo de su camiseta.

-Desnúdate -le ordenó.

A Merry se le escapó una risita. No pudo evitarlo. Shane dio otro gruñido y tiró de su camiseta hacia arriba. Al segundo, le había desabrochado el sujetador.

-¡Para! -exclamó ella, riéndose mientras se cubría el pecho.

-Sí, claro -dijo él, encaminándola hacia el baño. Tiró el sombrero al sofá, y añadió-: Me dices que quieres ducharte conmigo. Me dices que has tenido fantasías con eso, que te has tocado y has fantaseado con eso, ¿y ahora quieres que pare?

Oh, Dios. La arrinconó contra la pared del baño y apoyó una mano junto a su cabeza. La mirada ardiente de sus ojos marrones le acarició la piel.

-¿Te tocaste el pecho, Merry?

Ella abrió la boca para responder, pero se le había quedado seca la garganta.

-¿Te tocaste el pecho?

Ella asintió.

-Enséñamelo.

No podía. No podía. Pero ya se estaba tomando los pechos con las manos, intentando esconderse, y Shane puso una mano sobre la suya y le deslizó los dedos un poco más abajo.

-Enséñamelo, Merry.

Ella no podía respirar. No había aire en la habitación. Estaba jadeando. Y él, también. Shane miraba su mano como si estuviera sujetando la llave de un tesoro.

Ella se rozó un pezón con los dedos, y él apretó la mandíbula. Mientras ella se apretaba el pezón y jadeaba, Shane gruñía.

-¿Qué más? -le preguntó.

Ella negó con la cabeza.

-No, no puedo.

-Puedes. Por favor, por favor. Enséñamelo.

Ella tuvo que apartar la mirada. No podía mirarlo a la cara. Se miró las manos mientras se desabotonaba el pantalón y, lentamente, deslizó los dedos por su vientre y los metió bajo la ropa interior. Cuando se tocó el clítoris, se le cortó la respiración.

Shane extendió la mano sobre su hombro y le acarició la clavícula con el dedo pulgar.

-¿Pensaste en mí? -le preguntó.

-Sí.

Él bajó lentamente por su piel y dibujó un círculo alrededor de su pezón. Ella gruñó e inclinó la cabeza hacia atrás.

-Dios, Merry, me vuelves loco.

Ella nunca había hecho nada parecido. Nunca. Sin embargo, siguió acariciándose hasta que Shane se quitó la camisa y la besó, y consiguió que gimiera mientras abría el grifo de la ducha.

-Vamos a hacer realidad tu fantasía.

Todo aquello ya era mucho mejor que su fantasía, pero no iba a pararlo. Los dos se desnudaron por completo y ella no pudo creerse lo excitado que estaba Shane. Al verlo, estuvo a punto de gruñir, y ya ni siquiera se estaba acariciando el cuerpo.

Shane entró en la cabina de la ducha y tiró de Merry para que entrara también. El agua estaba caliente, pero lo que hizo que Merry jadeara fue el calor abrasador de la piel de Shane. Su pene le presionó el vientre.

-¿Así te lo imaginabas? -le preguntó él, pasándole los labios por el cuello-. ¿Nos imaginabas así, juntos, debajo del agua?

-No -susurró Merry.

-¿No?

-Yo solo te miraba. Tú te estabas enjabonando, y te...

No podía decirlo, pero notó que a él se le escapaba una exhalación temblorosa, y que apretaba los dientes contra su cuello.

-¿Eso es lo que quieres?

-Sí.

Él dio un paso atrás y tomó el jabón. A ella se le había acelerado el corazón, y tuvo que apoyarse en la pared de la ducha mientras él se enjabonaba el pecho.

-Tócate -le dijo él.

Y ella se tocó. Mientras él extendió el jabón por su miembro.

-Oh, Dios -susurró ella, porque la lujuria recorrió por todo su cuerpo y terminó justo entre sus muslos. Nunca había visto a un hombre hacer aquello. Nunca había visto a un hombre acariciarse lentamente.

-Oh, Dios. Shane.

Subió el pie al borde de la bañera y siguió frotándose, consciente de que él no dejaba de mirarla. Sin embargo, si él era capaz de darle un espectáculo a ella, ella también podía dejar que él la mirara, ¿no?

Además... era placentero acariciarse mientras veía a Shane masturbarse. Era una locura. Era temerario. Y tan, tan excitante. No podía creer que fuera ella la que estuviera haciéndolo. No le parecía real.

Pero sí, era real. Estaba tensa e hinchada, y muy cerca de tener un orgasmo.

Shane se movió y ladeó el cuerpo hacia ella, y apoyó un brazo por encima de su cabeza. Su tensión y su estatura añadieron peligro a la combinación, y Merry sintió que la sensación se intensificaba aún más. Él movió el puño con más rapidez. Ella alzó la vista y lo vio, observándola con toda su concentración. Cada vez que Shane respiraba, daba un pequeño gruñido.

-Mírame -le ordenó-. Eso era lo que querías, ¿no, Merry?

-Sí, por favor. Sí.

Ella pasó la mirada por su cuerpo húmedo y enjabonado, y descendió hasta su miembro. Oh, Dios. Era muy grande, y estaba enrojecido e hinchado de deseo.

-Mira -gruñó él, y apretó el puño justo cuando el cuerpo de Merry alcanzaba su máxima tensión.

-Oh, Dios -musitó ella, y se le quebró la voz al llegar al orgasmo.

-Ah, joder -susurró Shane-. Merry, ha sido...

La besó y tomó su mano para cerrarla alrededor de su miembro. La mantuvo sujeta, moviéndose cada vez con más rapidez y urgencia. Merry no podía respirar. Estaba demasiado concentrada observando cómo la usaba, hasta que...

-Ah, Dios... -gruñó él-. Sí.

Se le flexionaron las caderas hacia ella y, cuando llegó al clímax, su cuerpo se convirtió en una recta tensa y tirante. Merry notó las palpitaciones de su miembro en la mano. El semen cálido cayó por su cadera.

Ella estaba temblando de sorpresa, de placer. Le temblaban las piernas. Cerró los ojos y apoyó la cabeza contra la pared.

Lo sentía todo. El agua que le caía por el costado, el vapor que le rozaba el pelo y la nuca. Entonces, Shane le besó el hombro y el calor penetró aún más en su piel. Ella lo soltó y dejó escapar un suspiro de alivio y, a la vez, de tristeza.

-No puedo creer que hayamos hecho esto -susurró.

-Eh, era tu fantasía -dijo él con la voz grave y vibrante.

-Yo no... Dios, yo nunca la habría hecho realidad.

-Bueno, pues, entonces... -dijo Shane y la besó de nuevo-, supongo que tienes que estar agradecida de que yo te haya ayudado.

Merry se echó a reír.

-Eres terrible.

-¿De verdad?

-¡Sí!

-Nah... Seguro que me merezco un premio por haber durado más que tú. Eso ha sido un milagro. Espero que sea una placa, o algo así. O una hebilla de cinturón conmemorativa, o algo así.

-¿Por un rodeo sexual? -le preguntó ella entre risas.

-Sí. He durado más de ocho segundos.

-Oh, Dios... me estás matando.

-No, Merry, no. La que me estás matando eres tú a mí.

A ella se le hinchó el corazón tan rápidamente, y tan intensamente, que no pudo contener un jadeo, y aquello le causó alarma. No quería sentir tantas cosas por Shane. Solo era un amante, un hombre que vivía al otro lado del rellano de la escalera y que aparecía de vez en cuando para darle placer. Eso era todo. No podía permitirse sentir aquella densidad tan terrible en el pecho. Por Shane, no.

-Creo que tengo que volver a lavarme -susurró él.

-Ja. Pues yo ni siquiera conseguí lavarme una primera vez.

Él le dio el jabón, y ella se echó a reír. No había mucho de lo que reírse, en realidad. Nada que fuera realmente divertido. Pero sus risas llenaron el baño mientras se duchaban, y ella no paró de sonreír ni una sola vez.

Hasta que oyó un pequeño sonido y asomó la cabeza por la cortina.

Y allí estaba Grace, en el hueco de la puerta, con cara de horror y sorpresa y con la camiseta que Merry había dejado caer al suelo en el salón.

-Oh, no -susurró Merry.

Grace cerró la puerta.

-Ha venido Grace -le susurró Merry a Shane, que respondió con una mueca de espanto que, probablemente, solo era fingida a medias.

Merry no temía a Grace, pero lamentaba que el secreto se hubiera desvelado, porque todo iba a volverse más complicado. Ya no sería solo puro sexo y deseo.

Vaya.

Shane cerró el grifo y Merry se dio cuenta de que ella no tenía nada que ponerse salvo los vaqueros y las zapatillas. Merry se había llevado la camiseta.

Las cosas se estaban poniendo muy difíciles.

Al menos, Shane sí tenía toda la ropa. Salió del baño incluso con botas. Aparte de que tuviera el pelo húmedo, no había ninguna otra prueba de que se hubieran duchado juntos. Si Grace no hubiera abierto la puerta, Merry habría podido darle la excusa de que la estaba ayudando con un problema de fontanería que había sucedido a mitad de su ducha. Era embarazoso, sí, pero esas cosas pasaban.

Él le ofreció la camisa a Merry, pero ella no quería que saliera del baño medio desnudo, así que se envolvió en una toalla y fue tras él al salón.

Grace estaba junto a la encimera de la cocina, con una cerveza en la mano y una ceja enarcada.

-Grace -dijo Shane con calma-. Buenas noches.

Ella le dio un sorbo a su cerveza y no dijo nada, mientras él recogía su sombrero del sofá.

-Merry, te llamo mañana.

Merry esperaba que Grace tirara la botella de cerveza contra la puerta cuando Shane la cerró, pero su amiga permaneció en calma.

Demasiado calmada.

-Bueno -dijo Merry.

-Bueno.

-Siento que hayas tenido que ver eso.

Grace le dio otro sorbo a su cerveza y se encogió de hombros.

-Yo me alegro de que la cortina sea opaca.

Merry se acercó al sofá y tomó su camiseta.

-Disculpa -dijo, mientras se la metía por la cabeza.

-Rayleen se metió tanto en la partida de cartas que se bebió tres cervezas más, así que he tenido que traerla a casa -respondió Grace, y puso las llaves del coche de Merry sobre la encimera-. Siento no haber avisado.

-Bueno, obviamente, entonces no habría...

De repente, Merry se sintió muy agradecida por no haber estado con Shane en el sofá.

-Mira, Merry, a mí no me cae bien, y no quiero que sufras. Pero tienes todo el derecho a acostarte con quien quieras. Solo espero que se porte bien contigo.

Merry observó a su amiga atentamente. Grace no perdió la calma en ningún momento.

-De acuerdo -dijo entonces con una sonrisa.

-Bueno, lo cierto es que estás sonriendo, y eso ya es algo.

Grace fue a la nevera y sacó una cerveza para Merry.

-Ah, estoy sonriendo -dijo ella, y suspiró.

-Así que Shane Harcourt es bueno en la cama, ¿eh? Bueno, eso sí me gusta.

-Es estupendo en la cama. Y espectacular en la ducha.

-Muy bien -dijo Grace, riéndose-. Mañana te toca a ti limpiar la ducha, ¿eh?

-Sí, sí. Seguramente, lo necesita. Lo siento.

-¡Oh, Dios Santo! -exclamó Grace, tapándose en broma los oídos-. No sé si quiero oír esto.

-No pasa nada -dijo Merry, y se sentó en el sofá-. Yo no suelo contar estas cosas. O, a lo mejor, es que nunca había tenido que contar nada. Pero Shane... me trata como si fuera sexy, Grace.

-Eres sexy.

-No, no es verdad. Tú no lo entiendes porque, cuando los hombres te miran a ti, ven peligro y sexo.

-Gracias -dijo Grace con sequedad.

-Oh, por favor, eso es exactamente lo que tú quieres que vean. Lo que no ven es lo dulce que eres. Lo mucho que eres capaz de sentir. Nadie vio eso hasta que conociste a Cole, y por eso lo quieres.

Grace la fulminó con la mirada.

-No me digas que tú quieres a Shane.

-No. No lo conozco lo suficiente. Y entre nosotros, las cosas no son así. Pero él ve en mí algo que yo quería que viera alguien, por fin. Así que, aunque no confíes en él, ¿podrías dejarlo vivo por mí? ¿Y por mis pobres y desatendidas zonas erógenas?

Grace suspiró.

-Está bien. Pero solo por tus zonas erógenas.

-Gracias -dijo Merry. Le dio un beso en la mejilla y golpeó suavemente la botella de cerveza de Grace con la suya-. Desde el fondo de mi... ejem.

-Dios -gimió Grace.

-Y, mira, aunque Shane sea un poco reservado y hermético, cuando estamos a solas, es divertido. Y dulce. Y está buenísimo.

-Teniendo en cuenta tu cara de felicidad en este momento, creo que aprenderé a que me caiga bien. Antes, cuando llegabas de casa después de salir con aquel tipo... siempre tenías cara de confusión.

-¿Con Kenneth? Sí. A él le gustaba hablar de sexo de una manera muy extraña. Yo creía que no tenía la experiencia suficiente como para estar a la altura.

Grace arrugó la nariz.

-¿Extraña, en qué sentido?

-Pues... incluso yo me daba cuenta de que no era sexy. Se ponía a murmurar cosas todo el tiempo, como: «Sí, así, nena. Hazlo así. Eres tan buena en esto... me estás poniendo a cien». Pero yo ni siquiera estaba haciendo nada. Solo estaba allí tumbada, y él tenía los ojos cerrados, y yo siempre pensé que estaba imaginándose una escena totalmente distinta, con otra chica. Me sentía como una muñeca hinchable.

-Aj...

-Pero me decía que tenía que relajarme. A otras mujeres les gusta que les digan cosas de esas.

-¡Así no! Eso no es hablar de sexo, es un monólogo.

-A lo mejor no soy tan frígida como pensaba.

-¡Claro que no eres frígida! Cuando se habla de sexo o se dicen cosas excitantes, no solo es para cumplir las fantasías del que habla. Es para que los dos miembros de la pareja participen y se exciten de verdad.

-Sí, bueno, yo... -dijo Merry y se ruborizó-. Ahora ya lo entiendo.

Grace le dio una palmada en el brazo y se echó a reír con espanto.

-Dios, me sentiría muy feliz por ti si no tuviera la sensación de que estoy hablando con mi hija.

-En realidad, creo que mi madre se tomaría todo esto con más tranquilidad que tú.

-Malditos hippies -murmuró Grace.

Merry le dio un abrazo, y volvió a notar que, últimamente, su amiga ya casi no se ponía rígida al recibir muestras de afecto.

-Te quiero. Gracias por no enfadarte.

-No me iba a enfadar, cariño. Solo me preocupo por ti. Tú no eres tan dura como yo.

-Soy bastante fuerte.

-Sí, ya lo sé.

Grace le dio un beso en la mejilla a Merry y, después, la empujó para alejarla.

-Voy a intentar mantener la calma, ¿de acuerdo? Pero, si en algún momento quieres que le patee el trasero, solo tienes que decírmelo.

-Está bien, pero no creo que sea necesario. Solo somos... amigos con derecho a roce.

Grace la miró con escepticismo, pero Merry la ignoró. Si había otra gente que podía hacerlo, ella, también. Iba a mantener su corazón aparte y a pasarlo bien.

Sin problemas.

Capítulo 15

-En primer lugar -dijo Jeanine Bishop, dándose importancia-, quiero asegurar a todo el mundo que la policía está al tanto de los terribles ataques que hemos sufrido la semana pasada.

Merry se retorció en su silla.

-Todas las pruebas les han sido entregadas y... señorita Kade, creo que ha dicho que envió las fotografías esta mañana, ¿no es así?

-Sí, señora. Llamó el detective, y se las envié por correo electrónico a él.

Para alivio de Merry, parecía que el detective estaba más que aburrido con aquel asunto y ni siquiera se había dignado a responderle al correo.

-La policía ya tiene un caso abierto, y estoy segura de que ahora investigarán todas las pruebas.

-Muy bien -dijo Merry.

Kristen se inclinó hacia delante.

-Estoy casi segura de que anoche oí un ruido. Parecía que alguien estaba merodeando por el establo.

Oh, no. Le había provocado una paranoia a aquella pobre mujer. Estaba a punto de consolarla y darle unas palmaditas en la mano cuando Levi soltó un resoplido.

-Por el amor de Dios, a medianoche había vientos de cincuenta kilómetros por hora antes de que empezara la tormenta. Por no mencionar que tienes a diez caballos en ese establo y que en el piso superior vive el mozo. ¿Qué es lo que oíste para llegar a la conclusión de que había alguien merodeando?

-¡Conozco los ruidos de mi propia casa, Levi! -le espetó ella.

Jeanine frunció el ceño, tal y como hacía siempre que recordaba que ya no era su casa.

-¡Bien! -interrumpió Merry-. Lo de la policía es una buena noticia. Me alegro de que se lo estén tomando en serio. Pero vamos a pasar a otro tema más positivo. He terminado de preparar el dossier de prensa. Si abren sus carpetas... -dijo, y fue pasando las carpetas por la mesa.

-Dossier de prensa -dijo Harry-. Vaya, eso sí que es serio.

-Bueno, yo voy muy en serio -respondió Merry-. Lo primero que van a encontrar es el folleto. Por favor, tengan en cuenta que la fuente y el diseño de Providence, el pueblo fantasma es solo una idea. A mí me parece perfecto, pero el diseñador gráfico está dispuesto a hacer todos los cambios necesarios.

-¿Diseñador gráfico? -preguntó Kristen con un jadeo-. Yo estoy segura de que no hemos autorizado ese gasto.

-El coste inicial solo fueron setenta y cinco dólares. Si queremos un logotipo, serían ciento cincuenta dólares más. No es un gasto muy elevado.

Kristen la miró fijamente.

-Yo... -Merry se irguió en el asiento-. Entiendo que el patronato no ha aprobado un presupuesto para mi trabajo, y este no es el coste de una operación normal. Estoy dispuesta a pagar los setenta y cinco dólares de mi bolsillo.

Levi le hizo un gesto con la mano para descartarlo.

Merry asintió.

-El folleto es una prueba, pero pedí que imprimieran unos pocos para que se hagan una idea de...

-¿Otro gasto sin aprobación?

Merry miró a Kristen a los ojos y asintió.

-Sí. Pero si queremos tener un dossier de prensa, necesitamos algo que poder enseñar. Y, si vamos a seguir adelante con este proyecto, necesitamos un dossier de prensa.

-El folleto es precioso -dijo Harry, y eso sirvió para disminuir un poco la tensión.

-Gracias. Les dará una idea de cuáles son mis planes para Providence. He previsto colocar una placa resistente a la intemperie delante de cada uno de los edificios para que los visitantes puedan leer en ellas la información, por ejemplo, quién vivía allí o para qué se usaba. Podemos incluir fotografías antiguas del edificio en cuestión, si las tenemos, o fotografías del edificio antes de ser restaurado. Y fotografías de los fundadores y sus familias, por supuesto. En el edificio principal...

-Señorita Kade -la interrumpió Jeanine-, esta reunión se ha convocado para tratar el problema de las amenazas que hemos recibido, no para hacer un plan dando unos pasos que nosotros ni siquiera hemos decidido.

Vaya. Se había dado cuenta.

-De acuerdo. Eso es cierto. Pero... ¿estamos todos de acuerdo en que deberíamos avanzar publicando un artículo en el periódico local?

No parecía que eso agradara a Jeanine ni a Kristen, pero ¿quién podía negarse a un artículo favorable en el periódico? Levi y Harry seguían mirando ávidamente el folleto. Marvin debía de estar dormido, pero Merry también se tomó aquello como una muestra de aquiescencia.

-En el dossier también hay una biografía de Gideon Bishop y de sus declaraciones acerca de por qué quería abrir Providence al público.

Inmediatamente, las dos mujeres sacaron la hoja de sus carpetas y comenzaron a leerla.

-Por supuesto, pueden hacerse las correcciones necesarias.

-Sí -dijo Jeanine con tirantez-. Hay unos cuantos errores aquí.

Kristen la fulminó con la mirada y siguió leyendo.

-Bien -dijo Merry-. ¿Alguien tiene un buen contacto en el periódico?

Harry alzó la vista.

-Mi sobrina trabaja allí. Y es una estupenda redactora.

-Un momento, un momento -dijo Jeanine-. Aún tenemos que decidir lo que queremos presentar a la prensa. Esta organización todavía está en fase de planificación.

Merry posó las palmas de las manos sobre su carpeta.

-No tiene por qué ser así. Entiendo el motivo por el que se lo están tomando con calma, pero, tal vez, la mejor manera de asegurarnos el éxito es seguir hacia delante como si quisieran que el pueblo se abriera al público. Fijar una fecha, incluso.

-Pero... los fondos...

-Razón de más para dar a conocer el proyecto a lo grande, con este artículo.

De repente, pareció que Marvin se despertaba. Dio una palmada en la mesa y dijo: - Me gusta. Ya estaba harto de remolonear y tener tanta cautela. Yo digo que lo hagamos. Que nos volvamos dinámicos.

Los otros hombres asintieron. Incluso Kristen se animó.

-Sí, sí, muy bien, caballeros, pero... -dijo Jeanine, y miró de reojo a Merry-. Ya habíamos decidido avanzar despacio. Si aprobamos un plan para llevar a cabo un desarrollo más dinámico -añadió. Con un carraspeo, la miró directamente-, sería necesario reflexionar más.

Merry notó que enrojecía desde el pecho a la raíz del pelo. Los cinco la estaban mirando, algunos, con lástima, y todos, con incomodidad.

-Yo trabajaré con toda mi capacidad a no ser que decidan que ya no soy adecuada para el proyecto de Providence. Pero, por favor, no olviden que, si consiguen los fondos para contratar a otra persona y deciden hacerlo, tal vez tarden meses en encontrar al candidato adecuado. Al menos, necesitarán un comisario interino. Para mí sería un honor trabajar en Providence todo el tiempo que ustedes quieran.

Levi bajó la cabeza un momento y, después, la miró a los ojos.

-Lo tendremos en cuenta.

-Gracias.

-Muy bien, señorita Kade -dijo Jeanine, mientras daba un golpe con la carpeta contra la palma de su mano-. Creo que ya tenemos aquí todo lo que necesitamos. Nos pondremos en contacto con usted para comunicarle nuestra decisión acerca del reportaje del periódico.

Bien, pues eso era todo. La estaban despidiendo. Ella no formaba parte del patronato y, si iban a votar, no querrían que estuviera allí. Pero lo que de verdad iban a hacer era hablar del problema que ella representaba.

Recogió sus papeles y salió del edificio. Y, en aquel momento, sonó su teléfono móvil. Miró la pantalla, y vio que era su prima Crystal.

-¿De verdad? ¿De verdad? -gruñó. Pensó en ignorar aquella llamada, pero, ¿y si Crystal estaba perdida en alguna carretera secundaria, rodeada de un rebaño de búfalos? Eso podía suceder.

Merry contuvo un gemido y respondió.

-Hola, Crystal.

-¡Merry! -exclamó su prima, en un tono de simpatía completamente falso-. Vamos a dar una fiestecita. Me encantaría que vinieras.

-Lo siento, pero esta noche estoy ocupada. Acabo de salir de una reunión del patronato y tengo que ir a ver a alguien en Providence.

Se sintió bien. Habló de manera profesional, como si estuviera muy ocupada. Sonrió con una sensación de triunfo.

-No te preocupes, la fiesta es mañana. Te diría que trajeras acompañante, pero ya sabes que Grace y yo no nos llevamos bien, y seguro que no tienes a ningún amigo que...

-Pues, en realidad, sí.

-¿Ya tienes novio? ¿No acababas de mudarte al pueblo?

-No es mi novio, pero estoy saliendo con alguien, y seguro que a él le encantaría...

-Perfecto. Entonces, nos vemos mañana, alrededor de las nueve. Te enviaré la dirección en un mensaje de texto.

-Oh, yo...

-¡Adiós!

Merry se quedó unos instantes con el teléfono pegado a la oreja. ¿Acababa de aceptar, por accidente, la invitación a una fiesta de Crystal? ¿Solo porque su prima había vuelto a aprovechar la oportunidad de ser mezuina? Oh, Dios.

Debería cancelarlo inmediatamente. Debería llamar y dar alguna excusa. Sin embargo, parecería que Shane le había dicho que no quería ir y que ella se sentía demasiado avergonzada de ir sola.

Así que iba a tener que ir a la fiesta de Crystal. Lo cual significaba que iba a tener

que pedírselo a Shane.

Aquello era horrible.

Él no era su novio, y la verdad era que tampoco estaban saliendo juntos.

-No -gimió, mientras se apretaba el puño contra la frente. Tal vez Grace le prestara a Cole. Crystal no se enteraría nunca.

Aunque también podía ser valiente y pedírselo a Shane. Después de todo, solo era pasar una tarde con su familia.

-Eres una cobarde -se dijo. Y fue lo más sincero que se había dicho a sí misma en todo el día.

Pero no iba a permitir que Crystal la amargara. Había hecho un buen trabajo ante el patronato e iba a reunirse con Shane para que le diera una sorpresa.

Aquello la animó. Subió al coche y arrancó con una gran sonrisa. No tenía sentido ponerse sincera en aquel momento. Aquel día todo iba a salirle bien. Y una sorpresa en Providence significaba que las cosas iban a mejorar aún más.

Shane alzó la cabeza de su tarea al oír el ruido de las ruedas de un coche en la gravilla. Se cerró la puerta de un coche. Merry ya estaba allí.

Respiró profundamente, dejó el martillo y se quitó los guantes.

¿Por qué estaba tan nervioso? No tenía sentido. Solo iba a llevar a Merry a ver una cabaña medio hundida en mitad del bosque, no a darle un anillo de compromiso. Sin embargo, tuvo que secarse el sudor de las palmas de las manos en los pantalones vaqueros.

Tal vez fuera Providence. Allí, cada vez se sentía menos cómodo con ella. No había saboteado su proyecto. No había hecho nada ilegal. Y todo había sucedido antes de que la conociera. Pero el hecho de estar rodeado de aquellos edificios, sabiendo lo que significaban para ella... Eso estaba empezando a pesarle.

Si ganaba el juicio, iba a quitarle todo aquello. Le quitaría el trabajo y sus sueños para aquel lugar, y la alegría que sentía con sus historias.

La veía allí, contándole la historia de Providence a un grupo de niños, dándole vida al pueblo. Consiguiendo que fuera una realidad. Merry había conseguido, incluso, que él sintiera cierto aprecio por Providence, sabiendo que tenía todos los motivos para odiarlo.

La vio acercarse y saludarlo con la mano. Recogió las herramientas y fue hacia ella.

-Eh, hola. Me pareció oír un coche que se iba.

-Me ha traído Grace para poder llevarse mi coche. Esperaba que tú pudieras llevarme a casa.

-Creo que podrás convencerme. ¿Qué tal la reunión?

-¡Muy bien! Bueno, todavía no me han dicho nada, pero creo que ha ido bien. Estoy intentando convencerlos para que avancen más rápidamente, con más dinamismo.

-¿Con más dinamismo?

-¡Sí! Tenemos que avanzar y dejar de darle vueltas al asunto, ¿no crees?

-Eh, sí, claro.

-Además, la posesión tiene efectos jurídicos, ya sabes el dicho. Así que, si conseguimos que desbloqueen más fondos y empezamos a hacer mejoras y a avanzar con los planes, cuando alguien quiera darse cuenta... Dios, el pueblo podría estar abierto al público. La comunidad se habría implicado. Y, si el dinero ya se ha gastado, ¿qué va a hacer ese gilipollas?

-¿Gilipollas?

-Oh, lo siento. Estoy segura de que es un buen tipo. Pero la perspectiva de conseguir dinero no es lo mejor para suscitar un buen comportamiento, ¿de acuerdo? ¡Es que estoy hambrienta de poder!

Shane sonrió. Le divertía lo que le estaba diciendo y, además, aquella conversación se había vuelto surrealista.

-A mí me parece que eres bastante buena.

-Te sorprenderías.

-¿Ah, sí? ¿Y qué harías?

Aunque él solo estaba bromeando, ella frunció el ceño de preocupación y cabeceó.

-¿Merry?

-No puedo decírtelo.

Vaya. Parecía que aquello iba en serio.

-Eh, no pasa nada. ¿Hay algo que vaya mal?

Ella volvió a cabecear, y se le llenaron los ojos de lágrimas.

-Merry -murmuró él, mientras la abrazaba-. ¿Qué te pasa?

-Nada. Que soy idiota. Es que...

Él le besó la cabeza y, por un momento, se distrajo con su olor.

-No llores, cariño.

-De acuerdo -dijo ella, asintiendo, y retrocedió unos pasos-. Lo siento. Es que... Lo que pasa es que a lo mejor tiré un buzón sin querer con el coche.

Al principio, él no sabía de qué estaba hablando.

-Bueno, eso no es para tanto.

-Sí, sí lo es. Fui a una reunión del patronato y, cuando salí, estaba tan disgustada que no me fijé y le di un golpe al buzón, y ellos se creyeron que era un acto de vandalismo. Y, después...

Vaya, estaba hablando del buzón de su abuelo.

-Um... Si fue por accidente, no tienes por qué sentirte mal. Simplemente, díselo a Kristen y... -dijo. Se quedó callado al darse cuenta de que iba a delatarse, y se corrigió-: Díselo al patronato.

Merry gruñó.

-No puedo. ¿Te acuerdas del letrero que también se tomaron como un acto de vandalismo? También fui yo.

Shane se quedó boquiabierto y la miró como si estuviera loca.

-¿Me estás tomando el pelo?

-Oh, Dios, no tenía que haber dicho nada -murmuró Merry, y se tapó la cara con las manos-. ¿Por qué lo he dicho?

-Merry, pero ¿por qué pusiste ese letrero?

-¡Porque necesitaba que convocaran una reunión extraordinaria! Que se tomaran más en serio todo esto. Solo usan la Fundación Histórica de Providence para reunirse y retomar viejas discusiones. Necesitaba darles un motivo para que se tomaran esto en serio -repitió-. Solo lo hice por eso. Intenté no asustarles.

A Shane se le pasaron muchas cosas por la cabeza. Se enfadó, porque podían culparlo a él por algo que había hecho ella. Se quedó estupefacto porque hubiera hecho algo así. Pero también tuvo ganas de echarse a reír, porque, al ver la expresión de Merry, cualquiera pensaría que había confesado un asesinato. Pobre.

-¿Lo ves? -susurró ella-. Soy horrible. Y todo, por un poco de dinero.

-Oh, por el amor de Dios, Merry. No lo has hecho por dinero. Lo has hecho por Providence, y lo sabes. Estás enamorada de este dichoso sitio.

-No creo que eso sirva para mejorar las cosas -susurró.

Dios Santo, aquella mujer era preciosa.

-¿No? Bueno, entonces, a lo mejor mi sorpresa consigue que te sientas mejor.

Aquello borró la preocupación de su semblante.

-¡Sí! ¿Qué es?

-Vamos. Tenemos que hacer en coche la primera parte del camino. Después, ¿te apetece andar?

Ella se miró las zapatillas de deporte.

-Yo siempre voy cómoda para andar. Es uno de mis grandes secretos.

-Ja, ja. Después de lo de anoche, no creo que eso sea cierto.

Ella le dio una palmada en el hombro y se echó a reír.

-Eres terrible.

-¿Qué tal te fue con Grace? Me he dado cuenta de que todavía tengo las pelotas en su sitio.

-¡Enhorabuena! Creo que no se lo ha tomado muy mal. Le dije que eras aceptable y que me gustaría estar contigo un ratito más.

-¿Ah, sí? ¿Soy aceptable? Vaya alabanza.

Abrió la puerta del coche y la tomó en brazos para deslizarla sobre el asiento. Pero, primero, se colocó entre sus piernas y la besó.

-Anoche fuiste muy traviesa -le susurró.

-¡Yo, no! ¡Fuiste tú!

-No... Fue idea tuya, ¿no te acuerdas?

Ella se ruborizó tanto que él no pudo contenerse y volvió a besarla.

-Eres terrible -repitió ella, pero con una sonrisa. Y su forma de suspirar, contra sus labios, tampoco estuvo mal.

Dios, cuánto la deseaba. Quería devorarla. Quería obtener de ella tantas cosas como para no tener que echarla de menos cuando se hubiera alejado de él.

-Um...

Trató de estrecharla contra su cuerpo, pero ella lo apartó.

-¿Y mi sorpresa?

-Shh... Tengo otra sorpresa para ti.

Ella se echó a reír.

-Ni que tuvieras catorce años.

-En lo relativo a las chicas, sí tengo catorce años. Pero, si me vas a rechazar, supongo que prefiero retirarme con dignidad.

Mientras Shane rodeaba el coche para sentarse detrás del volante, ella estaba sonriendo, y él se deleitó con su sonrisa. Parecía que estaba feliz.

-¿Adónde vamos? -le preguntó ella, cuando él empezó a subir por la carretera de la montaña.

-Arriba.

Siguieron ascendiendo, y Shane aminoró la velocidad a medida que la carretera de tierra iba convirtiéndose en un sendero. Las ramas de los álamos rozaban el techo del coche. El mundo, a su alrededor, era totalmente verde.

-Esto es una preciosidad. ¿Dónde está el arroyo?

-A unos diez metros a nuestra izquierda, bajando por la colina. A esta altura, más o

menos, está el almacén de hielo. Dentro de diez minutos tendremos que parar y seguir a pie.

-¿Hacia dónde?

Shane le guiñó un ojo.

-No querrás que se estropee la sorpresa, ¿no?

-Pues no. Me encantan las sorpresas. Cuando era pequeña, mi madre y yo vivíamos en sitios muy pequeños. Yo siempre sabía dónde estaban escondidos los regalos de Navidad, pero nunca miraba. ¿Por qué iba a hacer alguien una cosa así?

-No lo sé, pero a mí me parece que saber dónde hay un regalo y no mirarlo es como una tortura.

-Ni hablar. La mitad del placer está en la impaciencia y la espera.

-¿La mitad? Yo no diría tanto. Por ejemplo, yo puedo disfrutar pensando en lo que te voy a hacer esta noche, pero te garantizo que no va a ser tan bueno como acariciarte.

-Bueno, eso es cierto. Acariciarme a mí es bastante increíble -dijo ella, y se echó a reír para dejar claro que era una broma. Sin embargo, para Shane era la pura verdad. No sabía cómo era posible que se hubiera excitado tan rápidamente, pero solo con bromear con ella, se había endurecido tanto como el acero.

-Aquí es donde tenemos que parar -dijo Shane, y frenó el coche a una distancia prudencial de la zona de la carretera que se había hundido en el cañón. Ella bajó de un salto, y él le advirtió-: No corras, ¿eh? La carretera no es estable.

Merry puso los ojos en blanco.

-El senderismo no se inventó en Wyoming, ¿sabes? No soy tan tonta.

-De acuerdo. Entonces, quédate a mi lado solo porque yo te lo pido.

Ella sonrió.

-De acuerdo.

Shane miró hacia abajo con curiosidad cuando empezaron a avanzar por el sendero. Aquel día no vio ningún brillo, pero sí distinguió algo blanco en el fondo del cañón. Sin embargo, no le dijo nada a Merry. Si había algo increíble, lo reservaría para darle otra sorpresa, tan solo por tener la oportunidad de hacerla feliz de nuevo.

-¿Tienes familia aquí? -le preguntó ella, mientras caminaban.

-Solo mi madre.

-¿Es estupenda?

Shane sonrió y negó con la cabeza.

-Está bien. ¿Y la tuya?

-Mi madre es la mejor del mundo. No te lo tomes a mal.

-No, no te preocupes.

-Es muy fuerte y buena. Me enseñó a ser feliz e independiente. No siempre estaba conmigo cuando era pequeña, porque trabajaba, pero yo siempre entendí que lo estaba haciendo por mí. Por nosotras. Éramos un equipo.

-Pues parece que sí es estupenda. ¿Va a venir a verte?

-Seguro que vendrá en algún momento. Grace y ella están muy unidas. A lo mejor viene en Navidad. Aquí tienen que ser muy bonitas las Navidades.

-Bueno, nieva mucho. Y se llena de gente.

-Creo que me va a encantar.

-Pero... has dicho que sabías esquiar, ¿no?

-No, pero voy a aprender. Podrías enseñarme tú.

-Yo solo he ido un par de veces. Es un deporte un poco caro para mí, y no puedo arriesgarme a que se me rompa una muñeca.

-Gallina.

Él le guiñó un ojo, y se detuvo para mirarla con atención mientras ella avanzaba por una parte estrecha del sendero. La carretera se allanaba en aquella parte, justo antes de dibujar una curva. Ya casi habían llegado, y Merry se dio cuenta. Iba caminando más deprisa, y su sonrisa era más amplia.

-Bueno, ¿estás lista? -le preguntó él.

Ella asintió.

-¿Qué? ¿Qué es? Dímelo.

-Vamos -le dijo Shane. La tomó de la mano y oyó que ella susurraba con impaciencia: -Oh, Dios mío.

Shane se echó a reír.

-Espero que cumpla tus expectativas. Ahora me siento azorado. Pero... -tomaron la última curva, y añadió-: Aquí está.

Merry se puso a gritar de alegría al ver la cabaña, y se tapó la boca.

-¡Mira! ¿Qué es? ¿Forma parte de Providence?

-No lo sé. No sé cuánto tiempo tiene, ni quién vivía aquí, pero pensé que tú querías averiguarlo.

-¡Oh, Dios mío! -gritó ella, y se acercó corriendo a la cabaña. Se detuvo en seco, y preguntó-: ¿Puedo entrar? No le importará al dueño, ¿no? Seguro que nadie ha vivido aquí desde hace mucho tiempo.

-La última vez que la vi fue hace más de veinte años, y me pareció que estaba igual. Seguro que se puede explorar.

-Esto es alucinante, Shane. Mira qué grietas. ¡Y qué muescas! Creo que es muy antigua. Puede que sea anterior a Providence, incluso. ¿Crees que era la cabaña de un trampero?

Él se encogió de hombros, pero sabía que, en realidad, no se lo estaba preguntando. Ni siquiera lo había mirado desde que había visto la cabaña. Corrió hacia una de las ventanas para mirar al interior, aunque no había mucho que ver, puesto que el techo llevaba mucho tiempo hundido.

-Es completamente inestable, pero a lo mejor podría...

Se quedó callada un momento, sacó la cabeza de la ventana y saltó hacia Shane. Él la agarró.

-¡Gracias, gracias! -exclamó Merry. Le besó la boca, la mejilla y la mandíbula. A él se le cayó el sombrero al suelo-. Gracias, Shane. Es increíble. Tú eres increíble.

-De nada -dijo él. Trató de besarla, pero ella ya había vuelto a saltos hacia la cabina. La vio alejarse. La vio olvidarse completamente de él y concentrarse en la exploración de la cabaña. Y se dio cuenta de que llevaba mucho tiempo sin ser tan feliz como en aquel momento. Tal vez, décadas.

Tenía la sensación de que Merry era así de feliz muy a menudo. Cuando se apartara de él, iba a llevarse eso consigo, pero él tenía la intención de disfrutar de ello todo lo que pudiera.

Capítulo 16

Cuando empezó a oscurecer, Shane obligó a Merry a volver al coche. Era lógico. Después de todo, el pobre llevaba allí tres horas, durante las cuales ella había llenado el teléfono móvil de fotografías y había movido, con cuidado, varios de los troncos de los bordes de la cabaña. Dentro había podido ver una herramienta de metal, algo como una astilladora de leña, no estaba segura, pero se parecía mucho a una que había encontrado en Providence.

Las cabañas de madera no eran su especialidad, pero había investigado un poco sobre una de ellas en su último trabajo. Era una cabaña pequeña situada en la llanura de Texas, en un pueblo que quería documentarla. Esta otra tenía un estilo diferente y había estado expuesta a un clima totalmente diferente, pero estaba casi segura de que era más antigua, anterior al año mil ochocientos sesenta. Muy temprano para Wyoming.

Se le escapó un pequeño gruñido de emoción y, para disimular, Merry tosió mientras Shane le abría la puerta del coche.

-Seguro que tiene que haber alguna mención a esta cabaña en los escritos sobre Providence. A lo mejor, en alguno de los diarios. O, tal vez, en el diario de algún colono de Jackson. Voy a tener que leerlos todos. Aunque tenía que hacerlo de todos modos, porque tengo que referenciarlos.

Shane emitió un sonido de interés fingido.

Cuando él se sentó tras el volante, Merry sonrió.

-¿Te he dado ya las gracias?

-Sí, señora.

-Gracias. Es el mejor regalo que me ha hecho nadie.

-Bueno, no creo que puedas llevártelo a casa.

-Ya veremos. Tal vez poco a poco. ¿Crees que alguien se daría cuenta?

-No, probablemente, no. Tal y como está la carretera, puede que seamos los primeros que la hemos visto desde hace muchos años.

Ella se inclinó y le dio un beso en la mejilla.

-Gracias. Pero me siento mal. Yo no te he regalado nada.

-Bueno, bueno, ayer me diste una buena sorpresa.

Ella se deshizo en risitas y le dio una palmada en el brazo.

-Calla.

-Pero, si te sientes mal, puedes compensarme. Se me ocurren un par de ideas.

-¿Ah, sí?

-A lo mejor podríamos hacer realidad una de mis fantasías esta vez.

Aunque se sentía azorada, Merry se animó al oír aquello.

-¿Tú has tenido fantasías conmigo?

-Sí. A no ser que te resulte ofensivo, claro. En ese caso, por supuesto que no.

-¡Lo digo en serio!

-Bueno, puede que me haya masturbado alguna mañana pensando en ti.

Ella se sintió muy agradada.

-¿Y en qué pensaste?

-Umm...

Merryladeó la cabeza.

-Shane Harcourt, ¿te estás ruborizando?

-No.

-¡Claro que sí! ¿En qué has pensado? ¿En algo muy picante? Mira lo rosa que te has puesto. Vamos, suéltalo.

-Yo... eh... te imaginaba de rodillas. Y tu boca...

-¡Oh, Dios! -exclamó Merry, tapándose la boca con una mano.

-Lo siento -dijo él.

-¿De verdad lo sientes? ¿O quieres que haga eso?

Él la miró con incredulidad.

-Supongo que no es una pregunta de verdad.

-¿Qué? No quiero que me pierdas el respeto -dijo ella, pero fue incapaz de mantener el semblante serio.

Él gruñó.

Cuando ella terminó de reírse, asintió.

-Bueno, pues lo intentaré, si te gustan ese tipo de cosas.

-Oh, eres hilarante. ¿No te lo había dicho nadie?

-Sí.

Él cabeceó.

-Y un poco insoportable cuando estás tan feliz -le dijo; sin embargo, le agarró la rodilla y se la apretó.

-¿Y sexy? -le preguntó ella.

-Sí -respondió él. Apartó la mano de su rodilla y la deslizó por detrás de su nuca-. Y sexy.

Se inclinó para besarla, y Merry se excitó al instante. En realidad, ya estaba excitada después de haber hablado de aquellas cosas con él. Tanto, que ni siquiera temía lo que había prometido. No tenía mucha experiencia en eso, pero la idea le parecía estupenda. Iba a arrodillarse por Shane. Estaba dispuesta a todo.

Tampoco lo había hecho nunca en un coche. Le parecía algo demasiado público y arriesgado, pero allí estaban tan solos como pudieran estarlo en su casa. Nadie iba a llamar a la puerta.

Posó una mano en el muslo de Shane y fue deslizándola hacia arriba.

-Ummm -murmuró él en su boca.

Y, cuando ella le apretó con la mano el miembro ya erecto, gruñó más profundamente, y ella se entusiasmó al notar que se hinchaba aún más con sus caricias. Nunca había sido un objeto sexual y, mucho menos, la iniciadora de una relación. Le producía una sensación de poder muy nueva el hecho de conseguir que un hombre como Shane Harcourt se retorciera al sentir sus caricias, como si estuviera inquieto de necesidad. De necesidad por ella.

Lo acarició, lo atormentó y jugó con él. Dios, era tan impresionante... Desde que lo había visto desnudo y húmedo, acariciándose, estaba ávida de volver a ver su miembro.

-Dios, eres provocativa -gimió él.

-¿Quién dice que soy provocativa? -susurró ella.

Él se apretó con más fuerza contra su mano y apoyó la cabeza en el respaldo.

-Para.

-¿Quieres que pare?

-Si no paras, vas a tener que acabar -dijo él con una carcajada llena de tensión.

Sin embargo, Merry no se rio. Tomó la hebilla de su cinturón y empezó a desabrochárselo. Le abrió la bragueta.

-Oh, sí, por favor. Quiero que termines -gruñó él, cuando ella cerró la palma de la mano alrededor de su miembro. Shane echó un poco hacia atrás el asiento para darle más espacio.

Ella sonrió y agachó la cabeza.

-Oh, Dios -susurró él, incluso antes de que su boca lo rozara-. Merry.

Podía hacerlo. No era tan difícil. Y, sorprendentemente, no lo fue. En aquella

ocasión, con solo verlo y percibir el olor de su piel, a Merry se le hizo la boca agua. Cerró los labios a su alrededor y suspiró de placer al tomarlo.

Conseguir que un hombre como Shane respirara con dificultad cuando ella succionó le produjo una extraña sensación de poder. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que él se había agarrado al abridor de la puerta y tenía los nudillos blancos.

-Oh, por Dios, Merry -musitó Shane-. Es tan gozoso...

Ella habría sonreído, pero lo estaba rodeando con los labios. No iba a poder tomarlo por completo, pero hizo lo que pudo, y obtuvo la recompensa al oír un jadeo y sentir que él alzaba las caderas un poco. Era... divertido. Y a ella le excitaba tanto que se estaba retorciendo.

Él le pasó la mano por el pelo y se lo apartó de la cara.

-Dios, eres tan preciosa... -gruñó.

Ella vaciló y alzó la mirada, y lo vio observándola.

-No pares, por favor, Merry.

Merry cerró los ojos y fingió que él no la estaba mirando. Se concentró en conseguir que llegara al orgasmo, apretando la lengua contra su miembro y deleitándose con el sabor de su excitación, y disfrutando de sus palabras. Él la urgía con susurros roncós que le daban la confianza para tomarlo más profundamente.

-Dios, voy a correrme... -dijo-. Merry, tienes que...

Ella nunca había hecho algo así y nunca había querido hacerlo, pero era una fantasía. Aquel día, era alguien distinto. Gimió a su alrededor y succionó con más fuerza.

-Ah, sí, sí...

Shane alzó las caderas y ella lo saboreó cuando llegó al orgasmo. Tragó y sintió asombro mientras lo hacía, por haber deseado aquello y haber hecho lo que verdaderamente deseaba.

Shane susurró su nombre. Ella notó que le estaba acariciando la cabeza con los dedos temblorosos, y se incorporó. Tenía las mejillas ardiendo de vergüenza, pero él la miró con una candidez que nunca había visto en sus ojos.

-Ha sido... increíble.

Ella sonrió.

-¿Tan bueno como en tu fantasía?

-Teniendo en cuenta lo dulce y caliente que estaba tu boca... unas mil veces mejor que mi fantasía -respondió Shane, mientras se abotonaba los pantalones.

Ella sonrió, pero se sintió un poco ridícula. ¿Realmente estaba tan orgullosa por una felación?

-Eh, siento lo de... um... O gracias por... Eh... Lo que quiero decir es que si quieres

beber algo –dijo, y le ofreció una botella de agua.

–Gracias –dijo Merry. Le ardían las mejillas, pero no pudo dejar de sonreír-. Eres muy caballeroso. ¿Tienes esto siempre dispuesto para emergencias?

Él se echó a reír y se pasó una mano por la cara.

–No, ha sido la primera vez. Te aseguro que esta botella de agua es estrictamente para el trabajo, pero haré una excepción, por ser tú.

–Vaya, gracias.

Él siguió mirándola hasta que ella se retorció. Después, le guiñó un ojo y arrancó el motor.

–Vamos a casa. Ahora te toca a ti.

«Te toca a ti». Eso sí que era una promesa. Merry se sintió muy impaciente.

Sin dejar de sonreír, apoyó la frente en el cristal y observó las sombras alargadas que proyectaba la luz del atardecer. Aquel podía haber sido un día perfecto, a excepción de la llamada de su prima.

Vaya, eso lo había olvidado. Miró de reojo a Shane y se preguntó si debería pedírselo. ¿Por qué no? Seguramente, en aquel momento estaba de muy buen humor.

–¿Shane?

–¿Sí?

–Tengo que ir a una fiesta mañana. Mi prima está en el pueblo y no podía decirle que no, pero se supone que tengo que llevar acompañante...

Él enarcó una ceja.

–¿Quieres venir conmigo? Si no quieres, no te preocupes, lo entiendo. Sé que solo somos amigos.

–Yo diría que somos algo más que amigos.

–Sí, pero no somos... ya sabes.

Él asintió, y ella se dio cuenta de que esperaba que él hubiera corregido su frase. Qué tonta.

–Me parece bien lo de la fiesta –dijo él-. ¿A qué hora es?

Merry exhaló un suspiro de alivio.

–A las nueve.

–Muy bien. Pasaré a recogerte a las ocho y media.

–Perfecto. Y ponte superguapo, ¿de acuerdo? Como ahora –dijo ella, señalándolo con la mano.

Él cabeceó.

–¿Quieres presumir de mí delante de tu prima? Para mí es un honor.

-Pues, sí. Aún más, quiero restregarle en las narices que vienes conmigo.

-Vaya, nunca había sido un objeto de lujo, y parece que va a ser interesante. ¿Puedo hablar, o solo si me preguntan?

-No, tú solo sé guapo.

-Entendido.

Cuando Shane aparcó, Merry todavía se estaba riendo. Bajó del coche y cerró la puerta sin darse cuenta de que Cole estaba en los escalones de entrada a casa.

-Hola, Cole -dijo al verlo. Había pensado que irían directamente al apartamento de Shane, pero aquello dificultaba un poco las cosas. Claramente, Cole estaba esperando a su amigo.

Ella se acercó a la entrada y no se dio cuenta de lo tenso que estaba Cole hasta que él se dirigió a su amigo.

-¿Podemos hablar un momento?

Merry tenía la puerta a medio abrir, y vio a Grace en la entrada de su apartamento.

-Hola, Grace, ¿qué tal tu día? El mío ha sido increíble. Espectacular.

Grace no correspondió a su sonrisa. Merry se detuvo a su lado mientras se cerraba la puerta de La granja de sementales.

-¿Qué ocurre?

-Entra en casa. Tenemos que hablar de una cosa.

Merry se detuvo y notó que su felicidad se esfumaba.

-Grace, ¿qué pasa? Va en serio, dímelo.

-Entra -repitió Grace, pero Merry oyó gritos fuera y se giró hacia la puerta del portal.

-¿Qué pasa? -susurró, mientras la voz de Shane resonaba a través de la puerta. Ella tomó el pomo para abrir.

-Merry, ¡no! -gritó Grace.

Sin embargo, la puerta ya estaba abierta, y Merry vio a Shane y a Cole enfrentados en los escalones.

-¿Cómo has podido hacer algo así? -estaba gritando Cole-. Es despreciable.

-No es lo que crees -dijo Shane.

Cole lo empujó.

-¿Me estás tomando el pelo? ¡La estabas utilizando!

-No es verdad.

-No seas cobarde, ¡reconócelo!

Cole volvió a empujarlo, y Shane agitó con fuerza las manos.

-¡Está bien, la estaba utilizando, pero no como parece! Yo...

-¿Y cómo parece? -gruñó Cole-. Te estabas acostando con ella y traicionándola al mismo tiempo. ¿Qué tipo de hombre eres?

Cole volvió a empujarlo, y pareció que Shane iba a darle un puñetazo, pero se dio cuenta de que Merry estaba viéndolo todo, y se quedó helado. Bajó lentamente los puños y abrió mucho los ojos.

-Merry -dijo con la voz ronca.

Cole se giró y la vio.

-Ah, mierda. Grace, se suponía que ibas a estar dentro con ella.

-¿Qué ocurre? -volvió a preguntar Merry. Se oyó un murmullo desde la puerta de la taberna. Algunas personas estaban en el porche, presenciando la discusión.

Shane se dirigió hacia ella, pero Cole lo agarró de la camisa y tiró hacia atrás.

Grace agarró a Merry por los hombros.

-Vamos a entrar, por favor.

-Lo siento, Merry -dijo Shane, mirándola con desesperación.

Se zafó de Cole y empezó a subir las escaleras. Finalmente, los dos hombres entraron en el portal, y la puerta se cerró tras ellos. Entonces, el espacio se volvió tan pequeño que ella tuvo una sensación de pánico.

-Lo siento -repitió Shane. Estaba tan desesperado, que a ella se le encogió el estómago como si fuera una piedra.

-¿Qué has hecho?

-Merry -dijo Grace-. Cole oyó que decías algo sobre una demanda contra Providence.

-Sí.

-Cole no lo sabía. No tenía ni idea.

Merry miró a Cole.

-¿Qué era lo que no sabías?

Cole hizo un gesto de consternación y agitó la cabeza.

-No sabía que había presentado una demanda. Solo me dijo que estaba terminando con los trámites del testamento.

-¿Quién? No sé de quién estáis hablando. Decídmelo, ¡por favor!

Shane bajó la cabeza.

-Soy yo, Merry.

-¿Qué quieres decir?

-Que yo soy quien presentó la demanda contra Providence.

-¿Qué? No, no puede ser. El demandante es el nieto de Gideon Bishop.

-Soy yo. Yo soy el nieto de Gideon.

-No -dijo ella. Entró en su apartamento, volvió con una carpeta y sacó la biografía de Gideon Bishop-. Mira, lo sobrevivieron sus dos nietos, Alex y Shane... -al leer el nombre, se le quebró un poco la voz-. Bishop.

-Bishop es el apellido de mi padre. Yo me lo cambié por el de mi madre cuando tenía diecinueve años. Porque mi padre...

Se quedó callado. Merry no apartó la vista de él.

-No -dijo ella-. No puede ser.

-Lo siento mucho. Es cierto que al principio fui a ayudar a Providence por el motivo equivocado, pero después, te juro que...

-Tú -dijo ella con la voz ronca-. ¿Estabas espiando lo que se hacía en el pueblo? ¿Por eso te hiciste amigo mío?

-No, por eso acepté el trabajo. No...

-Oh, Dios. Por eso eras tan agradable. Por eso ligaste conmigo y...

-No -dijo él-. Eso no es verdad, Merry. No pienses eso.

Shane se adelantó hacia ella, pero Grace se interpuso y lo abofeteó.

-¡Ni se te ocurra tocarla! -rugió-. Te mato, ¿me oyes? Si vuelves a tocarla, te mato, desgraciado. Te voy a sacar los ojos y te los voy a meter por...

-¡Grace! -gritó Merry-. Para. Por favor, para. ¡No puedo soportar esto!

Entró al apartamento y cerró de un portazo. Sin embargo, siguió oyendo las voces airadas de los demás.

No podía pensar en lo que acababa de ocurrir. Era como si todo aquello la cortara por dentro. Tenía unos bordes de sierra, muy afilados, y hacía que se sintiera completamente mal.

Había contratado al demandante. Había mentido sobre ello y lo había ocultado. Le había contado cosas sobre las conversaciones de los patronos. Y le había dicho lo que había hecho con el buzón de correos y el letrero.

Empezaron a temblarle las piernas y tuvo que sentarse en el suelo. Había muchas más consecuencias, claro, pero no podía pensar en ellas. Iban a despedirla, y quedaría manchada de tal modo que nunca conseguiría trabajo en otro museo. Y tal vez eso no fuera lo peor de todo. ¿Y si la denunciaban por haber hecho algo ilegal?

Se tapó la cara con las manos. No quería pensar en lo demás. Aquello ya era lo suficientemente malo.

Oh, Dios. ¿Cómo podía ser él?

Se abrió la puerta, pero ya no se oyeron más voces. No había más gritos. Después, la puerta se cerró.

-Merry -susurró Grace-. ¿Estás bien?

Merry hizo un gesto negativo.

-Lo siento muchísimo, cariño.

Ella asintió.

-Ven a sentarte en el sofá.

Merry obedeció. Se levantó y se sentó en el sofá.

-Necesito beber algo -dijo.

Se refería a un vaso de agua, pero Grace le llevó un chupito de tequila, y ella se dio cuenta de que era exactamente lo que quería. Se lo tomó de un trago y ni siquiera se estremeció. Quería tragarse el recuerdo del sabor de Shane.

Grace le sirvió otro chupito.

-Mira, escucha... Ese gilipollas... no importa nada. Solo era sexo, ¿me oyes?

Merry negó con la cabeza. No estaba pensando en eso en aquel momento. Ni nunca más. Apuró el segundo chupito.

-Cuando el patronato se entere de que lo contraté, me despedirán.

-¡Pero si tú no sabías que era él! ¡Te mintió! No pueden echarte la culpa de eso.

-Sí, sí pueden. Porque yo no tenía que contratar a nadie. Ellos no aprobaron ni el más mínimo gasto, así que lo hice a sus espaldas. Iba a tener que pagarle de mi bolsillo hasta que los patronos lo aprobaran. Y, ahora... Oh, Dios, Grace. Me van a despedir en cuanto se enteren. ¿Qué voy a hacer?

-A lo mejor no se enteran.

-¡Él se lo va a decir! Ese era el motivo por el que empezó a ayudarme. No era porque yo le cayese bien. Incluso se ofreció a trabajar voluntariamente, diciendo que quería contribuir, devolverle algo a su comunidad, cuando, en realidad, lo que quería era echarlo todo a perder. Grace... ¿qué voy a hacer?

-¡Nada! Él no va a decir nada. Cole no se lo va a permitir, ni yo, tampoco.

-Oh, Grace... Son dos millones de dólares. Él no se va a echar atrás ni siquiera por Cole. Shane puede comprarse amigos nuevos con todo ese dinero.

-No. Podemos... podemos...

Merry nunca había visto a Grace tan consternada. La abrazó, y su amiga no ignoró el abrazo ni se puso rígida. Simplemente, la rodeó con los brazos y la estrechó con fuerza.

Merry respiró profundamente. Había sido una idiota. Tenía que haberse dado cuenta de que ella no era el tipo de chica con el que querría estar Shane. El único motivo era que ella...

Dio un jadeo y se apartó aquello de la cabeza. No podía pensarlo en aquel momento. Gracias a Dios por el tequila, que la estaba anestesiando. La habitación empezó a dar vueltas. Aquello era muy doloroso, pero no iba a dolerle mucho tiempo aquella noche. Muy pronto estaría totalmente entumecida.

-Oh, Dios, Grace.

-No llores -susurró Grace-. Por favor, no llores.

Pero ella no estaba llorando. Ni siquiera tenía energía para eso.

-No pasa nada -le dijo a Grace-. Dame otro chupito.

Grace se lo puso en la mano en menos de tres segundos.

-Bebe -le ordenó. Y Merry bebió-. Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras. No te preocupes por ese maldito trabajo, ¿de acuerdo? No tienes que pagar alquiler, y lo sabes.

Merry pensó en su vecino de al lado, y se echó a reír.

-No sé si este es el edificio más adecuado para mí.

-Oh, que se vaya a la mierda -rugió Grace-. Lo voy a aterrorizar. Y le diré a Rayleen que lo aterrorice también. Tendrá tanto miedo, que se mudará, o haré que desee estar muerto.

Merry sonrió y apoyó la cabeza en el respaldo del sofá. Sí, estaba borracha, sin duda. Y el último chupito ni siquiera le había hecho efecto todavía.

-Bien -murmuró-. ¿Se ha hecho de noche ya? Me quiero ir a la cama.

-No importa que no sea de noche. Esta noche te dejo mi cama, cariño. Yo me quedo en el sofá. Duerme todo lo que quieras.

-De acuerdo, muchas gracias. Solo quiero dormir. Eso es todo.

Se sintió rara, porque tuvo que apoyarse en Grace, que era mucho más pequeña que ella, para que la ayudara a ir hasta el dormitorio. Cuando se sentó en la cama, todo le daba vueltas, y tuvo que permitir que Grace le quitara las zapatillas.

-Ah, qué gusto.

Grace la miró con preocupación.

-Es el tequila. Es buenísimo. Y fuerte. No quería nada suave.

-Lo entiendo.

-Dame otro chupito.

-No. Vas a vomitar en mi cama -dijo Grace.

Le quitó los pantalones vaqueros y la tapó con la manta.

-Vamos, duérmete -le ordenó Grace.

-De acuerdo, pero me voy a despertar a las cuatro de la madrugada con un ataque de pánico, ¿sabes?

-No, claro que no.

-Sí. Esto es muy, muy malo -dijo ella, y cerró con fuerza los ojos-. Y tenías razón con respecto a Shane. Me estaba utilizando. No me deseaba. Tú sabías que tenía un motivo oculto, y yo debería haberte hecho caso.

-Shh... yo no me imaginaba nada semejante.

-No, pero sabías que no era real. Y yo deseaba tanto que fuera real, que no pude ver la verdad.

-Oh, Merry. Ojalá pudiera matarlo.

Merry sonrió.

-Bueno, le has dado una bofetada. Eres increíble, Grace.

-No, solo soy violenta y terrible.

-Pues me alegro. Yo no habría podido hacerlo. Claro que, ahora que estoy borracha, tengo coraje. O beligerancia. Debería darle una patada en las bolas.

-En este momento, seguramente no darías en el blanco y te caerías hacia un lado.

-Sí, supongo que sí. Gracias por el tequila, Grace. Te quiero.

-Yo también te quiero -susurró su amiga.

Merry oyó la voz de Cole, que hablaba lentamente, y la puerta del dormitorio se cerró. Ella se dejó envolver por una neblina de negación y licor. Pero ya pensaría en todo aquello otro día, como Escarlata O'Hara. Al día siguiente, para ser más exactos.

O, a lo mejor, se emborrachaba durante veinticuatro horas seguidas. ¡O cuarenta y ocho! Tenía opciones, así que tal vez la situación no fuera tan desesperada como pensaba.

Capítulo 17

Merry no se despertó a las cuatro de la madrugada en medio del pánico, sino a las cinco y media, con una gran desesperanza. No tenía resaca; unos pocos chupitos de tequila habían servido para dejarla dormida, pero su organismo ya los había depurado, y ella se había quedado frente a la realidad.

La realidad, y la triste noticia de que el patronato había aprobado el dossier de prensa y querían que concertara una cita con el periodista.

Ya no podía hacerlo. Ya no podía ser la cara de Providence, porque toda la operación se vería afectada por la siguiente historia: ella había gastado dinero sin la aprobación del patronato y, posiblemente, se había aliado con el demandante que estaba intentando acabar con el proyecto del pueblo fantasma. ¿Podría considerarse como un desfalco? Se había gastado doscientos dólares sin la aprobación de los patronos y tenía pensado invertir otros dos mil, más o menos, para que Shane pudiera terminar de rehabilitar la taberna del pueblo. Además, estaba el detalle de que se había estado acostando con él. Eso era muy acusatorio.

Por supuesto, la parte más explosiva de la historia sería que Merry Kade había cometido un acto de vandalismo contra la propiedad de uno de los patronos y había puesto un letrero con una falsa amenaza hacia el patronato.

Iba a tener que despedirse, no cabía duda. Eso no sería suficiente para reparar el daño que había causado, pero sería un buen comienzo. Y, lógicamente, no podía ser ella quien se hiciera cargo de aquella campaña de prensa. Tenía que quitar su nombre de toda la documentación que había recabado. Lo limpiaría todo y se lo entregaría al patronato con una carta de disculpa y renuncia.

Sin embargo, antes de hacer todo aquello, quería pasar un último día en Providence. Se vistió en silencio, se lavó los dientes y le dejó a Grace una nota para que no se preocupara. Después, salió por la puerta de puntillas y vio su coche bajo la luz gris del amanecer.

El aire estaba helado y un poco húmedo, y le sentó bien. Fue algo refrescante. Hacía que el día tuviera algo de prometedor.

Sin embargo, aquella sensación positiva se desvaneció cuando vio un sobre metido bajo el limpiaparabrisas. Estaba sellado y el papel se había hinchado ligeramente con la humedad, pero supo quién se lo había dejado allí en cuanto lo vio. Lo sacó y lo tiró al suelo antes de sentarse tras el volante y arrancar el motor.

Se sintió culpable, porque ella no quería ensuciar el pueblo, así que recogió el sobre y lo echó al suelo del pasajero. La puerta hizo mucho ruido al cerrarse, así que se puso en marcha rápidamente, porque no quería que Grace o Shane la abordaran.

Necesitaba estar sola. Amaba Providence, y necesitaba estar unas horas allí. No iba a poder volver hasta que lo abrieran al público como museo y, tal vez, ni siquiera entonces.

Bajó todas las ventanillas del coche, a pesar del frío, y condujo lentamente por el pueblo. Solo vio a unos cuantos corredores y a la pobre gente que tenía que hacerles el desayuno a los turistas. Pasó un autobús destartado y vacío, preparado para recoger a los que iban a hacer rafting al río Snake. Tal vez debiera probarlo algún día. Iba a tener mucho tiempo libre.

Sabía que era una boba por sentir tanta nostalgia. Nadie iba a prohibirle ir a Providence. Podría recorrer aquel camino siempre que quisiera, siempre y cuando tuviese dinero para pagar la gasolina. Sin embargo, a medida que iba dejando atrás aquel paisaje familiar, se sintió cada vez más apenada. Los pantanos donde siempre veía las presas de los castores, pero no a los castores. Las praderas, en las que siempre solía haber un rebaño de ciervos o antílopes. El pequeño letrero de Warm Springs que siempre hacía que sonriera. Señalaba la salida hacia unas aguas termales que no eran demasiado calientes, pero sí agradables. Otro lugar que todavía podría explorar. Aunque, por algún motivo, sabía que nunca iba a hacerlo.

Cuando llegó a Providence, estaba amaneciendo. Merry salió del coche y se sentó en el capó para ver cómo llegaba la mañana al pueblo.

Aunque allí todo era silencioso, se oía el canto de los pájaros, que saltaban entre la hierba buscando comida. Cada vez que veía un grupo de hierbas moviéndose, pensaba que iba a asomarse un mapache o una comadreja, pero veía un pequeño pinzón.

También estaba el viento, que acariciaba la hierba alta, y el arroyo, que saltaba sobre las piedras y serpenteaba entre las plantas. Se preguntó si las cosas eran así cuando se había establecido aquel pueblo. En aquellos tiempos, el arroyo era un río de verdad, antes de que lo forzaran a dividirse en media docena de canales que, probablemente, iban apartándose los unos de los otros y bajaban de la montaña con una separación de kilómetros.

Sabía que aquel lugar no era suyo. Ella solo era la comisaria. No era su herencia. Además, no tenía familia allí, no tenía vínculos, salvo su mejor amiga de Los Ángeles, para quien Wyoming también era un territorio extraño.

Así que iba a estar bien. Casi seguro que iba a estar bien.

Bajó del coche y caminó lentamente por el pueblo. Recorrió todos los edificios con la mirada. Se acercó a sus favoritos y tocó las paredes. Ni siquiera esquivó las arañas. Tenía un sentimiento demasiado pesado como para dejar lugar a ese tipo de temor.

Iba a tener que encontrar otra forma para demostrarle su valía a la gente que la quería, si era posible. Estaba empezando a pensar que no lo era. Estaba empezando a

pensar que no tenía nada que demostrar, porque no había nada dentro de ella. No tenía fuerza. Solo tenía la fútil esperanza de no ser una perdedora.

Entonces empezó a soplar el viento, un aire que hizo flotar su pelo. Cerró los ojos y se imaginó a sí misma como una pelusa de diente de león que, en cualquier momento, saldría volando.

Pero todavía, no. Respiró profundamente, suspiró y se dirigió a su pequeño despacho para limpiar y recoger sus cosas.

Dos horas después ya lo tenía todo organizado para la persona que fuera a sustituirla, y había hecho un pequeño montón con las cosas que le pertenecían a ella. Todo lo demás era de la Fundación Histórica de Providence. Ni siquiera era de una persona, sino de un grupo que nunca amaría aquel lugar tanto como ella.

Tuvo la intención de levantarse y marcharse ya, pero tomó sus apuntes sobre Gideon Bishop. En aquellas notas había información sobre su familia y sus descendientes. Sobre Shane.

Antes de que pudiera empezar a leer, oyó la puerta de un coche y se sobresaltó.

Fuese quien fuese, no quería verlos. Ni siquiera a Grace. Respiró profundamente y se puso de pie, pero, cuando salió al pequeño porche, vio que era Shane el que se acercaba a ella, con la cara medio escondida bajo el ala del sombrero.

En aquel momento, lo odió más de lo que nunca hubiera odiado a nadie. Negó con la cabeza, pero él siguió andando.

-Márchate -le ordenó, pero él no le hizo caso-. No quiero hablar contigo.

Entonces, él sí se detuvo, pero a unos cinco metros. Demasiado cerca.

-Merry, por favor. Lo siento muchísimo. Tenía que habértelo dicho. Quería hacerlo, pero ya era demasiado tarde. No sabía cómo...

-¡He dicho que no quiero hablar contigo!

Shane se quitó el sombrero y se pasó una mano por el pelo.

-Sé que no quieres. Es lógico. Pero yo necesito que entiendas que lo que ha pasado entre nosotros no ha tenido nada que ver con Providence.

-Eres un mentiroso. No ha significado nada para ti, ni para mí tampoco.

-Merry, eso no es cierto...

-¿Para qué has venido? ¿Para disfrutar destrozando todos mis planes? ¡Pues hazlo!

-¿A qué te refieres?

-Díselo a los patronos. Díselo a los periódicos. Díselo al juez. No me importa. No voy a esperar a que me despidan. Me voy a despedir yo.

Él cabeceó.

-No. ¿Es que no has leído mi carta?

-Por supuesto que no. La he tirado.

-Merry, no quiero que te despidan. No me importa este pueblo fantasma. Mi abuelo iba a dejarme el dinero a mí, pero yo no le di lo que quería, y él quiso castigarme. Providence no le importaba un pimiento... Solo constituyó esa fundación para darme una lección. El dinero me pertenece.

-Eso tiene que decidirlo un tribunal.

-Muy bien. Pues que así sea. No dejes que eso afecte a nuestra amistad.

-¿Me estás diciendo que lo deje pasar? -le preguntó ella con incredulidad.

-Sí. Cuando me preguntaste si quería trabajar para ti, no te conocía. Y no tenía pensado espiar, ni nada por el estilo. Solo pensé en que podría averiguar algo de lo que pasaba con la fundación, qué planes tenían. Entonces, empecé a conocerte mejor, y me caíste muy bien. Y todo se enredó.

-Se enredó -murmuró ella.

-Sí. Y el sexo... Eso no ha tenido nada que ver con lo demás. Eso no fue una mentira -dijo él con una pequeña sonrisa-. Fue muy real, Merry.

Una sonrisa. Él tenía la frescura de sonreírle. Como si fuera tan crédula, tan tonta, tan falta de autoestima. Bajó las escaleras y vio que en sus ojos aparecía una mirada de preocupación. Era increíble.

-¿Quién te crees que soy? -le preguntó.

Él negó con la cabeza.

-¿Crees que soy alguien dulce, agradable y siempre luminoso? ¿Me ves y piensas que quiero una disculpa? ¿Crees que soy alguien que va a perdonarte?

-Eso espero, sí. Lo siento, Merry. Tú eres especial. Sé que no tenemos nada permanente, pero...

-¿Que soy especial? Y supongo que también soy mona, divertida, buena...

-Um... -murmuró él, y empezó a darse cuenta de que, tal vez, su sonrisa de esperanza había sido algo prematura-. ¿Sí?

Merry le clavó un dedo en el pecho, con dureza.

-No me conoces. No sabes nada de mí. ¿Nada, entiendes?

Él dio un paso atrás, con las manos levantadas.

-Si soy dulce, es porque elijo ser así. Si soy tan optimista, es porque la vida es más fácil así. Una vida difícil y dura es más fácil así. No soy idiota, Shane. Confío en la gente porque decido hacerlo así. Porque, si tú me has usado y traicionado de esta manera, eso habla mal de ti, no de mí. Yo veo lo bueno de la gente porque eso me hace feliz, no porque viva en un mundo de cuento de hadas donde no suceden cosas malas. Las cosas malas suceden, Shane. Me he pasado la vida aprendiéndolo. Cosas malas como tú.

-No, yo...

-Me mentiste. Utilizaste mi felicidad para sonsacarme información. Dejaste que confiara en ti, cuando sabías que no debías hacerlo. Y yo te conté un secreto sobre mí y tú lo viste como un arma arrojada.

-Eso no es cierto. Te lo juro, Merry.

-Ah, ¿tú me lo juras? ¿Tú? Pero ¿quién te crees que soy? He visto muchas cosas malas en la vida. La gente ha sido cruel conmigo. Mi propio padre no ha querido ni siquiera conocerme. Así que, si te crees que no soy capaz de reconocer un mal comportamiento, te equivocas. No soy tonta, y no soy débil. Como puedes ver, no estoy llorando. Tampoco estaba esperando que tú vinieras a darme explicaciones para poder sentirme menos tonta. Me mentiste cuando éramos amigos y cuando la amistad se convirtió en algo más que eso. Y, ahora, voy a perder mi trabajo por tu culpa. Así que, lárgate, Shane. Ahora ya sabes quién soy, y no soy nadie que vaya a soportar que la utilicen y la traten de un modo irrespetuoso.

Lo empujó por el pecho con ambas manos y retrocedió.

-Márchate de aquí. No quiero que estés aquí, y todavía soy la responsable de este sitio durante unas horas.

Él la observó fijamente, pero ella le dio la espalda y subió las escaleras. Ni siquiera cerró la puerta de la casa, sino que desapareció en la penumbra del interior antes de que se le adaptara la visión.

Esperó, con la respiración contenida. Ojalá no la siguiera, porque estaba a punto de echarse a llorar. Si la hacía hablar de nuevo, estaba perdida. Y, si la tocaba, iba a derrumbarse. Todas aquellas palabras grandilocuentes que había pronunciado se quedarían en nada.

Al final, oyó que él se daba la vuelta y la gravilla crujía bajo sus botas. Después, se cerró la puerta de su coche. Así pues, Shane se marchaba.

Merry se dejó caer en la silla y empezó a llorar hasta que le dolió el pecho. Él había hecho que se sintiera especial, bella, sexy.

Y todo era mentira. La única vez en toda su vida que se había sentido sexual y deseable, y no era cierto.

Le había dicho a Grace que podía soportarlo, que solo era sexo y que podía disfrutar de las cosas tal y como eran. Sin embargo, aunque habían sido las mejores relaciones sexuales de su vida, las mentiras de Shane lo habían convertido todo en algo sórdido y vergonzoso.

-Desgraciado -murmuró entre lágrimas.

Ella era capaz de confiar en la gente, pero no con su cuerpo. Siempre había sido tímida en ese sentido. Durante su adolescencia, el mundo le había parecido algo como un mundo plagado de depredadores, de chicos que no querían salir con ella, pero que se creían con el derecho a hacerle comentarios sobre su cuerpo cada vez que querían.

De amigos a quienes les gustaban las chicas guapas y seguras de sí mismas, pero que, de vez en cuando, se fijaban en ella lo suficiente como para hacerle un ofrecimiento desconsiderado.

Al final, no había perdido la virginidad hasta el último año de universidad. No estaba enamorada del chico con el que se había acostado, pero no había estado tan mal y, después, habían salido juntos unos cuantos meses.

Durante los años siguientes, había evitado las relaciones sexuales hasta que había conocido a Kenneth. Era otra calamidad, pero, al menos, era dulce, y disfrutaba mucho con ella y con su cuerpo desnudo. Tanto, que ella había intentado deshacerse de algo de su pudor, aunque nunca había conseguido sentirse desinhibida por completo. Hasta que había conocido a Shane. Entonces, sí lo había conseguido, aunque solo fuera durante unos momentos robados, repletos de pasión.

Quería pensar que eso significaba que había esperanza para ella, que estaba madurando y encontrando un camino en el complicado mundo del sexo, pero temía que lo que significaba en realidad era que no iba a poder hacerlo nunca más. A partir de aquel momento, no solo pensaría en su cuerpo, en su corazón y en su comportamiento durante las relaciones sexuales, sino en que todo era mentira. En que el sexo solo era una herramienta para humillarla.

Dios. Tal vez debiera rendirse.

Pero, a lo mejor, ya no podía hacerlo, porque lo peor que había hecho Shane era mostrarle un poco de lo que era posible sentir.

-Lo odio -gruñó, y se frotó la cara con la camiseta.

Las lágrimas no dejaron de caerle por las mejillas mientras recogía sus cosas y salía de Providence. Se giró y miró el pueblo por última vez. Aquel podría haber sido el gran triunfo que necesitaba para comenzar una vida de verdad y dejar de vagar.

Al final, Providence no había sido eso, pero lo amaba de todos modos, y la pena que sintió al alejarse era mucho mayor que cualquier cosa que se hubiera permitido sentir por Shane.

Shane siempre había sabido que era mala idea acostarse con una vecina, pero no se había dado cuenta de hasta qué punto. No se había imaginado que le diera vergüenza salir del coche y caminar hasta su apartamento, ni el temor de encontrarse con Grace, o Cole, o Rayleen, por el camino. Y, además, con la esperanza de encontrarse a la persona que peor le hacía sentirse.

Dios...

Subió lentamente las escaleras.

Él era consciente de que lo que estaba haciendo estaba mal. Sabía que estaba engañando a Merry. Pero, al final, no le había parecido tan mal, porque esa no era su

intención; era casi como si hubiera cometido un error sin importancia. No iba a traicionarla. No iba a decirle nada al patronato.

Pero ahora, se daba cuenta de que lo había puesto todo en peligro para Merry. Solo por haberlo contratado, la despedirían. Y, si alguien lo averiguaba, habría un escándalo. Como mínimo, ella quedaría como una boba.

Dios. Estaba tan arrepentido que casi le dolía físicamente. Tenía un ardor de estómago que lo estaba devorando lentamente.

De todos modos... ¿qué era lo que había querido conseguir? Había sido un engaño innecesario y, si lo hubiera pensado de antemano, habría desechado la idea. Sin embargo, Merry le había entregado en bandeja de plata la posibilidad de averiguar qué estaban haciendo y por qué, y él se había convencido de que no tenía nada de malo porque iba a hacer el trabajo para el que le había contratado Merry. Incluso lo había hecho gratis.

Ojalá pudiera dar marcha atrás y deshacer todo aquello. Daría cualquier cosa por borrar lo que había visto en su rostro aquel día. Algo terrible y salvaje mientras lo echaba de su vida sin el más mínimo reparo.

Y tenía razón. Él había pensado que era inofensiva y dulce. Ni siquiera la noche anterior había tenido tanto miedo, porque pensaba que ella era capaz de perdonarlo todo y que podría convencerla de que lo sentía y no iba a volver a engañarla. Ella lo perdonaría porque... Bueno, porque sí. ¿Qué otras opciones había? ¿Que nunca volviera a tocarla?

Pues sí, esa era exactamente la opción que le quedaba, porque había visto en el semblante de Merry la más absoluta determinación, una fuerza que antes no había percibido. Valentía.

Y ¿qué más quería de ella? ¿Amor? ¿Compromiso? No, él no podía someterse a eso. ¿Acaso esperaba que lo perdonara y volver a su relación de sexo sin ataduras?

En aquel preciso instante, sonó el teléfono fijo de su casa. No se molestó en ignorar la llamada. Aunque estuviera de muy mal humor, lo mejor que podía hacer era terminar rápido con aquello.

-Mamá -dijo.

-¡Oh, Shane, estás en casa! Acabo de tener un presentimiento. No sé por qué. Ya sabes que, a veces, el instinto me dice algo.

-Pues... Mamá, tengo que trabajar, en realidad. ¿Qué ocurre?

-He encontrado en Facebook a alguien que es exactamente igual que tu padre. Es muy joven para ser él, pero en su página no dice nada sobre su padre. Lo que sí dice es que se crio de un modo poco convencional en una zona apartada de las Cascades.

-Mamá... -dijo él con un suspiro. Facebook se había convertido en su nueva obsesión. Solo esperaba que nadie conocido leyera sus publicaciones. Si su madre todavía tenía el trabajo del supermercado, la echarían, y eso le preocupaba.

-Sé que sería doloroso para nosotros enterarnos de que formó otra familia en algún sitio, pero tenemos que aceptar esa posibilidad. Cuando se marchó, tal vez estuviera demasiado avergonzado como para volver. Y este chico es exactamente igual que Alex cuando tenía dieciocho años. Es sobrecogedor.

Shane cerró los ojos con fuerza. Su madre no era capaz de aceptar la verdad. Ni siquiera consideraba la posibilidad de que hubiera una verdad.

-Mamá, no puedo seguir así. No puedo, de verdad. Papá no nos quería lo suficiente como para quedarse ni para volver. ¿Por qué no puedes aceptarlo? Ni siquiera fue un buen marido para ti. ¡Estuvo meses acostándose con esa mujer! ¡Quería largarse, quería dejarte! Ahora tienes que dejar que él se marche.

Su madre se quedó en silencio. Durante aquellos años, habían tenido el acuerdo tácito de no mencionar a la otra mujer. Nadie la sacaba a relucir. Durante los primeros cinco años, su madre ni siquiera había investigado las declaraciones de la gente que había visto a Dorothy Heyer. Aquella mujer solo existía como una sombra. Era una persona que se había marchado de Jackson, por casualidad, al mismo tiempo que su padre. Por supuesto, la habían visto en el concesionario cuando su padre estaba comprando la caravana, pero, aunque ella se hubiera ido con él, él no habría seguido con ella. No era posible que se hubiera enamorado de aquella fulana.

En la conversación, Shane había cruzado aquella línea. Le había restregado a Dorothy por la cara a su madre. Y ni siquiera se arrepentía.

-La próxima vez que me llames -le dijo, suavemente-, no puede ser por papá. No puede ser, o tú y yo no volveremos a tener relación. Podemos hablar de mi vida, o de tu vida, o incluso, de Alex. Pero no de papá. ¿Entendido?

-Shane... -le dijo ella entre lágrimas-. ¿Cómo es posible que me estés pidiendo que lo deje pasar? ¿Cómo voy a seguir con mi vida y olvidar tanto dolor, tanto...?

-Sí, eso es lo que te estoy pidiendo. Las cosas malas ocurren, y tienes que seguir viviendo, como hace la otra gente todos los días. Adiós, mamá.

Colgó y se quedó mirando el auricular, un poco asombrado de lo que acababa de hacer.

Llevaba años distanciándose de su madre cada vez más. Aquel año, en especial, había intentado evitar sus comentarios sobre Gideon Bishop, sobre lo que esa familia les debía a su hermano y a él, sobre que Gideon debería ir al infierno por haber obligado a Shane a impugnar el testamento. Eso, teniendo en cuenta que ella era la que más se había opuesto a que se cambiara el apellido Bishop.

Había intentado mantenerla apartada de su cabeza, pero se dio cuenta de que había permitido que entrara. Ella le había inculcado sus pensamientos, sus obsesiones, su resentimiento, y todo eso había dado forma a sus ideas. Le había infectado de una manera que era muy obvia para él, porque esa infección era todo un contraste entre la bella fortaleza de Merry.

Merry había visto cosas terribles, había vivido con dolor y un sentimiento de

abandono, y seguía viviendo con una sonrisa de esperanza y los ojos muy abiertos, para poder verlo todo.

-Dios...

¿Qué había hecho? ¿Qué estaba haciendo?

Tomó el teléfono y le envió al constructor para el que estaba trabajando en aquel momento un mensaje para informarle de que no iría a trabajar aquel día. Después, envió otro mensaje, uno muy importante. Y su teléfono sonó a los pocos segundos de haber apretado el botón de Enviar. Respondió con una sonrisa desprovista de humor.

-Sí, lo digo en serio -dijo, sin esperar tan siquiera a oír un saludo-. Llego dentro de unos minutos. Redacta lo que sea necesario.

No quería ser la persona que había sido aquel año. No quería vivir así. Había intentado cambiar su identidad cambiándose el apellido, pero lo cierto era que estaba resignado a ser el hijo de su padre. A ser un Bishop y aceptar todo lo que eso conllevaba. El cambio de apellido había sido un acto de rebeldía, de rechazo al legado incompleto que le habían dejado.

En aquel momento tenía la oportunidad de ser alguien mejor que su padre, que su madre, que su abuelo.

Tomó el sombrero y las llaves y salió de su casa para cambiar su vida.

Capítulo 18

-Tengo que despedirme -dijo Merry, mirando el correo electrónico que acababa de empezar.

-No digo que no, solo digo que esperes un día. Ahora estás demasiado afectada como para hacer esto -dijo Grace-. Solo has escrito *Estimados patronos*. No sabes qué decir. Cierra la ventana y vuelve a intentarlo mañana.

Merry hizo un gesto negativo. Entonces, Grace alargó el brazo y apretó el botón de Cancelar.

-Ya está. Vamos a emborracharnos.

-No son ni las cinco.

-¿Y qué?

-Pues que es demasiado pronto para beber. Además, ¿tú no deberías estar en el trabajo?

-Trabajo por horas. Hago lo que quiero.

Merry puso los ojos en blanco.

-Vaya, yo cuando he trabajado por horas nunca he podido hacer lo que quería.

-Bueno, es que Eve me ha dejado tomarme la tarde libre. Es muy maja.

-Obvio -murmuró Merry.

-Venga -le dijo Grace-. Vamos a hacer algo divertido.

-No puedo -respondió Merry-. Tengo que ir a una fiesta de Crystal esta noche.

-¡Que se vaya a la mierda! ¿Me estás tomando el pelo?

-No, no. Y lo peor es que le dije que iba a llevar un acompañante, y ahora tengo que aparecer sola.

-¡Pues no vayas!

-Tengo que ir. Ya he dicho que sí. Además, esta va a ser la última oportunidad de enfrentarme a ella cuando todavía tengo un trabajo respetable. La próxima vez que la vea, estaré trabajando en un puesto de palomitas. Necesito saborear esto.

-No, claro que no.

Pero Merry suspiró. Sí, lo necesitaba.

-¿Me prestas a Cole?

-Me encantaría, pero hoy tiene que trabajar por la noche, llevándose las vacas de un valle a otro, o algo así. Estaba medio dormida cuando me lo contó.

-Mierda. No quiero cancelarlo, Grace. Cuando se entere de que me han despedido, se dará cuenta de que no fui a su fiesta por eso. Quiero que sepa que no me importa. Que voy a continuar. Que...

Grace asintió.

-Está bien. No me creo que yo vaya a decir esto, pero llévame a mí.

-Odias a Crystal.

-Sí.

-Y vas a odiar a sus amigos.

-Claro que sí. Pero llévame. Me voy a portar muy bien, y seré tu chófer. Puedes beber todo el vino caro que quieras.

-¿Y tú?

-Oh, yo ya bebí suficiente vino caro en las fiestas cuando vivía en Los Ángeles. Ahora bebo cerveza y limpio de estiércol las botas de mi hombre.

Merry se echó a reír.

-Sí, claro. ¿Cuándo fue la última vez que limpiaste las botas de Cole?

Grace se encogió de hombros.

-Bueno, se me pasó por la cabeza hace un par de noches, porque él estaba muy cansado, pero después me tiré al sofá y le dije que no metiera esas cosas en casa.

-Eres todo un modelo de esposa rural.

-Sí. Es increíble el poder que tiene una buena técnica de felación para cambiar las expectativas de la relación que pueda tener un hombre. Estaría dispuesta a ponerme una capota y tocar la campana de llamar a cenar mientras se la chupo, si eso es lo que hace falta para ser tradicional.

Merry ya no se estaba riendo. Se estaba atragantando de la risa y se le caían las lágrimas por las mejillas.

-¡Eres una enferma!

-Sí, ya lo sé. Creo que los trabajadores del rancho de Cole me tienen un poco de miedo. Me llaman «señora».

-¿Y Cole? ¿Te llama «señora» mientras estás de rodillas?

-Por supuesto. Es un vaquero. Siempre será un caballero. Venga, vamos -le dijo Grace, dándole un codazo-. Yo te acompaño. Voy a maquillarte.

-Está bien. Eres mi acompañante oficial esta noche. Eres la única persona del

mundo que puede hacerme reír en este momento.

-Perfecto. Además, podemos ir de compras. Necesitas un vestido.

-No puedo permitírmelo.

-Ya lo restamos de tu alquiler. Hazlo por mí, por favor.

Merry sonrió. Así era como Grace quería ayudar y demostrarle su amor.

-De acuerdo.

-¡Sí! Le vamos a restregar tu belleza a Crystal por las narices.

Merry volvió a reírse.

-Y yo que pensaba que querías ser dulce y buena.

-No quiero dejar de ser incisiva.

No tenía que preocuparse por eso. Grace era una mujer dura, hasta que uno pasaba de la superficie y descubría su ternura, algo que ella no quería que viera nadie. Sin embargo, Cole sí lo había visto y, por eso, Merry lo quería mucho. Tenía la esperanza de poder conocer algún día a un buen hombre como él.

-Vamos -dijo Merry.

Su teléfono sonó en aquel momento, y vio que tenía una llamada de Jeanine Bishop. Se quedó helada y no respondió. Esperó hasta que el teléfono se silenció. Había gastado toda su valentía en el enfrentamiento con Shane, así que tendría que reunir valor para el día siguiente.

Aquella tarde iba a comprarse un vestido bonito, a maquillarse y a beber vino caro mientras fingía que encajaba con los amigos de su prima. Iba a fingir que tenía éxito. Al día siguiente, todo aquello quedaría destruido. La desgracia estaría esperándola con los ojos abiertos.

-Vamos -le dijo a Grace-. Esta noche quiero parecer una bomba sexual.

Grace se quedó mirándola con cautela.

-Lo decía en broma. Me conformo con parecer una persona adulta, por una vez.

-Eso está hecho. Relájate, nena. Esta noche te voy a convertir en una mujer.

Gracias a Dios. Por fin iba a hacerlo alguien.

Capítulo 19

Era tarde para subir por una pista de tierra, pero Shane necesitaba hacerlo. Se había pasado una hora en el bufete de su abogado y después había vuelto a casa para darse una ducha caliente. Y después había llamado a la puerta del apartamento de Merry, pero no había nadie.

Llamó a Cole, pero respondió su buzón de voz. No le sorprendió. No sabía si su mejor amigo iba a volver a dirigirle la palabra. Ya casi no sabía si se merecía tener un mejor amigo. Cole entendía que la vida estaba hecha de una sucesión de decisiones difíciles. Él, por otro lado...

-Mierda.

Tenía que salir. Tenía que pensar. O, mejor todavía, no pensar en nada. Y sabía dónde podía perderse.

Una hora después, el sol había bajado y estaba sobre las montañas, pero él ya estaba a caballo de camino hacia la pista que había más allá de Providence. Se sintió mejor al llegar a los árboles, y respiró profundamente. Dejó que la yegua siguiera el camino, pero en vez de subir hacia la cabaña siguió por el cañón. Allí, entre las sombras, todo estaba silencioso; solo se oía el ruido del agua danzando sobre las rocas. Ni siquiera se oía a los pájaros, y no hacía viento. Siguió respirando a bocanadas.

Aquella tierra era suya. Sus tierras. Y, sin embargo, nunca había permitido que eso le conmoviera. Y significaba algo importante, demonios. Era importante tener sus propias tierras, y no solo porque fueran suyas, sino porque habían pertenecido al padre de su padre, y a toda la gente que había vivido antes que ellos.

Merry tenía razón. Aquella gente no se había rendido ni había huido. Habían vivido allí, habían muerto allí. Se habían casado, habían tenido hijos y habían perdido a seres queridos. Y aquellas tierras seguían en su familia, generación tras generación.

Ellos no se habían rendido, y él tampoco tenía por qué rendirse.

Siguió avanzando por el cañón y dejó atrás el almacén de hielo y los recuerdos de Merry, cuando todavía era feliz con él.

No. No iba a dejar atrás aquellos recuerdos. A ella no iba a renunciar. No se iba a rendir.

Ella le gustaba como amiga y como amante y, tal vez, como algo más. No iba a rendirse, no. Sin embargo, le debía algo, algo grande e importante, más grande que Providence, aunque eso tampoco se lo iba a quitar, porque no tenía derecho.

El cañón empezó a estrecharse y los álamos fueron disminuyendo sobre su cabeza, dejando paso a los pinos, que oscurecían aún más el camino. Estaba seguro de que había llegado a la parte en la que la carretera de arriba se había deslizado y derrumbado y, más importante aún, del lugar en el que había vislumbrado algo de color claro entre los árboles de abajo.

Fuera lo que fuera, si estaba allí, era antiguo, y a Merry le gustaría. Y, cuando le gustaba, era muy divertida y perfecta. A él le dolió el pecho al pensar en Merry. ¿Cómo era posible que lo hubiera echado todo a perder, tan rápidamente, con la única chica de la que se había enamorado?

Hizo que la yegua ascendiera un poco por la ladera del cañón. Ella relinchó, y asustó a una bandada de mirlos que había en un árbol. Shane miró hacia arriba para verlos volar y, cuando volvió a bajar la mirada, vio algo blanco.

Detuvo a la yegua y se fijó en la mancha clara que se filtraba a través de las ramas de un pino bajo. ¿Qué podía haber allí, de color blanco, aparte de hielo o nieve? ¿Era un edificio de piedra?

Siguió caminando y se agachó para pasar por debajo de una rama baja, y soltó una maldición cuando su yegua se resbaló al pasar por una piedra plana. Cuando el animal volvió a poner los cascos sobre la tierra cubierta de agujas de pino, Shane miró hacia delante y, por fin, se dio cuenta de lo que estaba viendo.

No era piedra, sino vinilo. Desmontó y ató la yegua antes de avanzar, lentamente, con la respiración contenida y alarmado por lo extraño de aquella visión.

Aquella cosa no tenía que estar allí, fuera lo que fuera. No era capaz de procesar lo que veían sus ojos. Hasta que, por fin, vio las luces traseras. La puerta, abierta y descolgada de una de las bisagras. Era una caravana que había sufrido un accidente hacía mucho tiempo, porque en el hueco de una ventana había crecido un álamo de más de tres metros.

Entonces, vio el coche.

Estaba retorcido alrededor de un pino, a pocos metros de la caravana. La pintura azul de la carrocería se había descolorido y agrietado bajo el sol. La hierba había crecido alrededor del parachoques y tapaba la matrícula que él había memorizado al fotocopiar miles de carteles de búsqueda para su madre. Sin embargo, no era necesario ver aquella matrícula. Él ya lo sabía.

Todos aquellos años de búsqueda y de dolor y de sentimiento de abandono... y su padre estaba allí todo el tiempo. A Shane se le puso todo el vello del cuerpo de punta, pero se obligó a sí mismo a seguir adelante, a pesar de que tenía la necesidad de retroceder.

La cabina estaba elevada por un lado, y el volante quedaba al nivel de sus ojos. Se preparó, como si fuera a ver allí la cara corrompida de su padre, como si aquello fuera una película de terror. Sin embargo, habían pasado demasiados años como para eso. No vio nada, salvo un salpicadero hundido y cristales rotos del parabrisas.

Cerró los ojos, respiró profundamente y vio las sombras de las ramas de los pinos a través de los párpados. Muy pronto se habría puesto el sol y no habría luz; debía darse prisa.

Abrió los ojos, exhaló todo el aire de los pulmones y rodeó el coche para asomarse por el otro lado. No vio nada; ningún cadáver, ningún espanto. Solo un coche roto y erosionado por los elementos.

Tal vez aquello no fuera más que otro callejón sin salida. Cabía la posibilidad de que su padre hubiera dejado caer el coche por aquel cañón y se hubiera marchado. Se agachó y movió la hierba alta que había bajo el coche. Nada. Volvió a intentarlo y, la tercera vez, vio algo blanco, opaco, que no era de vinilo.

-Oh, no -susurró, y cayó de rodillas al distinguir un hueso largo y pálido sobre la tierra marrón-. Maldita sea. No.

En aquel momento, se dio cuenta de que todavía tenía la esperanza de que su padre estuviera vivo. A pesar de todo lo que le había dicho a su madre, deseaba que su padre estuviera vivo, lo deseaba más que nada. Quería mirar hacia arriba y ver a su padre junto a la puerta, avejentado y arrepentido de lo que había hecho.

Pero eso ya no iba a suceder. Su padre había muerto.

Se le llenaron los ojos de lágrimas, y parpadeó. Ya había llorado lo suficiente por su padre. Con la garganta atenazada por las lágrimas, se incorporó y volvió hacia la yegua. Su teléfono móvil no tenía cobertura, pero lo sostuvo mientras montaba. En cuanto apareciera la primera barra, llamaría al sheriff, aunque, ¿qué iba a decirle?

¿Avisaría del accidente? No era precisamente urgente. Podía esperar hasta la madrugada. El sheriff no iba a poner a sus hombres en peligro para buscar de noche unos cadáveres de hacía dos décadas. Y él no quería que lo hiciera. Sin embargo, tenía que informar aquella noche a la policía.

Mientras salía del cañón, notó que le picaba la piel de las mejillas y se las tocó con los dedos. Las yemas se le humedecieron.

-Mierda -murmuró. Se secó las mejillas y continuó.

Cuando, por fin, llegó a la boca del cañón, respiró profundamente. Sentía pánico, y no entendía por qué. Al fin y al cabo, su padre llevaba muchos años muerto.

Vio Providence justo cuando los últimos rayos de sol se ocultaban por detrás de los tejados de las casas. Marcó el número de la policía y se puso el teléfono al oído.

-Soy Shane Harcourt. Mi padre desapareció hace veinticinco años, y acabo de encontrar su coche. Creo que hay... restos. Ahora estoy a las afueras de Providence, el pueblo fantasma, a unos tres kilómetros de la carretera. ¿Qué debería hacer?

¿Qué debería hacer? Aquella era una pregunta demasiado difícil de responder, incluso para los policías. Pero escuchó con paciencia y asintió antes de colgar.

Entró en el pueblo y se sentó en el porche de la taberna. Quince minutos después, salió la luna por encima de la iglesia, y él seguía perdido y solo. Después, aparecieron

las primeras luces de los coches.

Había comenzado algo allí, y aquel era el lugar donde iba a terminarlo de una vez por todas.

Capítulo 20

Para Crystal, una fiesta pequeña era una fiesta con cuarenta de sus amigos y conocidos paseándose por la casa, bellos y distantes. Para Merry era un misterio cómo su prima podía conocer a tanta gente en Jackson. Aunque, tal vez, un pueblo fantasma perdido en mitad de la nada no era el mejor sitio para tener una amplia vida social.

O, tal vez, la gente bella se sintiera naturalmente atraída a lugares como aquel. Un amigo le había prestado la casa a Crystal. Tenía un patio de piedra con varios niveles y con vistas a Jackson Hole desde la altura perfecta. Seguramente, la gente rica y elegante solo se movía por barrios como aquel, saliendo y entrando de fiestas de su círculo social y yéndose a dormir siempre a las dos de la mañana.

-Uff... -gruñó, mirando a Grace-. ¿Cuánto tiempo tendremos que quedarnos? ¿Crees que sería de mala educación tomarnos una copa de vino y largarnos?

-Seguramente, sí. Pero siempre hay un buen motivo para ser maleducado, en mi opinión.

-Mentirosa. Ahora que trabajas para Eve, te has convertido en una señorita de buen comportamiento.

Grace encogió un hombro. Por fin se había vuelto civilizada y, aunque no quisiera admitirlo, le gustaba. Estaba claro que se sentía mejor que nunca y, aunque estaba trabajando en el mismo sector que cuando vivía en Los Ángeles, el cambio de aires la había liberado.

-Llevas meses sin darle un puñetazo a nadie -le dijo Merry.

-Pero le di un bofetón a Shane.

Merry se estremeció un poco. Ahora que ya no sentía la rabia del principio, casi se sentía mal por eso, aunque no tanto como para no aceptar un canapé de marisco que le ofreció un camarero. Ni una segunda copa de vino.

-Este vino caro está riquísimo.

-Casi compensa por la compañía.

-Seguro que son todos encantadores -dijo Merry con ironía-. Me alegro de que me hayas convencido para comprar el vestido. Esta gente no va en chanclas, desde luego.

-Estás preciosa. Tal vez debieras elegir a algún tipo y ligártelo. Así te quitarías a Shane de la cabeza.

Merry miró a aquellos tipos con americanas caras y camisas abotonadas hasta el cuello.

-Nunca me he acostado con un rico. ¿Cómo es?

Grace se encogió de hombros.

-Igual que los demás, pero con ropa interior cara. Con el vello púbico afeitado, a veces, si es que te gustan ese tipo de cosas.

Merry hizo un mohín. No le importaba. No iba a recuperarse de aquella traición con una aventura de una noche con un tipo que no le gustara. Prefería acurrucarse en la cama sola durante un año entero.

-Mira a ese -le dijo Grace-. Está buenísimo.

Sí, era cierto. Rubio y atlético. Se había quitado la americana y se había remangado, y tenía los antebrazos perfectamente bronceados, sin apenas vello. Parecía que hacía Bikram yoga, no que se dedicara a cortar leña todos los días.

No importaba. Los carpinteros no estaban en la carta.

Apartó la vista del tipo rubio y miró a la gente. Tal vez hubiera un ranchero grande y rico. No, no. Rico o no rico, no creía que un hombre así pudiera formar parte del círculo de amistades de Crystal.

-Allí está -susurró, cuando, por fin, vio a su prima.

Crystal se estaba acercando a ellas, abriéndose paso entre los invitados. Merry apuró la copa de vino sin saborearlo y se preparó para las falsas muestras de afecto familiar.

-Merry -ronroneó Crystal al acercarse-. Qué guapa estás.

-Gracias -dijo Merry, y pasó una mano por el vestido negro y ajustado que Grace le había obligado a probarse.

-Tú, también -le dijo, y su prima aceptó con facilidad el cumplido. Después de todo, su vestido gris claro le habría costado quinientos dólares. O más.

-Ah, has traído a Grace -dijo Crystal.

En aquella ocasión, ni siquiera se molestó en sonreír falsamente. Simplemente, entrecerró los ojos. Grace le devolvió el saludo.

-Sí.

-¿Y qué ha pasado con el amigo con quien tenías tantas ganas de venir?

-Se quedó en nada.

-Ah -murmuró su prima, con una sonrisa llena de malicia.

-Se quedó en nada -repitió Merry, alzando la voz.

-Ah, a veces, pasa. Las desventajas de ser soltera.

Un sutil recordatorio de que ella llevaba casada ocho años y tenía un niño de cinco.

Merry intentó clavarle su propia pulla.

-Bueno, ya sabes cómo son estos vaqueros, curtidos y libres. Grandes y... difíciles de domar. Es casi increíble que una chica pueda retenerlos una noche. Claro, que siempre te cruzas con algún otro por el camino.

Grace se atragantó y tosió a su espalda.

Crystal sonrió con tirantez.

-A lo mejor deberías emparejarte con tu amiga. Después de todo, siempre está contigo. Me di cuenta de que había algo de ropa suya en tu casa, y solo una cama.

Merry susurró.

-¿Y te crees que así me insultas? ¿No te has fijado en lo increíble que es Grace? Seguramente, me alegraría la vida.

-Oh, eso por supuesto, nena -gruñó Grace.

Crystal puso mala cara por un momento.

-Supongo que te pareces a tu madre más de lo que yo pensaba.

-¿Qué significa eso?

-Averígualo tú. Mira, le he hecho un favor a mi madre invitándote. Podrías ser amable, por lo menos. O agradecida.

-¿Agradecida? ¿Y a mí que me importa lo que quiera tu madre?

-Porque mi madre lo hace por tu madre, que la llamó contándole una historia conmovedora y lacrimosa, diciéndole que somos la única familia que tenemos. Pero ¿sabes una cosa? Que no es verdad. Ni para mí, ni para mi madre. Las dos estamos casadas y, ahora, además, mi hermano y yo tenemos niños. Así que tú no eres la única familia que tengo, Merry la Vaga, y ojalá dejaras de intentar entrometerte en la mía.

A Merry se le escapó un jadeo de incredulidad.

-¿Estás loca? Yo nunca he intentado entrometerme en nada.

-¿No? ¿Y los viajes a Disneylandia que tuvimos que hacer con tu familia? ¿O los fines de semana que pasabais en nuestra casa del lago? ¿Y las visitas que nos hacíais en verano? ¿Y las semanas que te pasabas en nuestra casa? ¿Crees que eso tenía algo que ver con la unión familiar?

-¡Sí! Nuestras madres querían que...

-Oh, por favor. Esas visitas solo eran para sacarte de la mierda de barrio donde vivieras, porque tu madre no podía pagarte un campamento de verano como a cualquier niña normal.

Merry se quedó tan asombrada, que no podía cerrar la boca. En aquel momento, entendió toda la maldad de su prima, su crueldad. Así que ella siempre había sido una

pariente patética que destruía la diversión de Crystal. Que la seguía como un pajarito necesitado. «Llévate a Merry», le decía su tía a su prima, muchas veces. Mil veces. Merry era tres años menor, y un millón de veces menos sofisticada.

-Merry -le dijo Grace-. Vamos a largarnos de aquí antes de que yo me desate y acabe en la cárcel otra vez.

-¡Otra vez! -exclamó Crystal, con desprecio.

-Sí, otra vez, idiota. Así que no creas que no podría conseguir que lamentaras ser la peor persona que he conocido en mi vida. Y lo haría delante de todos tus nuevos amiguitos. Dios, ¿te imaginas cuántos años estarían contando la historia? Sería eterno, so zorra.

-Márchate de aquí -gruñó Crystal-. Y llévate a tu amiga la vaga contigo.

Merry miró lo poco que le quedaba de vino. Miró a Crystal y observó su divino vestido de seda. Tenía ganas de hacerlo, pero prefirió comportarse con elegancia y dejó la copa en una mesa.

-Eres cruel -le dijo, suavemente.

-Lo que tú digas.

-Va en serio. Eres mala y horrible. Yo era una niña. Siento haberte estropeado los veranos y las vacaciones que os tomabais cuatro veces al año.

-Ah, es eso. ¡Pues yo siento que mi madre tuviera mucho más éxito en la vida que la tuya!

-Eso no es lo que tienes que sentir -replicó Merry-. Para mí era aterrador pasarme semanas en una casa grande con gente que no me aceptaba. Estaba sola, y os veía jugar a ti y a tus amigas mientras tú susurrabas y te reías y me mirabas con enfado. Y lo cierto es que tú... también eras una niña. Puedo perdonártelo, porque eras tonta y yo estaba interfiriendo en tus planes. Pero ahora eres una persona adulta, Crystal, o por lo menos eso es lo que me dices siempre que nos vemos. Se supone que has madurado, pero sigues siendo la misma niñita mala y egoísta de siempre.

Crystal soltó un gruñido y frunció los labios.

-Tú no eres más que una...

-Vete a la mierda -le dijo Merry en voz baja-. Prefiero no tener familia a tenerte a ti.

Sorprendentemente, Crystal cerró la boca. Merry se dio la vuelta y se marchó.

-¿Qué ha sido esto? -le preguntó a Grace en un susurro.

-¡La has dejado callada, con la palabra en la boca! -exclamó su amiga con entusiasmo.

-Pero... ¿por qué me ha dicho esas cosas?

-No importa. Nada de lo que ha dicho es cierto.

-Claro que sí, Grace. ¿Cómo es posible que no me diera cuenta? Yo no era más que una obra de caridad para ellos. Y sigo siéndolo.

-Claro que no.

-¿Me estás tomando el pelo? Soy patética. ¡Mírame!

Merry salió de la casa y bajó a la hierba, y el tacón se le hundió en la tierra. Tuvo que mover los brazos en círculo para no perder el equilibrio.

-¡Mírame, Grace! Estoy viviendo en tu apartamento, durmiendo en el sofá, me he acostado con un tío que me estaba traicionando y me he atrevido a venir a una fiesta de mi prima la rica, cuando ella ni siquiera quería invitarme. Tú me has regalado el primer vestido que me pongo desde hace años, y estoy a punto de perder el trabajo. ¡Y mi madre ya no me quiere!

Grace se había quedado boquiabierta, con las manos heladas en mitad de un gesto, pero al oír aquello último cabeceó.

-¿Qué dices?

-Siempre he sabido que no era como los demás. No podía encontrar eso. Lo necesario. Fuera como fuera tu vida, Grace, tú siempre has tenido un don artístico y te has hecho una artista del maquillaje. Sabías cómo ser buena en algo. A mí no hay nada que se me dé bien. Ni siquiera soy lo suficientemente bicho raro como para ser una buena obsesa de la ciencia ficción. Pero siempre pensé que mi madre estaba orgullosa de mí.

-¡Claro que está orgullosa de ti!

-Se ha comprado un piso y me ha dejado bien claro que no quiere que vaya por allí. ¡Y yo ni siquiera iba a alojarme más con ella! Me dijo que no tenía sitio para mí -le explicó Merry, y se enjugó una lágrima. Después, se quitó los zapatos para poder escapar. Sin embargo, a medio camino, se encontró con una terraza de piedra muy alta.

-Mierda, ¿cómo se sale de aquí?

-¡Merry!

Grace la tomó de los hombros y la obligó a que se diera la vuelta.

-Merry, tu madre no está cansada de ti, ni avergonzada de ti, ni nada por el estilo.

-Siempre me está empujando hacia mis primos para ver si se me pega algo de ellos. Siempre me está animando a que encuentre mi vocación y sea alguien mejor. Quiere asegurarse de que no voy a volver al nido.

-Tu madre cree que la familia es lo más importante, nada más que eso. Por eso quiere que te veas con tus primos. Y, en cuanto a lo de que te alejes del nido, es porque...

-¿Por qué?

-Porque...

-¡Oh, Dios mío, estás intentando inventarte una excusa!

-¡Claro que no! ¡Tu madre está saliendo con alguien, y no quiere decírtelo!

Merry cabeceó y se echó a reír con incredulidad.

-¿Y por qué va a tener que ocultármelo? ¡Yo me alegraría por ella!

-Sí, ya lo sé, pero...

-No, ella no iba a decirme que no fuera por su casa solo porque un hombre va a pasar la noche con ella de vez en cuando.

-Es que... no es un hombre.

Entonces, Merry se quedó boquiabierta. Pestañeó. Abrió la boca y volvió a cerrarla.

-¿Qué? -preguntó por fin.

-Mira, llamó un día, cuando tú no estabas en casa, y yo oí la voz de una mujer. Era alguien que entraba y salía cuando quería. A mí no se me habría pasado por la cabeza, pero tu madre estaba tan aturullada, que me di cuenta. Y, el otro día, cuando estábamos hablando por vídeo, vi un par de zapatos de tacón junto a su sofá. Ella nunca se pone tacones. Me regaña a mí por llevarlos. Eran unos zapatos rojos de tacón de aguja. La llamé al día siguiente por si quería hablar de algo, para ver si le ocurría algo. Y...

-¿Y?

-Y me dijo que le daba miedo contártelo. Lo siento, Merry. Ella quería decírtelo, pero no he podido mantener la boca cerrada.

-Ah... -Merry retrocedió hasta que tocó la piedra con la pantorrilla, y se sentó en el borde de la terraza-. Pero... ¿por qué no me lo ha querido decir ella? ¿Acaso pensaba que iba a importarme? ¡Es una hippie, por Dios! Me educó para que quisiera a todo el mundo y ¿no ha podido ser sincera con eso?

-Merry, es tu madre. Para ella es difícil hablar de su sexualidad con su hija. Y es complicado, porque... Mira, llámala cuando lleguemos a casa, y ella te lo contará todo. Vamos a salir de aquí, ¿de acuerdo? Este sitio me está deprimiendo. Tu madre te quiere mucho, y piensa que eres perfecta, así que... ¡a la mierda Crystal!

-Oh, Dios... ¡Incluso lo sabe mi prima!

-Su madre ha debido de decirle algo. Es una bruja desleal. Vamos -dijo Grace, y tomó de las manos a Merry-. Deja de gruñir y de compadecerte.

-Mi vida es una mierda.

-Puede que sí, pero gruñendo no la vas a arreglar, y tengo frío.

Cuando llegaron al coche, Merry encendió su teléfono móvil y vio que tenía cuatro mensajes. Se alarmó al instante. Eso no podía ser bueno. Tal vez fueran de algún periodista que quería confirmar los sórdidos detalles de su comportamiento. En aquel momento, se alegró de tener un asunto más importante que atender.

Merry ignoró los mensajes y llamó a su madre.

-¿Mamá?

-¡Hola, cariño!

En un primer momento, Merry no fue capaz de hablar. ¿Estaba su madre con otra persona en aquel momento? ¿Estaba con su compañera, haciéndole gestos para que se callara y ella no oyera nada? ¿Cómo había podido pensar que eso le importaría? ¿Cómo había podido ocultárselo?

-¿Mamá?

-¿Sí, cariño?

-Mamá, Grace me ha dicho que estás saliendo con una mujer. ¿Hay algo que quieras contarme?

-Oh -dijo su madre. Pasó un instante y, después, estalló en sollozos.

A Merry se le llenaron los ojos de lágrimas.

-No llores. Yo te quiero mucho. ¿Por qué no me lo habías dicho?

-¡No lo sé! Tenía miedo.

-¿Miedo? ¿De qué?

-De... fallarte.

-¿Porque te gusten las mujeres? Mamá, por favor...

-No es tan fácil. Al principio no estaba segura. Cuando se marchó tu padre, me sentí aliviada. Dios, nunca lo había dicho en voz alta, pero es la verdad. Me sentí feliz de estar sola, aunque, al mismo tiempo, sabía que no era bueno para ti. Tú querías tener un padre. Querías a alguien más que a mí.

-¡No es verdad! Era una niña. Quería ser como todo el mundo.

-Ya lo sé, ya lo sé. Y yo no pude dártelo, Merry. Quería hacerlo, y lo intenté. Cuando eras pequeña, traté de salir con algunos hombres, pero no me interesaban en absoluto. Pensé que mi destino era estar sola. Y así me sentí bien. Intenté que tuvieras un hogar feliz.

-Y lo conseguiste, mamá. Siempre lo conseguiste.

-Me alegro. Pero cuando me di cuenta de que era algo más que el deseo de estar sola...

Su madre se quedó callada, y Merry tuvo que secarse las lágrimas de la cara y esperar.

-No pude darte un padre y una madre y un hogar tradicional, por mucho que lo deseara. Pero tampoco pude conseguir lo que yo quería de verdad. Tenía miedo de hacer que tu vida fuera aún más difícil. No quería que te convirtieras en el blanco de los acosadores, de las burlas, de los intolerantes. Y también tenía miedo por mí misma.

-Entonces, ¿estabas sola? Eso es terrible.

-No, no. Yo no pensaba que sería para siempre. Pero, en un momento dado, miré hacia atrás y me di cuenta de que habían pasado demasiados años.

-Entonces, ¿por qué no me lo contaste después? ¿Y por qué no me lo has contado ahora? Estás saliendo con alguien, ¿no? Quiero saber quién es, mamá. Quiero saber a quién quieres.

-Oh, Merry... es difícil, cariño.

-¿Por qué?

Su madre suspiró.

-¿Te acuerdas de Louisa Tolliver?

Merry cabeceó y pensó, hasta que recordó aquel nombre.

-¿La señorita Tolliver? -gritó.

-Sí.

La señorita Tolliver había sido profesora suya en el quinto curso. Era una muchacha recién salida de la universidad, llena de entusiasmo y esperanza. Merry la había adorado.

-¿La señorita Tolliver?

-Bueno, en aquel tiempo, flirteamos. Cuando tú estabas en su clase. Pero, por supuesto, yo no me sentía cómoda, y a ella le preocupaba su trabajo. Y era tan joven...

-¡Mamá! ¿La señorita Tolliver?

Merry se tapó la boca con la mano para contener una carcajada de deleite. Miró a Grace a los ojos. Grace enarcó las cejas, y Merry cabeceó con incredulidad.

-Bueno -dijo su madre-, me la encontré de nuevo hace unos meses y, claro, ahora ya tiene cuarenta y cinco años. Salió del armario y está viviendo felizmente, y yo pensé que... que tal vez pudiera arriesgarme.

-Estás saliendo con la señorita Tolliver -dijo Merry con toda la calma que pudo.

-Sí -respondió su madre.

-Vaya. ¿Y tenías miedo de decírmelo?

-Dejé que la mentira se alargara demasiado. No sabía cómo decírtelo, y no sabía lo que ibas a sentir con respecto a Louisa. Ella fue muy importante para ti.

-Sí. Mira, si me estás preguntando si me gusta que la señorita Tolliver sea mi segunda madre, ¡ya te digo que es un sueño hecho realidad!

-¡Oh, Merry, cuánto me alegro! Llevamos saliendo unos meses.

-¿Y voy a poder llamarla «mamá» a ella también?

Su madre se echó a reír con alivio.

-¿Sigue tan guapa como yo la recuerdo?

-Más guapa aún -susurró su madre.

-Oh, mamá. Tú, con una novia guapa y joven.

-¡Merry! -exclamó, y se echó a reír. Después, le dijo suavemente-: Lo siento.

-No lo sientas. Pero no vuelvas a hacerlo, ¿de acuerdo? Me estabas apartando de ti, mamá. Yo no sabía qué hacer. No sabía por qué.

-Lo siento muchísimo, hija. Tenía que habértelo dicho. Es que no... Dios, qué bien me siento después de haber dicho la verdad. Cuanto más me lo callaba, más difícil me parecía contártelo. Siempre te he enseñado a ser valiente, y yo no podía decirte la verdad. ¿Qué clase de mujer soy?

-Una mujer con sus dificultades, como todo el mundo.

Su madre se echó a reír, y Merry sonrió.

-Y eres la mejor. Te quiero, mamá. A partir de ahora no dejes de contarme con quién sales, ¿de acuerdo?

-Lo haré, te lo prometo. Ni una mentira más. Te quiero, hija. Te quiero demasiado como para eso.

-Y, cuando vengas a verme, trae a la señorita Tolliver. Me encantaría.

-Bueno, todavía es demasiado pronto para eso, pero, si todo va bien, a mí también me gustaría, nena.

Cuando acabó la conversación, Merry estaba agotada. Aquel día había estado lleno de emociones. Casi volvió a ignorar el aviso de mensaje que apareció en la pantalla, pero apretó el botón y, en cuanto oyó las palabras del buzón de voz, se dio cuenta de que aquel día tan emotivo había sido solo el prelude de aquel momento.

-Oh, Dios mío -susurró-. ¡Oh, Dios mío, Grace!

Grace se quedó inmóvil y se giró a mirarla con una expresión de alarma.

-No puedo creerlo -dijo Merry-. Lo ha hecho.

-¿Quién? ¿Qué ha hecho?

Pero Merry había estallado en sollozos, y no podía hablar.

Capítulo 21

Merry se estaba paseando de un sitio a otro por el apartamento con inquietud.

-Son casi las once de la noche. ¿Por qué no lo encuentra nadie?

-Mira, Cole acaba de perder la cobertura. Él encontrará a Shane, ¿de acuerdo? ¡Y deja de pasearte así! Me estás mareando.

-Tengo que andar, o no puedo pensar. ¿Por qué ha hecho eso, Grace?

Grace estaba preocupada. Y confusa.

-No lo sé.

-Necesito preguntárselo. Si...

Sonó el teléfono, y Merry respondió antes de que terminara el primer tono.

-¿Sí?

-¡Merry! -exclamó Levi Cannon, con su voz grave y resonante-. ¿Cómo está la salvadora de Providence?

-Levi -dijo ella. Se animó un poco al oírlo. Siempre había tenido la sensación de que le caía bien. Era una especie de figura paterna para ella y, al percibir su tono de felicidad, a Merry se le llenaron los ojos de lágrimas.

-Señorita Kade, ha conseguido una verdadera victoria para este equipo. Una victoria absoluta. Estoy asombrado, como el resto de los patronos.

-Sinceramente, ni siquiera sé lo que está pasando.

-¿No ha hablado con Jeanine? Me dijo que la había llamado.

-Escuché su mensaje, pero todavía no sé si lo he entendido bien. ¿Él ha retirado la demanda, sin más?

-No solo la ha retirado, sino que ha afirmado que usted es el principal motivo de su decisión. Dijo que... Espere, voy a leerlo textualmente: «El amor que siente la señorita Kade por el pueblo de Providence y su entusiasmo por conseguir los objetivos de la Fundación Histórica de Providence me han convencido de que la restauración del pueblo es un proyecto meritorio que debería llevarse a cabo. Su forma única de abordar el proyecto, unida a su profesionalidad y su energía, son recursos muy valiosos para el desarrollo de este lugar histórico».

Profesionalismo.

A Merry se le cayeron las lágrimas, y tuvo que tragar saliva.

Levi también carraspeó.

-Seguro que ya sabes que tu puesto de trabajo ha dejado de ser temporal. No estoy dispuesto a permitirlo.

Por un momento, sintió tanta alegría y tanto orgullo, que no pudo respirar. Lo había conseguido, había encontrado su lugar. Sin embargo, al instante, se dio cuenta de que no se lo merecía. Lo había hecho todo mal.

-Señor Cannon, yo... creo que no lo merezco. Tengo que confesarle algo importante. Yo fui la que estropeó el buzón de correos. Sin querer, le di un golpe al dar marcha atrás con el coche, y se cayó. Lo siento muchísimo. Y el letrero... Fue una estupidez que también cometí yo. Quería que el patronato convocara una reunión extraordinaria y urgente. Lo siento muchísimo. Estoy avergonzada. Y...

Se quedó callada al darse cuenta de que Levi se estaba riendo. Grace la estaba observando con curiosidad, y Merry cabeceó.

-¡Oh, Dios mío! -aulló Levi.

-¿Señor Cannon?

-¡Esas cacatúas y sus terrores! ¡Y solo habías sido tú!

-No sé cómo pedirle perdón. Cuando le di un golpe al buzón, acababa de enterarme del motivo por el que me habían contratado, y pensé que, si reconocía que había sido yo, me despedirían inmediatamente. Lo recogí y volví a colocarlo, y pensé que lo había dejado fijo, pero... Mi engaño no tiene excusa. Y, después, lo empeoré aún más.

-Bueno, bueno. Supongo que, si fueras mi hija, te obligaría a disculparte y a pagar los arreglos. Pero, como no eres mi hija, puedo reírme todo lo que quiera.

-Si quiere despedirme, lo entenderé perfectamente. Y me temo que hay algo más.

-¿Más?

-Sí. Yo contraté... sin saber quién era, a Shane Harcourt para que fuera arreglando la taberna de Providence. No sabía quién era porque su apellido no era Bishop, pero, obviamente, es imperdonable.

Hubo un silencio mientras Levi asimilaba sus palabras.

-Querida, es evidente que lo que hiciste ha sido lo mejor para Providence. Si quería trabajar para ti y aprovecharse, creo que al final se ha arrepentido, ¿no? Has debido de ganarle en su propio juego. Eso es impresionante.

Ella no podía creer lo que estaba oyendo.

-Entonces, ¿no me va a despedir?

-Puede que tus estrategias no sean muy ortodoxas, pero está claro que funcionan. No quiero que te despidas, así que espero que te guste trabajar entre el polvo y la

suciedad.

-Gracias -susurró Merry-. Adoro tanto este trabajo que no puedo expresarlo. ¿Ha hablado con Shane, por casualidad?

-No, pero cuando lo vea le voy a estrechar la mano. Su abuelo era un hombre duro, y yo no esperaba que él fuese distinto, pero parece que sí es bondadoso.

Lo era. Ella sabía que tenía un lado muy bueno. Lo había visto, pero, después de todo lo que había ocurrido, no confiaba en su propio juicio. Y, si él tenía un lado muy bueno y había dicho que había cambiado de opinión sobre lo que estaba haciendo... Tal vez todo lo que le había dicho en Providence fuera cierto.

Tenía que encontrarlo.

Merry colgó y se puso a pasear de un lado a otro.

-¿Qué dice Cole?

-Todavía nada.

-No me van a despedir.

Grace sonrió.

-Ya lo he oído. ¿Eso significa que te regalé un vestido alucinante y amenacé a tu prima para nada?

-Lo siento. Te devuelvo el dinero.

-Vamos, niña -le dijo Grace, y le dio un abrazo. Pero, por una vez, fue Merry la que se alejó, porque estaba demasiado inquieta y angustiada como para permanecer quieta.

Atravesó el rellano para llamar otra vez a la puerta de Shane. A lo mejor había entrado en su casa sin que ellas lo oyeran. Pero no, no estaba allí. El teléfono de Grace sonó, y Merry volvió rápidamente al apartamento.

-¿Qué? ¿Quién es?

Grace negó con la cabeza, le dijo unas palabras a Cole y colgó.

-Shane no contesta. Tampoco ha respondido a sus mensajes de texto.

-Demonios...

Merry no sabía por qué tenía tanta urgencia por verlo. Después de todo, lo que él había hecho estaba hecho, y no iba a cambiar. Además, ¿qué explicación quería de él?

De repente, alzó la cabeza y miró por la ventana.

-La carta.

-¿Qué?

-Esta mañana me dejó una carta en el parabrisas y yo la tiré al suelo del coche.

-Bien hecho -dijo Grace. Después, se estremeció-. Bueno, no, lo siento. Creo que no es tan gilipollas como yo pensaba. Así que a lo mejor deberías ir por la carta y leerla.

Merry ya estaba saliendo por la puerta. Corrió hacia el coche, recogió la carta y volvió rápidamente a casa, abrió el sobre y empezó a leer.

-¿Qué dice? -le preguntó Grace.

Merry hizo un gesto negativo y se sentó lentamente en el sofá mientras sus ojos volaban por la escritura de Shane. Por su disculpa. Le explicaba su historia, la de un padre que los había abandonado y un abuelo cuyo único vínculo con su hermano y con él había sido la necesidad de control. Le hablaba de la última exigencia que le había hecho y la humillación final a la que lo había sometido.

Gideon Bishop había constituido aquella fundación y la había dotado de presupuesto solo por desprecio, y Merry entendía perfectamente el motivo por el que Shane quería luchar contra eso. El dinero debería haber sido para él. Ella se lo daría, si pudiera. De hecho, al conocer aquella historia, le resultaba más increíble que hubiera retirado la demanda. Tenía una justificación emocional para querer aquel dinero, así que... ¿por qué había cambiado de opinión? En la carta no le explicaba nada de eso.

La carta solo era una disculpa y una explicación. Además, contenía la promesa de que nunca iba a decirle a nadie lo que ella le había contado.

Cuando decidí engañarte, no te conocía, Merry. No conocía tu corazón, ni tu alma, ni tu cuerpo. Lo que hice está mal y no tengo excusa, pero yo nunca pensé que fuera una traición a las cosas bellas que conozco de ti. Eso no lo quise nunca, y ojalá pudiera volver atrás y cambiarlo.

Dios Santo, ¿Shane había renunciado a dos millones de dólares por ella? Eso era... horrible. No podía permitir que lo hiciera, ni siquiera por Providence.

Le dio la carta a Grace y pensó en la conversación que habían tenido aquella tarde. Él no le había dicho nada de que fuese a retirar la demanda. Claro que, en realidad, ella lo había echado del pueblo.

-¿Te contó Cole que su familia lo había abandonado? -le preguntó a Grace-. ¿Te habló de cómo era su abuelo?

Grace negó con la cabeza y la miró.

-No. Nada.

Merry se acercó a la ventana y miró el cielo oscuro. Ya ni siquiera podía estar enfadada con él. No podía sentir alivio. Solo sentía confusión y angustia. Aquella noche había conseguido todo lo que quería: la verdad de su madre, la seguridad, el trabajo de sus sueños... Incluso una sensación de triunfo al ver la cara de asombro de Crystal.

Pero todo eso le parecía incierto. Casi, sin importancia. Porque Shane no había renunciado solo a dos millones de dólares, sino a muchas cosas más, y ella necesitaba saber por qué. Sin embargo, el teléfono no sonó, y Shane no volvió a casa.

Capítulo 22

Merry no consiguió dormir ni un minuto. A las cinco y media de la mañana, se despertó y se dio una ducha. Después, sin despertar a Grace, entró en su habitación y miró su teléfono móvil por si Cole había enviado algún mensaje de texto, pero no había ninguno. Así pues, salió de casa, entró en su coche y fue a conducir por el pueblo.

No tenía prisa. No iba a encontrarlo, pero no podía quedarse más en casa, cruzada de brazos. En su cerebro había un batiburrillo de confusión, sentimiento de traición y esperanza, y tenía que moverse, o se iba a volver loca.

La peor parte era la esperanza. Quería llenarla por completo. Quería superar a todo lo demás. Era la esperanza de que todo pudiera salirle bien, de que las cosas pudieran salirle mejor que bien. Así que necesitaba encontrar a Shane y acabar con esa sensación.

Se detuvo a comprar un café con leche para llevar y se encaminó hacia Providence. Le parecía un destino tan bueno como cualquier otro. A lo mejor, allí podía encontrar algo de paz, o entender mejor lo que había hecho Shane. Y, si no, siempre podía volver a tomar posesión de su pequeño despacho.

Intentó respirar profundamente. Intentó relajarse. Y la conducción la ayudó. La luz del sol fue volviendo el cielo de un color azul plateado que le cortó la respiración. Las últimas nieves de las montañas Tetons tenían un brillo blanco, rosado y dorado, y ella sintió un alivio tan intenso que se le llenaron los ojos de lágrimas. Aquel lugar no solo le parecía su hogar. Ahora se había convertido de verdad en su casa. No iba a tener que marcharse de allí.

Empezó a imaginarse todas las posibilidades y, cuando entró en la carretera de tierra, ya estaba completamente emocionada. Las cosas iban a dejar de ser tan difíciles. Con el presupuesto disponible, lo primero que iba a hacer era contratar a un experto en restauración para asegurarse de que iba por buen camino. Después, terminaría la taberna y pasaría a la iglesia, y empezaría a escribir el contenido de las placas de cada uno de los edificios. También tenía que seguir organizando documentos históricos, citas y... Pero todo aquello podía esperar al invierno, cuando habría que suspender los trabajos al aire libre, puesto que el pueblo quedaría aislado por la nieve durante largos periodos.

Estaba tan absorta en sus pensamientos, que no vio el coche que tenía delante casi hasta que se detuvo en Providence.

Frunció el ceño y observó la furgoneta blanca y grande que había junto a los

árboles. ¿Era de alguien del patronato, o debería preocuparse por su seguridad? Entonces, advirtió que el vehículo tenía un logotipo y una luz sobre el techo.

Era una furgoneta del sheriff.

-Oh, no -susurró. Entonces, vio que la furgoneta de Shane también estaba allí-. Oh, no.

Aparcó en mitad de la carretera y saltó al suelo, mirando los coches del sheriff y de Shane alternativamente. Entonces, se abrió la puerta del de Shane, y él mismo bajó al suelo. Merry se acercó corriendo a él.

-¡Shane!

El alivio que sintió al verlo se disolvió al instante, porque él tenía la cara demacrada por el agotamiento. La miró con cansancio y tristeza y se pasó una mano por la barba incipiente de la mandíbula.

-Hola, Merry.

-¿Qué haces aquí? ¿Qué pasa? Hay un coche de policía y... la demanda...

-He encontrado a mi padre -dijo él en voz baja.

Ella se quedó helada justo cuando iba a acariciarle el brazo.

-¿Qué?

-Vine ayer, a pensar un poco, y quería... El día que te llevé a ver la cabaña, vi algo en el fondo del cañón, y quería investigar.

-No lo entiendo. ¿Qué tiene que ver eso con tu padre?

-El día que desapareció, él había comprado una caravana. Estaba con su novia, así que todo el mundo pensó que se había escapado con ella. Pero yo creo que... Creo que estaba subiendo la caravana hasta la cabaña.

Ella cabeceó. No lo entendía.

-Ayer encontré el coche y la caravana justo debajo de uno de los derrumbes de la carretera. O la pista se deshizo debajo de su coche cuando pasaban por ahí, o no vio el hueco hasta que ya era demasiado tarde... No lo sé. Pero ha estado aquí todo el tiempo, Merry. No se marchó.

Ella no sabía mucho de aquella historia, solo lo que él le había contado en la carta, pero vio muchas cosas reflejadas en su cara. La tristeza, el asombro, los años de dolor y el arrepentimiento.

-Shane, lo siento mucho -le dijo y, en aquella ocasión, sí le acarició el brazo-. ¿Llevas aquí toda la noche? ¿La policía está...?

No sabía cómo preguntarle si la policía había encontrado el cadáver de su padre.

Él hizo un gesto negativo sin dejar de mirarse el brazo que ella le estaba acariciando.

-Anoche no pudieron hacer mucho, solo acordonar la zona. Encontraron los restos de dos esqueletos en la hierba, pero ya había oscurecido y no pudieron comenzar a recuperarlos. Me dijeron que volviera al amanecer, pero no pude irme. Pensé que... Dios, qué idiota soy. Han pasado veinticinco años, pero no quería dejarlo solo esta noche. Después de saber que lleva aquí todo este tiempo, yo...

-No eres idiota. Claro que no. Tenías que haberme llamado. Yo habría venido a estar contigo.

Él sonrió con amargura.

-Por algún motivo, pensé que no ibas a ser muy comprensiva.

-¡Shane Harcourt! ¡Sí que eres idiota! -exclamó ella, y lo empujó.

-Ya lo sé.

Rápidamente, ella se sintió culpable.

-Perdona, perdona. No quería gritarte.

-Tienes todo el derecho.

-No, claro que no. Pero llevo buscándote toda la noche, y estoy muy desconcertada. Shane... ¿qué has hecho?

Él la observó fijamente, con tristeza.

-He hecho lo que debía. Siento haber tardado tanto.

-¡No! ¡Se trata de tus tierras y de tu familia! Ahora entiendo por qué decidiste luchar. Providence no debería levantarse sobre una base de desprecio. No debería volver a la vida solo para hacerte daño a ti. Eso está muy mal, Shane. Gideon Bishop te hizo algo muy malo, y yo no quiero formar parte de eso.

-Tú no tienes nada que ver con eso, Merry. Eres exactamente lo contrario. Yo me he pasado este último año furioso. Cuando mi padre se marchó, nos destrozó. Destrozó a toda mi familia. Mi hermano acumuló ira desde los nueve años, y mi madre consiguió hundirme a mí en la negación y en una esperanza inútil. Ella siempre creía que mi padre estaba en alguna parte, que iba a volver. Y consiguió que yo me lo creyera durante mucho tiempo. Y cuando, por fin, yo desperté, creo que tenía dentro más ira que mi hermano, incluso.

-Es lo lógico, no podía ser de otro modo.

-Pues parece que no.

-¿Y has decidido retirar la demanda cuando lo has encontrado?

-No, Merry. Eso lo hice por ti.

-Shane, yo...

Él la acalló tomándola de la mano y tirando de ella hacia sí.

-Tú me has enseñado lo que puede ser la vida si estoy dispuesto a liberarme de la

ira, a aceptar el pasado y a vivir como si quisiera ser feliz, al menos.

-No lo entiendo.

-Tú no has tenido una madre perfecta, pero no vas por la vida enfadada y asustada.

-Bueno, yo no diría eso -murmuró ella, al pensar en lo que le había dicho a Crystal. Y, también, en algunas de las cosas que le había dicho a él.

Shane sonrió.

-Sé que estás enfadada, y que eres una mujer, no una santa. Pero tú sabes ver las posibilidades de las cosas, Merry. Lo haces todos los días. Lo ves en este montón de edificios derruidos y llenos de telarañas. Incluso lo ves en mí. Y lo único que yo podía ver era la oportunidad de intentar recuperar un poco de lo que me quitaron. Como si eso pudiera cambiar las cosas.

-Pero el dinero debería ser tuyo.

-¿Por qué? ¿Por derecho de nacimiento? Yo no volví a interesarme por mi abuelo durante sus últimos diez años. Ni siquiera quería llevar su apellido. Me dije que no quería nada de él, pero sí acepté sus tierras y presenté una demanda por su dinero. Como si fuera un niño egoísta.

-¡Él era el egoísta!

-¿Y yo me he portado mejor que él? Mira lo que te hice a ti.

Merry no pudo contradecir aquello. Shane la había utilizado y la había traicionado, a pesar de lo que él estuviera sufriendo en aquel momento. Eso no podía negarlo.

Él bajó la mirada y comenzó a acariciarle la palma de la mano.

-Lo siento muchísimo, Merry. Tú me has endulzado la vida y me has hecho ver cosas muy necesarias. Y yo solo te he hecho daño.

-No es verdad -susurró ella.

-Todo lo bueno lo manché con la mentira.

Ella le apretó los dedos.

-Sí, eso es verdad. Pero lo has arreglado con este gran gesto. Creo que vamos a poder volver a ser amigos.

-Amigos -repitió él.

A pesar de que aquella palabra le hacía daño, Merry asintió.

-No quiero que estés solo en este momento. No está bien.

Él asintió, pero después frunció el ceño.

-No quiero que seamos amigos.

-Ah -dijo ella, y trató de apartar la mano. Claro. El hecho de que hubiera renunciado al dinero no significaba que tuviera que estar contento por ello.

Pero él no la soltó.

-Me he pasado toda la vida pensando que esto no se me iba a dar bien. Los hombres de mi familia eran mujeriegos y abandonaban a sus mujeres, y no se podía contar con ellos. Creo que esto sucedía desde Providence. Pero yo no tengo por qué ser así. No puedo utilizar eso como excusa porque el amor me asuste tanto.

Merry pestañeó.

-¿Amor? -preguntó con la voz muy aguda.

-Sí, ya sé que en este momento ni siquiera te caigo bien, y que no confías en mí. Pero no me importa, no voy a dejar de adorar lo que tú eres Merry Kade. Adoro tu sonrisa y tu risa, y las bromas tontas que haces cuando te pones nerviosa.

-Ah -repitió ella, cabeceando con incredulidad.

-Adoro que no dejes de hablar de este dichoso pueblo, que no debería significar nada para ti. Que te den ataques de timidez y te excites al mismo tiempo, de un modo que me vuelve loco y me empuja a acariciarte aunque sepa que tengo que ir despacio.

A ella se le aceleró el corazón y empezaron a quemarle las mejillas. No podía creer lo que le estaba diciendo Shane. Se negaba a creerlo, porque le daba mucho miedo.

-Shane, no sé... Casi no te conozco, y lo que me hiciste me dolió. ¿Y si no puedo superar eso?

-Lo entiendo. No nos conocemos desde hace mucho y yo he estado intentando mantener las distancias, no solo de ti, sino también de mí mismo. No te estoy pidiendo que me quieras. Ni siquiera digo que tengamos que estar juntos. Solo te estoy preguntando si puedes perdonarme. No tiene que ser hoy, pero, algún día... Y, si puedes, me gustaría tener una oportunidad. Solo una oportunidad. Me encanta la persona que eres, Merry, y creo que podría haber mucho más que eso, pero tengo que saber si estás dispuesta a averiguarlo...

Ella no respondió al instante. Era una pregunta muy seria, y no podía tomárselo a la ligera. ¿Podía perdonarlo? ¿Podría confiar en él alguna vez? Le había hecho mucho daño. Le había mentido y la había avergonzado. Y había intentado arrebatarse algo que significaba mucho para ella.

Sin embargo, ¿debía quedarse solo en eso, después de que él hubiera renunciado a tanto y hubiera aprendido tantas cosas?

Después de todo, Shane también había sufrido. También le habían hecho daño.

A pesar de su vacilación, en el fondo sabía que sí podía intentarlo. Pero, antes de que pudiera contestar, se acercó otro coche por la pista de tierra y se detuvo junto a ellos. Nate Hendricks iba en el asiento del pasajero. El conductor se tocó el ala del sombrero.

-Shane -dijo el ayudante-. El sheriff quiere poner la base arriba, en la carretera. Vamos a ir hacia el arroyo que está más allá de Providence.

-Claro -dijo Shane.

-Los forenses llegan dentro de una hora.

Él asintió, y el coche siguió adelante. Mientras lo veían alejarse, Merry le tomó la mano a Shane.

-Me quedo aquí contigo -le dijo, suavemente.

Él miró sus dedos entrelazados y, después, la miró a los ojos con la misma pregunta.

-Merece la pena que lo intentemos, Shane.

Entonces, él se acercó a ella ligeramente, como si fuera a besarla, pero se limitó a carraspear y le apretó la mano.

-Gracias.

-De nada -dijo Merry.

Le sonrió, y fue ella quien se puso de puntillas y lo besó con dulzura. Cuando se apartó, de los ojos de Shane había desaparecido algo del cansancio.

-Eso es por Providence.

-¿De verdad? -preguntó él, sonriendo un poco más-. ¿Te regalo un pueblo fantasma y solo consigo un beso? Sí que sabes regatear, sí.

-Que no se te olvide.

-No se me va a olvidar. Y yo diría que es justo. Si pudiera, volvería a hacerlo por ti.

-Ah, ¿qué tipo de chica iba a necesitar dos pueblos fantasma?

-Una muy, muy rara -dijo él-: Bah, al cuerno -murmuró, y la tomó entre sus brazos-. Casi tan rara como tú, Merry. Pero no tan bella.

Cuando la besó, Merry se dio cuenta de que ella también había mentido. No solo merecía la pena que lo intentaran; por Shane, merecía la pena aguantar la sensación de temor y de preocupación por todo lo que iba a arriesgar. Eso sí iba a concedérselo. Estaba dispuesta a ello.

Epílogo

Shane se apoyó en el poste del porche de la taberna, observando cómo el pesado de Walker se llevaba a Merry al centro de la carretera de Providence a bailar. Sonaba música de violín entre los edificios, y la brisa suave mecía las guirnaldas de lucecitas blancas. No había tanta gente en aquel pueblo desde hacía un siglo, estaba seguro.

Los patronos estaban en el extremo del porche, formando un grupo, y hablaban con todos los funcionarios del Ayuntamiento que se les acercaban. Aquella fiesta era una jornada de puertas abiertas para la gente relevante de la comunidad. La taberna estaba casi rehabilitada e iban a empezar con la iglesia, pero ya estaban a mediados de septiembre y habría que abandonar el trabajo dentro de poco tiempo. Merry ya se estaba preocupando por eso, pero él se alegraba, porque así podría verla más. Ella estaba trabajando jornadas de doce horas, y eso le dejaba muy solo.

Aunque fuera una jornada de puertas abiertas, para él, aquella fiesta era una celebración del trabajo de Merry. Ella estaba resplandeciente de felicidad, tanto, que él ni siquiera pudo molestarse por las sonrisas de alegría que le dirigía a Walker mientras bailaban. Merry se iba con él a casa aquella noche, y eso era lo único que le importaba.

-Eh, guapo -le dijo Rayleen, que se le acercó con una cerveza-. Si la nena te está descuidando, yo tengo unos cuantos ases en la manga.

Él tomó la botella y la hizo chocar suavemente con la de Rayleen.

-¿Ah, sí?

-Sí -dijo ella. Tomó un sorbo y lo miró de arriba abajo-. ¿Has oído hablar de la próstata?

A él se le escapó un jadeo y escupió sin querer la mitad de la cerveza que acababa de beber. La otra mitad hizo que se atragantara, y empezó a toser como un loco. La gente se volvió a mirarlo. Bueno, por lo menos, no había escupido a la espalda a Jeanine y a Kristen Bishop.

-Dios Santo -le dijo Rayleen, dándole unas palmaditas en la espalda-. De verdad, los jóvenes tenéis que salir más de casa. Sois más blandos que una colegiala.

Shane cabeceó.

-Con la nena todo va muy bien. Quiero decir, con Merry.

-Me alegro. Parece una buena chica. Un poco superficial.

Él cambió rápidamente de tema.

-Estás muy guapa.

Rayleen se atusó un poco el pelo. Después, se encogió de hombros y miró hacia el gentío. Sí estaba guapa. De hecho, se había puesto un vestido precioso de algodón, de color azul.

-Mira esas dos -murmuró, señalando con la barbilla a sus dos abuelas.

Kristen estaba señalando a Jeanine con un dedo.

-Tú eres la que nunca lo apoyó en su interés por la historia y la cultura. ¡Lo único que te importaban eran los caballos!

-¿A mí? -gritó Jeanine-. ¿Me estás tomando el pelo? Gideon me dijo que pediste que pusieran calefacción en el establo porque estabas empeñada en tener ese caballo árabe.

Kristen soltó un jadeo, y Shane vio que palidecía.

-Pues sí -continuó Jeanine-. Me llamaba todo el tiempo para quejarse de ti. Dijo que necesitaba alguien en quien confiar, alguien que lo escuchara, y esa era yo, Kristen.

Rayleen exhaló un suspiro.

-Ay, Dios. Mujeres.

-Puede que tú fueras más joven -le espetó Jeanine-. A lo mejor, incluso, más guapa. Pero a él nunca le gustaron las cursis y...

-¡Por el amor de Dios! -ladró Rayleen.

Las dos mujeres dieron un respingo y se volvieron hacia ella. Shane alzó ambas manos y retrocedió varios pasos. No estaba dispuesto a meterse en aquello.

-Rayleen Kisler -le dijo Jeanine con un jadeo de horror-. ¿Es que estabas escuchando nuestra conversación?

-¿Y cómo no voy a escucharla? -respondió Rayleen con desdén-. ¡Hasta los pumas la están escuchando! Es imposible no oírlos.

-Yo nunca haría tal cosa -dijo Kristen.

-Ni yo tampoco -replicó Rayleen-. Porque me parece que estáis hablando sobre un muerto. ¡Un hombre que ha muerto! No es normal que estéis aferradas a un cadáver.

-¡Era un hombre especial! -insistió Kristen Bishop.

-¡Pero ha muerto, mujer! -gritó Rayleen.

Las dos mujeres miraron a su alrededor para cerciorarse de que no las había oído nadie. Después, miraron a Rayleen con resquemor.

Ella se echó a reír.

-Vaya, míralas. Pues nada, seguid con vuestras discusiones tontas. Espero que eso os mantenga calentitas por la noche. Porque, por si no os habíais dado cuenta, hay muchos vaqueros viejos por aquí que, aunque tengan defectos, están mucho más vivos

que un muerto.

Las dos la fulminaron con la mirada.

-Como queráis -dijo ella-. Más vaqueros para mí.

Las viudas Bishop se miraron la una a la otra. Después, miraron de nuevo a Rayleen.

-¿Por qué? -preguntó Jeanine-. ¿Dónde conoces a esos hombres?

-Cariño, trabajo en un bar. Todo el día me estoy tropezando con ellos -les dijo, riéndose.

Sin embargo, las mujeres siguieron mirándola fijamente, en silencio.

Rayleen miró a Shane, y él apartó los ojos como si no estuviera escuchando nada.

-¡De acuerdo! -ladró Rayleen-. En el centro recreativo hay un club de bridge. Y el primer sábado de cada mes dan fiestas para solteros en el centro de mayores. Si queréis conocer hombres, esos son los mejores sitios.

En aquel preciso instante apareció Easy, con sus vaqueros desgastados, una camisa impecablemente planchada y una corbata.

Jeanine miró por última vez a Rayleen con resquemor, pero Kristen le dio un codazo y señaló con la cabeza a Easy. Las dos le sonrieron mientras él cruzaba la carretera en dirección a ellos.

Rayleen gruñó.

-Si os pillo poniéndole caritas a Easy, os saco los ojos y se los doy a los cuervos.

Las dos mujeres jadearon con indignación, pero Shane se dio cuenta de que se alejaban y no volvían a mirar a Easy.

-Rayleen -murmuró Shane-. ¿Por fin te vas a decidir a dar un paso más con ese vaquero?

-Lo estoy pensando -respondió ella-. Si no me cabrea primero.

Shane decidió dejar aquel tema. No parecía que Rayleen tuviera mucha paciencia ni sentido del humor con respecto al tema de Easy. Ni siquiera con el propio Easy. Así pues, Shane se alejó mientras la veía fruncir el ceño cuando Easy le pidió que bailara con él. Rayleen le dijo que sí, de todos modos. Parecía que aquella mujer y su sobrina nieta no eran muy diferentes.

Ninguna se parecía a Merry, que estaba riéndose mientras Walker se la llevaba hacia la mesa de las bebidas. Aquel fue el momento que aprovechó para acercarse.

-Eh, cariño -le murmuró al oído.

-Eh -respondió ella con la voz un poco enronquecida.

Shane sonrió incluso cuando Walker se giró y le ofreció a Merry una copa de champán.

-Lárgate, Walker -le dijo.

Walker sonrió y le ofreció su propia copa a Shane. Después, se tocó el ala del sombrero y se despidió.

-Que lo paséis bien.

Shane se inclinó hacia Merry.

-Parece que te lo estás pasando muy bien.

-Sí. Esto es muy emocionante. Yo creo que todo el mundo está contento, ¿no?

Él miró a su alrededor. Sí, parecía que la gente estaba contenta, pero la que más emocionada estaba era ella. Sin embargo, no se lo dijo. Le dio un beso y tiró de ella hacia la calle al oír que la banda empezaba a tocar una canción lenta.

Una hora después, la fiesta se estaba terminando. Shane se despidió de Cole y de Grace mientras Merry acompañaba a sus coches a los patronos.

-¿Seguro que no deberíamos quedarnos a ayudar? -preguntó Grace.

-No. Vamos a cerrar, y mañana los organizadores de la fiesta vendrán a limpiar y a llevarse las luces, las sillas y el generador. Yo llevo a casa a Merry dentro de un rato.

-No olvides que tiene hora de llegada -le dijo Grace, sonriendo. Por fin, él estaba empezando a ganarse su confianza, aunque lentamente. No iba a perdonarle tan rápidamente como Merry. Al final, Cole se la llevó.

-Vamos, cariño. Vamos a dejar que los niños se diviertan -le dijo.

Cuando, por fin, se quedó a solas con Merry, ella saltó a sus brazos, y él la hizo girar por el aire hasta que gritó de alegría.

-¿Estás un poco borracha?

-No. Solo feliz. El aparcamiento nuevo es estupendo. ¡Y la carretera!

Él cabeceó al ver que ella observaba con emoción la nueva zona asfaltada que precedía a la pista de tierra que recorría el pueblo. Ciertamente, había transformado el pueblo. La broza y las matas rodantes habían desaparecido del pueblo, y Providence estaba empezando a cobrar vida. Era como si hubiera estado durmiendo durante un siglo y Merry lo estuviera despertando poco a poco.

-Ojalá hubieras invitado a tu madre -le dijo ella, en voz baja, mientras él le besaba la nariz y la dejaba en el suelo.

-No. Ella cada vez está mejor, pero todavía discutimos mucho, y no quería que hubiera una pelea en tu fiesta.

-Lo intenta -dijo Merry.

-Sí, lo que está intentando es convertir a mi padre en un santo. Y yo no quiero eso. Era un hombre, y está muerto, y ella tiene que superarlo. O, por lo menos, callarse lo que piensa.

Merry le apretó la mano.

-Vamos. Ya he cerrado las bolsas de basura. Necesito que apagues tú el generador. Hay muchas telarañas por ahí.

-Vale, si solo hace falta eso para convertirse en tu héroe, estoy dispuesto, Merry Kade.

Encontró los botones del generador mientras Merry lo miraba a cierta distancia. Cuando apagó el interruptor, se quedaron en una oscuridad y un silencio que él había echado de menos sin darse cuenta.

-Oh -susurró Merry-. Tenía que haber traído una linterna.

-La luna está en cuarto creciente. Solo tienes que esperar un momento y se te ajustará la vista.

Entonces, ella miró hacia arriba y, a los pocos segundos, jadeó.

-Dios mío, Shane. Mira las estrellas.

Él había visto las estrellas un millón de veces desde allí. No necesitaba mirar hacia arriba. Prefería observar su rostro y su sonrisa en la penumbra.

-Sí. Es precioso.

-Creo que veo la Vía Láctea.

-Te va a dar tortícolis. A mí se me ocurre una idea mejor.

Fueron hacia el coche de Shane y él sacó una manta y la extendió sobre la parte trasera de la furgoneta.

-Vamos, ven -le susurró.

La subió en brazos al coche y se tumbó a su lado.

-Mira -susurró ella, con los ojos muy brillantes, bajo la luna.

-Sí, ya lo sé -dijo él mientras le apartaba un mechón de pelo de la mejilla-. Es increíble.

Shane quería seguir mirándola, pero se tendió a su lado y miró al cielo. A su alrededor, los grillos cantaban y las hojas de los álamos susurraban mecidas por la brisa. Algunas, ya secas, anunciaban la llegada del invierno. Él casi podía oler la nieve en el aire. Respiró profundamente y se relajó.

-Esto es todo lo que yo quiero, Shane.

Él sonrió.

-¿De verdad?

-Sí. Esto es precioso. La noche, las estrellas, las montañas. Y tú también haces que me sienta bien.

A él se le borró la sonrisa de los labios.

-Me siento como si estuviera en casa. Como si siempre hubiera estado aquí y todo fuera posible. Todo.

Shane se incorporó y se apoyó en un codo. Le acarició la mejilla y la miró.

-Creo que te quiero, Shane.

A él se le aceleró el corazón. Respiró con calma, con cautela. No habían vuelto a hablar de amor desde aquel primer día. Querían ir despacio, pero, en aquel momento, el amor golpeó a Shane con la fuerza de un tren a toda velocidad.

-Yo sé que te quiero, Merry -susurró contra su piel.

-¿De verdad? -preguntó ella mientras él le besaba la sien.

-Sí -dijo él, y la besó en los labios. Después, en la barbilla. La mandíbula.

-Gracias por traerme aquí -le susurró ella-. A Providence. A Jackson.

-Yo no te he traído aquí -dijo él, descendiendo por su garganta.

-Sí. De no haber sido por ti, ellos no me habrían contratado. Nunca habría tenido toda esta belleza.

-Bueno, pues entonces -dijo él, mientras pasaba una mano por su muslo, hacia arriba, levantándole la falda-. Yo debería darte las gracias por haber venido y traérmelo... todo.

Cuando él la acarició, a ella se le escapó un jadeo, y se le arqueó la espalda.

-Shh. Mira las estrellas. Quiero verlas reflejadas en tus ojos cuando te corras.

-Pero... ¿y si vuelve alguien? ¿Y si...?

Aquellas protestas se acallaron cuando él siguió acariciándola.

-Estamos a solas, Merry -dijo él.

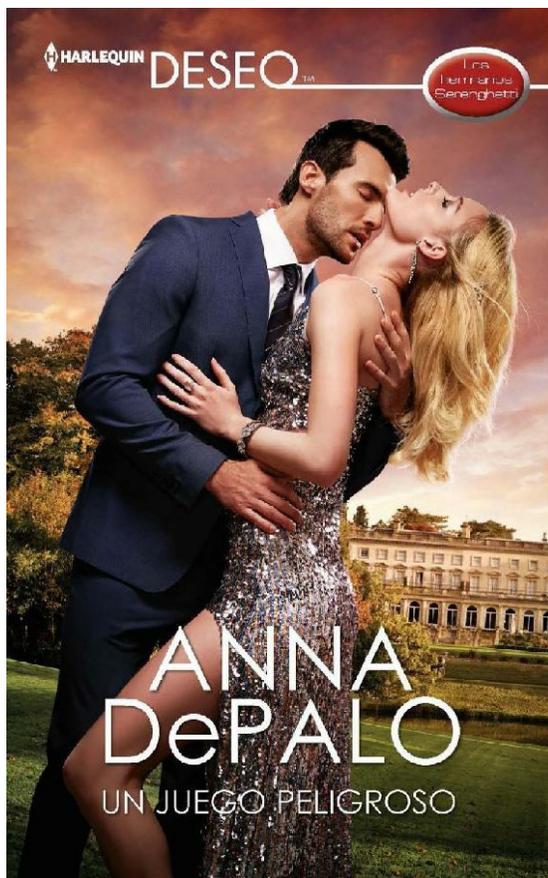
Le quitó las bragas y se abrió el pantalón, y se deslizó lentamente en ella. Tan lentamente, que los dos suspiraron cuando, por fin, estuvo completamente hundido en su cuerpo.

-Estamos solos tú y yo, con todo lo que pensábamos que no podíamos tener.

-Te quiero -dijo ella, y él llegó al orgasmo con aquellas palabras en los oídos, y con su suave gemido de placer, que se elevó hasta el cielo.

Aquel era el hombre que él quería ser. Para siempre.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com